



EDICION ILUSTRADA CON 186 GRABADOS

Library of The Theological Seminary

PRINCETON · NEW JERSEY



BX

4705

.B2964

L55

1924

EL CARDENAL BENLLOCH EN EL PERU

EL CARDENAL BENLLOGH

EN EL

PERÚ

RESEÑA COMPLETA DE LAS
RECEPCIONES, DISCURSOS, CEREMONIAS RELIGIOSAS,
HOMENAJES Y FIESTAS SOCIALES

RECOPIACION DEL
DR. FAUSTO E. LINARES MÁLAGA
CANONIGO DOCTORAL DE LA BASILICA DE LIMA

Profusamente ilustrada con 186 grabados

BAJO LA DIRECCION ARTISTICA Y EDITORIAL DE
JUAN BOIX FERRER



LIMA
—
IMPRENTA Y LITOGRAFIA, T. SCHEUCH
Calle de Amazonas 183
1924



PREFACIO



RE la venida al Perú del Eminentísimo Cardenal Dr. D. Juan Benlloch y Vivó, Arzobispo de Burgos y Senador del Reino de España, por derecho propio, y su brillante comitiva, es evidente que, tuvo resonancia incuestionable revistiendo caracteres de acontecimiento nacional.

Durante su permanencia entre nosotros, que fué solo de 12 días, Su Eminencia realizó intensa labor, y de vastísimas proporciones, para el mayor acercamiento hispanoperuano.

Con actividad inusitada, celebraba la misa diariamente en la capilla del Palacio Torre-Tagle, recibía en seguida a las comisiones de nuestras instituciones católicas, oficiales y particulares, que querían saludarlo, asistía a las actuaciones literarias, recepciones oficiales en su honor, y a los homenajes que se le tributaba.

Visitó los centros más representativos de la vida y del arte nacional, monumentos, conventos, colegios y todos los lugares donde puede admirarse el arte de la colonia y contemporáneo.

P R E F A C I O

En las ceremonias y fiestas a que asistió el homenajeado, intervino con tal afectuosidad, que conquistaba el cariño aún de los más indiferentes. El esplendor de estas recepciones y de estas fiestas, ha dejado un recuerdo imperecedero, no solo por la suntuosidad en que se desarrollaron, sino por la gentileza de los invitantes, sirviendo de marco feliz, a tan generosos agasajos, nuestro mejor mundo social.

No era posible que un suceso tan extraordinario que se realizaba por primera vez en el Perú, como es la visita de un Príncipe de la Iglesia, quedara circunscrita su reseña, a la mera información periodística: hemos querido que, como un dato para la historia, quede esta modesta obra.



Dr. D. Fausto Linares Málaga

Comprendiéndolo así, el Dr. Fausto E. Linares, Canónigo doctoral de la Basílica Metropolitana, ha hecho una recopilación afortunada, de conformidad con las informaciones publicadas por los órganos más autorizados de la prensa nacional.

Esmero especial hemos tenido en su parte gráfica, y creemos que, el esfuerzo realizado sea uno de los más notables en obras de ese género.

Completando la información ilustrada, hemos creído, en mérito a las visitas realizadas por el ilustre Purpurado, insertar entre los grabados, las bellezas artísticas que encierran nuestros templos, en sus portadas, púlpitos, altares, retablos y ensambladuras, muchos de ellos dignos de los más ricos templos florentinos.

P R E F A C I O

El arte de Churriguera, y el Barroco, como en la mayor parte de los templos españoles, es el que domina en los edificios coloniales.

Nada más inquietante que un altar churrigueresco. Dispuesto generalmente en forma de nicho y ocupando un muro fronterizo, asciende hasta su cima, tal parece que de ella descienden las estalactitas áureas. Cada columna contiene en su forma mil representaciones diversas. Entre sus fiancos dorados un querubín sonríe, una virgen se marchita, un mártir brutalmente colorido muestra impasible tremenda herida todo tallado en cedro, o caoba, que más bien parece un poema al oro.

Estos caracteres generales, se encuentran lo mismo en los ricos altares de los templos de la capital, que en los pequeños retablos de los pueblos más apartados. Algunos fueron obra de artistas insignes.

El espíritu inquieto y modernizador de los constructores actuales, tiende a que, por conveniencias mercantiles, desaparezcan muchos de estos tesoros, tan portentosos como los altares y retablos de la Magdalena, Jesús María, San Carlos, etc., etc., que insertamos, y de los cuales será esta obra en un porvenir remoto, testimonio fiel de lo que fueron.

Este libro será además, el verdadero exponente de lo avanzadas que se encuentran las artes gráficas en el Perú; impreso en los importantes talleres de D. Teodoro Scheuch, sin disputa, los más completos de la república, es demostración palpable de que, no es preciso acudir al extranjero, para las ediciones más lujosas y artísticas que las imperiosas necesidades del momento demanden.

Juan Boir Ferrer.



Emmo, CARDENAL Dr. D. JUAN BENLLOCH y VIVÓ
Embajador de S. S. el Papa Pío XI y de S. M. D. Alfonso XIII



EL EMINENTISIMO

CARDENAL BENLLOCH

Nació el Eminentísimo señor doctor don Juan Benlloch y Vivó en Valencia, el día 29 de diciembre de 1864. Fueron sus padres don Juan Benlloch y David y doña Carmen Vivó y Sabater, teniendo en sus abuelos paterno y materno esclarecidos testimonios de religiosidad, pues por los datos que hemos entresacado de la historia eclesiástica de España nos cercioramos que las dos únicas hermanas de su padre fueron religiosas, su madre tenía un hermano sacerdote, tres hermanas monjas y varios primos y sobrinos sacerdotes, frailes y religiosas también.

El Seminario Conciliar del Turia fue la cuna intelectual de este Prelado; le contó entre sus alumnos como el más aventajado de su tiempo y le concedió beca de colegial, ganada en reñida oposición y conservada hasta el fin de la carrera desde el primer curso de Filosofía, que es propiamente donde empieza la carrera eclesiástica.

En este plantel cursó, desde 1874, las asignaturas correspondientes a seis años de Latin y Filosofía, siete años de Sagrada Teología y dos años de Derecho Canónico, obteniendo los más altos calificativos y los primeros premios.

En 1887, después de brillantes exámenes, se graduó de Bachiller, Licenciado y Doctor en Sagrada Teología, obteniendo el calificativo *nemine discrepante*, que es el mayor de dicha Facultad.



En 1890, con la misma nota sobresaliente, la Universidad Literaria de Valencia le confirió el título de Bachiller en Artes.

Su carrera de estudiante fue fecunda, ejemplar y meritoria, pues siempre se distinguió por haber hermanado en todo momento la piedad y la ciencia.

El 25 de febrero de 1888 fue ordenado de Presbítero, pre-

VALENCIA



Vista panorámica de esta bella ciudad del Mediterráneo, con mas de 230 mil habitantes—cruzada por el Turia; entre sus monumentos notables se cuenta la Catedral, destacándose desde gran distancia el campanario llamado el Miguelete, torre octógona de 51 metros de altura. Es Valencia una de las ciudades españolas que mas ha progresado en los últimos años.

vía dispensa Pontificia de un año próximamente de edad y a título de patrimonio.

Medio ambiente de su vida consagró a la enseñanza; fue profesor auxiliar del Seminario del Turia desde 1883 a 1885 y numerario de Latín y Humanidades, Retórica y Poética y Metafísica, doce años, desde 1887 1899.

Durante el curso de 1899 a 1900 explicó de la Summa de Santo Tomás, las cuestiones más difíciles. En esta cátedra el joven profesor, según testimonio de sus discípulos y de los alumnos todos, dio una espléndida y cumplida manifestación de aquella universal suficiencia que le caracteriza, razón por la cual sus antiguos discípulos, comprofesores, compañeros y cuantos le conocían presintieron y auguraron con rara unanimidad los destinos que le estaban señalados.

A su paso por el Decanato de los colegiales, dejó huellas inextinguibles de su deber, que ya auguraba el elevado puesto que como orador se ha conquistado.

Socio activo de la academia científico-literaria de la Juventud Católica valenciana y muchos años vicepresidente de su sección literaria y musical, es, en aquel centro, perdurable el recuerdo de sus iniciativas y prestigios, y profunda la gratitud hacia el joven presbítero, quien, no obstante las fatigas de continuada y pesada labor, supo marcar una época esplendorosa al calor de la oración y la ciencia.

MENTALIDAD DEL CARDENAL

Literariamente considerado, el doctor Benlloch es una persona de relevante mérito y de una cultura amplia y profunda, en la que se destacan, perfectamente equilibradas, las concepciones de la ciencia más abstrusa y los gustos más exquisitos del verdadero artista, pues como hijo de la poética región levantina, es de fecunda y brillante imaginación, ferviente cultor del arte, y entusiasta por lo bello y por lo bueno en todas sus manifestaciones.

Profesor de nota, escritor de relevante estilo, polemista convincente, poeta de originalidad, canonista de alto vuelo, orador inconfundible, filósofo de profesión. Sus pensamientos profundos están contorneados de una sonrisa elegante; sus consejos paternales llevan un sello musical; el deber le hermana con el amor y en todo se manifiesta grande, pero siempre amable.

Las espinas del deber que cumple llevan siempre la rosa del amor que alienta. Así nos lo declaran el libro, la pastoral, la revista, el periódico, las lecciones, los consejos donde extiende su radio de acción.

Director de la revista "Anales de Felicitación Sabatina". Vocal de los tribunales de oposiciones a escuelas elementales y superiores de niños del Distrito Universitario de Valencia por nombramiento de la Dirección general de Instrucción pública; vicerector, a los 17 años, de un colegio incorporado al Instituto de la provincia de Almería; diversas veces premiado con medalla de oro y plata en los memorables certámenes literarios celebrados por la Sociedad Económica de Amigos del País, de Valencia; miembro de la Junta General y, más tarde, vicepresidente del Conservatorio de Música de la misma ciudad, en el que se conserva grata memoria del paso de tan culto sacerdote; fehacientes pruebas de su sabiduría musical y elevado concepto, de su reconocida competencia artística; Vocal de la Junta General de la Exposición Segoviana y de su Comisión Ejecutiva; Presidente del Jurado *Segovia retrospectiva*, no habiendo quien no recuerde en España con fruición la maravillosa elocuencia del doctor Benlloch en las memorables noches de la primera Junta y en el día de la inauguración.

Estos breves rasgos basten para dar una idea, no sólo de su absoluta universalidad científica, literaria y artística, sino también de su prodigiosa actividad, pues sería interminable seguirlo en el camino de sus merecidos triunfos, detallando títulos, méritos y servicios.

SU CARRERA PARROQUIAL

Durante su carrera de vida parroquial, el ilustre sacerdote fué Coadjutor de Almácer (Valencia), desde el 1o. de marzo al 31 de agosto. Beneficiario de la Real Parroquia de los Santos Juanes de la capital, cargo colativo para el que fué nombrado desde el 20 de noviembre de 1888. En el año de 1894, a los 29 años de edad, fué designado Cura Rector en una jurisdicción de más de 32.000 feligreses. Al frente de este delicado cargo el joven párroco supo electrizar con su palabra y deslumbrar con la sublimidad y esplendor de las funciones religiosas a toda su feligresía que miraba en él a un amigo entrañable, un consejero leal, un tierno hermano y un amoroso padre.

Como párroco, su caridad fué inagotable para con todos los infelices desheredados que lo asediaban para participar de las tar-

guezas de su bondad. De aquí la gran corriente de simpatías que supo captarse en todas las esferas de la sociedad española.

SU ACTUACION EN LA ARQUIDIÓCESIS DE VALENCIA

A los 25 años de edad fué nombrado Fiscal General de la Arquidiócesis de Valencia, cargo que desempeñó a satisfacción durante cuatro años. Poco después recibió los títulos de Provisor, Vicario General de la mencionada Arquidiócesis, y Delegado General de las Capellanías del obispado de Segovia. El 10 de agosto de 1889 fué nombrado Subpromotor de la Fe en la causa de beatificación de la Vizcondesa de Jorbalán, María Micaela Desmassières. En este proceso, desde el principio hasta el fin, acreditó, una vez más, su exquisita prudencia, la sutileza y notable poder de su entendimiento, y una fuerza de voluntad y constancia inagotables.

Tanto al frente de su parroquia como en los demás importantes cargos públicos que desempeñó, el joven presbítero adoptó por sistema el ejemplo, por arma la caridad, por castigo y venganza la misericordia y el perdón, por escudo la fe, por guía la ciencia. En el terreno de la lucha y de la paz, en el palenque de la disensión, en el púlpito, en la academia y hasta en la conversación particular, su hermosa palabra respondió siempre a su inmenso corazón. Orador de fama, como lo hemos dicho, nunca brotan de sus labios sino concepciones encantadoras, luminosas ideas, imágenes esculturales.

Su alma siente con toda intensidad la belleza y el bien; y así hace llorar porque llora, y hace gozar porque goza.

Sus grandes ideas las vierte en brillantes períodos de inimitable factura.

PROMOCIONES MERECIDAS

Tan extraordinarias cualidades del ilustre sacerdote no podían menos de llamar la atención de los altos poderes de la Iglesia y del Estado; tan grandes méritos no debían tardar en encontrar recompensa. Y así fue. El 16 de noviembre, cuando el doctor Benloch no había cumplido 37 años de edad, el Nuncio Apos-

tólico, especialmente facultado por Su Santidad León XIII, lo elegía y nombraba Administrador Apostólico de la Diócesis de Solsona. Al año siguiente, el 16 de diciembre, fué preconizado Obispo Titular de Hermópolis.

El ilustre biografiado tuvo la alta honra y dicha singular de entrar en el Episcopado por espontánea elección y libre nombramiento de la Santa Sede, con el beneplácito de la Corona y el Gobierno; cosa que no es común en España y en los países que mantienen el Concordato con Roma.

Prueba muy elocuente de las simpatías que se había conquistado fué la solemnidad de su Consagración Episcopal. Tuvo lugar en Madrid, en la iglesia de San Francisco el Grande, el 2 de febrero de 1902.

Como prelado de esta diócesis, el Boletín Oficial del Obispado de Solsona dice lo siguiente: "Padre solícito y extremadamente cariñoso, consejero sabio y prudente, guía experimentado en todos los negocios relativos a la dirección de las almas y gobierno de los pueblos, con el corazón lleno de santo entusiasmo y rebozando energía, empuñó el timón de la nave de la iglesia de Solsona con la maestría y buen fino, que cada uno de sus actos y cada nueva disposición provocó siempre una salva de aplausos de la Diócesis entera".

SU TRASLACION A LA DIOCESIS DE URGEL

Después de haber desarrollado gran actividad en beneficio positivo de la doctrina de Solsona, el celoso pastor fué preconizado Obispo de Urgel en el Consistorio de 6 de diciembre de 1906; tomó posesión de su nuevo obispado el día 11 de julio de 1907 y el 25 del mismo mes hizo su entrada, cuando sus feligreses conmemoraban la festividad del Apóstol Santiago.

Aunque reconocieron los solsonenses que su obispo, monseñor Benlloch, tenía muy merecido el ascenso, sin embargo, el dolor fué universal y profundo en toda la Diócesis, que no sabía resignarse a tan sensible pérdida.

En Urgel era ya conocido y admirado por haber estado allí en otra ocasión. Su fama era mundial y por eso su acción fue siempre benéfica y provechosa en su nueva diócesis, donde supo acreditar, una vez más las importantes obras de su glorioso episcopado.

EN EL PRINCIPADO DE ANDORRA

El día 19 de agosto de 1908 tomó posesión del Principado de Andorra, de cuyo acontecimiento se ocuparon todos los periódicos del reino de España en términos halagueños, pues aquel acto superó a todos los verificados anteriormente. El nuevo Soberano de Andorra dirigió al pueblo su elocuente palabra en un discurso que arrastró a las muchedumbres consigo, en medio de frenéticas aclamaciones.

Bajo su gobierno y amparo, Andorra tuvo días gloriosos de paz y bienandanza, pues aparte del fruto espiritual que cosechó entre sus gobernados, realizó muchas obras de mejora local, abriendo carreteras, extendiendo alambres telegráficos y telefónicos, levantando edificios públicos, mejorando los métodos de instrucción, reglamentando los servicios de administración pública, favoreciendo la industria y el comercio y dictando sabias disposiciones para hermanar el capital y el trabajo.

CONDECORACIONES QUE HA RECIBIDO

Las singulares dotes que distinguen al cardenal Benlloch le han hecho poseedor de varias condecoraciones y especiales distinciones de parte de España y de otras naciones extranjeras. Son las siguientes: Caballero Gran Cruz de la S. M., Orden del Santo Sepulcro y de la del Mérito Militar, Gran Placa de la Cruz Roja, Capellán de Honor y Predicador de S. M., Capellán de Honor de la Maestranza de Caballería de Valencia y del Cuerpo Colegiado de la Nobleza de la misma, Arcade de Romano, Socio correspondiente de las Reales Academias de Historia y de Bellas Artes de San Carlos de Valencia y de la de Buenas Letras de Barcelona, título y medalla de académico de la Real Academia de la Historia, socio correspondiente a la Academia de Bellas Artes de San Fernando de Madrid.

Aparte de estas condecoraciones muy merecidas por el conspícuo biografiado, recibió muchas ofrendas de las instituciones civiles y religiosas de Solsona, Andorra y Urgel, y posteriormente de Burgos, donde sus altos merecimientos le han conquistado la fervorosa admiración de los hombres.

SU AMOR ESPECIAL POR LA CLASE OBRERA

Durante su carrera episcopal muchas son las obras que emprendió y llevó a cabo en favor del proletariado. Con espíritu avizor comprendió que la instrucción del pueblo es el fundamento de la prosperidad nacional y de ahí que su primer cuidado fue siempre la fundación de escuelas gratuitas y la protección eficaz a las ya existentes en los territorios de su jurisdicción. Entre las muchas obras de esta naturaleza, podemos citar el Instituto Obrero, que lo organizó admirablemente y que hasta hoy viene dando óptimos frutos en Urgel. Esta Sociedad consta de las secciones siguientes: Propaganda, Conferencias, Defensa de los derechos e intereses de la Iglesia y del obrero, Económica, Sindicato Agrícola y Caja de Ahorros, Socorros a los socios pobres y enfermos, Patronato de obreros y aprendices, Música, Excursiones y recreos para los jóvenes.

La cátedra, el teatro y la prensa preocuparon siempre su atención, a fin de proporcionar al pueblo buenas doctrinas, diversiones honestas y sanas lecturas. Cultor del Arte de Orfeo, estableció un centro musical de provechosos resultados, pues de allí han salido muchos compositores de música profana y religiosa.

Fundó, además la Caja de Pensiones para la Vejez, las Mutualidades Escolares, Círculos Católicos y el Hermanaje a la Vejez y otras instituciones de Auxilios Mutuos, tendientes a beneficiar a las clases menesterosas.

EN EL PARLAMENTO ESPAÑOL

El 15 de julio de 1919, cuando se celebraba el séptimo centenario de la consagración de la iglesia Catedral de Burgos, fué elegido, por unánime votación, Senador Vitalicio del Reino. Investido el doctor Benlloch con este alto carácter de Padre de la Patria, no escatimó esfuerzo alguno para cumplir su delicada misión, aportando el contingente de su saber y hermanando los intereses de la Iglesia y del Estado. Jamás fué político; jamás ha figurado en partido alguno; no ha tenido más filiación que servir —como él dice— a la causa de Dios y de la Patria, sin pasiones de ninguna clase.

Las pocas veces que ha tenido ocasión de intervenir en los debates del Senado, han sido admiradas la brillantez de su peroración y su habilidad en ceñirse al asunto que se discutía, como por su forma netamente parlamentaria y natural en que la desenvolvió, reveladora de conocer los más secretos resortes de esta clase de contiendas, que parecía serle habitual.

La "Gaceta Administradora" de Madrid detalla al respecto, en términos altamente elogiosos, la actuación del doctor Benlloch como orador parlamentario, profundo, raro e inimitable, razón por la cual sus colegas le tienen en el alto concepto de admiración y respeto.

Siempre llevó al Parlamento la voz del obrero y consiguió que se dieran leyes beneficiosas a la situación de la clase proletaria. De este modo, haciéndose todo para todos e interesándose eficazmente por el bienestar del obrero, sin detrimento de los derechos del capital, ganó admirables triunfos para el progreso material y espiritual de sus representados.

EN EL ARZOBISPADO DE BURGOS

Después de diecisiete años de Pontificado y antes de cumplir cincuenta y cuatro de edad, fué nombrado Arzobispo de Burgos por Real decreto de 21 de noviembre de 1918 y preconizado el día 7 de enero de 1919.

Los burgalenses, al saber que su ilustre mitrado debía de pasar a la arquidiócesis de Burgos, exteriorizaron sus sentimientos de dolor; pero al mismo tiempo decían: "Acatemos resignados los divinos designios. La Iglesia y la Patria han querido dar público y solemne testimonio de la alta estima en que tienen las egregias cualidades y grandes merecimientos del excelentísimo doctor Juan Benlloch y Vivó, poniéndose de acuerdo la cabeza visible a mayor dignidad y confiarle una misión de esta, para elevarle a mayor dignidad y confiarle una misión de superior importancia. Ello es sumamente honroso para su excelencia reverendísima y es para sus hijos poderoso motivo de satisfacción y consuelo".

En la Sede Metropolitana de Burgos, así como en todos los lugares hasta donde extendió su radio de acción, supo siempre hermanar la virtud y la ciencia, el dogma y el progreso, la fe y las conquistas de la razón humana, las solemnidades religiosas y los adelantos científicos.



CATEDRAL DE BURGOS

Por eso las multitudes lo aclamaban y seguían; lo amaban y bendecían. Por eso también el Rey y el Papa se fijaron en él para cubrirlo de honores y encumbrarlo a la altísima dignidad de Cardenal, designación que provocó un regocijo inefable en los círculos católicos del mundo y, especialmente, en la legendaria Patria del inmortal Cervantes.

LA PUERTA REAL O DE SANTA MARIA



Fernando III el Santo y el Obispo D. Mauricio, que lo era de Burgos de 1214, colocaron la primera piedra. En 1240 pudo celebrarse el Divino servicio en el Coro.—La bellísima fachada de la Catedral de Burgos, tiene tres cuerpos; en el primero se abre la *Puerta Real*, o de Santa María. Las innumerables bellezas artísticas y el rico caudal de reliquias históricas que hay en esta Catedral, hacen de este monumento uno de los más gloriosos del arte español. Describir todo el prodigio de arte que se encierra en este templo, sería labor para cientos y cientos de páginas, porque la Catedral de aquella vieja capital castellana es uno de los más inmortales relicarios de nuestra raza. Fue construída por el arquitecto Juan de Colonia, siendo el primer ejemplar en España de iglesia de tipo francés.

DE ARZOBISPO A CARDENAL

Los hechos no pueden dejar de ser lo que son y, por consiguiente, en ellos no caben exageraciones, cuando se impene la

realidad. El Arzobispo de Burgos no solo tuvo grandes concepciones e inmejorables proyectos al frente de su elevado magisterio; desde que se inició en la vida clerical con la recepción de la sagrada tonsura, supo convertir en hecho real todo cuanto de bien ideaba para cumplir con la sagrada misión de velar por la fe de sus antepasados. Sus hechos mismos le fueron confiriendo grado a grado los más altos cargos de la jerarquía eclesiástica. Ideal y acción fué norma durante su vida como seminarista, párroco, canónigo, obispo, soberano, senador y hoy como Cardenal. Así laboró con amor y constancia admirables, y por eso, sin él saberlo, en el Consistorio celebrado por Su Santidad el Papa Benedicto XV, el 7 de mayo de 1921, fue preconizado Presbítero Cardenal del título de Santa María de Arauco.

Recibió el capelo cardenalicio en el Consistorio público celebrado en Roma en junio de 1921.

Esta nueva y altísima dignidad eclesiástica vino a sellar los altos merecimientos del apóstol abnegado; debiendo decirse que el excelentísimo señor Benlloch es el más joven de los cardenales que, al lado del Soberano Pontífice, orientan los destinos de la Iglesia Universal.

No obstante la altísima dignidad que inviste el ilustre purpurado, su modo de ser no varía; grande con el grande, chico con el chico. La afabilidad es su característica y posee el supremo don de atraerse a las gentes.

Al respecto dice un conocido escritor argentino: "Su prócer figura física, realmente imponente y realzada con los hábitos purpúreos de su elevada dignidad eclesiástica, no sólo no encoge los ánimos, ni impresiona por lo exótica en este país donde no se conocen los cardenales, sino que en breves instantes, como si de él emergiera un efluvio de franca atracción y simpatía, convierte en adictos a los indiferentes y suelda definitivamente a los adictos como en una amalgama de afectos recíprocos de tiempo atrás cultivados".

EL CARDENAL BENLLOCH ORADOR

Quedan gratamente impresionados y disfrutan de suave deleite los que alcanzan a conocer la sublimidad y excelencia del arte en sus múltiples manifestaciones y saben estimarla en su justo valor.

Si hermoso y sublime es contemplar una obra de pintura trazada por mano de habil artista, o una escultura artísticamente modelada o escuchar una pieza musical, fruto de la inspiración del genio; hermoso y sublime es también y algo que embelesa, que arrastra, que fascina, ver al alma asomarse a los labios de un orador, expresando con arte maravilloso cuanto ella piensa, siente o quiere.

Por eso, dignos son de admiración y de loor los oradores de verdadero nombre, que, saben interpretar y reproducir admirablemente por medio del lenguaje, aquella belleza infinita, aquella hermosura siempre antigua y siempre nueva de que habla el águila de Hipona y que constituye la vida y el alimento de las grandes almas, de los corazones tiernos y delicados que palpitan y sienten nostalgia por todo lo bello, grande y bueno.

No ha mucho, tuvimos oportunidad de admirar y apreciar en lo que merecen, las relevantes cualidades oratorias del Eminentísimo Cardenal Benlloch y Vivó, que, sin duda alguna, es uno de los más notables cultivadores de la cadenciosa y enérgica lengua de Cervantes, razón por lo que, goza de merecido renombre universal.

Hemos admirado en él, junto con su gallardo continente, la galanura y flexibilidad de su estilo, la vibración y potencia de su voz, la fecundidad y lucidez de sus prensamientos, tan oportunos, bellos y delicados, la majestad y naturalidad de su acción; en una palabra, hemos sido altamente honrados y complacidos sobremanera, con la presencia de uno de los príncipes de la más perfecta y acabada elocuencia.

Pocos son, en efecto, los oradores que, como el Cardenal Benlloch, hacen derroche de verdadera elocuencia. En un mismo día y en diversas oportunidades, hacia uso de la palabra ante selecto y numeroso auditorio y sin la preparación que reclamaba la solemnidad de las circunstancias, debido a sus múltiples atenciones, que le restaban el tiempo necesario para preparar sus brillantes alocuciones.

A todos cuantos le agasajaron con la exquisitez y elevada cultura, cual correspondía al doble y altísimo carácter del que estaba investido, contestó siempre con amabilidad, con gentileza y natural desenvoltura.

Lástima, sin embargo, que todos sus discursos, que pode-

mos calificar justamente de magistrales, de modelos acabados de elocuencia; no hayan sido totalmente reproducidos, con la fidelidad y exactitud que hubiera sido de desear. Imágenes brillantísimas, pensamientos sublimes y períodos de exquisito sabor artístico, que pasaron desapercibidos, nos hubieran servido de un recuerdo. sumado a los numerosos que ha dejado entre nosotros. Y hubiéramos poseído, además, un tesoro literario de inestimable valor, cuya lectura hubiera deleitado a los que con entusiasmo y tesón, cultivan el arte de bien decir.

Su Eminencia que tantas y tan evidentes demostraciones ha dado del prestigio de que goza como orador, no solo sagrado, sino también parlamentario, deja en nuestro ánimo recuerdos imborrables, y quiera el cielo depararnos nuevamente la dicha de tenerlo en nuestra patria, iluminándonos con los destellos de su preclara inteligencia y haciendo vibrar plácidamente nuestros corazones con el mágico acento de su insuperable y prodigioso verbo.

EL CARDENAL BENLLOCH

(Boceto de semblanza)

Levantino de recia contextura,
alma de artista, corazón ardiente,
es la grandeza el adecuado ambiente
de esta noble y simpática figura.

Estaba donde está, siempre en la altura,
luchando con fervores de creyente;
que el nimbo de la gloria está en su frente
más que en la egregia y santa vestidura.

Quiso en él la Divina Providencia
fundir en haz de mágica armonía
fortaleza y bondad, virtud y ciencia.

Lleva en el alma fe, luz, alegría...
y vibran en su cálida elocuencia
los fulgores del sol del Mediodía.

Antonio Chapuli Navarro.

LA COMITIVA DEL CARDENAL BENLLOCH

Acompañaban al Emm. Cardenal Benlloch y Vivó, las siguientes personalidades: el R. P. Calasanz Rebaza, primer crador de la embajada, sacerdote escolapio elocuentísimo, periodista y poeta; el R. P. Luis Urbano, dominico, literato y orador; el R. P. Silverio de Santa Teresa, carmelita, oriundo de Burgos, literato y crítico, comentador de la gloriosa doctora



R. P. Carmelo Blay

de Avila Sta. Teresa de Jesús y confesor del Cardenal; el R. P. Adolfo Villanueva, escolapio y lingüista, matemático distinguido y galano escritor, que viene investido como cronista de la Embajada, siendo también un virtuoso de la pintura y caricaturista feliz; el Superior General de los mercedarios, R. P. Inocencio López, que viaja con su secretario, el P. Delgado; el R. P. Sr. D. Carme-

le Blay, que actúa como Secretario de Cámara; el Sr. D. José Vivó, camarero secretario; el Sr. Don Francisco de Estévanez, Gentil hombre de su eminencia Monseñor Benlloch, y el R. P. de la orden de San Ignacio de Loyola, don Antonio Oráa.

LAS ROSAS DE LIMA

Vengo, en viaje mundial, desde Valencia,
La ciudad española de las flores,
Do crecen las más bellas en colores,
Y triunfan las más ricas en esencia.

Del sol primaveral la transparencia
Allí bordó los cármenes mejores:
Y vistos de Valencia los primores,
No admiten de otras flores competencia.

Así pensó mi apasionada estima:
Que mi patria fue tierra de jardines,
Mas al correr del mundo los confines,

Gózase en consignar mi pobre rima:
Que en Valencia no hay Rosas como en Lima,
¡Que en Lima son las Rosas serafines!

Calasanz Rebaza, (Esculapio.)
de la Embajada Cardenalicia



Sr. D. AUGUSTO B. LEGUIA, Presidente de la República



EL PRESIDENTE LEGUIA PATROCINADOR DE LA VISITA DEL CARDENAL BENLLOCH

Entre las personalidades más eminentes con que cuenta el Perú, dotadas de capacidades extraordinarias y revestidas de esa superioridad energética y espiritual, indispensable para el gobierno de los pueblos, descuelga majestuosa y con lineamientos inconfundibles, la del eximio y probo repúblico, don Augusto B. Leguía.

Sin pretender escribir una biografía completa de tan distinguido ciudadano, quiero concretarme únicamente a trazar a grandes rasgos su patriótica gestión gubernativa, y las dotes que requiere el desempeño de tan importante y trascendental misión.

Los pueblos de incipiente formación, que se echan a andar con paso vacilante por la senda de la civilización, necesitan imperiosamente, para realizar su futuro destino en la vida compleja de las nacionalidades, del concurso eficaz de hombres providenciales, que, con miras levantadas y ennoblecedoras, consagren el contingente de sus energías al engrandecimiento de la patria que nació su cuna y que ha de servirles de teatro de sus hazañas en el curso de su vida pública.

Si se tiene, además, bien entendido que los pueblos jóvenes, carecen de la discreción y madurez de juicio necesarios para gobernarse bien y de aquella cohesión y solidaridad, que debe existir entre los elementos que los constituyen, para afianzar más y más el robustecimiento de la conciencia nacional, no se puede menos de reconocer la necesaria cooperación de los grandes, hombres, que por sus merecimientos y virtudes cívicas, intelectuales y morales, son los grandes factores de impulsión y dirección social.

A esa falta de discreción, de espíritu colectivo y de sacrificio patriótico, se debe en gran parte, la vida azarosa y anémica que ha llevado el Perú en la primera centuria de su vida independiente. Las luchas fratricidas inspiradas en egoísmos bastardos y mez-

quinos intereses; la crítica mordaz y venal que desdora las reputaciones más inmaculadas, que deprime los valores más encumbrados y desvirtúa la bondad y excelencia de personas, hechos y cosas que enaltecen y hacen honor a nuestra nacionalidad; todo esto, entorpece la marcha ascendente del Perú y dificulta la pronta solución de los problemas tanto internos como externos, que más deben preocupar la atención de los gobiernos, a quienes toca la conservación del orden y de la defensa de los bien entendidos intereses nacionales.

Estas deficiencias que son el cortejo inseparable de los pueblos que no han entrado aún en la época de su completo desarrollo, lo han sido también del nuestro, que presa de horribles convulsiones políticas, y postrado por el desorden y la indisciplina de sus hijos, se detiene hoy en medio del camino, vuelve atrás la mirada y no encuentra más que míseros despojos, escombros, ríos de lágrimas y de sangre. Tiende su vista al porvenir y vislumbra espesos y negros nubarrones, precursores de horribles tempestades.

Todo esto es triste y amargo, es verdad; pero no hay que desmayar. Antes bien, sirvanos el pasado de lección para el porvenir y de estímulo eficaz, la infatigable labor evolutiva de otros pueblos y naciones, si queremos de verdad que nuestra patria sea grande próspera y feliz.

Si es cierto que nuestra vida republicana ha estado sujeta a mil azares, contratiempos y peligros, no lo es menos que, de vez en cuando hemos visto surgir del seno de la patria hombres privilegiados, que, a la manera de esos faros que en la inmensidad del océano señalan seguro derrotero a los navegantes, disipando las tinieblas e indicando los escollos en donde fácilmente se puede naufragar; no de otra suerte, esos hombres marcan a las naciones los rumbos que deben seguir; con su esclarecido talento imprimen nuevas y luminosas orientaciones, y venciendo obstáculos y sorteando peligros, los conducen a la realización de sus gloriosos destinos.

Uno de los hombres a quien la mayoría de los peruanos rinde homenaje sincero de cariño y veneración, en quien cifra sus esperanzas la Nación y de quien depende, en gran parte, en los actuales y difíciles momentos, su resurgimiento y prosperidad, es D. Augusto B. Leguía. El, en medio de las odiosas rencillas domésticas y del estado de indecisión y desmayo en que han caído los espíritus, se yergue altivo y enérgico para conjurar los

graves peligros que amenazan reducir a escombros al edificio de nuestra nacionalidad.

Patriota de recia textura espiritual, de voluntad indomable y resuelta, de un optimismo eficiente y de una inquebrantable perseverancia, es, sin disputa alguna, en la actualidad, el único ciudadano capaz de salvar a la nación de un espantoso caclismo y de preparar la formación de la conciencia nacional.

Como patriota, el señor Leguía luchó en la aciaga contienda del 79 por la integridad nacional, en los reducos de Miraflores.

Desde que fué exaltado al solio presidencial por voluntad unánime de los pueblos del Perú, dió a conocer su admirable talento diplomático, en la enérgica defensa de los intereses nacionales y en el vivo interés que ha desplegado por solucionar todos los problemas fronterizos que tenemos pendientes con las repúblicas vecinas, y sobre todo, en su patriótica actitud, digna del aplauso de sus conciudadanos, obligando al infame detentador de nuestros territorios, a someter la causa del Pacífico al arbitraje de Washington.

Este litigio adquirió mayor relieve y se tornó más espinoso, desde la época en que el señor Leguía, celoso guardador de los fueros de su patria y consciente de la importante misión que le encomendara el pueblo peruano, rechazó el irónico ofrecimiento que Chile había hecho de depositar en la Cripta de nuestros héroes mientras que nuestros compatriotas, en Tacna y Arica, eran víctimas de toda clase de atropellos.

Si se toman en cuenta, además, las apremiantes exigencias del Brasil para solucionar la cuestión de límites y la enfática declaración del Ecuador, desconociendo el laudo arbitral de España y la tirantez de relaciones con Colombia y la actitud airada de Bolivia, negándose a reconocer el fallo del Presidente argentino, Figueroa Alcorta y los maquiavélicos manejos de Chile, azuzando a las demás repúblicas a declarar guerra al Perú, prometiéndoles su apoyo material y moral, como lo demostraron los telegramas secretos que publicó oportunamente, gracias a la habilidad de nuestra cancillería "El Comercio" de esta capital; si se considera todo esto, digo, bien se echa de ver, que el primer período presidencial de Leguía estuvo cercado de peligros y que él fué quien desbarató los planes chilenos y salvó la Nación de un gravísimo peligro.

Estos hechos comprueban su ascendrado patriotismo; estas son sus más brillantes glorias, estos sus mayores triunfos.

Al poco tiempo, el conflicto con el Brasil fué definitivamente solucionado; Bolivia entabló negociaciones diplomáticas con nuestra cancillería; Ecuador, temeroso de sufrir mayores desastres ante el gesto heroico de nuestra juventud, olvidó su grito de "Tumbes-Marañón o la guerra"; Colombia, decepcionada con la artera política del Mapocho, juzgó necesario cultivar relaciones de cordialidad con el Perú, al que está unida por unos mismos ideales y unas mismas tradiciones.

Fuerza es también reconocer que, a su preclaro talento diplomático se debe la elegancia regia y fino exquisito y delicado de que dió elocuente testimonio, con motivo de la celebración del primer centenario de nuestra independencia, mereciendo por ello, el señor Leguía, las más cordiales y entusiastas felicitaciones de los representantes y embajadores de las demás naciones, que con su presencia dieron mayor realce y solemnidad a las fiestas centenarias.

He aquí en pocas palabras sintetizada la labor patriótica y diplomática del señor Leguía, quien pone en juego todos los recursos que están a su alcance, para llevar a feliz término la solución de todos los problemas de carácter internacional. A tal punto, que podemos afirmar, para consuelo y satisfacción nuestra, que, hoy por hoy, no falta casi ningún litigio que plantear en el terreno diplomático, pues, los que tenemos con el Ecuador y Colombia, pronto se pondrán en claro, y con éxito halagador para el Perú, como fundadamente esperamos.

Como gobernante, podemos afirmar sin faltar a la verdad, estudiando esta faz de tan eminente personalidad a la luz de la crítica severa e imparcial, que Leguía posee excepcionales dotes de gobierno, que lo coloca en la categoría de los hombres superiores de poderosa capacidad orientadora.

Profundo conocedor de la psicología de su pueblo, observador atento de los misteriosos resortes del corazón humano, y consciente, a la vez, de su propio valer, para regular sabia y prudentemente la marcha de la colectividad, Leguía no puede menos de ser un inteligente y meritisimo mandatario.

La dirección suprema de los pueblos, requiere una gran capacidad y una voluntad enérgica y Leguía posee estas cualidades en altísimo grado.

Desde la condición de simple ciudadano, ha ascendido gradualmente, desempeñando con lustre, mérito y general beneplácito de sus compatriotas, los puestos que le fueron encomendados



Don Augusto B. Leguía, Presidente de la República, rodeado de los Embajadores que asistieron a las suntuosas fiestas del Centenario Nacional, después del banquete celebrado en los salones del Palacio de la Exposición la noche del 27 de Julio de 1921

hasta ocupar el alto situar de primer magistrado de la nación. Y la rapidez de su ascenso y la brillantez de su carrera política, la debe, no al favor ajeno ni a las influencias privadas, sino a sí mismo, a sus merecimientos. Y quien es capaz como él de labrar su fortuna personal con esfuerzo tenaz e inteligente, lo es también de llegar a los más altos puestos de la administración pública, por su labor sustantiva, por sus dotes excepcionales de gobierno, de que dió palpable testimonio, como Ministro primero, y como Presidente después.

Y ¿quién se atreverá a poner en tela de juicio su poderosa energía de carácter que arrolla como torrente impetuoso las dificultades que encuentra a su paso; que se ríe de los peligros y de la misma muerte; que tiene la firmeza de las rocas, el empuje del huracán, la serenidad de las cumbres?

Legnía tiene aquella fuerza de voluntad poderosa e invencible que distinguieron a los conquistadores que sojuzgaron imperios con la punta de su espada; de las grandes inventores que a fuerza de sacrificios, sudores y trabajos, asombraron al mundo con sus maravillosos triunfos; de los descubridores de nuevos mundos, de tierras desconocidas por los geógrafos y de razas desconocidas por los antropólogos; de los políticos de voluntad ferrea, que cambiaron la faz de los pueblos dándoles nueva forma, imprimiéndoles nuevas orientaciones y laborando eficazmente por su grandeza y prosperidad; de los apóstoles de la religión y de la ciencia que con admirable constancia, sometieron al mundo al imperio de la sabiduría y de la virtud.

Es inflexible su voluntad cuando se discuten los grandes intereses de la nación y es condescendiente y elástica, en tratándose de pequeñeces. Así piensan y así obran los hombres de carácter, como Legnía.

De esa clase de caracteres que nunca se rinden, que no se doblegan jamás ante los reveses de la fortuna, que de pie ante la tempestad permanecen siempre firmes y serenos, nos dió ejemplo luminoso el 29 de Mayo de 1909, día aciago, que pasará a la historia como una lección importantísima de lo que son y valen los hombres de carácter, que, antes de traicionar a su conciencia, de faltar a su deber y de manchar el decoro de su altísima investidura, prefieren sacrificarlo todo, hasta su propia vida. Ni las amenazas, ni las cobardes afrentas de que se le hizo objeto, nada, nada bastó para arrancarle la firma de su dimisión. "Mi vida nada vale. Si muero aquí, decídl a mi madre, a mi esposa y a mis hi-

jos, que sucumbo cumpliendo con mi deber". Estas fueron sus palabras, que demuestran su carácter de hierro, que salvó la Cons-

EL MONUMENTO A SAN MARTIN



Inaugurado por el Presidente de la República D. Augusto B. Leguía.
La más imponente de las ceremonias en las Fiestas Centenarias.

titución de una catástrofe horrible y contuvo la formidable revolución que amenazaba al país.

Pero, al mismo tiempo, digna es de admiración y aplauso su excesiva bondad, llegando al punto de rechazar las insinuaciones que se le hicieron para que ordenase el inmediato fusilamiento de los facciosos apresados, concretándose tan sólo a entregarlos al juzgamiento de un tribunal, nombrado al efecto.

Una prueba más aún de su acerrada voluntad y de su carácter bondadoso y magnánimo.

Leguía creyó llegado el momento de señalar a los partidos el deber de disolverse y los partidos se disolvieron, humilláronse ante la superioridad del hombre que regía los destinos de la patria, y hubieron de reconocer que no fueron ellos quienes elevaron a Leguía, sino Leguía quien los mantuvo a ellos, hasta desaparecer del escenario político, llevando una vida de esterilidad y de inacción.

Pero, a la vez que impone a los partidos la obligación de disolverse, con el sano propósito de evitar luchas y odiosidades entre ellos, que eran verdaderos resortes de antagónicas corrientes de dirección pública, concede amnistía a los autores del movimiento revolucionario de Mayo, encabezado por el que fué Dr. Augusto Durand.

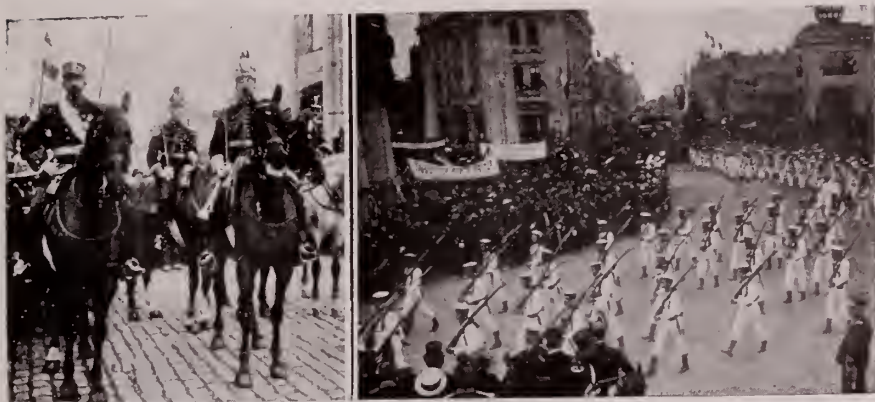
Y un poco más tarde, en 1909, da pruebas de un amplio espíritu conciliador; realiza la unificación de la familia peruana, otorgando a los diferentes partidos políticos derechos de representación en el parlamento nacional, política que dió en llamarse en aquel entonces, de ubicación.

Ya hemos visto, cómo correspondieron sus conciudadanos el 29 de Mayo de ese mismo año, a sus anhelos de paz y fraternidad y a sus elevados ideales patrióticos, y cómo él, domando innobles deseos de odio y de venganza, tomó una actitud noble y caballeresca y se mantuvo en un estado de ecuanimidad y de grandeza que inspira el respeto y la admiración.

Importante y fructuosa fué su primera gestión administrativa, dando muerte a la oligarquía preponderante, en torno de la cual giró cerca de medio siglo la masa colectiva, así como antes se había dejado deslumbrar por la gloria que algunos caudillos militares adquirieron en las jornadas épicas de la emancipación; dió de mano a los inadaptables moldes arcaicos de sistematización democrática y echó los cimientos de una nueva organización republicana. Arrojó la simiente de la prosperidad nacional en los surcos de la fé popular, y hoy estamos viendo y palpando la

fructificación de esa simiente, generadora de bienes positivos para la colectividad.

Consagró sus esfuerzos a la construcción de vías férreas, fomentó la instrucción, inició diversas obras de pública utilidad, mejoró las condiciones del ejército e incrementó nuestro poder



El General argentino Martínez al mando de la línea en la gran parada militar del 27 de Julio de 1921
Desfile de la marinería del acorazado "España"

naval, firmando un contrato, que fué anulado por quienes le sucedieron en el gobierno.

No realizó otras obras de mayor importancia, debido a la ruda oposición de sus enemigos políticos, que, no pudiendo resistir la superioridad de su formidable adversario, sembraban de estorbos la senda de su gloriosa carrera política y decretaron su expatriación, cual sí fuese un elemento nocivo y enemigo de la patria, siendo, como lo es, en el concepto de la opinión pública formada por todos los ciudadanos justicieros y honrados, el factor primordial del engrandecimiento patrio y elemento de sólida y bien merecida reputación.

Pero no se crea, sin embargo, que Leguía, al ser condenado al ostracismo, hubiese cejado un solo punto, en su firme propósito de realizar su vasto programa de política sana, patriótica y pródiga en toda suerte de buenas obras. No; mientras permaneció en Europa, desempeñando honrosos y elevadísimos puestos, dada su reconocida capacidad intelectual y probidad integérrima, no olvidó a su patria, seguro de la lealtad y buena fe de sus

conciudadanos, quienes en día no lejano, reclamarían nuevamente su valiosa cooperación, para asumir la suprema dirección del país.

Leguía comprende que la obra de reconstrucción nacional que le va a confiar el pueblo peruano, requiere un supremo esfuerzo de voluntad; que reina por doquiera el desorden y la indisciplina, y se hace preciso, por tanto encauzar el país, por las vías normales, haciendo respetar la Constitución o reformándola en lo que tiene de arcaico o defectuoso. Se da cuenta de la magnitud y trascendencia de la obra, para cuya ejecución es llamado por el pueblo con vehemencia y con afán. Y no obstante, todo esto, sacrifica su tranquilidad y sus negocios personales, para verse envuelto en un mar de inquietudes y zozobras, poniendo remedio eficaz a la enfermedad del organismo social quebrantado; castigando injusticias y abusos inveterados, y trabajando infatigablemente por la prosperidad y bienestar de su amada patria.

El arribo de Leguía al Perú fué un triunfo completo, una verdadera apoteosis. El homenaje de simpatía y de inquebrantable adhesión que le tributó el pueblo peruano, fué estupendo, magnífico. Y creo fundadamente, que no lo ha tenido ni tendrá otro igual, ningún otro político, porque todos veían en Leguía al futuro regenerador de la nación. El regimen imperante, en aquel entonces, que veía en el probo ciudadano un temible competidor, le hizo por todos los medios posibles, la más cruda oposición. Pero el pueblo, que juzgaba como una necesidad nacional, la exaltación de Leguía al mando supremo, hizo prevalecer su voluntad, favoreciendo a su candidato con una mayoría aplastante de sufragios.

Elegido presidente Leguía, el gobierno a todo trance y por medios indignos, pretendía descartarlo, favoreciendo al candidato oficial, a quien quiso hacer aparecer como legítimamente consagrado por voluntad nacional. En tal estado de cosas y convencidos los pueblos de que el Gobierno contravenía a las leyes constitucionales, delegaron sus facultades en un grupo de ciudadanos, que, con patriotismo y altura de miras y sin derramar una sola gota de sangre, llevaron al poder en la histórica y memorable jornada del 4 de julio de 1919, a quien, entonces, simbolizaba las más caras aspiraciones nacionales.

Ya en el poder, ante el concurso de representantes de toda la nación, el 24 de setiembre de 1919, fecha en que fué nombrado presidente constitucional, Leguía anunció su programa de gobier-

no, cuya realización viene llevándose a feliz término, con merecido aplauso de sus compatriotas.

He aquí sus palabras que sintetizan maravillosamente los grandes problemas y los sanos y patrióticos propósitos, enderezados a la pronta y eficaz reorganización del edificio nacional.

“Solamente me cabe hablaros de la alta significación del movimiento nacional que me ha traído al cargo de mandatario su-



PLAZA SAN MARTIN: EL DIA DE LA INAUGURACION

premo por el querer unánime del Perú; no porque lo ignoréis vosotros, sino que en esta solemne ocasión, es mi deber enunciarla.

“La primera y más honda de sus importancias, es la democratización del régimen político nacional, que reposa en las cláusulas del voto plebiscitario, emitido en el propio acto que os ha conducido al seno de esta asamblea.

“Los otros esenciales objetivos de la reacción nacional, puedo resumirlos así: la industrialización del país, hasta obtener el equilibrio económico interno de todas las clases y componentes sociales; la vigorización del organismo nacional, persiguiendo la consolidación de sus elementos de defensa armada, a los que debe dedicarse preferente atención; el restablecimiento de la respetabilidad exterior del Perú, mediante el prestigio que procure la obra de su progreso y de su gestión internacional, resuelta y serena; el perfeccionamiento cívico en virtud de la educación de las masas sociales y del desarrollo en la instrucción pública; el imperio definitivo de la justicia, no tan sólo en las diferencias de

orden jurídico, sino en la satisfacción cada vez más apremiante, de la armonía y cooperación sociales.

Este es el programa de Leguía. ¿Ha cumplido su elevada misión? ¿Ha desempeñado satisfactoriamente su cometido histórico? ¿Su gestión gubernativa ha correspondido a los anhelos y aspiraciones nacionales? Veámoslo.

A pesar de la complicación de los muchos problemas de orden político, social y económico, algunos de los cuales están todavía por solucionarse, Leguía, con la confianza que le inspira su robusta mentalidad espiritual y su reconocida entereza de carácter, prometió a los pueblos del Perú realizar su programa político, y bien podemos afirmar, en honor a la verdad, que lo ha realizado casi en su totalidad.

En primer lugar, para hacer efectiva la democratización del régimen político, ha tenido que luchar enérgicamente con sus enemigos, condenados en su mayoría al ostracismo, por exigirlo así, la prudencia de su gobierno, a fin de impedir que las malas artes y aecchanzas de los conspiradores, entorpezcan su actividad gubernativa y para salvaguardar los intereses nacionales y velar por la salud de la prosperidad y salud de la República.

Estas medidas enérgicas de represión, han soliviantado, como se sabe, ciertos espíritus y dado pábulo a la campaña de difamación y desprestigio que se ha hecho en contra del actual mandatario. Pero nadie podrá desconocer la necesidad de adoptar estas medidas cuando se ve amenazado gravemente el bienestar público y en peligro de venir a menos el prestigio de la nación.

Es verdad, y no se puede negar, que alguna vez se ha procedido con extraña ligereza acusando de revolucionarios y castigando con el destierro a ciudadanos inocentes, muchos de ellos partidarios del actual régimen. Pero también no hay que olvidar, que, en esto como en otras muchas cosas, han estado de por medio las enemistades y odios personales, a que se debe las injusticias, abusos y deportaciones cometidos por algunos gobiernistas subalternos. Además, está en la conciencia de todos que, el mismo Gobierno ha condenado esa política rastrea y ha cuidado de poner valla a esos desmanes que redundan en desprestigio de su propia labor gubernativa.

Para realizar la democratización del régimen político, ha dictado algunos postulados democráticos que rezan en el texto de reforma constitucional y que se relacionan con la libertad del sufragio popular, con la fijación de las condiciones del tra-

bajo y la de los salarios, con la obligatoriedad del árbitraje en los conflictos entre capitalistas y obreros, con la limitación de los intereses en los préstamos, con la prohibición absoluta de los monopolios y acaparamientos, con la reorganización de la Asistencia Pública, con la creación del Sifilicomio y el saneamiento de las ciudades; con la autonomía económica de los municipios.

Por lo que mira a la industrialización del país, son obras de vital importancia y exponentes objetivos de la realidad, las irrigaciones de la costa, principalmente de las pampas del Imperial y pronto, de las de Olmos; la creación del Banco de Reserva, encaminado a equilibrar las finanzas del país y a flexibilizar la moneda a las exigencias del medio económico; la organización de colonias en nuestras montañas, con éxitos prometedores; la protección dispensada a la industria rural, mediante las granjas modelo; el impulso y estímulo que da con su ejemplo y acción a las actividades privadas; la ley de conscripción vial, para facilitar las transacciones comerciales y procurar la más estrecha vinculación espiritual de las diferentes zonas de nuestro territorio.

Ha emprendido la vigorización del organismo nacional, perfeccionando el régimen de la instrucción pública y prodigando el apoyo gubernativo a todos los empeños educacionales; velando por la disciplina y mejor capacidad orgánica del elemento militar; ideando y formalizando la previsoría ley de Defensa Nacional; reorganizandó los servicios de aviación, tan abandonados por anteriores gobiernos, dotandola de los elementos exigibles en modernos institutos de esta índole; contratando la más brillante misión militar francesa que jamás haya venido al Perú, presidida por el esclarecido militar general Pellegrin, de cuya capacidad profesional tenemos mucho que esperar en bien del Ejército Nacional; perfeccionando el instituto de aprendizaje naval, hasta constituirlo en un plantel modelo en Sud América; fundando y robusteciendo la escuela de Hidroaviación que alcanza significado de importancia capital, instituyendo la Escuela de Policía, a cuyo frente se halla una misión especialmente traída, del meritorio instituto de la Guardia Civil española.

El restablecimiento de la respetabilidad exterior del Perú, lo ha realizado con alteza y amplitud de miras. Fruto de su labor diplomática certera y eficiente, es el sometimiento de Chile al árbitraje, el restablecimiento de la cordialidad con los países vecinos y la brillantez y suntuosidad de la celebración de las fiestas del Centenario de nuestra libertad y la solemne y jamás vis-

ta recepción que hizo al Eminetísimo Cardenal Benlloch y Vivó personero del Pontífice Sumo y embajador del Rey de España.

Sus constantes esfuerzos desplegados en pro del perfeccionamiento cívico, dejan ver claramente en el incremento de la educación e instrucción de la colectividad, adoptando los métodos más apropiados al espíritu de la raza y en armonía con los adelantos de la época.

El imperio de la justicia social lo va introduciendo paulatinamente, dictando sabias leyes reguladoras del movimiento social y enderezadas a establecer el equilibrio que debe existir entre el capitalismo y el proletariado; atendiendo benévola y equitativamente los justos reclamos de la raza indígena; compensando los esfuerzos del empleado, factor poderosísimo del adelanto de los pueblos.

Estas y otras reformas llevadas a cabo por el probo mandatario que hoy nos gobierna, demuestran palmariamente la superioridad de su espíritu organizador y creador y sólo él, favorecido por la naturaleza con tan singulares dotes, pues tiene autoridad de maestro, intuición de convicto, alma de apóstol, fortaleza de luchador y firmeza de gobernante, solo él, repito, es superior a todos los prestigios políticos, para quienes el Perú tiene contraída sincera deuda de gratitud, y no ha sido por nadie hasta hoy igualado.

Su gloria personal y la de muchos políticos, débese al inmenso caudal de sus energías.

Su espíritu dinámico, lo abarca todo, todo lo escudriña con ojo avizor y penetrante y los más difíciles problemas los aborda con serenidad, lucidez y prontitud. Su verbo es convincente y persuasivo; su frase, sintética, brillante y viril.

Como ciudadano, es modelo ejemplar; como amigo, un tesoro; como conductor de pueblos, un milagro y un exotismo en esta tierra en que son pocos los gobernantes sin tacha, porque se echan de menos los corazones honrados, las voluntades de hierro, los talentos preclaros. Por eso la excelsa figura de Leguía, despierta en todos vivo interés y produce el sentimiento de la admiración.

Para muchos Leguía no es lo que debe ser, porque no lo conocen, o porque no quieren conocerle. Pero a la postre, quedarán convencidos de que la personalidad de Leguía es un valor tan sustantivo y tan fundamental, que, no sin razón, se le

considera como una de las más preciadas glorias nacionales y más elevado exponente del espíritu de la raza.

Por esto los pueblos del Perú, lo han consagrado su candidato, por su espíritu de abnegación y de sacrificio, por su varonil entereza, patriotismo exaltado y honradez acrisolada y han visto con suma complacencia el proyecto de reforma constitucional, presentado al Congreso por un grupo de distinguidos parlamentarios, para que el Jefe del Ejecutivo pudiese ser reelegido por un nuevo periodo, única forma de llevar a cabo su programa definitivo. Porque sólo así, puede prepararse no solo el resurgimiento económico del país, asentado sobre las bases del trabajo y de la honradez, sino también la regeneración moral, sólida y permanente, que destierre del medio que nos envuelve, los odios partidaristas, el egoísmo entronizado, la envidia rastrera y cobarde, alentadora de todo lo malo y fustigadora de todo lo bueno.

Estos y no otros son los patrióticos ideales de Leguía, estas las bases de su programa regenerador y salvador de la patria.

Pluga al cielo depararnos siempre gobernantes de relevante prestigio, como Leguía, y abrigaremos la seguridad de que han de ser gloriosos, en día no lejano, los destinos del Perú, llamado a ocupar por sus ventajosas condiciones geográficas, riqueza porverbial e inteligencia y laboriosidad de sus hijos, un sitio preeminente en el concierto de los pueblos civilizados.

MONS. EMILIO LISSON

ARZOBISPO DE LIMA

El Ilmo. y Rdmo. Dr. D. Emilio Lisson nació en la ciudad de Arequipa, el 24 de Mayo de 1872.

Bajo la hábil dirección del R. P. Hipólito Dubamel, lazarista, hizo sus estudios en Arequipa, con notable aprovechamiento. Después se trasladó a París, en 1892, para ingresar en la Congregación de la Misión.

El año 1895, se ordenó de sacerdote, antes de cumplir 23 años, y vuelto al Perú ejerció el magisterio sucesivamente en los Seminarios de Arequipa y Trujillo, que estaban encomendados a los PP. Lazaristas.

En 1895, se matriculó en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Arequipa, y después de brillantes pruebas, recibió el grado de Bachiller, sustentando una interesante tesis sobre Geología.

El Congreso de 1908 lo designó para Obispo de Chachapoyas; el Santo Padre aceptó la presentación que hizo nuestro Gobierno y lo preconizó el 16 de marzo de 1909, y el 19 de setiembre de ese año, recibió la consagración episcopal de manos del Ilmo. y Rdmo. Mons. Manuel García Naranjo, a quien sucedió en la silla de Santo Toribio.

En el gobierno de su diócesis, se distinguió por su ardoroso celo y carácter emprendedor. Dos veces visitó su extensa diócesis, que comprende los departamentos de San Martín y Amazonas; y celebró tres sínodos diocesanos.

Repetidas veces estuvo también en Roma, para exponer al Santo Padre las necesidades de su diócesis y pedirle su bendición y apoyo. Consiguió traer doce religiosos pasionistas españoles, para el servicio parroquial, y últimamente se proponía traer religiosos franciscanos.



MONSEÑOR EMILIO LISSON
Arzobispo de Lima

Restauró la Catedral, el Seminario y el Palacio Episcopal. Instaló al lado del Seminario talleres de Tipografía, Mecánica y Carpintería y por sus esfuerzos se hizo una buena instalación eléctrica, que da luz no solo a la Catedral, Seminario y Palacio Episcopal, sino también a parte de la ciudad.

Desde el día en que por beneplácito de la Sede Apostólica, se hizo cargo del Arzobispado de Lima, Mons. Lisson, no ha cesado de trabajar infatigablemente en beneficio de la grey, que por voluntad divina le fuera encomendada.

Por medio de cartas pastorales, saturadas de verdades dogmáticas y morales, expuestas en lenguaje claro, sobrio y sencillo, accesible a toda clase de inteligencias; de laudables y paternales consejos, dados a los feligreses y a los sacerdotes, sus cooperadores en la propagación de la causa católica; y de sabias y prudentes medidas encaminadas a procurar la observancia de la disciplina eclesiástica, la organización de las parroquias, a dar mayor impulso e importancia a la defensa de los intereses del Catolicismo, y a combatir el Protestantismo y toda clase de doctrinas perniciosas y heréticas; Mons. Lisson, ha dado pruebas inequívocas de que es digno sucesor de los virtuosos y esclarecidos prelados que han ocupado la silla de Santo Toribio de Mogrovejo, mereciendo bien, por consiguiente, de la religión y de la patria.

Pero sobre todo, obra de trascendental importancia, es, la que se refiere a la administración de los bienes eclesiásticos.

Tan luego que tomó posesión del Arzobispado, se dió cuenta de los defectos de que adolecía la antigua administración eclesiástica. No pasaron desapercibidos a su mirada escudriñadora e infeligente previsión, los abusos que de tiempo atrás se venían cometiendo, con grave perjuicio de los bienes monásticos y religiosos, por cuya razón, tuvo el acierto de concentrar la administración de los bienes del Arzobispado, encomendándola a una entidad comercial de gran prestigio, con la cual ha celebrado un contrato, cuyas bases y condiciones vienen cumpliéndose con regularidad y con beneficio positivo para la Iglesia.

Desgraciadamente, toda empresa laudable, por pequeña que



BASILICA DE LIMA

parezca, tiene siempre sus dificultades y tropiezos. Pero Mons. Lisson ha sabido afrontarlos con serenidad, buen tino y energía de carácter y ha triunfado hasta hoy, llevando a la práctica la realización de su programa administrativo, a pesar de las resistencias, que, no faltan jamás, dondequiera resplandece el mérito, el talento y la virtud.



BASILICA DE LIMA.—Coro Metropolitano

Mons. Lisson, en su último viaje emprendido a Roma, ha merecido, por su fructuosa labor administrativa, las más sinceras felicitaciones de Su Santidad Pío XI, y ha obtenido amplias facultades para continuar su obra de reconstrucción económica, a la que deben dedicar especial atención, por muchos capítulos, los

prelados de la Iglesia, sin que por eso sufra menoscabo la obra de evangelización y perfeccionamiento espiritual de los feiigresos.

Su carácter exquisito y amable le ha grangeado la simpatía de toda clase de personas; su modestia ejemplar huye de los aplausos del mundo y de los halagos del aura popular; es infatigable su laboriosidad, digna de imitación y encomio. A su acerada voluntad, únense una gran suavidad de carácter y una admirable prudencia.

Mons. Lisson, como claramente lo manifiestan los cablegramas que le dirigió al Eminentísimo Cardenal Benlloch, a su llegada al Perú, sintió de veras no haber podido prodigarle personalmente las atenciones debidas a un Príncipe de tantos merecimientos como él. Sin embargo, estuvo dignamente representado por el Ilmo. Mons. Sánchez Díaz, Vicario General de la Arquidiócesis, quien, con el tino y exquisita amabilidad que le distinguen, tribuló, en nombre de Mons. Lisson y de todo el Clero Peruano, el homenaje de sincero afecto y de adhesión inquebrantable, de que era justamente merecedor, tan ilustre huésped.

CABLEGRAMAS CURSADOS

New York, 19—11.

Excmo. Cardenal Benlloch. — Lima.

Asuntos urgentes Arquidiócesis púvanme honor recibir personalmente V. E. Ruégole disculparme, deseando V. E. feliz permanencia Perú.

Arzobispo Lisson.

Lima, 19—11.

Arzobispo Lisson.—New York.

Desde ciudad de Santa Rosa envíole afectuoso abrazo manifestándole agradecido indescriptible entusiasmo recepción pueblo limeño.

Cardenal Benlloch.

SR. DR. D. ALBERTO SALOMON**MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES**

El doctor Alberto Salomón, es una de las figuras parlamentarias más brillantes que tiene el Perú. Jurisconsulto eminente, Maestro de la Universidad Mayor de San Marcos, publicista fecundo, político viril y batallador, reúne—las dotes suficientes para ser—como lo es ya—una figura importante de la política nacional.

Habiendo terminado en muy temprana edad sus estudios de Instrucción Media, ingresó a la Universidad, pasó por las Facultades de Letras, primero, y de Jurisprudencia y Ciencias Políticas y Administrativas, después.

En 1902 se recibió de abogado y desde entonces comenzó a brillar en el foro, obteniendo señalados triunfos.

En 1905 fué designado para dictar el curso de Economía Política como Catedrático Adjunto de la Facultad de Ciencias Políticas y Administrativas; y en 1908 fué nombrado Catedrático Principal interino de Derecho Constitucional.

Esta Cátedra la retuvo el doctor Salomón hasta 1911, en que renunció. Después ha sido Catedrático de Derecho Diplomático y Finanzas.

Como prueba de lo apreciada que es la labor del doctor Salomón en las distintas manifestaciones del saber y del pensamiento humano, nos basta decir que es miembro de las más notables instituciones científicas y literarias de Estados Unidos, Inglaterra, España y otros países europeos, que ha visitado en varias oportunidades. Pertenece, entre otras, a la Sociedad Geográfica Nacional, de Washington; a la Academia de Ciencias Políticas, de New-York; a la Sociedad Carnegie para la Paz Universal, de Washington; a la Sociedad Americana de Derecho Internacional; a la Academia Latina de Ciencias, Bellas Artes y Letras de París; a la Sociedad Académica de Historia Internacional de Francia; a la Real Academia de la Historia, de Madrid;

a la Academia de Ciencias y Artes, de Cádiz; habiendo sido designado últimamente como miembro Honorario de la Sociedad Geográfica de México.



Sr. Dr. D. ALBERTO SALOMON

En 1911 ingresó al Parlamento, formando parte de la Cámara de Diputados como Representante por la provincia de An-

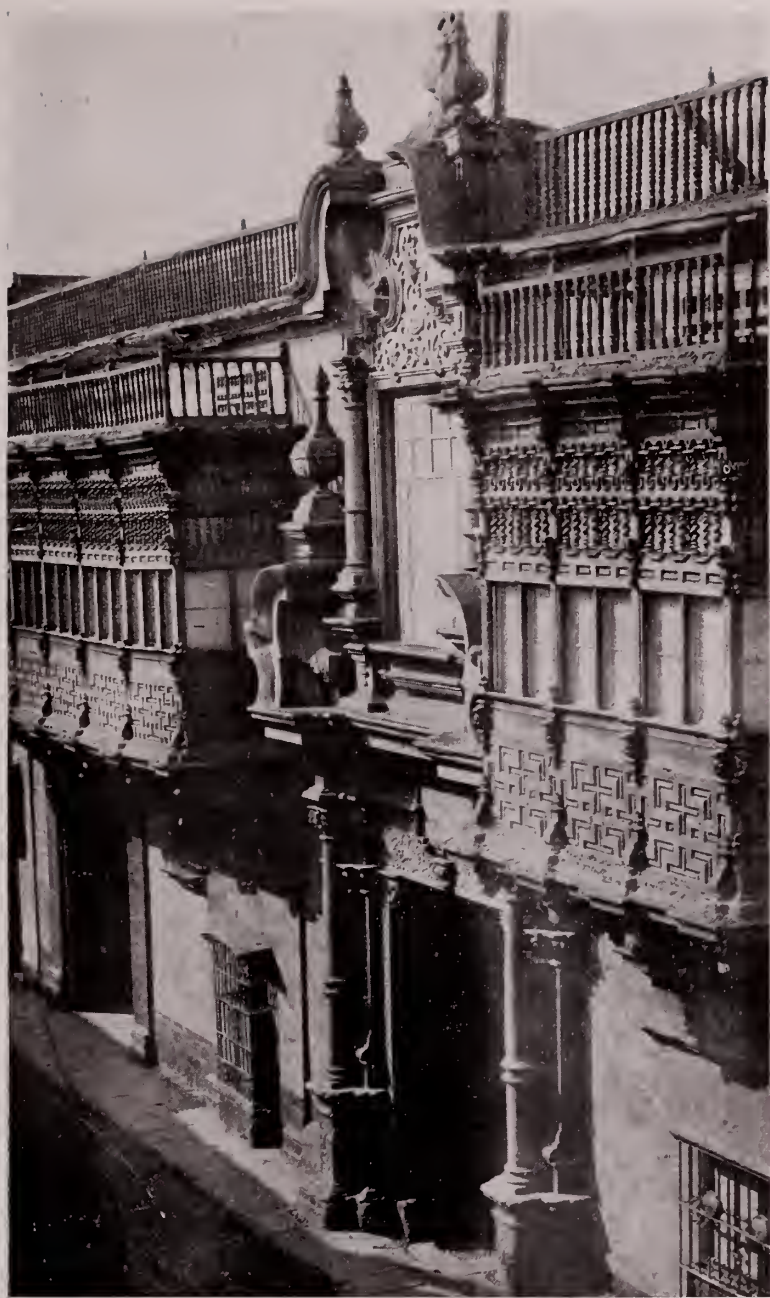
daluáyas, representación que hasta la fecha conserva, después de dos reelecciones sucesivas, en las que se puso de manifiesto en forma tangible la adhesión de sus comitentes.

En 1914 da al país una muestra de su carácter y de sus convicciones, que lo e n n u e v e por la hermosa significación de ella. En uno de los días del mes de marzo, fuerzas armadas impedían a determinados representantes el acceso al Congreso. El doctor Salomón trató varonilmente de forzar el paso que le cerraban las turbas, cayendo herido de un balazo en la frente y siendo trasladado al Consulado de Bolivia, en donde se le hizo una ligera curación. No obstante lo delicado de su estado, el doctor Salomón se hizo conducir en una camilla al Congreso, a fin de contribuir con su presencia a formar el *quorum* de la sesión que debía realizarse. Terminada aquella histórica tarde parlamentaria, fué llevado al Hospital Francés, cargando la camilla sus mismos compañeros de Cámara y seguido por una multitud de ciudadanos que, hondamente emocionados, lo acompañaban.

En 1919 fué elegido Primer Vice-Presidente de la Cámara de Diputados, formando parte, en tal carácter, de la Asamblea Constituyente convocada para reformar la Constitución y presidiendo en algunas ocasiones, las sesiones de la Cámara.

El 6 de diciembre de 1919 es llamado para desempeñar la cartera de Justicia, Culto, Instrucción y Beneficencia. Nadie disente la labor realizada por el doctor Salomón en los ramos de Justicia e Instrucción. En poco tiempo transformó la Penitenciaría y las cárceles, en establecimientos de orden y moralidad; impulsó la construcción de la nueva Cárcel de Lima y de la Columna Penal del Frontón, frente al Callao. No menos eficaz y enérgica fué su acción sobre los establecimientos de enseñanza. Contrató especialistas extranjeros y gracias a las disposiciones que dictó, pudo ser seleccionado el personal de maestros. Los profesores de Lima y Callao, como manifestación de cariño y respeto, le obsequiaron, el 25 de julio de 1920, con una tarjeta de oro y un álbum en el que firmaron la totalidad de los preceptores. Pero el rasgo más simpático de su tránsito por el Ministerio de Justicia fué, sin duda, la amplia protección que prestó a los intelectuales y artistas, pues, merced a su valioso apoyo se publicaron y reeditaron importantes obras nacionales—entre ellas las del insigne don Ricardo Palma—y fueron a perfeccionar sus estudios a Europa y Estados Unidos numerosos artistas de mérito.

Por ausencia del Ministro de Hacienda señor Fuchs, que se



MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES

dirigió a tomar parte—como delegado del Perú—en el Congreso Financiero Pan—Americano, el doctor Salomón se encargó durante los meses de enero, febrero y marzo de ese despacho.

El 4 de octubre de 1920 fué nombrado Ministro de Relaciones Exteriores. En enero de 1921 desempeñó, interinamente el Ministerio de Marina. Al finalizar el año 1920 el doctor Salomón es interpelado por la minoría de ambas cámaras para contestar delicados puntos relacionados con la política externa. El resultado de estas interpelaciones, fué primero en la Cámara de Diputados y después en el Senado, un voto de confianza unánime.

Posteriormente en el curso del año 1921, ha tenido también que presentarse en las cámaras a contestar interpelaciones, obteniendo siempre éxitos, como el alcanzado con el discurso que pronunció en la Cámara de Diputados, en la sesión secreta del 20 de setiembre, contestando únicamente con argumentos de publicistas e historiadores chilenos las aseveraciones hechas en el Parlamento de ese país por el Canciller señor Barros Jarpa, discurso que la Cámara premió con un voto de confianza unánime, acordando la publicación de los párrafos más interesantes de él.

El doctor Salomón es autor de una importante obra titulada "Perú Potentialities of Economic Development" escrita en inglés.

El doctor Salomón ha merecido las siguientes condecoraciones:

- Gran Cruz de la Orden de Orange Nassau, de Holanda.
- Gran Cruz de la Real Orden Española de Isabel la Católica.
- Gran Cruz de la Orden Pontificia de San Gregorio Magno.
- Gran Cruz de la Corona de Italia.
- Gran Cruz de la Orden de Leopoldo II de Bélgica.
- Gran Cruz de la Espiga de Oro de la China.
- Gran Cruz de la Orden de Cristo de Portugal.
- Comendador de la Legión de Honor de Francia.
- Gran Cruz de la Orden de Danabrog de Dinamarca.
- Gran Cruz de la Estrella Polar de Suecia.
- Gran Cruz de la Orden del Mérito de Cuba.
- Gran Cruz del Sol Levante del Japón.
- Condecoración de 1.ª clase del Libertador de Venezuela.
- Gran Cruz de la Orden de Jorge I de Grecia.

MADRE E HIJA

Hay un pueblo que fué, es y será siempre grande y poderoso entre todos los pueblos de la tierra, en cuya frente parece haber dejado el soplo de Dios una estela de luz para señalar al mundo los derroteros de su verdadero destino, elevando como lema de su bandera desplegada, como ideal de su vida de sacrificio y como único amor de su corazón profundamente religioso, la gloria de Dios, fuente y razón de todo progreso legítimo, de todo progreso verdadero.

Hay una nación, que si bien es cierto, no ocupa hoy el puesto de honor en el concierto de las grandes potencias, por culpa de algunos hijos suyos desnaturalizados que la han puesto en cruz y abrevado con la hiel y vinagre de sus ingratitudes y perfidias; no lo es menos que esa misma nación, en medio de sus quebrantos y desdichas presentes, se impone al mundo por la majestad augusta del dolor que se dibuja en su rostro y en sus mejillas, caldeadas por el llanto, porque el



dolor es la única medida para apreciar la excelcitud de las naciones y la única escuela de las grandes almas. Y siendo como es, además, madre fecunda, de pechos ubérrimos e inagotables, cuyo néctar dió vida y alimentó más de veinte repúblicas florecientes y lozanas que se honran y ufanan de llevar el nombre de hijas, muy digna es, desde luego, de que se le tribute el homenaje de la más profunda gratitud, respeto, veneración y amor.

Ese pueblo, esa nación, la habéis adivinado ya, lectores míos, llámase España.

¡España!: la que tuvo dos mundos por corona e hizo por la humanidad lo que no hizo ninguna de las naciones; la que tuvo la hegemonía en todos los órdenes, y la victoria en todas las luchas y la corona en todos los triunfos y la palma en todos los certámenes de la espada; aquella, cuyo vasto poderío, fué antaño menos grande que su nombre y que su fama, la que supo luchar por su Dios, su religión y su territorio; la que descubrió un mundo ofreciéndole a Dios, lleno de los perfumes de un incienso virgen, lleno de armonía, y de plegarias, y mil veces más hermoso que los tabernáculos de Israel; la que supo dar su dinero, su lengua y su sangre como ninguna otra nación por dilatar la gloria de Dios y de la Iglesia Católica y que defendiendo su ideal altísimo, fué a sembrar huesos de caballeros y de mártires en los campos de América, en las orillas del Albis, en las dunas de Flandes y en los escollos del mar de Inglaterra.

Mas, ¿quién podrá narrar todas sus maravillas, y cantar, con inspirado acento todas sus glorias, su floración espléndida de energías intelectuales y morales, aún más exuberante y magnífica que la de los bosques vírgenes de nuestro suelo, proverbialmente rico y hermoso? ¿quién podrá descubrir minuciosamente las brillantes cualidades del carácter español, ómnino del espartano, robusto y viril, noble y generoso, valiente hasta la temeridad, del que da elocuente testimonio una constelación de bravos y bizarros militares, como aquel famoso Rodrigo Ponce de León, Marqués de Cádiz, rayo de la guerra, y aquel Gonzalo de Córdoba, llamado, no sin razón, el Gran Capitán, y aquel don Juan Rivera, que rechazó los obsequios de un monarca francés, y aquel don Antonio de Fonseca, que en Veletri, rasgó el tratado de alianza con el mismo Carlos, y ante sus propios ojos y mil otros más legendarios guerreros, que desde Pelayo y el Cid Campeador hasta Isabel la Católica, cubrieron con los laureles de sus victorias

los campos de Orán y las Alpujarras, de Nápoles y Lombardía, las riberas del Rhin, las dunas de Flandes y las costas del mar Mediterráneo?

¿Quién que no ignore la historia de España, no admira ya

PIZARRO Y LOS TRECE EN LA ISLA DEL GALLO



Sacó su espada y trazando con ella una raya en el suelo de poniente a oriente, dijo: "Camaradas: esta parte es la de la muerte, del hambre, de la desnudez; la otra mirando al sur; la del gusto. Por aquí se va a Panamá a ser pobres; por allá al Perú a ser ricos, después de correr peligros, y de pasar trabajos escoja el que sea buen castellano." Y diciendo esto pasó la raya.

Pizarro se irguió entonces a la mayor altura moral que alcanzó en su vida, y realizó uno de los actos más hermosos de la historia."—(Oleo de Lepiani).

grandeza y el valor, la generosidad y sentimientos caballerescos de aquella raza potentísima de sabios, de héroes, de santos y guerreros, aquellos corazones indomables, aquellas voluntades enérgicas, aquellos esforzadísimos espíritus, aquellos aventureros que se llaman Alonso Pinzón, Hernán Cortés, Vasco Núñez de Balboa, Sebastián de Elcano Magallanes, el Cardenal Jiménez de Cisneros y otros más que en pobres barcos de madera, se lanzan a las rugientes olas de mares desconocidos y conquistan islas remotas y continentes apartados?

¿Quién no queda atónito y suspenso, contemplando las famosas y nunca bien ponderadas hazañas de aquellos misioneros, que inflamados sus corazones por las llamaradas de los divi-

nos incendios y por la fe que traslada las montañas, recorren ignotos y dilatados territorios y van a clavar la cruz en las espaciosas llanuras, en las cumbres de escarpados montes, en las hondonadas de los valles y bajo todos los cielos y en todos los climas y latitudes; y con la cruz redentora, enarbolan la gloriosa bandera de Castilla, haciendo resonar su lengua en las vertientes del Tolima y el Cotopaxi, en las márgenes del Amazonas, el Magdalena y el Orinoco, en las selvas vírgenes de la Florida y la California, dejando la tierra y el mar llenos de su gloria, que es la gloria de Dios y la de España?

¿Qué espíritu justiciero y de horizonte dilatado y sereno podrá negar que la incomparable cultura castellana fué y seguirá siendo, mientras el sol de Felipe II y de Isabel la Católica no deje de alumbrar y España no deje de existir, la admiración del mundo y el modelo de las naciones civilizadas?

LA FUNDACION DE LIMA



Llamada la "Ciudad de los Reyes", fué fundada por Francisco Pizarro el 18 de Enero de 1535.—(Olco de Lepiani).

Oh pueblo grande, noble y fuerte; nación privilegiada, cuna de esclarecidos varones, manantial de sabiduría, santidad y for-

taleza, brazo derecho del Altísimo, baluarte poderoso de la fé que consuela, vivifica y enaltece a los individuos, a los pueblos y a las razas; yo te saludo, lleno de noble altivez y orgullo e inclino mi frente ante el milagro de tu historia, a tu historia que es primavera de triunfos y de glorias!

Después de contemplar a la Madre colocada sobre pedestal

ALMAGRO SALE DEL CUZCO A LA CONQUISTA DE CHILE



Dice el historiador Herrera, que el frío era tan intenso, que muchos perdieron las uñas de los dedos y los dedos mismos; que llegaron los expedicionarios a Coquimbo, muertos de hambre, sosteniéndose de los cadáveres de sus caballos; que en vista de tanta desolación y pobreza, resolvieron regresar al Perú. (1536).

de mayestática grandeza y nimbada sus sienes con destellos de luz soberana, volvamos los ojos a la hija de su predilección: a la muy noble y gentil República del Perú.

Es innegable que según los padres son los hijos y que el



CLAUSTROS DEL CONVENTO DE LA MERCED EN EL CUZCO
Soberbio monumento de piedra, uno los más notables de la arquitectura colonial.

buen nombre y la fama de los primeros es la fama y buen nombre de los segundos.

Ahora bien; el Perú nació de España a la vida de la fé y de la civilización, creció bajo su maternal providencia y heredó de ella cuanto posee de más noble, de más grande y bello, a saber, su religión, la más santa y pura de las religiones, su lengua armoniosa, hecha para hablar con Dios y la sangre más noble y generosa que circula por las venas de la humanidad, juntamente con todas aquellas cualidades extraordinarias que son el distintivo de la hidalga y fuerte estirpe española.

Para aquilatar el valor y la grandeza de nuestro carácter de peruanos, que no desdijo ni torció jamás de su alto abolengo y noble condición, basta recordar que fué esta Metrópoli la fuente en donde bebieron los demás pueblos de Sud América, los raudales de la fé y la civilización; que aquí fué donde se alzó la Cátedra primera de donde se difundieron por todos los ámbitos de la América las doctrinas que forman al cristiano y al ciudadano; que fué la tres veces coronada ciudad virreynal de Lima, el faro gigantesco que en esa larga noche de la barbarie y de la ignominia, derramó la luz sobre las tribus errantes y sobre mil pueblos salvajes que dormían sentados a la sombra de la muerte; que del tronco de esta Metrópoli, como de vieja y robusta encina, plantada aquí por sacerdotes y guerreros, nacieron como verdes retoños los pueblos todos de la América Latina.

Fué aquí, en este suelo, donde la cruz de Cristo y la espada de Pizarro, que constituyen la base y el coronamiento del edificio nacional hispano y la síntesis de su brillante historia, realizaron hazañas de extraordinario relieve, asentaron los fundamentos de nuestra nacionalidad, fundaron universidades y colegios, promulgaron nuestros códigos y establecieron nuestras costumbres; levantaron templos y altares al verdadero Dios, formaron hermosas y rientes ciudades, embelleciéndolas con monumentos y palacios con paseos y jardines.

Y por eso en todas partes se vé, se palpa y se admira el sello de puro españolismo impreso en los rasgos fisonómicos de sus habitantes que denuncian el gentil y hermoso tipo castellano; en el estilo arquitectónico y vial que nos trae a la memoria aquellos suntuosos edificios y anchurosas ramblas de las ciudades españolas. Y en las artes y en las letras, y en el sentimiento religioso, profundamente cristiano, que equivale a decir pro-

fundamente español; en todo, en una palabra, España vive en el Perú, porque su sangre es sangre nuestra, su vida es nuestra vida, su lengua es nuestra lengua y en nuestra alma piensa, siente, palpita y vibra el alma de la raza, el alma de la Madre España.

El Coloniaje pasó. Alboreó la época republicana y el espíritu español que enalteció sobremanera al Perú colonial y lo llenó de gloria y esplendor, ha seguido testimoniando su maravillosa fecundidad y extraordinarias virtudes intelectuales, morales y sociales que han traspasado las fronteras y en alas de la fama han recorrido todos los ámbitos del mundo.

Tarea poco menos que imposible sería hacer un recuento de todas sus glorias y laureles conquistados en todos los campos de la actividad humana.

Brillante es la pléyade de sus héroes, vástagos ilustres de aquellos tercios castellanos, más duros que el hierro y más invulnerables que el acero, que se paseaban por Europa en marcha triunfal; ilustres son los nombres de los que en el foro, en la cátedra y en el púlpito y en todos los ramos y disciplinas del saber humano, alumbraron las inteligencias, cautivaron las muchedumbres con el mágico acento de su elocuencia arrebatadora y dictaron lecciones luminosas, cual convenía a su condición de hijos de aquel pueblo que iluminó al mundo con la sabiduría de sus teólogos de Trento, de exégetas videntes, de matemáticos insignes, de juriscultos incomparables, de poetas, músicos, pintores y sabios en todas las artes y ciencias eclesiásticas y profanas.

Pero sobre todo, el tesoro más preciado de este suelo, el monumento que descuella entre todas sus glorias, la joya que más fulgura en su corona, el sol que no ha tenido ocaso en su cielo, es Rosa de Santa María, Rosa virginal, encendida por el fuego de la caridad divina y que concentra en sí, como ninguna otra, los matices, perfumes y mieles del pensil americano, los resplandores del sol del mediodía y la gracia y gentileza de las hijas de esta patria privilegiada, semillero de santos y de sabios, ornamento de la Iglesia y prez de la humanidad.

He allí lo que vale y representa la Madre y el tesoro de sabiduría, heroísmo y virtudes que ha heredado la Hija.

No importa que el Perú no esté sujeto al mismo centro y a la misma corona. Al separarse de España, entonando el himno

de la independencia y de la libertad, no hizo en esto más que obedecer a aquella ley universal de la naturaleza, que obliga al hijo, llegado el tiempo de su mayoría, a desligarse de la potestad paterna para asentar las bases de una nueva familia; ley que impulsa y mueve a los polluelos de las aves a abandonar

ARCO LEVANTADO EN SU HONOR



Siguiendo la forma tradicional, el Ilmo. Sr. D. Juan Benlloch y Vicó entró a caballo en la diócesis de la Seo de Urgel al ser nombrado Obispo en 1907. (Pág 6).

el nido para desplegar sus alas en los espacios libres, fabricar otros nidos en otras florestas y enramadas, alegrándose con sus arpados trinos.

S. E. el Cardenal Benlloch confirma lo dicho con elocuentes frases pronunciadas en nuestra Basilica, el día de su llegada triunfal: "España envió en las carabelas a descubrir y conquistar América. a leones: sois vosotros hijos de leones y como tales, cuando os sentísteis, ya no cachorros sino leones poderosos sacudísteis la melena y os declarásteis emancipados de la patria potestad. Sed libres y permaneced libres".

Poco importa, repito, que la obra de nuestra emancipación sellada con heroicas hazañas, se hubiese llevado a feliz término, sin que por eso ella signifique una humillación para España, ni vana jactancia respecto al Perú y a las demás repúblicas

blicas ibero-americanas que conquistaron gloriosamente su libertad; porque la libertad es don del cielo, digno de celebrarse con cánticos de loor y de perpetua memoria, y es fuerza poderosa que favorece e impulsa el desarrollo progresivo de los pueblos.

Lo que importa y conviene grandemente, por ahora, así a españoles como a peruanos, dada la mancomunidad de lengua, de religión y de raza que entre ellos existe, es poner en juego todo el contingente de sus esfuerzos y energías para mantenerse estrechamente unidos con vínculos de sincera cordialidad, salvaguardando así eficazmente los intereses de la América Latina, cuya homogeneidad, no es aventurado temerlo—puede ser deslustrada o dividida, por otras razas y otras lenguas, avarientas de dominación y poderío.

Jamás hemos dudado, ni un solo instante de la aproximación y concordia que debe reinar entre España y el Perú, ya que no cabe suponer que una madre pueda repulsar a sus hijos en eterno olvido, o que los hijos, si no es que salen monstruos de ingratitud y de perfidia, se olviden y renieguen de la madre del alma, de la madre cariñosa y solícita que les dió el ser.

Alégrese la Madre y entone cánticos festivos e himnos de triunfo, al ver llegar por enérgica de las hondas alborotadas del Atlántico, las brisas impregnadas de cariño y de amor filial, los gritos de la sangre y los acentos de la lengua con que el Hijo quiere orear la rugosa frente y fortalecer los fatigados miembros de su anciana madre.

Y tú, patria mía, regocíjate también porque ha llegado para tí la hora de tu empinación y resurgimiento teniendo como maestra y protectora a la que es tu propia madre, a la que te alimentó en sus pechos y te acarició sobre sus rodillas y a cuyo lado tomaste asiento en el concierto de las naciones civilizadas. Y si a esa madre puedo llamar bienaventurada, valiéndome de las palabras de aquella humilde mujer de Galilea, de que nos habla el Evangelio— porque te llevó en su seno y al calor de sus entrañas maternales, te formó cristiana, sabia y noble, bienaventurada también eres mil veces tú, ¡oh patria mía! porque eres Hija predilecta de tal Madre.



EL CARDENAL BENLLOCH

LLEGA AL TERRITORIO NACIONAL



RECIBIDA en Mollendo la nave que conducía al Eminentísimo Cardenal Benlloch, después de una corta permanencia en las repúblicas del Sur, fué cariñosamente saludado por las autoridades militares e instituciones sociales de aquella localidad.

Expresamente había llegado de Arequipa con el mismo objeto el

Ilustrísimo Sr. Obispo de aquella diócesis, acompañado de diversas comisiones, del Cabildo, Prefectura, instituciones católicas y de obreros.

Desembarcó el Cardenal y su séquito con todas las distinguidas personas que habían pasado a bordo para saludarlo dirigiéndose a la iglesia parroquial del puerto.

Allí el ilustre viajero, hizo uso de la palabra, con su elocuencia peculiar, causando viva emoción.

Invitado por el Concejo Provincial a una sesión extraordinaria declarándolo *huésped ilustre*, pasando después al Club Social de Mollendo donde fué galantemente atendido por sus distinguidos miembros y especialmente por el Alcalde señor Carlos Benavides.

El siguiente es el discurso pronunciado por el Ilustrísimo Monseñor Holguín, Obispo de Arequipa:

Excelentísimo Señor:

Vuestra presencia en el territorio del Perú es motivo de la más viva complacencia para todos los peruanos, y especialmente para los hijos de Arequipa.

Sois, Excelentísimo Señor, una luminosa cumbre de la Jerarquía Católica; y la ciudad y Diócesis de Arequipa se han distinguido siempre por su adhesión inquebrantable a la Cátedra de Pedro y a esa pléyade de Príncipes esclarecidos que la circundan como brillante corona; por eso, el Obispo, el Señor Vicario General, comisionados por el V. Cabildo Eclesiástico y los representantes de las instituciones oficiales y sociales de Arequipa y Mo-



MOLLENDO.—*El puerto*

lendo, venimos a presentar a vuestra augusta persona, el testimonio de nuestra fidelidad al Supremo Jeraarca de la Iglesia.

Sois miembro prominente del glorioso Episcopado Español; y en la ciudad blanca que reposa a las faldas del majestuoso Mis-

ti se cultiva con esmero el cariño más ascendrado, la gratitud más sincera a la Madre Patria; por eso venimos a saludar a España,



AREQUIPA.—*La cumbre de las torres de la Catedral.*

en vuestra egregia persona, con los afectos más ardientes de nuestros leales corazones.

¡Que vuestro paso por la patria de Santa Rosa sea iluminado por el sol esplendoroso de su fe y embalsamado por el aroma exquisito de sus virtudes! Hago votos por que al retornar a la Patria Madre, cargado de inmarcesibles laureles, llevéis, Excelentísimo Señor, los recuerdos más gratos de esta Patria Peruana!

Al saludar a S. E. en nombre del pueblo de Mollendo, el Alcalde Señor Carlos Benavides pronunció el siguiente discurso:

Eminentísimo Señor:

Vuestra visita, por corta que ella sea, viene a honrar este piadoso suelo peruano, que se siente orgulloso de dar albergue, aún sea solo por breves momentos, a uno de los más egregios representantes de la Iglesia Católica.

Probablemente, Eminentísimo Señor, no encontraréis en este país, que aún no ha entrado en el período de su completo desarrollo, grandes monumentos que admirar, ni nada quizás que, en el orden material, sea digno de atraer vuestra atención pero, en cambio, sería capaz de aseguraros que, en otra escala más elevada, hallaréis a cada paso corazones nobles y sinceros, que al brindaros modesta hospitalidad y un afecto respetuoso, se pondrán en transparencia, manifestándose como son en realidad, sin hipocresías ni reservas.

Venís, Eminentísimo Señor, a un país esencialmente creyente y encarnáis para nosotros, por lo mismo, un símbolo sagrado, en razón de vuestro augusto ministerio y de vuestra alta investidura; así como también, en razón de vuestra nacionalidad, significáis un nuevo vínculo de unión entre el Perú y España, nuestra madre muy amada.

¡España!

¿Cómo no amarla Eminentísimo Señor, si a ella debemos cuanto somos?

No podemos olvidar, en efecto que España, al transmitirnos su sangre generosa, supo infiltrarnos, con la caballerosidad proverbial y reconocida de sus hijos, las virtudes propias de la raza; ni podemos olvidar tampoco que España nos dió, como presente inestimable, además de los consuelos e inefables dulzuras de su augusta religión, las bellezas y excelencias de su idioma, el más armonioso y expresivo de cuantos idiomas se conoce, que es según las circunstancias, música que cautiva o poesía que deleita, verbo que conmueve o rayo que fulmina!

La estela que en su histórico viaje dejaron tras de sí las legendarias carabelas, no se ha perdido, Eminentísimo Señor, ni se perderá tampoco en el transcurso del tiempo y las edades. Ella perdura y perdurará por muchos siglos, sin que haya fuerza moral

o material que sea capaz de destruirla, manteniéndose meóhume, como un emblema permanente, como un lazo de unión eterna entre América y España, en forma tal que, mientras no se extinga la vida de este nuevo mundo, esa estela será el guía que encamine sobre la inquieta superficie de los mares, el afecto y el reconocimiento de todo un continente hacia la madre patria; hacia esa madre ideal, que supo cobijarlo en su regazo, al calor de su cariño y que, al regenerarlo, por medio del bautismo, lo lanzó, pletórico de fé de entusiasmo y de esperanza, en la bendita senda de la civilización cristiana.

Es justo que estemos, pues, agradecidos a la madre generosa que nos legó el presente más valioso que madre alguna hizo jamás a su linaje y no podemos dejar de expresar nuestro reconocimiento en toda circunstancia favorable, con mayor razón cuando,



AREQUIPA.—*Los portales de la Plaza de Armas*

como en esta ocasión solemne, uno de los más preclaros hijos de España e ilustre Príncipe nos dispensa el honor de su visita.

Repito, Eminentísimo Señor, que sois para nosotros un sím-

bolo y un vínculo: nos inclinamos reverentes al primero y nos plegamos al segundo con todas las efusiones de nuestra alma.

En nombre del pueblo de Mollendo, que me honro representarlo en este acto, os doy, Eminentísimo Señor, la más respetuosa bienvenida y hago votos muy sinceros para que vuestra permanencia en tierra peruana os sea grata.

El Cardenal Benlloch contestó, estos brillantes discursos, con frases afectuosas, llenas de sinceridad y fué estruendosamente ovacionado.

Después de haber recibido toda clase de atenciones de parte de todas las personas que lo rodeaban, el Cardenal y su comitiva regresaron a bordo del "Santa Luisa" que debía conducirlos al Callao.



El Cardenal Benlloch a bordo del transatlántico español "Reina Victoria Eugenia" en viaje a la América del Sur.

EL CARDENAL BENLLOCH

DESEMBARCA EN EL CALLAO EL 7 DE NOVIEMBRE DE 1923

El Cardenal Benlloch, uno de los hombres contemporáneos más preclaros por la brillantez de su fantasía y la delicadeza de sus sentimientos, por su profunda y vasta cultura y por su actividad y elevadas virtudes cívicas y morales, llegó en misión de paz; portador del abrazo del augusto monarca Alfonso XIII y de la bendición del egregio Pontífice romano Pío XI.

Desde el vapor "Santa Luisa" en que navegaba saludó al señor Presidente de la República, al señor Ministro de Relaciones Exteriores y al Señor Vicario General de la Arquidiócesis, por ausencia del Señor Arzobispo, con dos días de anticipación a su



El Ilustre purpurado desembarca en una lancha oficial

arribo, quienes a su vez correspondieron en extensos y afectuosos radiogramas de bienvenida.

Una vez en el puerto la comisión de recibo, formada por el introductor de ministros, el capitán del puerto y altas digni-



El Cardenal Benloch, es recibido en el muelle de guerra

dales eclesiásticas, subió a bordo. A esas horas, la zona ubicada en el muelle oficial, estaba invadida por el público. Para que la aglomeración de la gente no obstaculizase el paso al Eminentísimo Cardenal las tropas de la artillería de costa y las fuerzas de policía formaron, abriendo amplia calle en el centro del Parque de las Palmeras.

Los buques de la armada surtos en la rada, anunciaron el momento del desembarque con 21 cañonazos. Y al iniciar el ilustre huésped la ascensión de la escalinata, la batería de tierra hizo la salva reglamentaria. Ya en el dintel del puerto el Eminentísimo Cardenal, recibió el saludo del Gobierno y del pueblo del Callao por medio de su Alcalde señor don Carlos Alfaro, cuyas palabras fueron recibidas con verdaderas muestras de aprobación.

A continuación, el señor Manuel Ráez, en representación del Centro Católico de Caballeros, pronunció el siguiente discurso:

Eminentísimo Señor:

¡Bienvenido seais a este hospitalario suelo!

El Centro Católico del Callao, del cual soy humildísimo miembro y todos los habitantes de este legendario país, descendientes de Manco Capac y Atahualpa, prototipos de nobleza y profundos conocedores de la verdadera hospitalidad, por una parte, y herederos del valor, hidalguía y caballerosidad de los Iberos portadores del símbolo sagrado de la Cruz, principio y fin de toda verdad y justicia, deseámosle venturosos días, durante vuestra corta permanencia entre nosotros.

Eminentísimo señor: tened la seguridad de que en este instante, de un confín a otro de mi amada Patria, resuena el aplauso sincero de bienvenida que se os tributa, deseándo, a la vez, se prolongue, indefinidamente los instantes que os contamos como ilustre huésped, y que cuando retornéis a vuestra hermosa Patria, llevéis un recuerdo grato de vuestra estadía entre nosotros.

El discurso contestación del Cardenal Benlloch fué caíurosamente aplaudido. El trayecto hasta la estación estaba ocupado por los alumnos de los colegios uniformados y por las comisiones de las instituciones religiosas, que ostentaban sus estandartes.

Entre vítores al Eminentísimo Cardenal Benlloch, al Papa, a España y el Perú, se embarcó el ilustre huésped para Lima, en el carro presidencial.





EL CARDENAL EN LIMA

Desde mucho antes de las 11 de la mañana, hora señalada para la entrada de su Eminencia en la ciudad de Lima, se había congregado enorme gentío, que esperaba ansioso la visita del egregio Cardenal. A lo largo de la Avenida Piérola se situaron los alumnos de los colegios y escuelas oficiales y particulares, las sociedades obreras y numerosas fuerzas de policía.



El Ministro de Relaciones Exteriores, el Alcalde de Lima y los miembros de la Comisión de recibo

Faltando cinco minutos para las 11 llegaron a la estación de la Colmena, en carruajes oficiales, los miembros de la cancillería el ministro de gobierno, el alcalde de la ciudad, acompañado de varios concejales, los obispos residentes en Lima y la comisión de recepciones. Cuando el carro especial del Presidente de la Re-



El Cardenal Benloch, en la estación de la Colmena, rodeado de las distinguidas personalidades, que lo saludaron, en nombre del gobierno, del clero y del pueblo de Lima

pública, donde venía desde el Callao el Cardenal, en compañía del señor Nuncio Apostólico, del Excmo. Sr. Ministro de España, el Introdutor de Embajadores y otros distinguidos caballeros, se detuvo en la Colmena, fué saludado con una grandiosa ovación, confundiendo los vivas a España, al Papa, al Perú y al Cardenal Benloch con los acordes de las bandas de música y el repique de las campanas.

Tan pronto como se acallaron los aplausos y los ecos de las bandas, el alcalde de Lima dirigió la palabra al ilustre huésped, al que contestó Su Eminencia entre grandes ovaciones.

Habló también el doctor Salomón, Ministro de Relaciones Exteriores, y el señor Guillermo Basombrió en nombre de la Unión



*El Cardenal Benlloch agradeciendo los discursos de bienvenida
El gran desfile en su honor*

Católica, pronunciando el siguiente discurso que fué muy aplaudido:

¡Bien venido seáis, Eminentísimo señor!

Bien venido seáis a esta hija amante de vuestra ilustre Patria, que ha esperado impaciente vuestra feliz llegada y que se apresta entusiasta a tributaros el homenaje que merecéis por vuestra altísima investidura de Representante Extraordinario de quien es Soberano de soberanos; por la gentil y delicada misión especial que traéis de Su Majestad el insigne Rey Alfonso XIII; por vuestra elevada dignidad de Príncipe de la Iglesia Católica y por vuestro doble carácter de hijo preclaro de la gloriosa España.

Bien venido seáis a esta tierra privilegiada de Rosa de Santa María, de Toribio de Mogrovejo, de Francisco Solano, de Martín de Porres, y de tantos otros astros del cielo de la Iglesia, donde la fe heredada de sus mayores se conserva incólume como precioso patrimonio y donde a pesar de las vicisitudes de los tiempos, reina e impera en todos los corazones, principalmente porque las madres cuidan de trasmitirla a sus hijos unificada con la savia vivificante del amor maternal.

Bien venido seáis a esta región de la América Latina, que en todo tiempo supo distinguirse por su respeto y veneración filial, al Augusto Vicario de Cristo, y por su acendrado fervor a la Madre Patria; que proclamó en toda circunstancia, sin resistencias ni vacilaciones, su adhesión incondicional al Pontificado Romano y confesó en todo momento, con la arrogante espontaneidad de los hijos que se enorgullecen de sus padres, su constante, invariable y honda predilección por la nación que le dió la vida; y que, en suma, se rindió siempre culto singular a la justicia y el derecho, reconoce deber estos sentimientos al legado que recibiera de las doctrinas y enseñanzas de la Iglesia, de esa Iglesia divinizada por el holocausto de un Dios, que para satisfacer las ofensas humanas al supremo derecho y a la justicia absoluta quiso voluntariamente padecer los más oprobiosos dietorios y los más crueles martirios hasta la muerte de Cruz.

Venís a una ciudad en otra época emporio de riqueza y brza- rra, admirada de propios y extraños y llamada por antonomasia "Feria del Pacífico", de cuyo antiguo esplendor y señorío le restan aún sus honrosas tradiciones, su aspecto virreyenal y las virtudes caballerescas de la raza, entre las cuales descuella la virtud, tan rara hoy en el mundo, de la sinceridad.

No hallaréis, por cierto, Eminentísimo Señor, ni pompa ni

boato en las manifestaciones y fiestas que os ofrende, pero hallaréis en todas ellas sin excepción, el grato ambiente del íntimo y arraigado sentimiento que las inspira.

Aceptad magnánimo, Eminentísimo Señor, el saludo de este pueblo, rebotante de júbilo sincero, que os rinde respetuoso, y en nombre de la Unión Católica del Perú tengo a honra interpretar, y aceptad, también sus ferventísimos anhelos de que las efusiones de su simpatía y de su amor hacia vos, modestas pero sentidas, perduren en vuestra memoria, con caracteres indetebles, a través de los tiempos y a través de las distancias.

Por segunda vez, su Eminencia habló al público, respondiendo al anterior discurso, escuchando nuevamente los incansables vivas de la muchedumbre alborozada.

Dijo que "el Perú tenía fama en España de ser el hijo que mejor había sabido perpetuar las tradiciones de la Madre Patria. Encomió el espíritu religioso de la nación peruana, la sinceridad y nobleza de sus hijos. Expresó que en la historia de los pueblos había momentos de crisis que eran siempre precursores de grandezas y que el Perú estaba considerado con bastante derecho entre esta clase de pueblos. Agregó que nuestra patria estaba llamada, además, a grandes destinos por su acendrado amor a Dios y al suelo de sus mayores, ideas que no podían separarse nunca, pues quien ama a la patria ama también a la alteza divina de la que es emanación el amor al suelo en que se ha nacido.

Refiriéndose a la grandeza pretérita de la tierra de Santa Rosa de Lima, aludida por el señor Basombrío en su discurso, manifestó, que esta no había perdido su derecho a seguir siendo, como antes, la perla del Pacífico, y que si la concha que la encierra pudo sufrir algún desmedro, la perla misma se conserva intacta con sus hermosas irisaciones y el bello oriente que constituyen el objeto de admiración de cuantos la contemplan, y con los gérmenes fecundos que permiten augurar que, la capital del Perú, volverá á tener la grandeza que tuvo en otros tiempos, no del todo ídos.

Agregó, que se complacía hacer ante el Ministro de Relaciones Exteriores, doctor Alberto Salomón, representante del Gobierno, y el Alcalde Municipal señor Dasso, la declaración de su gratitud por el afecto y entusiasmo con que se le recibía y acogía, en su doble carácter de representante de la Santa Sede, como

miembro que es del Sacro Colegio, y de España y su ilustre Rey, y que traía las manos llenas de las bendiciones que el Sumo Pontífice le había encargado.”



La gaudiosa manifestación, dirigiéndose a la Basílica

Terminados los discursos, el Príncipe de la Iglesia subió al coche de gobierno, en el que tomaron asiento a su lado, el ministro de relaciones exteriores, el alcalde de Lima y el ministro de España y comenzó lentamente el desfile hacia la Catedral. Un río humano incontenible se lanzó detrás y alrededor de éste y de los cinco coches que le acompañaban, vivando incesantemente.

En el trayecto desde los balcones que se hallaban atestados de gente y engalanados con guirnaldas, arrojaban flores y aplaudían frenéticamente el paso del Cardenal. Desde el carruaje a-

gratecía Su Eminencia con una sonrisa de complacencia y manifestaba su satisfacción saludando a diestra y siniestra.

Al arribar a las graderías de la Basílica, que se hallaban invadidas por la muchedumbre, como las aceras de las calles de Baquíjano, la Merced, Espaderos y Mercaderes, el cabildo metropolitano se acercó hacia el atrio, que estaba alfombrado de hojas de laurel y de rosas blancas y después del saludo de bienvenida. Su Eminencia se dirigió al presbiterio, bajo palio, ocupando el solio pontificio. Acto seguido Mons Farfán, obispo del Cuzco, subió a la sagrada cátedra y con dicción correcta y frase galana hizo el elogio del ilustre purpurado que nos visita.

Eminentísimo Príncipe:

En esta solemne hora en que la Patria de Santa Rosa con inmenso júbilo, con aquella alegría que ella sabe reservarse para sus grandes fiestas, tiene el altísimo honor de recibirnos y ha acudido a vuestro encuentro haciendo ostentación de su fé, de su cultura y al mismo tiempo de su amor a España, en este momento, digo, en que los brazos del pueblo peruano os estrechan con admiración y veneración, toca al obispo de la Sede de Valverde, de esa Sede gloriosamente levantada sobre las ruinas de la idolatría, dirigirnos la palabra de bienvenida, amplia, entusiasta, eminentemente peruana, en nombre del Episcopado, del Clero, Comunidades y fieles del Perú.

Seré feliz si esa palabra brota de mis labios inspirada y caldeada en los latidos de esos dos corazones—el vuestro y el del pueblo peruano—que en estos mismos instantes, sin tocarse, se confunden, se compenetran en tal grado, que forman uno solo. ¡Corunum!

Eminencia: No es una conveniencia artificiosa; no es un plan político por noble que sea su fin, no son las miradas del ojo de la diplomacia, ni los estudios del turista, los que han inspirado y guiado vuestros pasos a la América española; no.

¡Tras de los velos de la prudencia humana hay una luz secreta. Tras de las nubes de lo externo hay una estrella de la Providencia, que evidentemente, aunque pequeña, acaso diminuta e imperceptible, pero al fin y al cabo estrella, ella es la que os ha conducido hasta nosotros.

Es, en efecto, de grande y vital importancia para nuestra historia y para nuestra raza el acercamiento cada día más cre-



LA CONCURRENCIA QUE LLENO LA BASILICA, OYENDO EL DISCURSO DE MONS. FARFAN

ciente de estas repúblicas hijas a las caricias de la madre: que la misma madre reacercque a las hijas: que ella sea la primera en tocar las puertas de sus moradas: es Madre!

Sí; que se nos acerque por medio de sus hermosos transatlánticos para que aquella prodigiosa bandera que, en fecha memorable, flameara en las carabelas de Colón sea siempre acariciada por las suaves brisas del Pacífico, sea presente y entusiastamente saludada por el bicolor de la Perla del Pacífico.

Sí; que se nos acerque por medio de sus grandes hijos que nos abrace por los brazos de ellos; que nos hable en nuestra hermosa lengua: que nos recuerde nuestra historia, nuestras tradiciones, nuestro nombre y apellido: que no deje de señalarnos la cuna donde se nació nuestra civilización, la pila de nuestro bautismo regenerador, el gran libro donde se asentó la partida y los padres de quienes descendemos en línea recta, para no perder ni arrancar los hilos de oro de nuestra filiación.

Y si en el himno patrio cantamos ser libres con la dulce libertad de los pueblos grandes, en el himno del hogar, que es el himno de la sangre, y de la raza, de la historia y de la gratitud, siempre gozamos mecemos en el regazo de la Madre Patria y permanecemos unidos a ella por los vínculos del amor, del respeto y de la gratitud.

He aquí que esta unión providencial venís a realizar con vuestra doble misión, Eminentísimo señor.

¿Levantáis la mano para bendecirnos?

En esa actitud entendemos ver y contemplar la blanquísima imagen de nuestro Padre Común, el Vicario de Jesucristo; a quien ama entrañablemente el pueblo católico del Perú y a cuyos representantes venera y enaltece como es de su deber.

¿Nos habláis?

Con vuestras palabras llega por los oídos al corazón la España del siglo XVI, con todo aquel glorioso séquito de sus victorias y conquistas, que en esplendor quisieron opacar la luz del Sol; llegó al corazón la admirable España del siglo XX, con la aureola de su fe grande, de su exquisita diplomacia, con la simpática figura de su Alfonso XIII.

Y esto que siento yo con vuestra presencia, lo habéis sentido vos al espereir vuestra mirada en tierra americana: por eso al llegar a la cumbre de los Andes, allí donde América reclina majestuosa su frente, recordásteis el Cerro de los Angeles; y al contemplar en esa cumbre, la angusta imagen del Salvador, recor-

dásteis también la dulce imagen del Corazón de Jesús colocada con universal aplauso por la majestad católica en el Cerro de los Angeles, para la defensa de la nación española, como sublime coronación de las glorias españolas.

Mientras tengamos el honor de que permanezcáis entre nosotros, en virtud de esa unión íntima a que he hecho referencia, vos viviréis vida peruana, y nosotros cerca de vos, viviremos vida española y de esta suerte se realizará algo parecido a una feliz expresión vuestra.

En medio de la pompa sagrada que no ha mucho, como mágica luz inundó brillantemente a Valencia, vuestra amada tierra, en las fiestas de la Coronación de la Augusta Madre de los valencianos, la Virgen de los Desamparados, tuvisteis esta bella frase: "las horas vividas en Valencia para la Coronación, han sido horas vividas en el Cielo".

Así podamos nosotros decir hoy de vos: las horas vividas en Lima en la visita del Cardenal Benlloch, han sido horas vividas en España, horas vividas en el Vaticano.

¡Casa del Padre! ¡Casa de la Madre!

Justo es que los hijos, al encontrarse bajo un mismo techo, prorrumpán en unísono concierto de acción de gracias al todopoderoso:

Te Deum laudamos!

Terminado el discurso de bienvenida del elocuente prelado cuzqueño. Su Eminencia avanzó hacia la gradería del presbiterio y dirigió una hermosa e inspirada improvisación a la concurrencia que llenaba las amplias naves de la Basílica, siguiendo punto por punto al anterior orador.

"Habéis puesto, dijo, el corazón en vuestros aplausos para el que viene a vosotros en nombre del Rey y del Papa y el alma en los labios para saludar a los que venimos en misión de paz.

No me trae a América un afán de turista, ni el espíritu diplomático; venimos al Perú atraídos por la fragancia de una flor que fué, es y será exponente de vuestra alma ibero-americana: Santa Rosa de Lima.

La manifestación que acabáis de hacernos compromete nuestra gratitud y quedará grabada en indeleble recuerdo. Las flores que me habéis arrojado desde los balcones me han emocionado en gran manera, porque son indicio de una planta de valor incal-

culable, la virtud y el afecto hacia el augusto Pontífice de Roma y la Madre Patria, España. Con ese gesto revelador de una cultura excelsa, las damas de Lima han evidenciado, una vez más, que son dignas continuadoras de la magna obra de Rosa de Santa María. Hemos llegado a la muy noble ciudad de los Reyes, Perla del Pacífico que si bien es cierto que la concha que sustentaba se ha roto en alguna parte, pero la perla sigue brillando con su mágico oriente.

Con las carabelas de Colón vino a esta bendita tierra la fe de Cristo y con los leones de Castilla el vigor de la raza. Mientras no se eclipsen los rayos de un sol, que no se eclipsarán nunca, el Perú será siempre lo que fué en su pasado. No fuérais buenos si no conservarais la fé; no fuérais fuertes sino fuéseis hijos de esos leones”.

Terminó haciendo una invocación a la patria y dijo: que a esta se le ama tanto más cuanto mejor se conservan las tradiciones religiosas.

Esta felicísima improvisación tuvo tal fuerza y sentimiento que la muchedumbre, rompiendo el silencio sagrado del templo, vitoreó y aplaudió delirantemente al elocuente y eximio purpurado.

A continuación se cantó el Te-Deum, himno de acción de gracias. Terminada la ceremonia religiosa, Su Eminencia seguido de su séquito se dirigió al Palacio de Torre-Tagle, en donde fué alojado. Una vez en la regia mansión, accediendo a la petición que a gritos formulaba el gentío desde la calle, salió a los balcones para agradecer al público la manifestación que le tributaba, siendo de nuevo ovacionado.

El preclaro huésped recorría con visible complacencia los salones del Palacio Torre Tagle, lujosa mansión, que habría de albergarlo durante su permanencia en Lima.

El público mientras tanto continuaba ovacionándolo sin cesar, desde la calle, viéndose obligado a presentarse nuevamente para agradecer la manifestación, que entusiástamente continuaba y dirigiéndote la palabra, dijo:

“Amados hermanos: agradezco al Perú entero y especialmente a Lima, que me ha recibido en forma tan cariñosa. Estimo que ya no es hora de hablar, sino de proceder con hechos; *¡Allá va mi corazón!*.” Y al decir estas palabras el Cardenal llevó una mano al corazón e hizo significativo y cariñoso ademán.

El público volvió a aclamarlo estruendosamente, retirándose momentos después.



Monseñor Benloch, asistido por los prelados, en el Te Deum

Por la tarde el Eminentísimo Cardenal recibió la visita de gran número de comisiones religiosas, instituciones católicas y personas de todos los círculos sociales que acudieron gentilmente a presentarle su saludo de bienvenida. S. E. tuvo para todos delicadas frases de simpatía y profundo agradecimiento.



EL PALACIO DE TORRE TAGLE
RESIDENCIA
DEL
CARDENAL BENLLOCH

Según remota leyenda, el fundador del solar en España, debió su nobleza a un acto de valor. Recorriendo un día las

espesuras de un monte, vió a una gentil dama dando gritos de terror y en grandes atreznos para librarse de la muerte cruel que le amenazaba, porque un descomunal sierpe —espantosa y medio infernal como todas las de las leyendas—, quería manducarse a la cuitada doncella. El caballero, presa de generoso ardimiento, arremetió contra la feroz bestia y la mató gallardamente, siendo probable que, con la gentileza heroica que acostumbraban los valientes de leyenda fuera a depositar la cabeza del monstruo a los pies de la bien amada joven, quien, al volver en sí, sintió que la gratitud y el amor compromie-



El blasón de la casa de los Torre-Tagle.

fían su corazón por el arrojado mozo. Y la dama no era cualquiera sino que era nada menos que una infanta de León. Tan bien

hablaría a sus padres, y tan recomendable sería el galán, que pronto se efectuó el enlace, y el rey concedió al que vino a ser su pa-



Evocaciones del pasado; en los corredores del palacio Torre-Tayle

riente por entroncamiento, el título de nobleza por un sugestivo lanzón, cuya divisa y mole serviría para eterna recordación de la

hazaña:—"Tagle se llamó el que la sierpe mató y con la infanta casó."

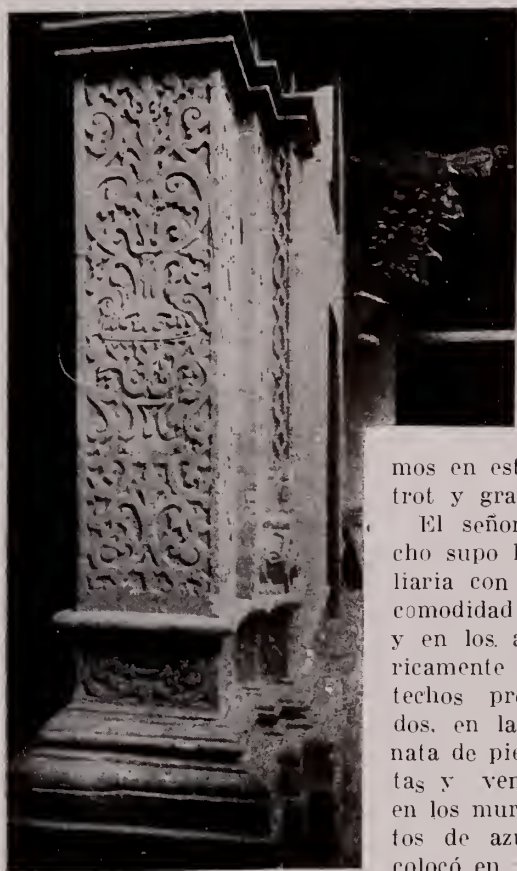
Corriendo los siglos y uno de los descendientes de la raza primogénita, por los que se trasmítia el título, vino a dar por es-



Arca del patio principal, vista desde el fondo del edificio

tos andurriales con un cargo de la corona. Rico debía ser don José de Tagle Bracho cuando, en 1719, contribuyó con fuertes sumas de dinero para los gastos de la guerra contra los piratas, y en el barco "Nuestra Señora del Carmen" tuvo la suerte de apresar un buque holandés pirata, el "San Luis". La corona de España se mostró agradecida con don José de Tagle y Bracho y le concedió

el derecho de fundar solar en la Ciudad de los Reyes, según eje-



Un detalle artístico del arco de entrada

cutoria de 1730. Y en efecto, ya en 1734 estaba construída esa joya de arquitectura colonial que nos resta, y que hemos tenido oportunidad de visitar recientemente, admirando las bellezas y el noble confort que el hidalgo dió a su solar, tan distinto del que estilamos en estos tiempos de fox-trot y gramófonos.

El señor de Tagle y Bracho supo hacer su casa nobiliaria con todo el arte y comodidad de un gran señor, y en los amplios corredores ricamente embaldosados, en techos profundamente tallados, en la desahogada escalinata de piedra, en las puertas y ventanales espaciosos, en los muros anchos y cubiertos de azulejos que Barreto colocó en 1735, en su riquísima y pequeña capilla comunicada con el refectorio de la casa en sus numerosos salones se siente aún el vago ambiente señorial que perdura como una recordación del viejo espíritu que ha impregnado las paredes. Se diría al comunicar por las vastas salas—, que los actuales ocupantes de la casa han procurado profanar lo menos posible con los artefactos de la vida moderna,—que de pronto va a abrirse una

mos en estos tiempos de fox-trot y gramófonos.

El señor de Tagle y Bracho supo hacer su casa nobiliaria con todo el arte y comodidad de un gran señor, y en los amplios corredores ricamente embaldosados, en techos profundamente tallados, en la desahogada escalinata de piedra, en las puertas y ventanales espaciosos, en los muros anchos y cubiertos de azulejos que Barreto colocó en 1735, en su riquísima y pequeña capilla comunicada con el refectorio de la casa en sus numerosos salones se siente aún el vago ambiente señorial que perdura como una recordación del viejo espíritu que ha impregnado las paredes. Se diría al comunicar por las vastas salas—, que los actuales ocupantes de la casa han procurado profanar lo menos posible con los artefactos de la vida moderna,—que de pronto va a abrirse una

mos en estos tiempos de fox-trot y gramófonos.

puerta y nos van a saludar las sombras de los antiguos marqueses con un "Guarde Dios a vuesa merced".

Esta es la tradicional morada, que el Gobierno presidido por el señor don Augusto B. Leguía, con tan buen acierto destinó para residencia del Príncipe de la Iglesia Católica, Eminentísimo Cardenal Benlloch, durante su estadía en Lima.

Para el efecto, nuestro Gobierno dotó de todas las comodidades apropiadas al rango de Su Eminencia. Consta de un espacioso salón de recepciones y de varios compartimentos que hacen de salas de espera, lujosamente amuebladas. Un comedor, dos dormitorios y cocina, así como también otras habitaciones para escritorio y conferencias particulares, es todo lo que constituye el alojamiento del ilustre purpurado.

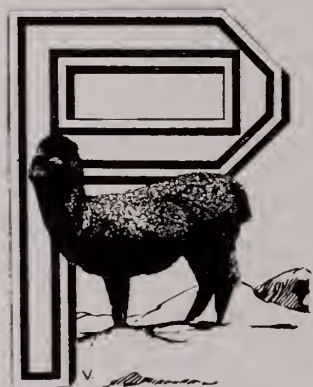


LA CAPILLA DEL PALACIO (Escena de antaño).



*EL CARDENAL BENLLOCH, EN LAS GALERIAS ALTAS DEL
PALACIO TORRE-TAGLE*

LA MISION DEL CARDENAL



az, Amor Fraternidad!

Estas tres solas palabras sintetizan la fecunda misión de Su Eminencia el Cardenal Benlloch.

“No me han traído a la América—dijo él mismo, en uno de sus elocuentes discursos,—el afán del turista, ni el espíritu del diplomático. Venimos en misión de paz y amor, trayendo el corazón de España y la bendición del Augusto Monarca de la Cristianidad.

Venimos al Perú atraídos por los perfumes de una flor que fué, es y será el más preciado exponente de nuestra alma ibero—americana: Santa Rosa de Lima”.

Estas palabras equivalen a un poema y va comprendido en ellas, este cariñoso y tierno saludo:

“Salve! Oh Patria grande y gloriosa, madre de todo corazón peruano y también del mío; (patria de Rosa de Santa María y de Toribio de Mogrovejo); patria de santos y de héroes, la paz del Señor sea contigo. Me inclino reverente, para besar, en señal de paz, tu hermoso pabellón, porque como prelado católico, rey, no solo centinela avanzado del santuario, sino también Príncipe de la paz, mensajero de amor entre los hombres. Recibe las bendiciones de tu madre la Iglesia Católica, a quien debes tu nacimiento a la vida de la verdadera fe; recibe la expresión cordial y nobilísima de España, madre tuya también, pues por ella has visto la luz de la verdadera civilización; recibe los ósculos y abrazos, las caricias y ternuras de esas dos madres que tienen contigo una misma historia, unas mismas tradiciones, legendarias y están



LA RECEPCION EN LA SALA DE LOS DIPLOMATICOS, EL DIA DE LA LLEGADA
DEL CARDENAL BENLLOCH

unidas a tí, por los vínculos de una misma lengua y de una misma sangre. Vengo a tí a fin de estrechar más, si cabe en lo posible, esos vínculos amorosos, para afianzar esa unión de inteligencias, de corazones y voluntades sobre base firme imperecedera, de suerte que España y el Perú, a pesar de la distancia que las separa y la diversidad de su forma política, estén siempre unidas y alentadas por un solo espíritu y un solo corazón”.

He aquí el saludo y la misión del eminente purpurado, misión bendita, llena de consuelos, de alegrías y de tiernas emociones de justos y halagadores esfuerzos.

Como Embajador del más alto poder espiritual que existe en cuanto baña el sol y se dilata la tierra, nos ha hablado de paz, de amor, de unión, de fraternidad; ha bendecido nuestros hogares, nuestra bandera y nuestra patria.

Como Embajador de Alfonso XIII, el Rey bueno, cristiano y caballero, el más gallardo paladín de la raza, nos ha traído el saludo cariñoso de España, abrazos de madre, dulces y gratos recuerdos de hermana y de amiga.

El Supremo Jerarca de la Iglesia y el soberano Monarca español, con sus corazones plétóricos de ingénita bondad, nos saludan tierna y efusivamente por intermedio del ilustre Cardenal, y nos invitan a rendirles en todo tiempo los homenajes de nuestra adhesión filial, profundo amor y sincero reconocimiento y a mantenernos impeablemente ligados a la real corona española y al trono pontificio, el más grande y más augusto trono de la tierra.

Así lo reclama imperiosamente nuestro espíritu ferviente de verdaderos católicos, nacidos a la sombra benéfica de la cruz que ha embalsamado nuestra atmósfera con celestiales aromas, y así lo exige también nuestro carácter de peruanos, dignos herederos del carácter y virtudes de la Madre España.

En la personalidad del Excmo Cardenal Benlloch y Vivó, escogida atinadamente para desempeñar su trascendental misión, de vastas proyecciones para el porvenir, hemos reconocido hermosas y excepcionales prendas de inteligencia y de corazón, de energía y de carácter, de prudencia nada comunes de laboriosidad infatigable y de ardoroso celo apostólico, juntamente con una elocuencia arrebatadora, mirada perspicaz y penetrante, fecunda y brillante imaginación y exquisito trato social, realizados con sus ademanes aristocráticos, grave continente y movimientos majestuosos; cualidades todas que hacen de Su Eminencia, uná



SALA DE AUDIENCIAS

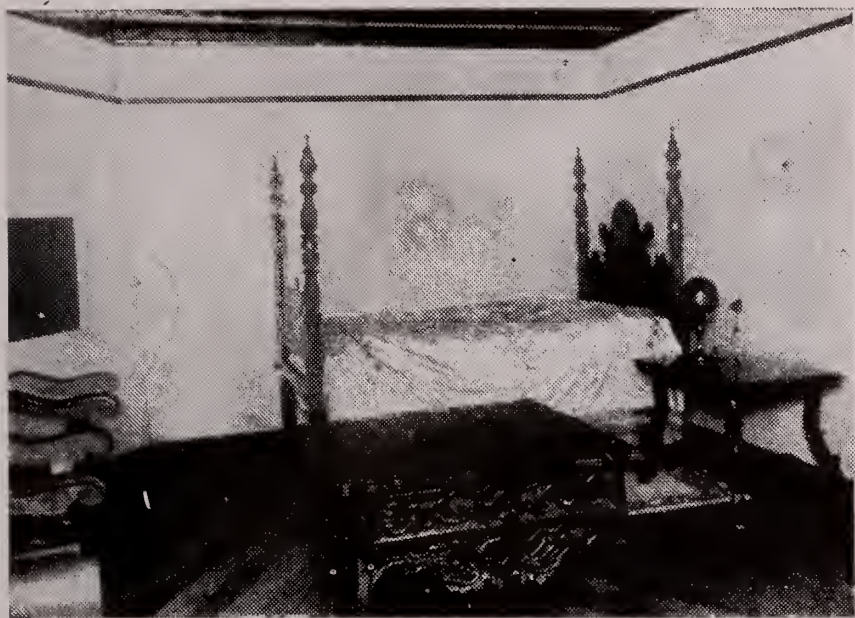
de las más simpáticas y prominentes figuras de la Iglesia Romana.

Como prelado católico y como hijo de España, nos ha traído lo mejor y más valioso que poseen esas dos poderosas entidades. En su espíritu nos ha traído la fe, que dió temple de acero al carácter ibero-americano, resplandor de epopeya a sus hechos y tonalidad de gloria a sus virtudes; nos ha traído en sus labios los divinos y armoniosos acentos del inmortal idioma de Cervantes; en su cerebro, relámpagos del genio creador y en su corazón, un manantial inagotable de ternuras y de bondades.

Era, pues, muy natural y justo, que un personaje de tan elevada jerarquía, como el Cardenal Benlloch y de tan bellas prendas personales adornado, al arribar a nuestras playas, investido de un doble carácter representativo, fuese benévolutamente acogido con demostraciones de simpatía y de sincero afecto, con que la proverbial gentileza limeña suele acoger a los hijos preclaros, verdaderos valores representativos de la ilustración y cultura de las naciones hermanas.

Por eso los cañones de nuestras baterías atronaron los espacios con su fragoroso estampido; las banderas y gallardetes flameaban alegres a los cuatro vientos; las campanas llenaban los aires con sus metálicos sonidos; las muchedumbres delirantes de entusiasmo y alborozo estallaban en vivas y aplausos ensordecedores a España y a la Iglesia, al Perú y al Embajador; las flores cubrían la senda del ilustre príncipe; el ejército, vestido de gala, rendía honores al digno representante de la fe y de la raza; innumerables comisiones acudían festinantes a presentarle sus respetos y saludos y el Perú, en una palabra, púsose en movimiento para atender gaudentemente y honrar, como era justo a su distinguido huésped.

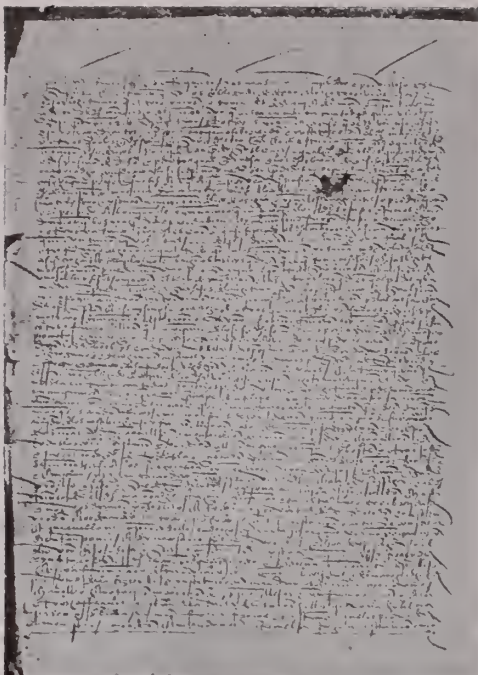
La visita del Eminente Cardenal Benlloch a las naciones ibero-americanas, que fué motivada por la invitación hecha por el R. P. López Santa María, Superior General de la Orden Mercedaria, con el objeto de bendecir solemnemente la iglesia de la Merced de Chile, que ha sido elevada recientemente a la categoría de Basílica tiene — como él mismo declara en un relato hecho a guisa de reportaje—mucho de providencial. El viaje del primer Cardenal español, dice, aunque sea el humilde Cardenal Benlloch, es un acontecimiento, y creo que tiene mucho parecido con el de Colón. Es el saludo oficial de la Iglesia española y vea usted si no hay afinidades. Cuando levantaban anelas en Cádiz, me tra-



DORMITORIO DEL SECRETARIO DE SU EMINENCIA

Jerón una imagen de la Virgen que fué la que acompañó a los españoles en los primeros viajes: viene conmigo esa imagen y espero en Dios que ha de volver conmigo. Más aún, en Tenerife, bajé a rezar ante el Santo Cristo de La Laguna y allí me postré en el mismo lugar en que estuvo Colón orando antes de venir a América. Yo llevo la medalla de oro del Santo Cristo que me regalaron allí como un recuerdo. Por eso creo que Dios me protegerá en este viaje que hago.

Seguros estamos de que al dejar Su Eminencia nuestros lares, y al presentarse ante el Rey espiritual del mundo y ante el Monarca representante de la raza, les dirá: el Perú es católico y español; sigue siendo hijo fidelísimo de la Iglesia, profesa inquebrantable adhesión a la Cátedra de San Pedro, y es también y lo será siempre Hijo noble e hidalgo del solar hispano. Les dirá que aquí se respeta y se veneran fervorosamente las tradiciones de la Madre Patria y las creencias religiosas que fueron legiti-

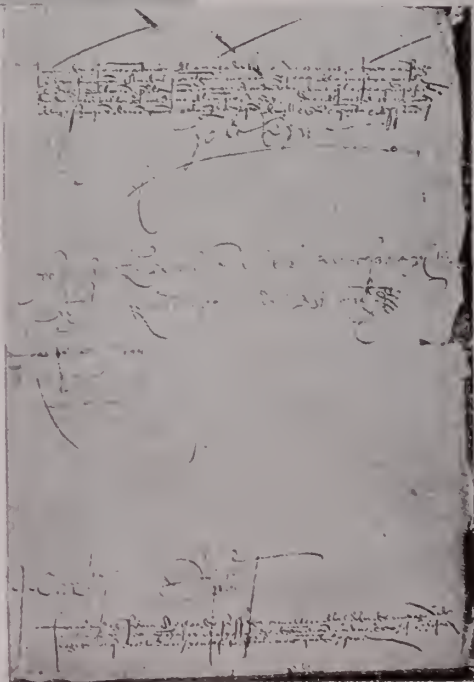


sagrado deber de rendir pleitesia de amor filial y profundo reconocimiento en la persona del Eminentísimo Purpurado, a sus dos madres, a quienes debe la luz y la vida y la vida de la verdadera fé de la real y verdadera civilización.

Ejecutoria del Mayorazgo de los Torre-Tagle, otorgada por la reina doña Juana La Loca.

mo orgullo de nuestros mayores y constituyen hoy nuestro más preciado blasón.

Su Eminencia habrá sentido poseído su espíritu de indecible complacencia después de haber puesto término honrosa y satisfactoriamente a la elevada misión a que nos hemos referido y que le fuera encomendada en hora feliz, y el Perú, sentirá también el orgullo y la ínfima satisfacción de haber cumplido con el

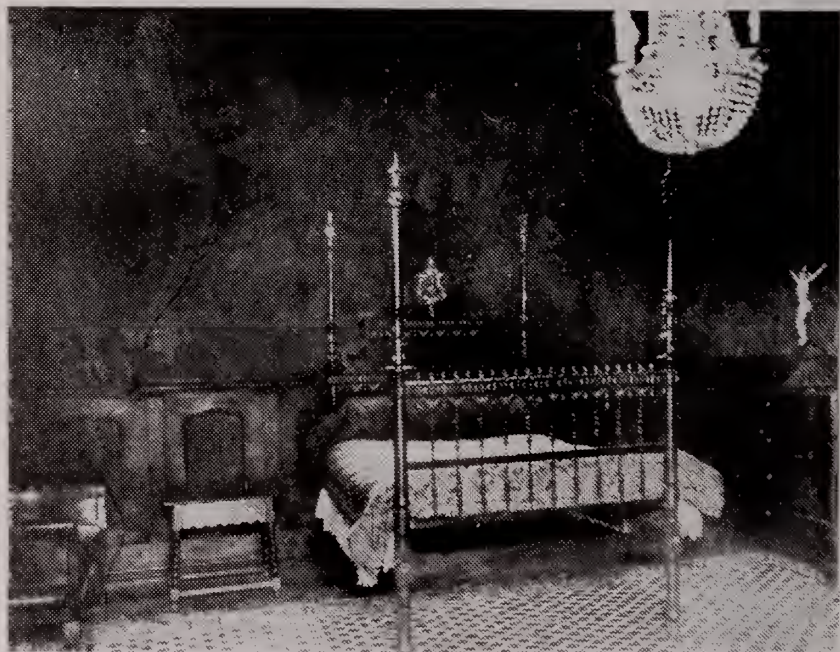




El Eminentísimo Cardenal Benlloch, recibe la visita de los Ilmos. Prelados Monseñores Pedro Pablo Drinot y Piérola, Carlos García Irigoyen, Fidel Cassio, doctor Benigno Yábar, Vicario General de la Diócesis del Cuzco.

AL PISAR
LA BENDITA TIERRA PERUANA

Llegamos a tus costas; salud tierra peruana,
Cuajada de leyendas, de fe y de libertad!
Los sueños que forjamos en tierra casteliana;
La tradición gloriosa de la odisea indiana
Son ante nosotros brillante realidad.



DORMITORIO DEL CARDENAL



DESPACHO DEL CARDENAL

Si un día en estas playas del mundo colombiano
 Sus besos reverentes dejó el descubridor,
 En esta tierra santa de Rosa y de Solano,
 Igual que las reliquias besó el labio cristiano,
 Dejamos nuestros besos de fe, piedad y amor.

Cuando la luz del día tornasoló la esfera,
 Cuando tendió sus rayos por el espacio el sol
 Mis ojos encantados, miraron la bandepa
 Peruana, tan querida, gloriosa y hechicera.
 Que igual que su bandera parece al español.

Al par de un pueblo heroico nos recibió en el puerto
 El bravo Grau, que sigue frente al mar de pie.
 Y entre Incas y Virreyes, que al parecer no han muerto

Legiones de patriotas, en cuya faz advierlo
La sangre de mi España, los gritos de mi fé.

Miré a tus puerlas, Lima, marcando un Dos de Mayo
De tu alta independencía, magnífico el blasón
Y. "¡viva el Perú libre!" como hijo de Pelayo.
Grité, con alma hispana donde se forja el rayo;
Que el hijo de leonés debía ser león.

¡Qué bravos y qué grandes luchastéis, peruanos,
Por esa independencía que brilla en vuestro sol!
¡Y qué abrazos tan recios nos damos como hermanos!
A San Martín modela Benlliure entre sus manos
Y al magno Bolognesi glorificó Querol.

No muere aquí la estela feliz del tiempo viejo;
Perdura aquí el empaque de hispánico solar,
Tu catedral realza Pizarro y Mogrovejo;
Son Porres y Masías de santidad espejo,
Y llena el alma ibera tus plazas y tu lar.

Y cual joyel preciado de insuperable estima,
Llenando espacio y tiempo de galas y esplendor,
Cual genio que preside, espíritu que anima,
Compendio de tus glorias, está Rosa de Lima,
Cual rosa de los cielos, que es ángel, astro y flor.

Hierve en el pecho el alma del español que llega
Simliendo las ternuras de afecto fraterna!
¡Peruanos y limeños! el alma se os entrega
Con la emoción profunda que el corazón anega,
Con bendición de amores que os brinda un Cardenal.

Calasanz Rebaza (Escotapio).

EL HOMBRE DE LA TROMPETA

Es un momento sublime
del palacio Torre Tagle.....
las espuelas, cascos y sables,
la escolta del Presidente,
Se oye una voz, luego un ruido
se cuadra rígida y grave,
Un monosílabo impera
que todos traducir saben
y el coronel, señor Bazo,
como aguerrido Ayudante
se adelanta con imperio
y anuncia que Benlloch sale,
y el egregio purpurado
como un príncipe de sangre
desciende por la escalera,
Como un ascua que pasea,
del palacio Torre Tagle,
juega el viento con su traje,
y la púrpura refleja
como arboles de tarde,
De la escolta se destaca
un hombre grande, muy grande
de cara negra, muy negra,
muy tieso, enjuto de carnes,
y oprime con recios labios
una trompeta de alardes.....
y el toque lo llena todo
con vibraciones marciales,
Se advierte en aquellos ojos
dos centellas penetrantes.....
que entre las pestañas arden,
dijera que es una estatua
de un héroe de otras edades
puesta en honor de Benlloch
en la puerta de la calle,
Estatua de hermoso bronce
oxidada por el aire;
eso me parece el negro
en la casa Torre-Tagle
cuando anuncia la trompeta
que el Cardenal Benlloch sale.

A. Villanueva (*Escolapio*),
De la Embajada Cardenalicia.

SALUD Y AMOR

A LOS PUEBLOS DE LA GRANDE RAZA IBERO-AMERICANA

Salud, pueblos y gentes de la alta raza ibérica:
Salud, oh madre Hispania; salud hijos de América;
Alza tu frente y óyeme, clara estirpe imperial:
Dios vuelve; Dios nos llama con voz de bendiciones;
¿Quién teme? Arriba espíritus y arriba corazones!
Hermanos, en pie, alcemos el canto fraternal.

¡Todos unos! Que en todos alienta un heroísmo,
Y sangre, una vida, y una fe y un bautismo,
Y una es nuestra esperanza y unas las glorias son
Todos, sí; Dios lo quiere surge una edad dorada
Y hora es de amor: llamémosnos! Y una cruz y una espada,
Una alma, toda en todos, y un sólo corazón.

Unos y grandes fuimos; y en tierra y mar impera
El nombre de la Patria que en tierra y mares era
La fe que vence al mundo y el brazo del Señor;
La que del sol la rufa siguió en triunfal carrera
La que dió a los vencidos su Dios y su bandera,
Su sangre y su Evangelio, su heroísmo y su honor.

Patria grande entre grandes, eterna en su memoria;
Jamás vieron los siglos brillar tu alta gloria,
Nunca poder más fuerte llevó en triunfo la cruz;
Cielos y tierra oyeron su canto de victoria,
Cuando al salvar un día las cumbres de la historia,
"Haya luz" gritó al caos, y a su voz fué la luz...



COMEDOR

Es tu madre y es grande: Dios renovó su aliento.
 Hierro infundió en su sangre, hierro en su pensamiento.
 Y vida en sus entrañas y en su alma un ideal.
 Tras sombras de Calvario, brilló su alba gloriosa.
 Ya sobre el hueco túmulo, volteada está la losa.
 Y alzó la Hispania vietrix su alehuya triunfal....

¡Todo por ella, hermanos! Y abriendo un nuevo oriente
 Vuelva el sol de la raza magnánima y potente:
 El sol de nuestras glorias, el sol que fué español;
 Triunfe el amor: ¿qué falta? Un grito y un abrazo.
 Y el Dios de nuestros padres selló el eterno lazo
 Al besar nuestras sienes con besos de aquel sol.

Hora es de amor: grande cual su destino.
 Torne el pueblo en cuya alma vibra un beso divino:
 Torne el pueblo de pueblos, de un Dios y un corazón;
 Y aiente, toda en todos, la raza soberana.
 Y el alma de dos mundos vibre en cada alma hermana.
 Y rujan cien leones en la voz de un león.

¡Salud! Hermanos: alcémonos unos, fuertes y grandes:
 Todo, sí, por la patria que de Auseba a los Andes
 Su espíritu y sus brazos tendió de mar a mar.
 Trémulos de esperanzas, se abren dos continentes;
 Dios en lenguas de fuego descendiende a nuestras frentes,
 Por Cristo y por Castilla volvamos a triunfar.

¡Sús! Hermanos: alcémonos unos, fuertes y grandes:
 Salud, oh madre Hispania: salud, hijos de América
 ¡Excelsior! clara estirpe de un alma y una fe.
 Todos en pie cantemos la aurora del gran día;
 Dios está con nosotros, y hoy como ayer nos guía
 Si unos, fuertes y grandes, hoy como ayer nos ve.

P. Restituto del Valle Ruiz.

(Agustino).



EL EMMO. CARDENAL BENLLOCH Y VIVO EN LA SOLEMNE RECEPCION OFICIAL

La ceremonia de la recepci3n oficial del Eminentísimo Cardenal Benlloch en el palacio de Gobierno, que tuvo lugar el día siguiente de su llegada, revistió caracteres de extraordinaria solemnidad.

Pocas veces hubo acontecimiento más emocionante en la vieja casa de Pizarro. Todo fué solemne y evocador. La concurrencia selecta, la ceremonia grandiosa, el entusiasmo desbordante y el júbilo sin par. El histórico abrazo y el efusivo apretón de manos que allí se dieron los compatriotas del Cid y los enviados del Jefe de la Cristiandad, con el Supremo Mandatario de la Nación peruana y fueron la más pura cristalización de los sentimientos de fraternidad y amor que deben perdurar eternamente entre españoles y peruanos; dieron margen a una compenetración de ideales y afectos francos y sinceros, muy distantes del frío formulismo de los cumplimientos protocolarios y antójase nos haber asistido, en aquellos supremos instantes de nuestra vida nacional, al renacimiento de la historia de la raza, deslumbrante por sus proezas inmortales.

Su Eminencia, dió lectura, ante el Presidente, al siguiente discurso:

Excelencia:

Todavía llevamos nuestra alma embriagada por el perfume de las flores con que alfombraron ayer mañana nuestro camino las manos delicadas de las bellas y piadosas damas peruanas: flo-



res fragantes en cuyos pétalos percibíanse envueltos los efluvios del tierno corazón de la mujer siempre pía y patriota, su religiosidad y su gentileza, su profunda veneración al Cardenal y su entusiasta afecto al Español.

Aún vibran los vítores y las estruendosas aclamaciones de vuestro noble, legendario y heroico pueblo, tan clamorosas e ingentes que apagaron el estampido de las salvas de los cañones, el marcial toque de las trompetas y el batir de las músicas militares. cuando recorrimos en paseo triunfal las calles y plazas, que desde el puerto nos conducían al grandioso templo Catedral para entonar el solemne Te Deum, himno oficial de gracias de la iglesia y darlas muy cumplidas y cabales al Altísimo por la dicha inefable que nos ha deparado de traernos en brazos de la Divina Providencia a estas benditas tierras peruanas.

Sí benditas, porque siempre fueron eminentemente religiosas aunque en aquellas memorables dominaciones del gran imperio incaico, cuya civilización se pierde en la lejanía de los siglos sombrearon esa religiosidad, a pesar de divinizarla en el esplendoroso vivífico sol, los negros cendales del paganismo; donosa preparación la de la tierra peruana para que cayera en ella la semilla del evangelio de Cristo, verdadero sol, luz de luz, luz eterna, sol nacido de entre los puros arboles de una aurora immaculada la Virgen Madre.

Virgenes tuvo a su servicio aquel rey de los espacios siderales; aquel sol era adorado, porque, padre de la naturaleza a su aparición todo lo hermosecaba con su luz y todo lo vivificaba con su calor. Pero una sola rosa fecundada y hermosecada por el otro sol rey de los cielos inmateriales, una rosa crecida en los hermosos vergeles de esta Lima incomparable vuestra amada y venerada Santa Rosa de Lima ha perfumado con la fragancia de sus virtudes, no solo a vuestra patria sino a España y hasta el jardín mundial de la Iglesia Católica. Ella es la mayor gloria de Lima y a rendirla pleitesía de devoción y amor. Nos envía el Sumo Pontífice, bendiciendo por nuestro conducto a la nación peruana que cifra sus glorias religiosas en la enamorada Virgen con el Divino Niño desposada. En su honor ofrecerá solemnes fiestas esta embajada en vuestra augusta Catedral y honra que casi no merecemos sería el que os dignárais presidirla si en ello no viera el más leve obstáculo vuestra excelencia.

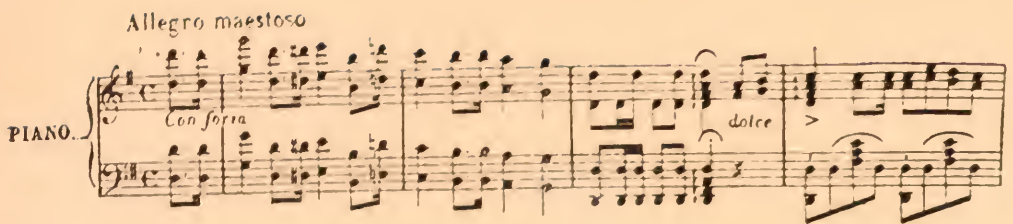
Pero es que además venimos enviados de aquella gran patria del inmortal Pizarro, a decirlos, excelencia, y con vos su pri-



EN EL PALACIO DE LOS VIRREYES
RECEPCIÓN OFICIAL DEL EMMO. CARDENAL BENLLOCH

HIMNO NACIONAL DEL PERU

Allegro maestoso
PIANO...
Con forza dolce



cresc. Ped. * Ped. * Ped. *



f. dim. Ped. *



dolce.



cresc. Ped. *



marcato risoluto. cresc.



ff. f. riten.



f. dolce.



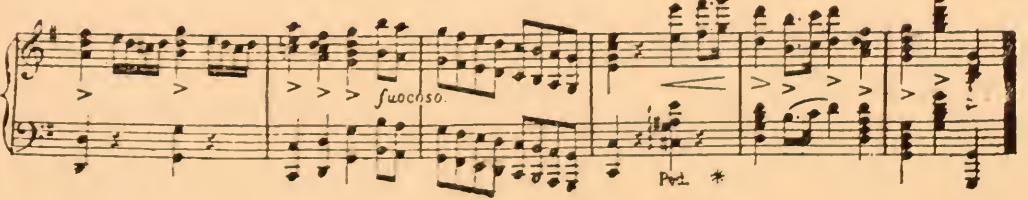
cresc. Ped. * Ped. * Ped. *



dim. f. Ped. *



fucoso. Ped. *



MARCHA REAL ESPAÑOLA

MAESTOSO

The first system of musical notation consists of two staves joined by a brace. The upper staff is in treble clef and the lower staff is in bass clef. The key signature has one flat (B-flat) and the time signature is 2/4. The music begins with a piano (*p*) dynamic marking. The melody in the upper staff features eighth and sixteenth notes, while the lower staff provides a harmonic accompaniment with chords and moving lines.

The second system continues the piece. It features a crescendo hairpin leading to a forte (*f*) dynamic marking. The melody in the upper staff becomes more active with sixteenth-note patterns. The lower staff continues with a steady accompaniment.

The third system shows a dynamic shift to piano (*p*). The melody in the upper staff has a more melodic, flowing character. The lower staff maintains the accompaniment with some chordal textures.

The fourth system features a piano (*p*) dynamic. The melody in the upper staff includes some sixteenth-note runs. The lower staff has a more rhythmic accompaniment. There are double bar lines with repeat dots at the end of the system.

The fifth system concludes the piece. It features a piano (*p*) dynamic. The melody in the upper staff ends with a final cadence. The lower staff provides a concluding accompaniment. The system ends with a double bar line and a fermata over the final notes.

mer mandatario, a toda la amada nación peruana que de nuevo está pronta la sangre de los españoles para, unida con la vuestra, volver por los fueros de la raza. Nuestra misión es de paz, unión y amor. A deciros cuánto os ama, Nos envía el Soberano Pontífice de Roma, llenándonos las manos de sus gracias y bendiciones. Para repetiros cuánto os ama, también, nuestro Augusto Monarca el Rey Alfonso XIII (q. D. g.) Nos comisiona en especialísima Embajada: me honro en haceros entrega de su Real Carta: y España entera que en espíritu Nos asiste en estos solemnes momentos os trae por Nuestra mano su corazón con el encargo de procurarle el vuestro. Nunca pudo soñar tamaña gloria como Prelado y como español este Cardenal que fijará en su corazón, la fecha memorable de su vida, de ser el primero que junta las huellas de sus pisadas en estas tierras con las de aquellos intrépidos navegantes, valientes guerreros y celosos y abnegados misioneros que os trajeron la fe, la civilización y el progreso, trocando el sol de los incas por el sol de la verdad que es Cristo que es el que libra y redime a los pueblos. Nosotros, señor, no venimos cifundo la espada al cinto: más bien aljaba llena de flechas de amor para conquistar, más si es posible, corazones para Cristo y para España. Hacemos fervientes votos que depositamos hoy en vuestras manos, Excelencia, y mañana sobre el altar de Santa Rosa por el engrandecimiento moral y material de la noblestísima nación peruana.

El señor Leguía contestó al Eminentísimo Cardenal, en los siguientes términos:

Eminentísimo Señor:

Excepcional regocijo experimentan el Gobierno y el pueblo del Perú, al recibir la visita de Vuestra Eminencia que, por su doble carácter de Príncipe de la Iglesia y de hijo de España y para nosotros, Embajador de dos altísimas entidades, con las que mi patria está más cariñosamente ligada por vínculos históricos y morales: la Iglesia Romana a cuyo poder espiritual nos prosternó, para siempre, la fe de nuestros mayores, y la Nación Española a quien debemos nuestra civilización y nuestro idioma.

La Religión, más aún que el Estado y la familia, es la mejor forma de comunidad moral entre los hombres. Pretender, como quieren liberalismos ingenuos, aflojar los lazos espirituales con los que ella liga las creencias y los sentimientos colectivos, es



EL EMINENTISIMO CARDENAL BENLLOCH, LEYENDO SU DISCURSO, EN LA RECEPCION OFICIAL.

cómeter un atentado contra la solidaridad humana, más absurdo aún que destruir el estado o disolver la familia, ya que el radio de la confraternidad religiosa, desbordando los vínculos consanguíneos y las fronteras nacionales, forma el círculo más vasto de amor entre los seres, a quienes hace participar de la comunidad de una sola creencia, de una sola esperanza y de un consuelo común.

De allí que los sentimientos de simpatía y estabilidad familiar, de cohesión política y de unidad religiosa, sean lazos que el moralista, el sociólogo y el hombre de Estado, deben preocuparse por fomentar y estimular en todas las colectividades, que no han adoptado por ideal la disolución o la anarquía.

Si estas consideraciones tienen una indiscutible evidencia para todos los pueblos, de todas las razas y de todas las civilizaciones, la tienen mayormente para estas nacionalidades jóvenes de América, cuyas condiciones físicas, raciales e históricas, son a veces adversas a la cooperación, y en las cuales es obligación del estadista afirmar los vínculos espirituales, capaces por su recóndita intensidad, de avasallar las tendencias que hacia la desunión y el fraccionamiento despiertan en estos pueblos, la variedad del territorio, la heterogeneidad de las razas y la brevísima y turbulenta historia que han vivido.

Mantener, pues, en estos pueblos la comunidad religiosa y la comunidad lingüística que son los principales factores que los juntan y asimilan, es, no sólo conservar su fisonomía y su tradición y, por lo tanto, favorecer su perpetuación como nacionalidades, sino mantener encendida en nuestra alma colectiva, la gratitud histórica que debemos a esos dos grandes nexos morales, que han sido los portadores de nuestra civilización y de nuestra cultura.

La América Latina no es una unidad geográfica, sino una abstracta unidad espiritual, creada, mantenida y proyectada hacia el porvenir, por dos grandes símbolos morales: la divina personalidad de Cristo en la que toda ella cree y la humana personalidad de Cervantes, cuya lengua casi todos estos países hablan.

Vuestra visita a estos pueblos, tiene, pues, un alto significado y un hermoso simbolismo sentimental. El cálido homenaje que tributamos a Vuestra Eminencia se halla, por eso, muy distante del frío formalismo de los cumplimientos protocolarios. Está todo él saturado de emoción, porque deriva del fondo más íntimo del alma nacional que recibe conmovida las bendiciones del Pon-



*EL SUPREMO MANDATARIO, DON AGUSTO B. LEGUÍA, CONTESTANDO EL DISCURSO
DEL CARDENAL BENLLOCH*

tífice Romano y que corresponde el efusivo abrazo maternal que en nombre de la Madre Patria, trae Vuestra Eminencia a esta tierra que fue el florón más preciado de la diadema colonial de los Reyes de España y que enorgullecida cada vez más de su abo-
lengo hispánico, conserva inalterables las virtudes caballerescas y el fervor religioso que han inspirado en nuestro suelo aque-
lios gestos varoniles de los próceres de nuestra vida independi-
ente y aquella flor de devoción y de pureza que fue Santa Rosa
de Lima en los fastos de nuestra historia colonial.

Eminentísimo Señor:

Decid al Sumo Pontífice y al Monarca Español que han confi-
ado a Vuestra Eminencia la misión de llevarles nuestro corazón,
que éste ha estado siempre con ellos y expresadles nuestro re-
conocimiento por el mensaje de amor que nos envían.

Acepto vuestra gentil invitación, y dichoso me sentiré de
presidir la fiesta con que se enriquecerá la historia religiosa de
nuestra Basílica rindiendo vuestro alto homenaje a la Virgen
Limeña cuya memoria ha sido santificada por la Iglesia y por la
Patria.

Que vuestra permanencia en esta tierra creyente y española
sea tan grata a vuestra persona como lo es para nosotros, es el
más fervido deseo de quien en nombre de un pueblo regocijado
con vuestra visita, da a Vuestra Eminencia la más cariñosa bien-
venida.

Al terminar su discurso el señor Presidente, el Cardenal se
acercó a él lo abrazó, pronunciando, poco más o menos, estas
palabras: "Excelencia: No sé si lo impide el protocolo, pero per-
mitidme que cumpla el encargo de daros un abrazo maternal, en
nombre de España".

El señor Presidente respondió: "Eminencia: Aun en el caso
de que el protocolo prohibiera esta expansión que provoca Vues-
tra Eminencia, lo romperíamos a fin de saborearla, como lo hago
yo ahora, en toda su intensidad".

En ese instante le retribuyó el abrazo, en medio de las más
calurosas ovaciones de la multitud que invadió el elegante salón
de recepciones.

Mientras se departían horas de intensa emoción en el Salón
Dorado, las bandas ejecutaron, afuera, el Himno Pontificio y
la Marcha de Banderas dando al acto un matiz de perdurable re-
cordación.

EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA SR. D. AUGUSTO B. LEGUIA VISITA AL CARDENAL

El Jefe del Estado, en compañía del Ministro de Relaciones Exteriores, doctor Alberto Salomón, de los miembros de la Casa Militar, presididos por el Coronel señor César Zorrilla, y por el Introdutor de Embajadores y Ministros, doctor Javier Correa y Elías, retornó la visita de S. E. el Cardenal Benloch.

A la entrada, fué recibido por el Secretario de Cámara de Su Eminencia, R. P. Carmelo Blay, por el Ayudante del Cardenal Coronel Carlos Bazo y por el Oficial de Ordenes, teniente Martínez Merizalde.

El señor Leguía departió un cuarto de hora con el Cardenal, quien se mostró altamente satisfecho—como lo dijo—con la visita de nuestro ilustre Mandatario, para quien tuvo, una vez más, frases de cariño y franco aplauso.

OTRAS VISITAS

S. E. el Cardenal Benloch fué visitado por el Presidente de la Cámara de Senadores, Sr. Guillermo Rey, por los Ministros de Estado y por varios miembros de la Cámara de Diputados, por el Prefecto del Departamento de Lima, Coronel Pedro P. Martínez, a quien Su Eminencia dijo: "Estoy muy agradecido a la ciudad de Lima y a su gente, debiendo manifestar que me parece estar entre españoles. La raza no pierde su gesto característico: la bondad".

PALACIO TORRE TAGLE



—0—

A los representantes de nuestro Ejército les dijo lo siguiente: "Yo también amo al Ejército peruano por obligación y con devoción".

A varias señoras y señoritas que le presentaron sus más cordiales saludos y respetos, les dijo: "La mujer peruana por su piedad y patriotismo, ha comprometido mi gratitud eterna. Vosotras sabíais que el Cardenal venía de Valencia, la región de las flores, y por eso quisisteis ahogarlo entre flores. Yo sé vengarme de este modo: Salud y bendición" (Dióles la bendición apostólica).

Su Eminencia tuvo para todos frases de cálido afecto que le conquistaron muy pronto hondas simpatías en nuestro medio.

Cerca de las nueve de la noche terminaron las visitas y Su Eminencia pasó al comedor del regio palacio colonial y allí comió en compañía de monseñores Carlos García Irigoyen, obispo de Trujillo; Pedro Pascual Farfán, obispo del Cuzco; Pedro P. Drinot y Piérola, obispo de Basilinópolis; Fidel Cossío, obispo de Puno; doctor José Sánchez Díaz, Vicario General de la Arquidiócesis; R. P. Carmelo Blay, Secretario de Cámara de Su Eminencia; señor José Vivó, miembro de la Embajada, y coronel Carlos P. Bazo, ayudante de Su Eminencia.

A la derecha del Cardenal tomó asiento el excelentísimo señor José Petrelli, Nuncio de Su Santidad.



HOMENAJE DEL CARDENAL BENLLOCH A LOS HEROES DEL PERÚ

A las 8 a. m. del día 9 de noviembre Su Eminencia el Cardenal Benlloch y Vivó, celebró una misa rezada en el elegante oratorio del palacio de Torre Tagle, en honor de los héroes del Perú. Este acto religioso revistió carácter sugestivo, por la sencillez de su liturgia, pero grandioso por su significado.

A las 10 y media comenzaron a llegar al regio palacio colonial, las comisiones del Consejo de Oficiales Generales, de la Misión Naval Norteamericana, del Estado Mayor General del Ejército, de la Misión Militar Francesa, Misión de la Guardia Civil Española, del Estado Mayor General de Marina, de la Escuela Militar de Chorrillos y de otros cuerpos destacados en esta capital, para acompañar al Excelentísimo Cardenal Benlloch en el homenaje que se propuso rendir a los héroes de la guerra del Pacífico.

En el salón de recepciones esperaban: el doctor Alberto Salomón, Ministro de Relaciones Exteriores; el doctor Benjamín Huamán de los Heros, ministro de guerra; y el doctor Juan Manuel de la Torre, ministro de marina.

Asistieron también distinguidas personalidades de nuestro mundo social; entre las que se destacaban las comisiones de la Beneficencia Pública de Lima, Beneficencia y Casino españoles, etc.

Poco después se presentó Su Eminencia revestido con la capa cardenalicia y ostentando las numerosas condecoraciones que

ha recibido tanto de su patria como de las naciones extranjeras.

Los allí presentes saludaron a Su Eminencia y éste, al retribuir el saludo, indicó que se podía partir al cementerio.



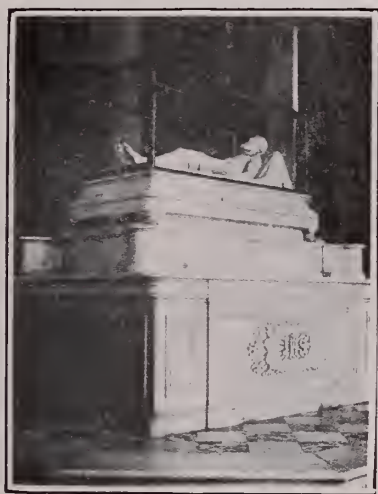
LA CRIPTA

Acto continuo el Cardenal y los miembros de la Embajada, así como también los señores ministros, los altos jefes y oficiales del ejército y la marina, abandonaron el salón de recepciones.

para tomar los automóviles que debían conducirlos al cementerio general.

En seguida los miembros de la comitiva tomaron sus respectivos asientos y se dirigieron al cementerio, llevando cuatro hermosas coronas, en las que aparecían los colores de los emblemas de España, la Santa Sede y el Perú.

EN LA NECROPOLIS



*Estátua yacente del Cristo
de la Capilla*

‘Señor de todo lo creado!

Vos presidís este acto solemne. Desde esa cruz, donde disteis la vida por la salvación del mundo, escucháis nuestra oración por los héroes cuyos restos aquí reposan y cuyas almas viven aureoladas con los rayos de la inmortalidad. Vos fuisteis el héroe del mundo entero, porque os ofrecísteis en holocausto para

salvar a todos los hombres. *Propter nos homines et propter nostram salutem descendit de coelis.* Sois el primer héroe y con ese carácter coronáis la tumba de todos los hombres. Espontáneamente os ofrecísteis para la redención del mundo y con vuestra vida de Dios Hombre sellásteis el pendón de los triunfos inmortales. *Ah mors, ubi est victoria tua?*

Nuestros héroes no mueren; viven, porque se asemejan al héroe de los héroes. Cristo Crucificado.

Compatriotas, permitidme que así os diga. Ayer en el momento de la recepción en el Palacio de Gobierno, saltó una chispa. Esa chispa produjo su efecto, ya lo sabéis: la fusión de dos almas en el crisol de la fraternidad.



El Cardenal depositando una corona al pie de la tumba de los héroes

Por eso aquí tenéis al Cardenal y a los miembros todos de su comitiva, quienes hemos venido en peregrinaje de amor a rendir culto a los héroes que rindieron su vida por la santa causa de vuestra libertad. Los que aquí yacen, ya han muerto: viven en nuestra memoria, pues se ofrecieron en holocausto para re-



EL CARDENAL BENLLOCH, RINDIENDO HOMENAJE A NUESTROS HEROES

verdecer perennemente los laureles de vuestra querida patria, la nobilísima nación peruana.

El soldado español y el soldado peruano, ni en la vida ni en la muerte, ni más allá de ella se pueden separar. Con el rojo de su sangre, con la palidez de su muerte y con la blancura de su gloria, dibujan en todo instante dos hermosos colores de nuestras banderas: rojo, blanco y amarillo, lazos indestructibles que ligan nuestras almas gemelas.

Estos héroes a quienes venimos a rendir nuestro sincero y especial homenaje, defendieron los colores de su bandera; por ésta, ofrendaron su vida y es muy justo que nosotros los veneremos elevando una plegaria de ternura y depositando en sus tumbas un sencillo pero afectuoso recuerdo.

Dios y la Patria es el lema del soldado. Ante el Dios de los Ejércitos he ofrecido esta mañana la santa misa por los héroes del Perú, y en mis plegarias he invocado la memoria de vuestros genios militares, pidiendo lumbres para sus dignos continuadores.

Señor de las Alturas: Vos distéis la medida y, como primer héroe, distéis también el ejemplo: inclinásteis vuestra augusta frente cuando se presentó la muerte y distéis permiso. Recibid mi oración por los héroes del Perú y dignaos bendecir a sus dignos sucesores, para que ellos, iluminados por la luz de vuestros elevados designios, sepan imitarlos en su amor y patriotismo".

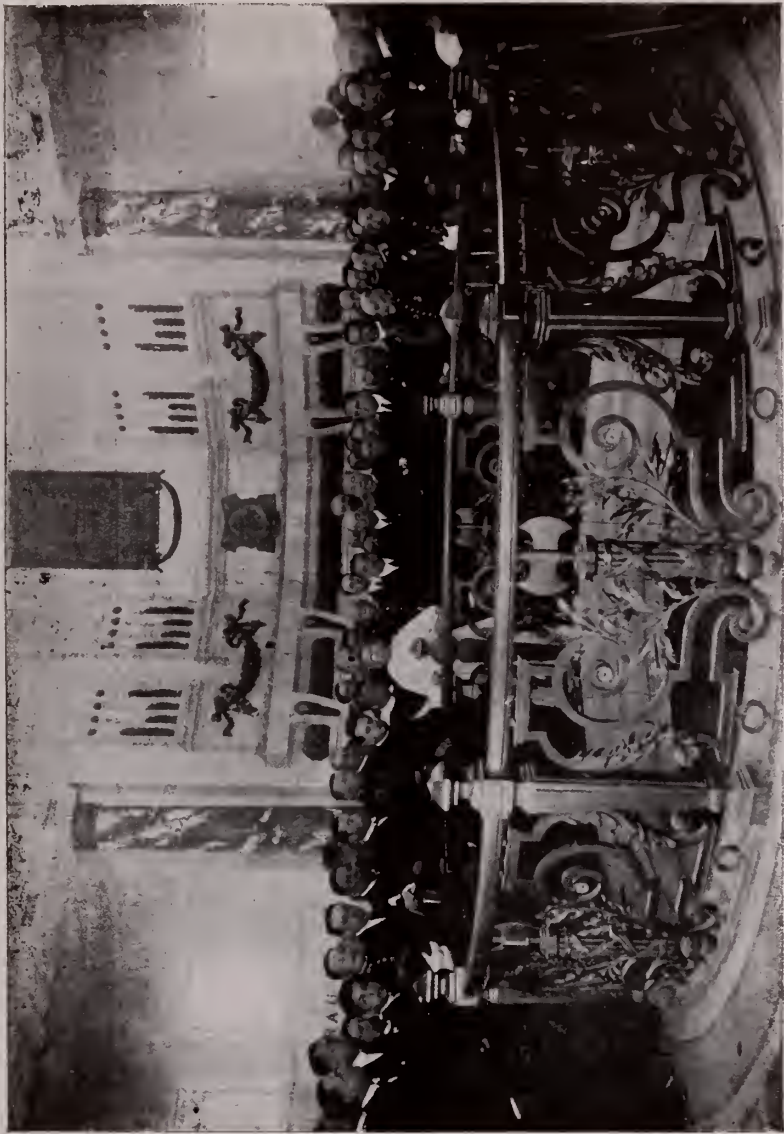
Al terminar el Cardenal fué estruendosamente aplaudido, y muy felicitado por los asistentes.

A continuación hizo uso de la palabra, impresionando grandemente al auditorio, el señor Ministro de la Guerra, don Benjamín Huamán de los Heros.

“¡Señor de todo lo creado!

Eminentísimo señor Cardenal:

El amor y la gratitud de un pueblo, han erigido este santuario, destinado a guardar los preciosos despojos de quienes, al igual de los mejores de todos los tiempos y de todas las patrias, supieron defender la suya con denuedo y heroísmo en parte alguna superados. Todos los años, Eminentísimo Señor, los peruanos desfílamos por este sagrado lugar, a fortalecer con el recuerdo de hechos gloriosísimos nuestro amor a la Patria y nuestra fe-



EL CARDENAL PRONUNCIANDO SU MAGNIFICA ORACION

inquebrantable en el advenimiento de la Eterna Justicia. Nuestros clamores y nuestros sollozos se detienen en sus umbrales, y aquí penetramos silenciosamente, y nuestros espíritus postrados de hinojos ante esas tumbas, comulgan, ante el altar de la Religión y la Patria, con las almas de los héroes y los mártires que tan bien ganaron la inmortalidad y la gloria. Es la primera vez, señor, que este silencio se rompe, y la voz justiciera, elocuentísima e inspirada de Vuestra Eminencia, como raudal de purísima luz y celeste armonía, se difunde por todos los ámbitos de esta serena mansión, penetra en nuestros espíritus y levanta nuestros corazones. Los peruanos que aquí yacen cayeron en defensa de su Patria y del Derecho, y Vos, en vuestro doble y elevadísimo carácter les rendís el homenaje a que por el fallo inapelable de la conciencia universal son acreedores. Gracias muy rendidas, Eminentísimo Señor. El Perú jamás olvidará vuestra gentileza, y junto con los resplandores que de estas tumbas emergen, perdurarán en este recinto, el eco de vuestra voz y el recuerdo de vuestra presencia, que constituyen la consagración suprema y definitiva de nuestras glorias nacionales. Y saber, Eminentísimo Señor, que esta hermosa ofrenda, por su pureza y sus perfumes, es el símbolo delicado y bello de algo eterno que acabáis de forjar; el eslabón último de la indestructible cadena que vinculará por siempre a nuestras patrias; y como Vos, Eminentísimo Señor, a mi amado pabellón, con toda la unción que impone lo grande y lo sublime, con todo el amor y la ternura de una gratitud sin límites, en nombre de mis conciudadanos, beso ardientemente este hermoso emblema de la eterna unión moral y espiritual del Perú y España. ¡Gracias, Eminentísimo Señor!

Una salva de aplausos coronó el soberbio discurso del Señor Ministro de Guerra.

El señor Juan Francisco Pazos Varela, habló en seguida, en nombre de la Sociedad de Beneficencia Pública. Este discurso produjo intensa impresión en los oyentes, que lo aplaudieron calposamente.

He aquí su discurso:

“Eminentísimo Señor Cardenal:

Acabáis de decir, señor, que ayer, al estrechar contra el Vuestro el pecho del Primer Mandatario del Perú, saltó una chis-

pa que fundió, en los vuestros, los corazones ibero-peruanos. Pues bien; escuchad entonces sus latidos y sus ideafes.

La Sociedad de Beneficencia Pública de Lima, a quien la Nación ha confiado el cuidado de esta Cripta, en donde reposan los restos de esa legión de héroes, "que avergonzó a la Victoria con el fulgor de su heroísmo", como muy bien lo dijo un eminente Arzobispo de Lima, en la guerra sin cuartel, con que manchó la historia americana, el detentador de nuestro territorio y de nuestras riquezas, la Sociedad de Beneficencia Pública de Lima, repito, me encarga manifestaros su profunda gratitud ante el homenaje que acabáis de rendir al valor y a la heroicidad peruana.

Y no podíais dejar de proceder de otra manera, Eminentísimo señor, Hijo de la raza de Don Pelayo, sentís en vuestras venas esa sangre que ha sido, es y será, madre de todos los heroísmos y de todas las grandezas; y ¡claro está que quien es capaz de practicarlos, es capaz de comprenderlos y aplaudirlos!

Aquí, Eminentísimo Señor, duermen el cristiano sueño de la muerte, gran parte de los que fueron muertos, pero no vencidos, en la guerra de 1879; y aquí esperan el día en que, el Dios de los ejércitos, haga sonar para el Perú el clarín de la Victoria, para que así su muerte haya sido fecunda a través de la Historia.

La eterna justicia de Dios, su sabiduría infinita es tanta, que hace brotar el bien del fondo del mar; y es así, como este país, cuyos hijos vivieron de la riqueza fácil que nos dió la Naturaleza, al perderla con la guerra entregó al vencedor, con ella, los vicios que constituyen su consecuencia.

De entonces, Eminentísimo Señor, los peruanos vivimos del esfuerzo de nuestros músculos, del fósforo de nuestros cerebros, de las energías de nuestra voluntad, y, firmes en nuestro empeño, hemos abierto para nuestros hijos, los senderos del trabajo, a cuyo término se encuentra la riqueza, que así obtenida es madre fecunda de justicia y de reparación!

Y en esa labor, papel principal le cabe a la mujer peruana, que, en la cuna enseña al niño, junto con el santo amor a Dios, el santo amor a la Patria, exigiéndole la promesa de la reconquista, como durante ocho siglos lo hizo la gran mujer española, ocho siglos que principiaron en la cueva de Covadonga y terminaron con la toma de Granada por los Reyes Católicos.

Ya podéis, Eminentísimo Señor, decir a todos los españoles,

que aquí también como allá, en otros tiempos, hemos levantado el pendón de la reconquista; y que los peruanos juramos y juraremos hasta triunfar, sobre la tumba de nuestros héroes, que ha de llegar el día—no importa el tiempo—en que reivindicaremos toda nuestra herencia colonial. Que hijos dignos de la Raza, no tenemos otro ideal, y que, por lo mismo, nos hemos inclinado emocionados ante Vuestra Eminencia, al contemplar esas coronas de flores que vuestras manos de apóstol patriota, ha colocado sobre la tumba de esos cachorros, hijos de los leones de Castilla,

Cuando terminó de hablar, el Cardenal le estrechó la mano y casi todos los presentes lo abrazaron con efusión.

El R. P. Adolfo Villanueva, leyó a continuación los siguientes versos que fueron escuchados con religioso silencio:

Este fragor de tropas y corceles
no vienen a demandaros nueva hazaña,
no es el grito marcial de la campaña,
es la Patria trayendo más laureles.

Es la Madre, que viene a estos vergeles,
con la hueste de amor que la acompaña,
y es que la pobre en el jardín de España
no halló bastantes rosas y claveles....

Y ha venido a la luz de vuestros soles,
trayendo bendiciones en las manos
de un PRINCIPE vestido de arboles....

Tranquilos descansad, héroes peruanos,
abrazados a genios españoles....
tranquilos descansad, que sois hermanos!

Lima, 9 de noviembre de 1923.

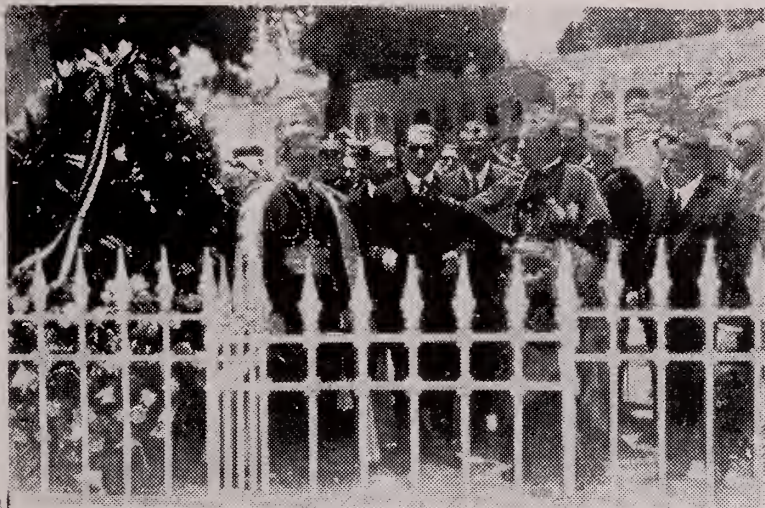
Antes de abandonar la Cripta, el Cardenal Benlloch avanzó hasta el centro de la misma, allí rezó un responso por los héroes, acompañado por el Nuncio Apostólico, Monseñor José Petrelli.

El Ministro de Relaciones Exteriores, doctor Alberto Salomón, invitó en seguida a Su Eminencia y a todos los concurrentes a visitar la tumba de los españoles que murieron defendiendo la causa de su patria en el combate que se realizó en el Callao, el 2 de Mayo de 1866.

El Canciller colocó allí una corona de flores enlazada con una cinta peruana y pronunció el siguiente discurso:

“Eminentísimo señor:

Permitidme que en vuestra presencia, la de los distinguidos miembros de vuestra ilustre embajada, la del estimabilísimo re-



Ante el mausoleo de los españoles que murieron en la jornada del 2 de mayo de 1866. En primer término, de izquierda a derecha: Excmo. Mons. José Petrelli, Nuncio Apostólico; doctor Alberto Salomón, Ministro de Relaciones Exteriores; Su Eminencia el Cardenal Benlloch; y el Ministro de Guerra, doctor Benjamín Huamán de los Heros.

presentante de vuestra patria y la de los caracterizados elementos de la colonia española aquí presentes, rinda un homenaje de veneración y recuerdo a las sagradas cenizas de los valientes próceres hispanos que en fecha memorable rindieron sus vidas en defensa de su bandera y en noble lid en la que rivalizaron el coraje de los combatientes y los gestos caballerescos de ambos bandos, como si se hubieran querido poner a prueba las virtudes inextinguibles de la raza, como si se hubiera querido demostrar que todos llevaban en las venas la misma sangre hidalga y generosa de los descendientes del Cid y de Pelayo, que en suma, eran leones y cachorros, como lo decíais ayer en nuestra Basílica, con insuperable elocuencia. Nunca hemos opacado las hazañas de vuestros osados guerreros y marinos, no sólo porque al hacerlo habría sido grave injusticia, sino porque ello sería también indigno de quienes tienen orgullo de que sus progenitores, próximos o remotos, hayan sido iberos y de quienes por vivir en esta antigua metrópoli, que fué durante larga época la predilecta de vuestra España, siguen considerándose sus hijas amantísimas y agradecidas y cuidan con el mismo afán y orgullo del tesoro sagrado de las glorias españolas.

Con vuestra clarividencia de intelecto y vuestra generosidad de corazón ya lo habéis expresado, eminentísimo señor: no fueron ingratos estos pueblos al separarse de España, según lo manifestaba en ocasión solemne uno de nuestros hombres eminentes, como no son los hijos que al llegar a la mayoría se emancipan, se constituyen por sí solos y trabajan para la consistencia y bienestar de la colectividad, buscando en otras familias elementos reparadores y condiciones de perpetuidad en nuevas y vigorosas generaciones; ni reniegan de su sangre los que echaron los brazos a sus padres tan luego como se apagaron los fuegos del combate, los que se jactan de su procedencia y se entusiasman hablando el más armonioso idioma de la tierra.

Existe, pues, entre nuestros pueblos, la comunidad de padre e hijos, que tienen hogares distintos, pero el mismo viejo tronco común, y ante las cenizas venerandas de estos heroicos españoles, permitidme señor, hacer presente, con especial autorización del presidente de la república, que esta corona que deposito ahora en nombre del gobierno del Perú es sólo precursora del tributo mayor que el gobierno se propone realizar mediante la erección de un monumento que perpetúe mejor el recuerdo de estos próceres gloriosos".

El doctor Salomón fué muy felicitado por Su Eminencia y por todos los miembros de la Embajada y comisiones de la colonia española, prolongándose la ovación por algunos minutos.

Cuando estuvieron por retirarse los concurrentes a esta significativa ceremonia, el Cardenal, volviéndose al mausoleo, y parodiando al popular personaje de Zorrilla, dijo: "Héroes: oíd al Perú: Si buena vida os quité, mejor sepultura os di".

En la cripta y en el mausoleo a que hacemos referencia, el Cardenal rezó la oración litúrgica del Responso, que fué escuchado con recogimiento.

A las doce y media terminó la ceremonia en el Cementerio General, donde Su Eminencia admiró las obras de arte que allí se destacan, regresando al palacio de Torre Tagle.

Al salir la concurrencia por el cementerio antiguo, detúvose el ilustre purpurado delante de la tumba de José Gálvez, y al contemplar su estatua, exclamó: "*Héroe, descansa en paz, que descansas en brazos de la gloria*".



EXCMO. MONS. JOSE PETRELLI

El Excmo. Mons. José Petrelli, nació en Montegiorgio, de la Arquidiócesis de Permo, en Italia, el año 1873; fué nombrado Obispo de Lipa, en 12 de Abril de 1910; fué promovido a la Delegación Apostólica el 30 de Mayo de 1915 y después a la Nunciatura, ostentando, además, la dignidad de Arzobispo titular de Nisibi (Mesopotamia).

Adornado de hermosas y preclaras virtudes, Mons. Petrelli se ha hecho acreedor a la estimación del Supremo Gerarca de la Iglesia y de cuantos han tenido oportunidad de tratarlo personalmente.

Por su amabilidad y sencillez de carácter; por su delicado tacto diplomático para arreglar acertadamente los más difíciles negocios relacionados con el desempeño de su honroso cargo; y señaladamente, por su lealtad e invariable adhesión al Vicario de Jesucristo, amor a la Sagrada Eucaristía y compasión hacia los pobres y miserables, virtudes todas de las que ha dado elocuente testimonio durante su vida, el Excelentísimo Señor Petrelli, es modelo de prelados y digno, desde luego, del más profundo respeto y admiración.

Con motivo de la visita hecha al Perú por el Eminentísimo Cardenal Benlloch, quien ha dejado entre nosotros gratos e impercederos recuerdos, Mons. Petrelli, ha dado a cono cer una vez más, sus brillantes prendas personales, brindando generosa acogida, en su palacio, al Embajador de S. S. Pío XI y del Rey de España, Alfonso XIII, con una esplendorosa recepción a la que concurrieron elementos connotados de nuestros mejores círculos sociales.

Mons. Petrelli, es, sin duda, uno de los más dignos prelados de la iglesia, y esperamos que su meritoria labor, como representante de S. S. ante el Gobierno del Perú, país de creencias ca-

tólicas profundamente arraigadas, será copiosísima en frutos de buenas obras y contribuirá grandemente a unir con amorosa la-



Exmo. Mons. José Petrelli

zada a todos los católicos de buena fé, con el Pontífice Supremo que tiene en sus manos el cetro de la soberanía espiritual del mundo,.

RECEPCION EN LA NUNCIATURA APOSTOLICA

En la tarde del domingo 11 de noviembre, S. E. el Cardenal Benlloch y su séquito se dirigieron a la Nunciatura Apostólica para asistir a la recepción que ofreció allí el Excmo. Monseñor José Petrelli.

Dada la suntuosidad que revistió dicha recepción, se tuvo especial cuidado en arreglar artísticamente el local de la Nunciatura.

Una artística pila, cuyo surtidor arrojaba finísimos hilos de agua, a una altura de dos metros, y a cuyo rededor habían sido colocados varios maceteros de helechos y enredaderas, presentaba un aspecto atrayente. Las columnas que sostienen la parte alta del edificio, ostentaban hermosas guirnaldas y en sus capiteles se destacaban artísticos rosetones de flores naturales con los colores de los emblemas de la Santa Sede, España y el Perú.

Palmas, flores y luces adornaban el Salón del bar. Los demás Salones de la Nunciatura descollaban por su boato. Todo allí era elegancia: cuadros de inapreciable valor, muebles injujósimos, cortinas valencianas, alfombras de gran mérito artístico, maceteros, brillantes arañas, profusión de luces y flores póficromas. Todo respondía a la solemnidad del acto.

Era estrecho el local para contener todo lo selecto, todo lo representativo de nuestra sociedad. El elemento oficial, el cuerpo diplomático, el alto clero, el ejército y la marina y damas y caballeros de nuestros más altos círculos sociales acudieron a cumplimentar a S. E. en la Nunciatura, con muestras de extremada gentileza y bondad.

A esta magnífica fiesta social, que hará época en los anales de las recepciones diplomáticas de nuestra urbe, dió mayor realce la presencia del Presidente de la República, señor Augusto B. Leguía, acompañado de su Casa Militar.

Reinó en la recepción un ambiente aristocrático y delicado, digno de tan eminente concurso.

Nos complacemos en insertar la poesía dedicada al Cardenal y declamada por la Srta. Consuelo Rivera y Piérola.



EL SUMO PONTIFICE PIO XI





INTERESANTE ASPECTO DE LA RECEPCION EN LA NUNCIATURA

SALUDO

Al Eminentísimo Señor Cardenal.

Salud, Príncipe ilustre, dignísima Eminencia,
que a nuestra cara Patria habéis venido a honrar,
con vuestra majestuosa y muy grata presencia.....
¡Jamás favor, como este, podremos olvidar!

Más tarde entre los fastos de la peruana Historia,
veremos consignada, egregio Cardenal,
con aureos caracteres de plácida memoria,
la fecha en que llegasteis a nuestra capital.

Cuando ante el altar santo del Metroplitano
os ví ceñir al pecho la condecoración
del bicolor de España que unísteis al peruano,
por poco no me estalla de gozo el corazón.

Y al ver allí a mi hermano Alfonso, a vuestro lado,
pensaba que atraído de irresistible imán,
atento os escuchaba a Vos, noble Prelado,
cual a Jesús oyera, extático, San Juan.

En la ciudad de Lima y en esta Nunciatura,
donde Petrelli actúa con tan brillante rol,
vos sois el astro magno que espléndido fulgura,
enviado por el Papa y el gran Rey español,

El Rey que de la España es digno soberano,
pues supo hacer alarde de fe y de religión:
la gloria de monarca unió a la de cristiano,
su reino consagrando de Dios, al Corazón.

Dios mío! al Santo Padre reorna, generoso,
la honra que otorgarnos él ha tenido a bien,
y sea el sacro solio que ocupa aquí, glorioso,
escala que lo oleve muy alto, en el Edén.

Y a Vos, ilustre huésped, que nuestra linda Rosa,
y la divina Virgen, del Cielo Emperatriz,
bendigan y conduzcan por senda luminosa
y os hagan cada día más santo y más feliz.



La señorita Rivera y Piérola, leyendo su composición

Son estos mis deseos, dignísima Eminencia,
que a la Patria Peruana habéis venido a honrar:
creed que vuestra noble y muy grata presencia,
es un honor tan grande que no hemos de olvidar.

La señorita Rivera y Piérola, fué bastante aplaudida y el Embajador al felicitarla, dijo lo siguiente: "Cada día me convenzo que la mujer peruana, lleva como característica el sello de la grandeza La mujer en todas partes: sólo ella acompañó al mártir del Gólgota cuando los hombres lo abandonaron".

EN LA ESCUELA NORMAL DE MUJERES



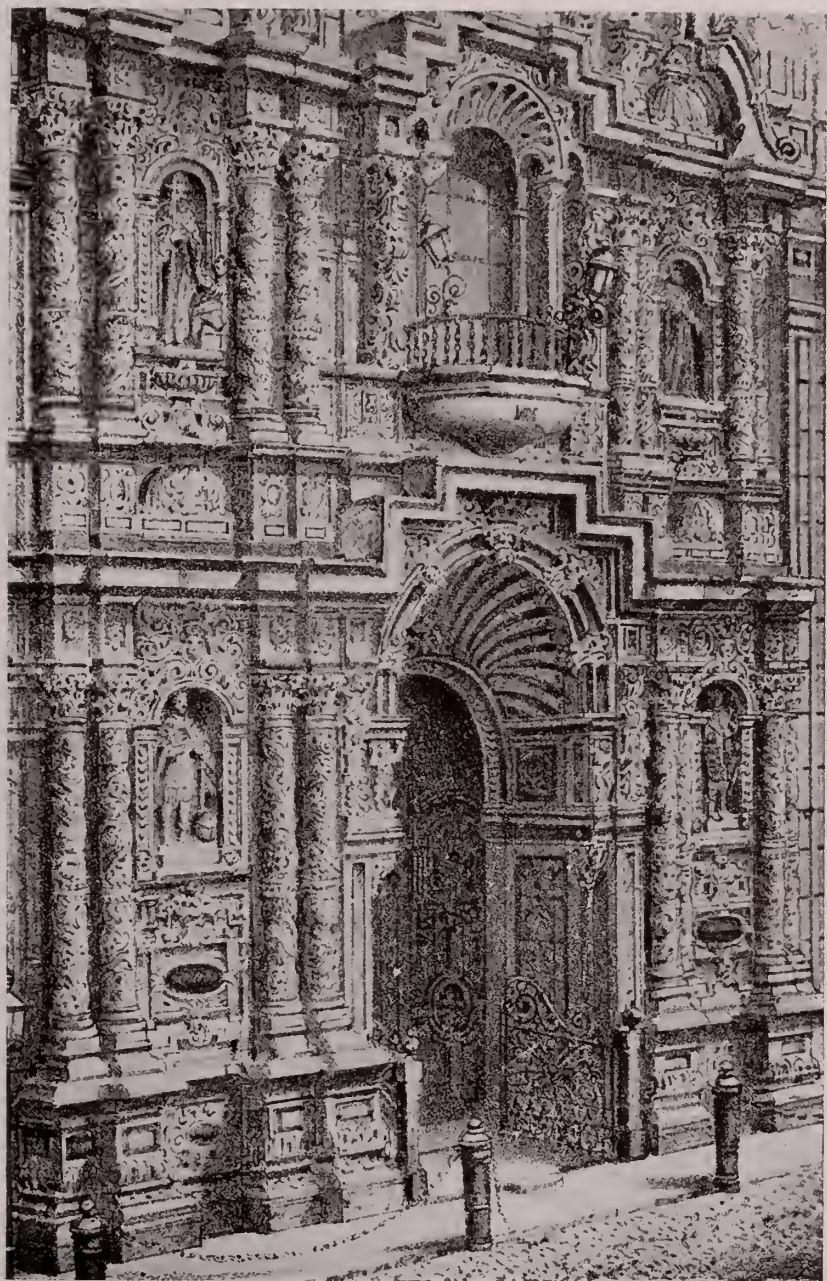
fiesta interesante, la que tuvo lugar el día 10 por la mañana, en la Escuela Normal de Mujeres, fiesta que fué, sin disputa, una de las más hermosas que se ofrecieron a S. E. el Cardenal Benlloch.

La Madre Superiora del establecimiento y algunos miembros del clero recibieron gentilmente a S. E. y a su comitiva, conduciéndolos a la capilla del Colegio, en donde S. E. rezó, breves instantes ante el altar.

Luego se dirigió el Cardenal a uno de los amplios corredores del plantel, en el cual, alineadas a lo largo y vestidas de blanco, se encontraban las alumnas, dejándose ver en el fondo un altar improvisado, rodeado de ángeles encarnados en bellísimas niñas, que en sus manos sostenían las banderas de España y del Perú.

Una de las alumnas leyó allí mismo un hermoso discurso, saludando al ilustre Prelado y agradeciéndole por su inolvidable visita; saudo que, escrito en elegante pergamino, fué puesto en manos de Su Eminencia por su lectora, junto con un artístico ramo de flores naturales.

—Su Eminencia, haciendo uso de la palabra, dijo que, las almas infantiles que le hacían tan gracioso obsequio, "eran tan puras, hermosas y perfumadas como las flores que había recibido; que, debían siempre tener presente que el alma que empujó a Colón a estas tierras de América, fué el alma de una mujer: la de Isabel la Católica. Fué una mujer—añadió—, la que trajo la fe, la civilización y el progreso a este continente; esa ilustre da-



ANTIGUA PORTADA DEL TEMPLO DE LA MERCED DE LIMA

ma que, si se sentó en el trono, fué más por sus misericordias y virtudes que le valieron el nombre de Isabel la Católica. Vosotras, niñas, debéis seguir sus huellas, y la fe que os dejó como su mejor legado". Y diciendo esto, diótes la bendición.

A continuación, pasó Su Eminencia al salón de actuaciones en donde le esperaban sencillamente uniformadas las señoritas normalistas, quienes saludaron la aparición del Cardenal, con una prolongada salva de aplausos.

Luego que S. E. hubo ocupado el asiento de honor que le correspondía, se dió comienzo a la actuación con el saludo que la señorita María Villalba, hizo en nombre del plantel, expresándose en las siguientes términos:

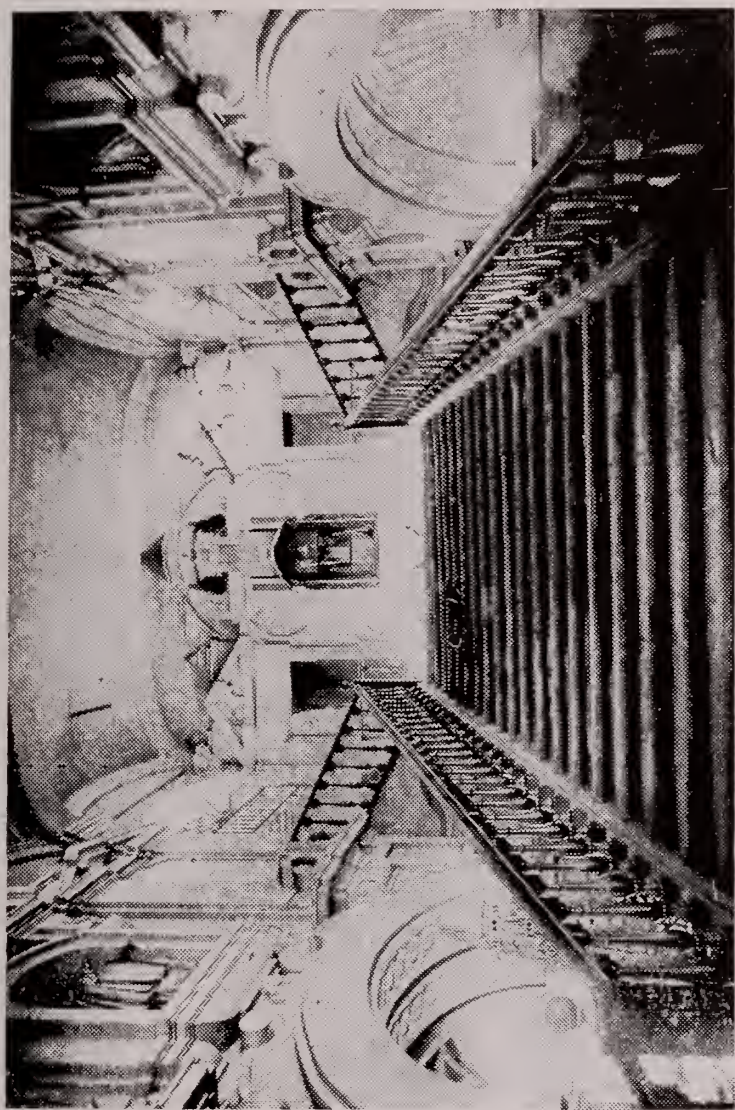
Eminencia:

La noticia de vuestra llegada a nuestro patrio suelo conmovió hondamente nuestros corazones y anhelamos exteriorizar los sentimientos que los embargaban; mas qué podríamos ofrecerles, Eminentísimo Señor, si habéis visto a Roma, relicario del mundo, si venís de España, el reino de los grandiosos monumentos, allí donde cada ciudad encierra un tesoro literario y artístico? Vamos a evocar antiguas añoranzas; a transportaros por un momento al Imperio del Sol, al apogeo de la gloria incaica y a hacer revivir una escena de aquellos misteriosos tiempos. También queremos recordar las hazañas de aquellos valientes conquistadores, compatriotas del Cid y del Gran Capitán, cuyos legendarios hechos son también una gloria para la Madre España. En fin, queremos hacer respirar un momento los perfumes de la Rosa de Lima, la incomparable patrona de las Américas. Sean estos recuerdos patrios el homenaje de la Escuela Normal al ilustre Purpurado cuya presencia es un honor y una gloria para la Patria.

Fué interesantísimo el programa de la fiesta, que fué desarrollado con éxito feliz.

Allí pudo evocar Su Eminencia el brillo y grandiosidad de nuestra pretérita civilización, desfilando por el escenario, a medida que una alumna, aludía a las costumbres incaicas, los cuadros vivos representados por señoritas vestidas con trajes de la época del formidable imperio del Tahuantisuyo.

Se representó, luego, la fundación de Lima, apareciendo la gallarda y altiva silneta del soldado español y la sencillez y man-



LA MONUMENTAL ESCALERA DEL CONVENTO DE LA MERCED DE LIMA

selumbre del sacerdote peninsular, en representación de la fe cristiana.

Pasearon el escenario las misteriosas tapadas de la época vi-
"EL IMPERIO DEL SOL EN SU APOGEO"



Fiesta incaica representada por las alumnas

rrreynal, las gentiles damas de la mantilla y los arrogantes y va-
lerosos caballeros de la capa.

Apareció también en escena la suntuosa mansión virreynal
de Torre Tagle, con una linda y graciosa limeña, que se abanica-
ba el rostro con discreta coquetería.

S. E. siguió con vivo interés los diferentes cuadros que des-
filaron delante de sus ojos y que fueron objeto de nutridos aplau-
sos y merecieron sincero elogio de S. E., con palabras que refle-
jaban honda satisfacción.

Concluyó S. E. agradeciendo el homenaje y levantando su
diestra, bendijo a las profesoras y alumnas, las cuales formaron
en la puerta del Colegio para darle la bienvenida.



FELIZ EVOCACION

En un antiguo patio colonial, cariñosamente conservado y en cuyo ambiente vaga una sombra de nobleza elegante, bellísima dama, hace desfilar su preciosa silueta, representando la misteriosa "Tapada Limeña" de la época virreynal.

EN EL COLEGIO DEL SAGRADO
CORAZON

Su Eminencia visitó este plantel de instrucción femenina, en donde se había organizado, en la tarde del mismo día sábado, una actuación de carácter íntimo, en su honor.

Fué recibido a las puertas del Colegio por la Superiora R. M. Maire y todo el cuerpo decente, mientras las alumnas, vistiendo sus uniformes blancos de las grandes ceremonias, le esperaban en el salón de actuaciones. El Cardenal Benlloch, al ingresar en él con su comitiva, escuchó una cariñosa y prolongada salva de aplausos.

Después que S. E. y las personas que lo acompañaban, tomaron asiento en el estrado de honor, dióse principio a la sencilla y breve actuación, con una poesía sobre la Iglesia, declamada por la alumna señorita María Lursa Pérez. Al concluir los aplausos con que la señorita Pérez fué premiada, S. E. poniéndose de pie, dirigió la palabra a las alumnas, pronunciando al efecto, una hermosa alocución. Les dijo Su Eminencia, refiriéndose a la forma en que había sido arreglado el estrado, en el cual, entre las banderas de España y del Perú, se destacaba la del Papa, que sentía gran satisfacción y regocijo de que aquél símbolo de Dios y de la paz en la tierra, enlazara los bicolores de España, la madre, y del Perú, la hija predilecta. En seguida, les habló de la noble, santa y pura misión de la mujer, el único ser, con verdadero derecho—dijo—llamado a inculcar el inmenso e inmortal amor a la patria.

Acallados los aplausos con que los concurrentes recibieron la alocución de S. E., la orquesta del Colegio ejecutó el Himno Pontificio que cantaron las alumnas, y luego la Marcha Real española y el Himno Nacional.

Concluída la fiesta, Su Eminencia abandonó el local del Colegio de León de Andrade, sumamente complacido de la benevolencia de las religiosas y de la cariñosa manifestación que, llenas de alborozo y entusiasmo, le tributaron las alumnas del mencionado plantel.

EN EL COLEGIO DE LA INMACULADA CONCEPCION

En este plantel que dirigen los padres jesuitas, se realizó, a las 5 de la tarde, del sábado 10, una interesante actuación literario-musical, en honor del Príncipe de la Iglesia, Cardenal Benlloch.

Una comisión compuesta por un grupo de niños del Colegio, conocidos con el nombre de "Hijos del Santísimo", que vestían trajes celestes, a la usanza del siglo XVII, y cuatro alumnos más, uniformados de oficiales, se apresuraron a saludar y conducir a S. E. y sus distinguidos acompañantes, hasta el estrado exprofesionalmente preparado para ellos.

Se dió principio a la actuación con el Himno Pontificio, cantado por todos los alumnos, preludiando, en seguida, la orquesta, el Himno Nacional.

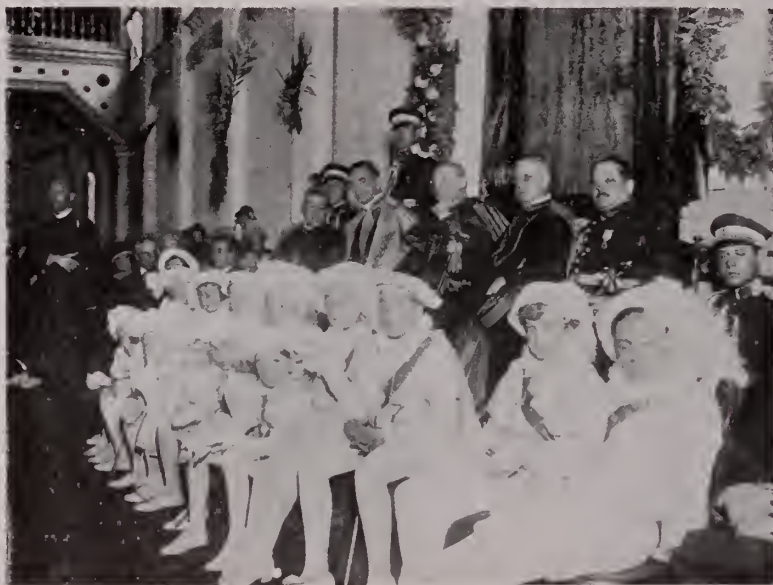
Terminados los himnos que fueron muy aplaudidos por una numerosa y selecta concurrencia, el alumno Luis Conferno, pronunció el siguiente discurso de ofrecimiento:

"Eminentísimo Señor:

El Colegio de la Inmaculada, cuyos alumnos hemos aprendido siempre a fundir en un mismo amor el de nuestra Patria el Perú con el de Dios nuestro Padre y el de nuestra Madre España, esperaba con ansia la ocasión que ahora se presenta de dirigiros nuestro más sincero y afectuoso saludo de bienvenida, para manifestaros con la espontaneidad y entusiasmo propio de corazones juveniles, los sentimientos de gozo y alegría de que estamos hoy llenos por la cariñosa visita de Vuestra Emnencia a nuestra querida patria.

La ciudad de Santa Rosa se ve hoy honrada por primera vez en su historia, con la presencia de un Príncipe de la Iglesia, investido de la sagrada púrpura cardenalicia y que a sus rele-

vantes prendas personales y a su gloriosa aureola como paladín de la extensión del reinado de Cristo en el mundo, une ahora el traernos particular visita íntima, cordial y de familia del re-



En el estrado de honor, el Cardenal Benlloch; a su derecha Mons. Petrelli y a su izquierda Mons. García Irigoyen

presentante de Jesucristo en la tierra, S. S. Pío XI y de quien tan genuinamente representa la caballeridad e hidalguía de nuestra raza, S. M. Alfonso XIII, cuyo nombre, si en todas partes se oye con veneración y cariño, entre nosotros no puede pronunciarse sin orgullo, porque E. S. las glorias de España siguen siendo genuinas glorias peruanas.

Bien hubiésemos querido ofreceros hoy, un obsequio que fuera digno de los méritos de V. E., de la grandeza de los ideales que inspiran su venida a estas tierras y de lo profundo de nuestro amor, pero ni de nuestra insuficiencia puede esperarse grandes cosas ni la inminencia y proximidad de los exámenes nos dejan el tiempo y el sosiego que para ello se necesita.

Persuadidos nuestros maestros que los ejercicios de análisis, composición y crítica literaria son a nuestra edad los más aptos para desarrollar y vigorizar la mente, formar criterios profundos sanos y rectos, dar colorido, viveza y gracia a nuestra imaginación y elevación y nobleza a nuestros sentimientos, han conseguido del gobierno se nos permita seguir un plan de estudios en que pueda atenderse con preferencia a una intensa formación literaria. Un trabajo como el que solemos hacer en nuestras aulas es el que hoy presentamos a V. E. tomando como materia el estudio de un poeta contemporáneo español el salmantino don José María Gabriel y Galán. Amenizaremos lo árido del estudio con cantares genuinamente populares españoles, y otros de sabor y gusto netamente incaico, elementos ambos que integran el carácter de nuestra nacionalidad. En todo ello podrá apreciar V. E. que a falta de otros méritos, hay en nuestro obsequio una perfecta fusión de los tres amores que la visita de V. E. Eméncia, pretende robustecer en nuestros corazones, el amor a Dios, el amor a nuestra patria el Perú y el amor a nuestra amadísima Madre Patria España.

De los varios números del programa confeccionado para esta simpática actuación, merecieron un elocuente elogio y un entusiástico aplauso del Eminentísimo Cardenal Benlloch y de todos los presentes, una canción popular asturiana que fue cantada por uno de los alumnos, un animado baile de indios y la representación de la fiesta del Inti Raimi, celebrada en el antiguo imperio, en honor del Sol.

Terminada la actuación, el Cardenal Benlloch se puso de pie para saludar a las damas presentes, para quienes tuvo frases muy encomiásticas. Expresó su agradecimiento a profesores y alumnos, por la atención que se le acababa de rendir. Dijo que jamás se borraría de su memoria ni de su corazón los agasajos que, en ese local y en todo Lima, se le hacían y concluyó haciendo una elogiosa y elocuente crítica de la fiesta y felicitando de corazón a los religiosos dirigentes del Colegio por la alta instrucción de fe y de cariño que inculcaban a sus alumnos.

Abandonó, en seguida el plantel, mientras la orquesta ejecutaba, nuevamente, el Himno Pontificio.

ASPECTO GENERAL DE LA INTERESANTE ACTUACION



EL BANQUETE EN EL PALACIO DE GOBIERNO

Brillante y solemnísimó, sin hipérbole, fué el banquete ofrecido por el Presidente de la República en el Palacio de Gobierno, en honor de S. E. el Cardenal Benlloch.

Con tal motivo, el comedor de cristales fué engalanado en la noche del sábado 10 de noviembre con plantas y guirnaldas que simulaban los colores de las banderas peruana y española.



El sillón histórico de los Virreyes en el estrado presidencial

mostración de afecto, que trascurrió en medio de un ambiente de sincera cordialidad, mientras una orquesta compuesta de los más hábiles profesores ejecutaba escogidas piezas musicales.

Asistió el personal de la Embajada, los Ministros de Estado, el Cuerpo Diplomático y consular, los Representantes a Congreso, miembros de las Cortes de Justicia, Obispos residentes en Lima, Cabildo Metropolitano, comisiones de las instituciones religiosas, jefes del ejército y la marina, misiones extranjeras y altos funcionarios de la administración pública.

Después de los saludos de protocolo, pasaron al comedor acompañados de las numerosas y distinguidas personalidades invitadas a esta bellísima e imponente de-



ASPECTO GENERAL DEL GRAN BANQUETE DE PALACIO

A la hora del champaña, el presidente, ofreció el banquete, después de los acordes musicales del Himno Pontificio, en los siguientes términos:

Eminentísimo Señor Cardenal:

Señores:

Los Poderes Públicos del Perú, experimentan viva satisfacción en estos momentos al ofrendaros este agasajo que representa el doble homenaje que, en la alta personalidad de Vuestra Eminencia, nos es dable rendir a nuestra fé y a nuestra prosapia.

Y aumenta el simbolismo de esta manifestación el realizarla en esta vieja casa de Pizarro, palacio de los virreyes españoles y residencia oficial de los mandatarios del Perú, a uno de los cuales cabe, en estos instantes, ofrecerlos, con la mayor sinceridad y afecto, el testimonio que, sin desmedro de la soberanía, debe el Perú a las dos altas entidades que representáis: La Iglesia Romana, que es la religión del Estado, y la Nación Española que es madre de la nuestra.

Levanto, pues, el corazón, Eminentísimo Señor, para formular, en nombre de mi pueblo, los más fervientes votos por la felicidad del Pontífice Romano y del Monarca Español, que os han enviado en misión de paz y de amistad y para deseáros toda ventura en esta tierra que ha de seros grata como sacerdote y como español, porque tiene hermosa leyenda de piedad y de hispanismo.

El Cardenal Benlloch contestó en la siguiente forma:

Excelencia:

Señores:

No es menos viva la emoción que entre pliegues de puros y encendidos cendales, puros como la blanca luz y encendidos como los rojos rayos de vuestro sol, de vuestro eterno sol, reflejado como el adecuado símbolo en vuestra gloriosa bandera, está sintiendo y quedando en ellos envuelto mi agradecido corazón. Es cierto que pasan por encima de mi humilde personalidad estos homenajes que venís ofreciendo, tan solemnes como el que estamos presenciando, y van a postrarse ante el augusto solio del

Soberano Pontífice Pío XI, a quien el Señor conserve y a besar la real mano del valiente y católico Monarca Español Don Alfonso XIII, que Dios guarde, rindiendo pleitesía, como tan sentida y elocuentemente habéis dicho, Excelencia, a vuestra firme y tradicional fe, y a vuestra heroica y legendaria prosapia.

Y os prometo ser honroso portador de esos nobles y levantados sentimientos que puestos en mis manos, por feliz disposición de la Divina Providencia en esta vieja y por ellos dos veces venerada casa de Pizarro, han de ir impulsados y henchidos de aquel entusiasmo que hinchó un día las velas de las naves de Pizarro, e hizo hondear la bandera roja y gualda y afirmó en su mano el puño de la espada, que era el signo de la cruz, diciendo al Santo Padre: En el Perú, para vuestro consuelo, la religión del Estado es la Católica, y a Su Majestad el Rey; en el Perú, Señor, para vuestra satisfacción y la de vuestro pueblo, a España la llaman madre.

Excelencia: No había caído en la cuenta de que podía repetirse el legendario caso del santo Gral. immortalizado por el genio de Wagner en su espiritual y casi divina "Parsifal". Pero al oírlo lo que acabáts de decir, me inclino devoto y agradecido ante vuestro corazón, que es ahora la copa sagrada de cristal que levantáis ante mis ojos atónitos, para que bebamos la sangre que en ella ofrecéis, en aras de la fé al Pontífice Romano, en aras del hispanismo ante el monarca español.

Volved vuestros ojos hacia el mío, que igualmente levanto, simbolizado en esta copa y en estos augustos y solemnes e his-



La capilla de Palacio



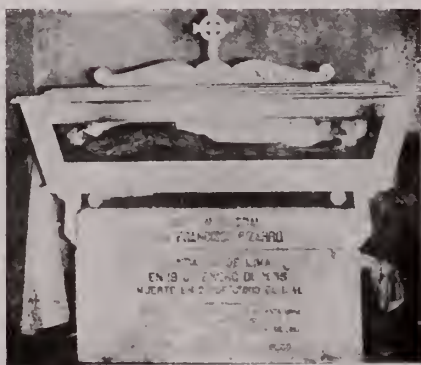
En el salón de recepciones, después del gran banquete, donde el ilustre purpurado fué condecorado con la medalla de la "Orden del Sol" por el Supremo Mandatario del Perú, dando así al acto relieve de mareado afecto

lóricos instantes, para que veáis que los anhelos que en él palpitan, como sacerdote y como español no son otros que ver cada día más feliz y venturoso a vuestro digno pueblo y más estrechamente unidas, si es que cabe, en apretado abrazo, a nuestras dos amadas naciones, Perú y España.

La orquesta ejecutó el Himno Nacional; y los comensales prorumpieron en aplausos de cariñosa simpatía para el dignísimo purpurado.

Al terminar el banquete la distinguida concurrencia, a invitación del Jefe del Estado, pasó al gran salón de recepciones, donde el Ilustre Purpurado, recibió de manos del Señor Presidente de la República, la honrosa condecoración de la Orden del Sol.

Este acto fué coronado por una formidable y espontánea ovación, mientras la orquesta preludaba nuevamente el Himno Nacional y el Himno Pontificio.



*La urna que guarda los restos del Conquistador Pizarro,
en la Basílica*

RECEPCIONES PARTICULARES

EN LA RESIDENCIA DEL Dr. SALOMON

El Cardenal Benloehi fué invitado por el Ministro de Relaciones Exteriores doctor Alberto Salomón, a una comida que se sirvió en su residencia. El agasajado, al que acompañaban algunas personas de su comitiva fué atendido en un ambiente de llaneza y de cordialidad, habiendo hecho los honores de la casa, el doctor Salomón con la gentileza que le distingue.

Terminado el banquete, tuvo lugar una audición de música incaica que agradó mucho al ilustre agasajado.

UNA CONFIRMACION

Su Eminencia, después de celebrar una misa rezada en su oratorio, administró el día 12, el sacramento de la confirmación al niño Francisco Ballen Velarde, actuando de padrino el señor Carlos Velarde Cabello.

Asistieron a este acto, distinguidas señoras y señoritas de nuestros mejores círculos sociales, los padres del confirmado, señor Francisco Ballón y señora Enriqueta Velarde de Ballón y la familia del señor Carlos A. Velarde, presidente de las comisiones de atenciones a Su Eminencia.

EN LA RESIDENCIA DEL Dr. PEDRO DE OSMA

En el hermoso palacete del doctor Pedro de Osma, situado en el Barranco, se realizó una simpática recepción, en honor de Su Eminencia el Cardenal Benloehi, a la que concurrieron numerosos invitados de nuestras altas esferas sociales.

La presencia del Príncipe de la Iglesia Católica, originó una prolongada manifestación de simpatía, habiendo sido recibido por el doctor Pedro de Osma, por su hermano, señor Juan de Osma y por su hijo señor Pedro de Osma, excediéndose en atenciones para el ilustre purpurado.

Al esquisito confort del chalet se sumó el gusto acabado con que se le arregló mediante una profusa iluminación con fo-



La recepción en el palacete del Dr. Pedro de Osma

quitos de luz eléctrica que se destacaban artísticamente distribuidos en las palmeras de los jardines, notándose, además, en los salones un riquísimo mueblaje que descollaba por su elegancia regia.

Una competente orquesta amenizó con escogidas piezas musicales, esta recepción que sobrepasó toda expectativa y que marcará época en los anales de nuestra vida social.

AUDICION MUSICAL

Los insignes artistas Padrosa-Cabral, ofrecieron una audición musical en el regio palacio de Torre-Tagle, en honor del Excelentísimo Cardenal Benlloch y Vivó.

Esta simpática y sugestiva actuación que se desarrolló con-

forme a un interesante programa, fué entusiásticamente acogida por una selecta y numerosa concurrencia.

CONFIRMACION

Terminada la celebración de la misa, S. E. el Cardenal Benlloch, administró el día 13 el Sacramento de la Confirmación a la niña Pilar Mercedes Cabral-Padrosa, siendo la madre la señorita Carmen Rosa Leguía, hija del Presidente de la República.

Las distinguidas personas que presenciaron esta ceremonia pasaron, en seguida, al elegante salón de recepciones de la casa Torre Tagle, donde departieron algunos instantes con el ilustre Embajador.



Otro aspecto de la selecta concurrencia en la recepción ofrecida por el Dr. Osma

AGASAJO AL EMMO. CARDENAL BENLLOCH

Los esposos Canevaro-Barreda, ofrecieron a S. E. el Cardenal Benlloch un almuerzo, al que fueron también invitados distinguidos miembros de nuestra sociedad, tanto el ilustre purpurado, como los demás asistentes al agasajo, fueron finamente atendidos, por los dueños de casa.



La distinguida concurrencia

Después del almuerzo, el cual se realizó en medio de la más exquisita animación, Su Eminencia administró el sacramento del bautismo a la niña Luz María Amalia Canevaro Barreda, hija de los esposos Canevaro-Barreda.

Este acto revistió especial solemnidad.

Al retirarse el Cardenal y su comitiva de la casa del señor Canevaro Laos, agradecióle su extremada cortesía y fina atención.



*El Cardenal después de la Confirmación de la niña
Luz María Amalia Canavaro Barreda*

S. E. VISITA UN ASILO DE CARIDAD

El Cardenal Benloch hizo una visita especial al establecimiento de los Ancianos Desamparados, dirigido por las hermanitas de San Vicente de Paul.

Después que fué recibido por una comisión de madres, presidida por la Superiora, S. E. recorrió las celdas de los ancianos a quienes prodigó palabras de consuelo y tuvo frases de aliento y de felicitación para las hermanitas que administran atinadamente el Asilo mencionado y cuidan, sobre todo, con abnegación y amorosa solicitud de la vida de aquellos seres, que inspiran compasión y son dignos de caridad.

EN EL COLEGIO DE LOS SALESIANOS

El Eminentísimo Cardenal Benlloch, en cuyo honor había organizado el Colegio Salesiano una solemne actuación literario-musical,

LA IGLESIA DEL CONVENTO DE JESUS MARIA

Presenta la iglesia un adorable y peregrino contraste con austeridad y opulencia, de ascetismo y riqueza, de sencilla humildad, y de ostentado orgullo. Jamás iglesia más pobre poseyó altares más ricos.

El púlpito y los retablos de un relucir de oro perdurable, como brillo de antiguas virtudes, parecen arrancados a la capilla suntuosa de palacio florentino. Son el poema del cedro y del oro, y del cedro hecho fantasía, prodigio de imaginación escultórica de un decadentismo gótico.



El púlpito

llegó a dicho plantel con su séquito acompañante, en el cual montaban la guardia de honor los Exploradores Peruanos de Don Boseo, mientras la banda de música de los alumnos ejecutaba la marcha Pontificia.



JESUS MARIA.—La nave central

Después de una breve oración ante el altar mayor del hermoso santuario en construcción de María Auxiliadora, S. E. pasó a visitar la cripta, habiéndose mostrado muy complacido de esta obra de tanto aliento.

Acto seguido, fué acompañado hasta uno de los patios más amplios del Colegio que estaba adornado con banderas de diferentes naciones, palmas, flores y coronas y allí tomó asiento en un elegante sillón, colocado en un estrado pequeño, especialmente improvisado para Su Eminencia.

El programa de la fiesta fué desarrollado, en todas sus partes con suma corrección y brillantez.

El discurso de ofrecimiento pronunciado por el R. P. Víctor Alvarez, es como sigue:

Eminentísimo Señor:

Una luz radiante se ha difundido por nuestros cielos, ha iluminado nuestras comarcas y nos ha colmado de honor, de regocijo, de felicidad. Esa luz es un astro: ese astro es un Carde-



JESUS MARIA. — El altar mayor

nal: ese Cardenal sois Vos, Eminentísimo Señor, a quien hoy, como salesiano y como peruano, tengo la honra de presentar el saludo de mis hermanos de las hijas de María Auxiliadora, de los alumnos y alumnas, de los cooperadores, de los exalumnos; en una palabra de toda la familia salesiana del Perú.



EL GRAN TEMPLO DE SAN FRANCISCO

Humilde y sencillo es nuestro homenaje, pero sincero, franco, espontáneo: lo dedicamos a vuestra insigne persona y en Vos, al egregio Pontífice de Roma, Pío XI, cuyas bendiciones nos ha-



Santo Toribio Alfonso de Mogrocejo

béis traído a manos llenas, y al augusto monarca español Don Alfonso XIII, que os ha encomendado la misión de traernos el abrazo maternal de España, para estrechar así los vínculos de cordialidad y de amor que deben unir los corazones de todos

estos pueblos hermanos, animados por el espíritu de una misma fe y el hálito inmortal de una grandeza incomparable que los mecía en su cuna.

Os admirábamos sin conoceros: la fama que os precedió os trajo envuelto en nubes de magnificencia, de virtud, de saber; hoy, al contemplaros en medio de nosotros, se redobla nuestra admiración, y vemos que un efluvio de majestad y de amor brota, como una aureola luminosa, de toda vuestra persona, y sentimos que pasa cerca de nosotros una ráfaga de cielo, fresca como el agua que corre e impregnada de aromas y dulzuras, de palabras y de mensajes lejanos.

Aquí, pues, tenéis, Eminentísimo Señor; aquí tenéis esta turba de almas juveniles, que os aplaude jubilante, en nombre de los varios millares de niños y niñas que se educan en el Perú bajo la amable sonrisa de Don Bosco, y amparados por el manto de María Auxiliadora.

Aquí tenéis esta Casa Inspectorial, centro de otras seis, con su nuevo edificio en construcción, con su monumental santuario, testimonio elocuente de la fe y piedad de este pueblo; con sus estudiantes y artesanitos que ya se preparan a ganarse el pan con el sudor de su frente y el trabajo de sus manos, con el saber de su espíritu y la virtud de sus corazones.

Aquí tenéis las hijas de María Auxiliadora y sus alumnas, en nombre de sus diez casas.

Todos firmamos parte de aquella vasta red que la Obra Salesiana ha extendido por la América del Sur: todos contribuimos con nuestro granito de arena en la gran obra de restauración social. Todos imploramos vuestra especial bendición. Todos anhelamos que vuestra visita sea una chispa que encienda más y más en los corazones la fe, y avive el amor al Papa, y acreciente el afecto a la Madre España.

Bien sabéis que nuestra Patria ha sido siempre la hija predilecta de la Iglesia. Ella ha sido la cuna, el centro, el faro de la fe en estas regiones del Nuevo Mundo. Ella ofrenda ya al Cielo cuatro ramos enormes de flores,—cuatro siglos.— en los que si bien no faltan espinas, abundan en cambio fragancias inmortales, entre las que reina y brilla, como luz en la luz, Rosa de Lima, nuestra gloria, nuestro orgullo, nuestra hermana.

Pues bien, Eminentísimo Señor, que vuestra bendición descienda y arraigue en las almas de todos estos niños peruanos, esperanzas del mañana, aquellas gloriosas tradiciones de fe y de

eristiana piedad, que son el mejor tesoro que heredamos de nuestros mayores.

Y cuando volváis al Vaticano, la casa solariega en donde agrupa la más antigua y la mejor blasonada de las nobtezas, la nobleza sagrada, llevad, Eminentísimo Señor, llevad al Padre Santo, nuestro mensaje de amor, de adhesión, de respeto profundo y filial.

Y al caballeresco rey Don Alfonso XIII, de quien sabemos que aprecia y favorece nuestra Obra en España, llevadle nuestros sentimientos de admiración y de aprecio.

Y vos, Eminentísimo Señor, guardad en el cofre de vuestro corazón, cerrada caja de caudales, el homenaje que os ofrece la Familia Salesiana del Perú, junto con todos los que os ha tributado este país.

Llevados acaso de una ingenua ilusión filial, estamos persuadidos nosotros de que visitar y conocer a nuestra patria es amarla. Y por eso nos hemos alegrado al saber vuestra visita, porque acariciamos la dulce esperanza de que, cuando en el seno de vuestra patria, muy lejos de nosotros, evocáis el cúmulo de recuerdos de este vuestro viaje triunfal al través de la América, brotará amable y transparente el de este pueblo, en donde, el día de vuestro arribo, la flores cubrían vuestra senda, y se echaban al vuelo las campanas, y los corazones se encendían a vuestro paso, las multitudes os aclamaban y todos, indistintamente, os cortejaban con entusiasmo.

En este grandioso acorde, quisiéramos que nuestra aclamación fuera una nota tan solo: pero una nota clara y vibrante, que llegara a vuestro corazón, oh ilustre Cardenal Benlloch, y os hiciera presente todo el respeto y veneración que abrigan nuestras almas para con vuestra augusta persona.

Esta manifestación juvenil que aquí veis, Eminentísimo Señor, es la consagración de una idea: esa idea es fuerza, y esa fuerza es Cristo, por cuyo remado todos trabajamos.

Aceptadla con benignidad, tanto más que en ella se incluye el saludo de una muchedumbre de niños del Perú: de esos niños crepúsculos de la mañana, ligeros como los pájaros, bulliciosos como una fuente, alegres y risueños como todo lo que empieza, que, augurándole todo género de venturas, exclama hoy con todo el júbilo de su alma: ¡Viva el Papa! ¡Viva España! ¡Viva el Cardenal Benlloch!

El Padre Alvarez mereció al finalizar, las felicitaciones de Su Eminencia.

Terminada la actuación, el Cardenal improvisó un breve pero significativo discurso, expresando su agradecimiento por las atenciones que en ese Colegio se le brindaba y elogiando ardentemente la labor educacionista de los Padres Salesianos, de quienes dijo que eran los verdaderos escultores de las almas juveniles, de aquellos que no pudiendo seguir la carrera de las letras u otras profesiones, se preparaban a afrontar el porvenir para ganarse la vida, a fuer de sudores y de trabajos.

Acto seguido rindiósele a Su Eminencia el homenaje del "besamanos" y finalizó esta simpática fiesta con la bendición del Eminentísimo Cardenal.

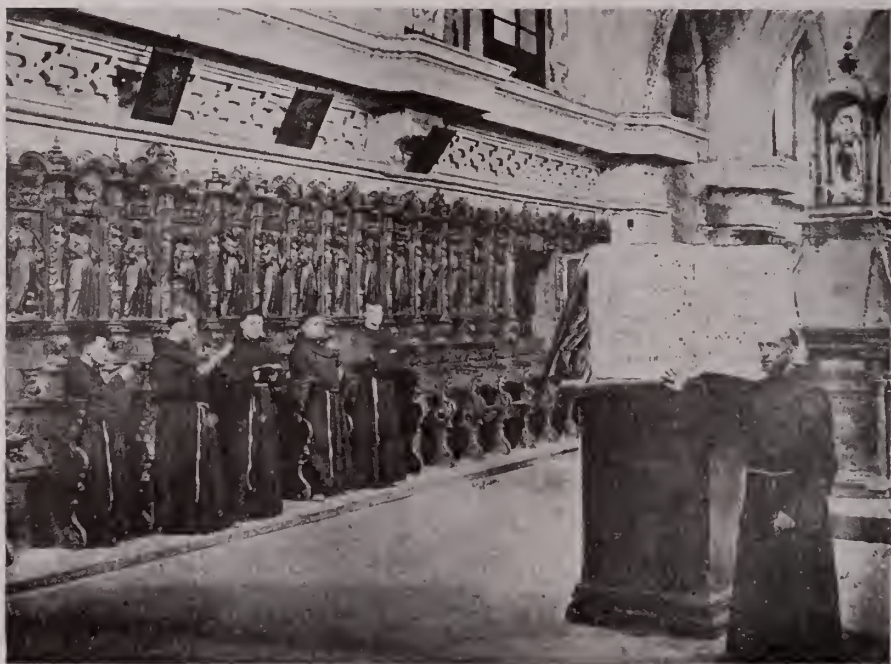


El Presidente de la República, el Cardenal Benlloch y el Dr. Miguel Checa Eguiguren, Presidente del Jockey Club

Esta simpática fiesta fué de excepcional brillantez, y superó toda expectativa por el entusiasmo, alegría y elegancia que le dieron realce y solemnidad y por lo distinguido y numeroso de la concurrencia, pues a ella asistieron ministros de Estado, miembros del Cuerpo Diplomático y Consular, Obispos residentes en Lima, Senadores y Diputados, miembros del Poder Judicial, de la Misión Militar Francesa y Misión Naval Norteamericana y numerosas familias de nuestro mundo social.

Para todos fué una tarde amena y feliz, y lo sería particularmente para S. E., quien debió sentirse gratamente impresionado del sentimiento de sincero afecto que se dejaba notar en todas nuestras esferas sociales, solícitas en agasajar debidamente a S. E. y su comitiva, y proporcionarles algunos momentos de esparcimiento y sana alegría.

Cerca de las 6 de la tarde terminó la reunión lípica, retirándose luego la comitiva oficial con dirección a Palacio. En este momento la banda del Regimiento Guardia Republicana, ejecutó los himnos del Perú, de la Santa Sede y de España.



SAN FRANCISCO.—*La sillería del coro*

EXPLENDOROSA RECEPCIÓN

EN LA UNION CATOLICA DE SEÑORAS

A un extraordinario acontecimiento del más alto relieve social, dió lugar la recepción ofrecida, en su residencia por la señora Constanza de la Puente de Valega, Vice-presidenta de la Unión Católica de Señoras, en honor de S. Eminencia el Cardenal Benlloch y Vivó; pues la señora de la Puente de Valega ejercía funciones de Presidenta, por ausencia de la titular señora Eugenia Rosas de Porras.

En esa fiesta diéronse esta numerosas personalidades de elevada figuración social.

La elegante residencia de la señora de Valega, tanto por lo extraordinaria profusión de luces de diversos colores, como por lo artístico de su ornamentación, ofrecía un aspecto maravilloso.

Llegado que fué S. Eminencia, Monseñor Drinot y Piérola, le presentó los saludos de la Unión Católica de Señoras, en los términos siguientes:

Eminencia:

La Unión Católica de Señoras, establecida en el Perú y cuyo centro directivo radica en esta capital, os recibe con extraordinario regocijo y filial veneración en este, uno de sus más preclaros hogares, el hogar de su actual Presidenta, engarzado desde hace siglos con los más altos timbres de virtudes y nobleza castellanas. A la circunstancia, hoy para mí doblemente satisfactoria, de ser Director de esta Insti-



*Señora Eugenia Rosas de Porras,
Presidenta de la Unión Católica de Señoras*

tución nacional, debo, Eminentísimo Señor, la altísima honra de dirigiros la palabra en estos momentos; y dirigirla para rogaros aceptéis el filial y religioso saludo que os hace, asegurándoos que vuestra presencia y vuestras bendiciones han de alentar a las damas que la forman en las obras y empresas de fe y caridad que constituyen sus nobles y santas finalidades; Vuestra insinuante mirada, vuestra cálida y arrebatadora elocuencia, arraigará, estoy cierto, de ello, en sus corazones y en el mío el amor y sumisión que debemos al Soberano Pontífice, el respeto y amor a esa Iglesia Santa, columna y firmamento de toda verdad, fuente de todo buen espíritu y eterno. Expresión sensible de estos sentimientos y de nuestra imperecedera gratitud por vuestra visita a esta ciudad y a esta casa, es, Eminentísimo Señor, la ofrenda que os presenta, por mis manos, la Unión Católica de Señoras: ese cofre de auténtica y rezagada fecha colonial; encierra algunas reliquias de nuestra egregia Santa, la Virgen Rosa. Aceptadlo, Eminencia, como un recuerdo de Lima, la opulenta metrópoli del Virreynato, hoy, modesta capital de nuestra república; aceptadlo como un presente de cariño y religión, que os impulsará—no podemos dudar— a interceder por nuestras madres y nuestras vírgenes, por nuestros hogares, por los intereses religiosos de esta ciudad,

santificada por la inocencia y penitencia de Rosa de Santa María, por el desarrollo feliz de esta Unión Católica. Y cuando oyéreis, Emmo. Señor, allá en vuestra sede arzobispal, en la Catedral de Burgos, asombro del arte, que hace sentir el alma inmortal y en el alma el ansia de Dios y de las dichas que nunca mueren, cuando volváis a Burgos, al menos de vez en cuando, acordáos de Lima, de nuestra Rosa, de esta república que



*Señora Constanza de la Puente de Valera,
Vice-presidenta de la misma institución*

tanto ama y tanto debe a España; y al recordarlo, Eminentísimo Señor. Rogaréis por ella." — Al terminar, Monseñor Drinot y Prérola, entregó al Cardenal un hermoso cofre de plata, que contenía un relicario de oro con las reliquias de Santa Rosa de Lima, obsequio de la mencionada institución.

El Cardenal agradeció en términos expresivos el valioso obsequio, encomiando las virtudes de la mujer peruana y mani-



Interesante aspecto de la suntuosa recepción

festándoles que las señoras de Lima, habían resuelto con su ingenio lo que él anhelaba de mucho tiempo atrás.

Después de hacer los honores a un bien servido bar, y de haber disfrutado de momentos de recuerdo imperecedero, entre los acordes de escogidas piezas musicales, dióse por terminado el acto, dejando en todos los ánimos una muy grata impresión.

COMUNION GENERAL EN LA BASILICA

A las 8 y media del domingo 11 ofreció una misa rezada S. E. el Cardenal Benloch, siendo asistido por el Nuncio Apostólico, Mons. José Petrelli y por los Obispos Monseñores Pascual Farfán, Carlos García Irigoyen y Fidel Cossío.

Mientras S. E. celebró la misa y durante el tiempo que duró la comunión, la "Schola Cantorum", del Seminario, ejecutó hermosos motetes. Dirigió la orquesta el R. P. Baldomero Almenabar y acompañaba con el armonio el notable maestro de música, R. P. José María Coll, C. M. F.



SAN FRANCISCO.—El claustro de la enfermería

Antes de la comunión, S. E. colocándose en la parte superior de las graderías del comulgatorio, dirigió su elocuente palabra a la multitud que invadió las naves de la Basílica y dijo más o menos lo que sigue:

Amados católicos:

Antes de que vñiera Cristo al mundo para iniciar su obra de redención, hubo un hombre que con sus predicaciones atraía a



SAN FRANCISCO. — Los notables azulejos, que colocó Alonso Godínez, sentenciado a la horca en 1619, por haber dado muerte a su consorte. Libróse de la infamante pena, debiã a su habilidad de alfarero, bajo la condición de que vistiera el hábito de la orden seráfica y jamás traspondría los umbrales del Convento.

las muchedumbres, preparándolas para recibir al Mesías prometido. Fué el glorioso precursor San Juan Bautista. Este gran faunaturgo predicó de confín a confín el advenimiento del Hijo de Dios, quien descendió al seno de una doncella de Nazareth para hacerse hombre, dar permiso a la muerte y ofrecerse en holocausto para que la humanidad recobrarla la gracia perdida en el paraíso terrenal.



SAN FRANCISCO. — *Portada de la Sacristia*

He aquí a Dios, autor de la vida, que viene a destruir el pecado, autor de la muerte. Viene hacia vosotros en misión de paz y consuelo. Bajo las especies sacramentales se os va a dar todo entero, pero en cambio oíde antes: — Dame, hijo mío, in corazón. Dadle vuestro corazón en cambio del suyo y así

El sacerdote, por humilde que sea, cumple hoy la misma misión del precursor y con la misma solicitud prepara los corazones para que pueda penetrar en ellos el Rey inmortal de los siglos, Cristo Redentor.

Yo soy el Bautista, amados hijos, y creed que en esta hostia pequeñísima está el Rey de los reyes, oculto bajo la blanca nube de los accidentes. "Ecce agnus Dei, qui tollit peccata mundi". He aquí el Cordero de Dios que borra los pecados del mundo. He aquí el que debía subir a la cruz para cancelar con su muerte la deuda de los hombres. Aquí está. (En este momento S. E. cogió una forma consagrada y, levantándola a cierta altura, la mostró al público).

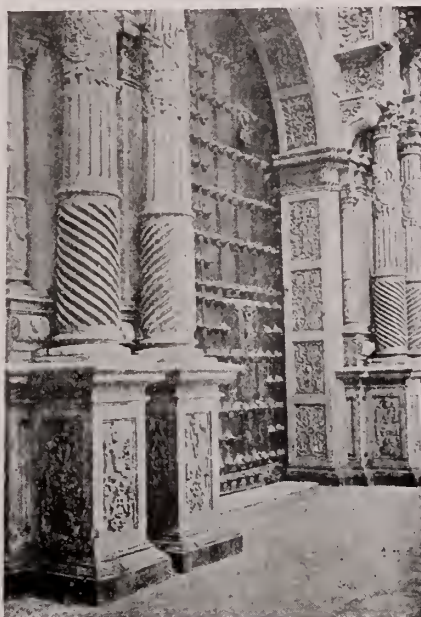
hallaréis la vida eterna. Cristo va a vuestras almas; vosotros venid al cáliz. Corazón por corazón, amados hijos. Haced antes un acto de fé, esperanza y caridad. "Cor contritum Deus non despiciet". Dios no desechará a ningún corazón contrito. Si así lo hacéis, santa será nuestra alegría, santo nuestro júbilo en el cielo y provechosa nuestra visita en esta mil veces bendita tierra de Santa Rosa, excelsa Patrona de las Américas.

En seguida Su Eminencia asistido por el Exmo. Mons. José Petrelli, Nuncio Apostólico de Santidad, descendió al comulgatorio y allí dió la comunión a más de tres mil personas.

Como la concurrencia fué numerosísima, los Obispos allí presentes ayudaron a Su Eminencia a distribuir la Sagrada Forma.

El R.P. Francisco Arámburo actuó de maestro de ceremonias, disponiendo el orden en que debían acercarse los fieles a recibir la hostia consagrada por el Excelentísimo Embajador.

También tomaron parte en esta ceremonia religiosa, jamás vista en nuestra Basílica, los miembros del Cabildo Metropolitano, los párrocos y vicopárrocos de la localidad y los alumnos del Seminario Central de Santo Toribio.



San FRANCISCO: La puerta principal del templo; de piedra labrada.

BANQUETE EN LA LEGACION DE ESPAÑA

El Excmo. señor Jaime de Ojeda, agasajó espléndidamente a S. E. el Cardenal Benlloch, en el hermoso palacete de la Legación en Barranco, siendo con tal motivo S. E. objeto de gran personas especialmente invitadas a esta fiesta, des manifestaciones de simpatía de parte del oferente y de las



El Cardenal en el salón de recepciones de la Legación

En el centro del elegante comedor, que se hallaba rica y artísticamente ornamentado, se destacaban los estandartes de la Santa Sede, de España y del Perú.



S. M. EL REY DE ESPAÑA, DON ALFONSO XIII



Todos, españoles y connacionales como hijos de una misma madre, departieron horas de intensa satisfacción, al rededor de Príncipe de la Iglesia.



La mesa del banquete en la Legación de España

El Emmo. Cardenal, en frases cariñosas, agradeció el agasajo del Exemo. Sr. Jaime de Ojeda y Señora que atendieron a la selecta concurrencia con ese gesto de amabilidad y nobleza que los distinguen en todos sus actos sociales.



EXCMO. SR. D. JAIME DE OJEDA

ENVIADO EXTRAORDINARIO Y MINISTRO Plenipotenciario DE ESPAÑA EN EL PERÚ

Brillantísima es la hoja de servicios que el Sr. Jaime de Ojeda, Ministro de España en el Perú, tiene prestados en su larga carrera diplomática. Pero sentimos en el alma no poder publicar extensamente los datos biográficos de tan eminente personalidad, por no haber llegado oportunamente a nuestras manos.

Por los informes que hemos podido obtener, sabemos que el señor Ojeda fué agregado a la Legación de España en Tánger, y después adjunto en el Ministerio de Estado, en Madrid, y más tarde en la Secretaría particular de S. M. Alfonso XIII.

En premio de sus merecimientos y de su brillante actuación en el desempeño de los cargos que le habían sido encomendados, formó parte del séquito de S. M. el Rey de España cuando visitó al Emperador de Alemania.

Desempeñó después el puesto de Secretario de segunda clase y de primera más tarde, de la Embajada de S. M. cerca de la Santa Sede.

Ultimamente ha merecido el honor de representar a España, como Ministro Plenipotenciario, ante el Gobierno del Perú.



EXCMO. SR. D. JAIME DE OJEDA

Estos datos bastan por sí solos para enaltecer la vida de un hombre que ha consagrado todos sus esfuerzos al servicio de su patria, como el señor Ojeda, distinguido diplomático, dignísimo hijo de la noble España y sincero amigo del Perú.

El señor Ojeda, durante el tiempo que lleva desempeñando el delicado y honroso cargo de Ministro en el país, la patria que ha sido y sigue siendo la hija predilecta de España, ha sabido granjearse la estimación y simpatía de nuestro egregio mandatario, Sr. don Augusto B. Leguía y de las más distinguidas personalidades de nuestra entera sociedad, por la delicadeza de su trato y exquisita amabilidad de su carácter, y principalmente por su gran preparación diplomática, que lo ha hecho merecedor del altísimo cargo que desempeña.

Al Eminentísimo Cardenal Benlloch y Vivó, que, en el mes de octubre del año pasado, se dignó honrarnos con su visita, le prodigó mil atenciones dignas de su elevada representación y le agasajó espléndidamente, con un suntuoso banquete, que, fué servido en el Palacio de su residencia, obsequiado a España por el Perú, en testimonio de su cariño y profunda gratitud.

Personalidades de tan marcado relieve, como la del señor Jaime Ojeda, necesitamos en el Perú, a fin de que las relaciones entre la Madre y la Hija, se estrechen más cada día, y podamos, en un futuro, no muy lejano, asistir a la compenetración íntima de dos pueblos, que, para ser grandes, fuertes y poderosos, necesitan levantar el edificio nacional, sobre las bases de una sólida e inquebrantable unidad.

EN LA RESIDENCIA DEL MINISTRO DE GOBIERNO

El doctor Pedro José Rada y Gamio y su distinguida esposa, ofrecieron un thè al Eminentísimo Cardenal Benlloch, siendo con tal motivo invitadas numerosas y connotadas personalidades a tan importante fiesta social en la que predominó una franca cordialidad, pues el agasajado y los visitantes como también los dueños de casa departieron amenamente algunas horas, a la vez que, en uno de los ángulos del salón de recepciones, una competente orquesta ejecutaba animadas piezas musicales.

Aprovechamos esta oportunidad, para dar a conocer los más salientes rasgos biográficos de la eminente personalidad del doctor Rada y Gamio.

El doctor don Pedro José Rada y Gamio ha venido adquiriendo en los últimos tiempos tan marcado relieve, que, sin temor de equivocarse, se puede afirmar, categóricamente, que en la actualidad, es uno de los más prominentes políticos con que cuenta la República.

De ilustre abolengo, pues está emparentado con la más alta nobleza española, el doctor Rada y Gamio nació en Arequipa, el 15 de agosto de 1873. Fueron sus padres el culto y distinguido caballero señor don José Hipólito Rada y Paz Soldán, cuyo recuerdo aún perdura en la más selecta sociedad arequipaína, y la virtuosa y noble matrona doña Juana Gamio y Ugarte, emporio de los más excelso atributos físicos y morales. Como se sabe, el doctor Rada es sobrino de don Juan Mariano de Goyeneche, Conde de Guaqui y Duque de Gamio, que en forma tan brillante representó a nuestro país ante la Santa Sede.

A los quince años ingresó a la Universidad de San Agustín de esa ciudad y en 1890 se recibió de bachiller en filo-



CONVENTO DE STO. DOMINGO: la comunidad dominica fué la primera que se estableció en el Perú. La fundación la hizo Pizarro con siete religiosos traídos de Jauja, y fué confirmada por el Rey mediante una cédula, de 25 de octubre de 1549.

sofía y letras; tres años después lo hacía en jurisprudencia, adquiriendo su título de abogado a la temprana edad de 21 años y de doctor en jurisprudencia al año siguiente o sea en 1895.



*Sr. Dr. PEDRO JOSE RADA Y GAMIO,
Ministro de Gobierno.*



*Excmo. Señor Conde de Guaquí
y Duque de Gamio.*

Fué catedrático de literatura y miembro de la Municipalidad de Arequipa durante el año 1897, época en que por primera vez sus comprovincianos, que ya habían podido formarse un concepto cabal de sus excepcionales dotes, le confiaron su representación en el Parlamento, ingresando a la Cámara de Diputados en la que permaneció hasta el año 1903, destacándose ya entre sus colegas por su preparación y su capacidad, lo que le valió ser elegido secretario de la Cámara y del Congreso en la legislatura de 1899-1904. Aprovechando de su estada en Lima el doctor Rada y Gamio prosiguió sus estudios, y así el año 1898 rendía brillantes exámenes en la Universidad Mayor de San Marcos para optar el

título de doctor en Ciencias Políticas y Administrativas.

En 1903, fué elegido Presidente de las Asambleas Unidas de los Obreros de Lima, conquistándose generales simpatías entre los elementos trabajadores por su correctísima actuación y valioso concurso en pro de los intereses de esa colectividad.

En el primer período del Presidente Leguía, este ilustre estadista lo designó como Encargado de Negocios del Perú ante la Santa Sede, desempeñando este importante cargo diplomático con el acierto y brillo que le es característico, mereciendo por ello especiales deferencias de parte del Santo Padre y de los más destacados miembros de la Corte Pontificia.

Durante su permanencia en Europa, que se prolongó hasta el año 1918, el doctor Rada visitó los principales países de aquel continente, no con el fugaz propósito que anima a la mayoría de los turistas sud-americanos que se dirigen al Viejo Mundo, sino con el preconcebido espíritu de observación y estudio que tanto le distingue.

De regreso a la patria, en las elecciones de mayo de 1919, fué

elegido, nuevamente, diputado por Arequipa, a pesar de la cruenta campaña que en su contra realizaba el régimen imperante en aquel entonces, elección que fué ratificada por gran mayoría después del 4 de julio de ese mismo año, en las elecciones de agosto.

Tanto en la Asamblea Constituyente, como después en la Cámara a que pertenece, dió pruebas inequívocas de su especial preparación para el desempeño de los más importantes cargos públicos, destacándose como uno de los mejores oradores parlamentarios.

Son famosos, y siempre se recordarán sus notables discursos, verdaderas piezas oratorias, pronunciados sobre el protocolo Bilinghurst-La Torre, el tratado de Versalles y en general sobre los más importantes problemas de carácter internacional que atañen al Perú.

De su actividad, no superada por ninguno de nuestros hombres



MINISTERIO DE GOBIERNO Y POLICIA, Y CORREOS Y TELEGRAFOS

públicos, da fe, mejor que nada, su infatigable laboriosidad frente al Ministerio de Fomento, en los días del Centenario Nacional,



Antigua Capilla de San Marcos, hoy salón de la Facultad de Letras

Con mucha propiedad nuestro pueblo le llamó, en aquellos días, "El Ministro del Centenario".

De su labor, en general, en el Ministerio de Fomento, tendríamos mucho que decir, pero no siendo ello posible dentro de un espacio limitado, nos concretaremos a consignar los puntos más



Detalle del techo de la antigua capilla de San Marcos con las maravillosas ensambladuras del artesanado.

salientes, tales como: su tenaz y constante lucha para mejorar la higiene y salubridad públicas que encontró en situación excepcionalmente difícil, pues hacían grandes estragos varias epide-



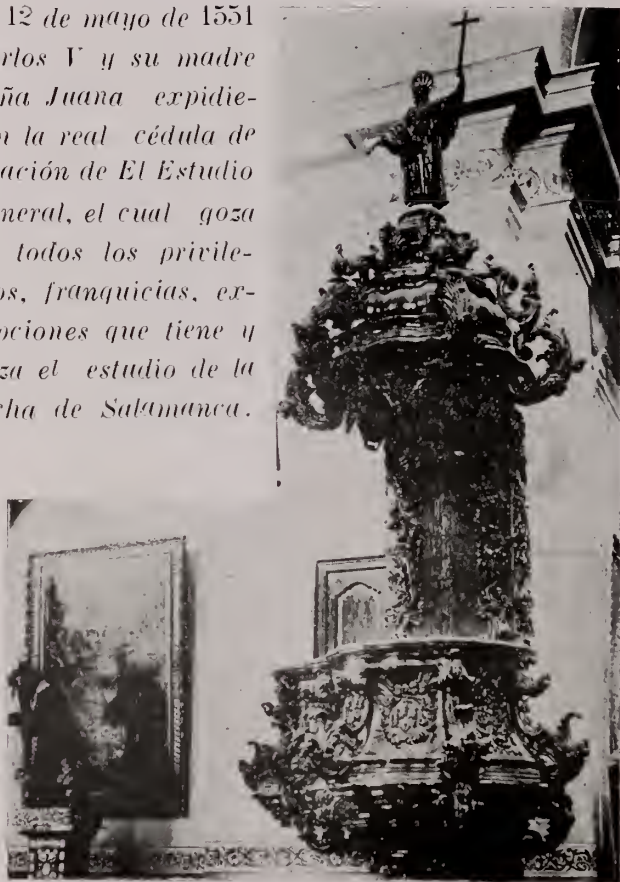
SAN CARLOS. — *El altar mayor.*

mias: la fiebre amarilla en el norte, la bubónica en el Callao y el paludismo en la capital y valles de la costa.

En el mes de julio de ese mismo año hubo de renunciar el Ministerio, para asumir el cargo de Presidente de la Cámara de Diputados, cargo que ha desempeñado con aplauso del Gobierno, de sus compañeros de labor, y del Perú, en general.

Su labor como Alcalde de Lima, marca una era de resurgimiento para la capital y de moralidad en los servicios municipa-

El 12 de mayo de 1551 Carlos V y su madre doña Juana expedieron la real cédula de creación de El Estudio General, el cual goza de todos los privilegios, franquicias, excepciones que tiene y goza el estudio de la dicha de Salamanca.



SAN CARLOS. — El Púlpito

les. Y no obstante el breve plazo de tiempo que actuó como tal, inició una serie de reformas de toda índole que, con el tiempo rendirán provechosos resultados para el progreso y ornato de la capital de la República.

En octubre de 1922, pasó a ocupar el Ministerio de Gobierno, Policía, Correos y Telégrafos, en circunstancias difíciles provocadas por los eternos conspiradores del orden público, y en momentos en que se dilucidaba fuera de la República, el más grave y trascendental de sus problemas internacionales.

El Supremo Gobierno, necesitaba, a la sazón, un hombre de talento y de acurado temple, un político dotado de excepcionales condiciones. Y ese político lo encontró Leguía en el doctor Rada y Gamio.

Elemento de labor efectivo y entusiasta cooperador del Jefe del Estado, el doctor Rada, ha consagrado sus esfuerzos a la consolidación de la paz interna y conservación del orden público, bases sustanciales en las que descansan el resurgimiento y grandeza de los pueblos.

Convencido de que los hechos y no las palabras son la mejor y más elocuente argumentación para probar la eficaz y tesonera labor de los que desean trabajar en beneficio de su patria, el Dr. Rada ha desplegado una actividad verdaderamente asombrosa y demostrado palmariamente la efectividad de su labor ministerial.

El Dr. Rada ha dedicado gran parte de su labor cotidiana, a mejorar, desde todo punto de vista, el elemento obrero, alma y nervio de nuestra nacionalidad.

Constituye un timbre de orgullo para el actual Presidente de la República y para el doctor Rada y Gamio, la inauguración de la Escuela de Guardia Civil, Seguridad y Policía, realizada el 1º de Noviembre de 1922.

La inauguración del Sifilicomio, cuya importancia y necesidad son indiscutibles, débese también a él, lo mismo que el ensanche del Correo, otras de las obras importantes, que se está llevando a cabo con la mayor prontitud y perfección posible.

Como hombre de letras, el doctor Rada, ha merecido las distinciones de los más altos exponentes de la intelectualidad mundial, siendo miembro correspondiente de las reales Academias Españolas de la Lengua, de la Historia y de Legislación y Jurisprudencia de Madrid. También ostenta igual título de la Academia Colombiana de Jurisprudencia y de la Academia de las Arcadas de Roma. Pertenece al Colegio de Abogados de Lima, del que fué una época su Secretario.

El doctor Rada y Gamio ha sido agraciado por gobiernos extranjeros con diversas y valiosas condecoraciones tales como la de Caballero Gran Cruz de la Orden Pontificia de San Gregorio.

LA UNIVERSIDAD CATOLICA Y LA UNION CATOLICA DEL PERU

EN EL TEATRO EXCELSIOR



Capilla del Puente. La primera iglesia fundada por la piedad de la colonia.

a las que contestaba el Cardenal con suma cortesía y alborozada complacencia.

La solemne actuación literario-musical, organizada por la Universidad Católica y la Unión Católica del Perú, en honor del Emmo. Señor Juan Benlloch y Vivó y su ilustre comitiva, fué indiscutiblemente una de las fiestas que alcanzaron un éxito grandioso, digno de los agasajados y que tuvieron su remarcable sello de distinción y suntuosidad.

El teatro, que resultó estrecho para dar cabida a la selecta y nutrida concurrencia, había sido primorosamente arreglado con guirnaldas de rosas blancas y rojas. En el palco de S. E., se destacaban los escudos del Perú y España, circundados por dos anchas franjas de flores naturales con los colores del emblema pontificio.

A la llegada del Emmo. Cardenal y su comitiva acompañados del Excmo. Señor Nuncio Ajostólico, del Coronel Carlos J. Bazo y el teniente R. Martínez Merizalde, ayudante y oficial de órdenes de Su Eminencia, la multitud prorrumpió en estruendosas ovaciones

GRÁFICAS DE LA ACTUACION LITERARIO-MUSICAL



El R. P. Calasanz Rebaza pronunciando su elocuente discurso. — La selecta concurrencia que ocupaba en su totalidad los compartimentos del Teatro Excel-sior en la tarde del día 14 de Noviembre



IGLESIA DE LA MAGDALENA

La Sociedad Filarmónica, que con todo acierto dirige el señor Federico Gerdes, dió a la fiesta un relieve incomparable con las esogidas piezas musicales que ejecutó, en medio de frenéticos y prolongados aplausos.

Son dignas de mencionarse especialmente las señoritas Consuelo Paernio, Clara Alvaríño y Hortensia Gutiérrez, quienes, con las vibraciones de su bien timbrada voz, sugestionaron al selecto auditorio que las ovacionó frenéticamente.

Fueron también muy aplaudidos por el público los R. P. Calasanz Rebaza y Adolfo Villanueva, quienes hicieron verdadero derroche de elocuencia, pronunciando, el primero una brillante improvisación y una hermosa poesía el segundo.

El último, señor Pedro Pablo Drinot y Piérola, y el doctor Carlos Arenas y Loayza, en nombre de la Universidad Católica del Perú y de la Unión Católica de Caballeros, respectivamente, pronunciaron hermosísimos discursos, habiendo merecido ambos repetidas ovaciones y una especial felicitación del Emmo. Cardenal.



El Pálpito

DISCURSO DE MONSEÑOR DRINOT Y PIEROLA

Eminencia:

La Universidad Católica de Lima, sus Catedráticos y alumnos asociándose al saludo que os dirige la Unión Católica de Caballeros, me ha confiado el muy honroso encargo de representarla en esta actuación.

Actuación solemnísimá, Eminentísimo Señor; ante todo, porque la avaloran vuestra presencia, y la más alta significación, a la vez religiosa y social que ella tiene.

Habéis atravesado los mares que surcaron las frágiles caravelas de Colón; habéis trasmontado los Andes, mudos pero imponentes testigos de la agitada y pujante historia americana; y aquí os tenemos, esclarecido Príncipe de la Iglesia, meritisimo hijo de España, hoy huésped ilustre de esta ciudad que, como vuestra incomparable Toledo, vive más que del presente fugitivo, de sus grandezas pasadas, de sus legendarios y poéticos recuerdos.

Y pues os hablo en nombre de una institución docente, que nació en el regazo de la Madre Iglesia, inspirada por su Credo, alentada por su amor, defendida por su clemente pero avasalladora Majestad, debo poner mi consideración en la enorme trascendencia de sus grandes fines y nobles propósitos. rogandoos, Eminentísimo Señor, me permitáis exponerlos, en breves frases, con el reverente, pero muy vivo deseo de que os dignéis aprobarlos, alentarlos y bendecirlos, ante tan selecta y numerosa concurrencia.

Revelado el dogma cristiano y establecida, sobre evidente fundamento divino, la Iglesia Católica, con el expreso intento de propagarlo y defenderlo, en toda la faz de la tierra; y establecida—digno es de ser notado—como sociedad jurídica perfecta, obligatoria, completa y universal, destácase, ante la mirada reflexiva de todos los entendimientos capaces de ver, su origen sobrenatural y divino, destacándose entre sus distintivos constitucionales, su carácter *docente* y junto con éste el inconfundible y exclusivo privilegio de la *infallibilidad* enseñante; como quiera que sin él, la soberanía sobre entendimientos y conciencias sería *absurda* y como absurda imposible.

De este preámbulo doctrinario, pasemos a la realidad histórica.

Aquella predicación apostólica de doce pescadores ignorantes y rudos, sin medios humanos contra obstáculos tan estupendos como la misma obra intentada; esa predicación enciende en todos los horizontes del mundo, la brillantísima aurora del saber cristiano: en cuyo nacarado fondo, los postreros fulgores de la sabiduría helénica, matizan las primeras luces de la filosofía patristica, que encienden los geniales destellos de Clemente de Alejandría, Orígenes, el prodigioso San Agustín y tantos otros, que, sin subir tan alto, van como ensanchando, con hilos de nuevas luces, aquel nimbo tornasolado y deslumbrante, digno dosel y digno marco para aquella Reina Majestuosa y tan hermosísima que se llama la Teología Católica.

Reina legítima de todas las ciencias ostenta en la diestra el cetro de su incontrovertible imperio.

Recorramos en breves instantes, la esplendorosa síntesis de su glorioso y benéfico reinado.

Sus profundas y discretas lecciones, forman como los rayos de un nuevo sol que al reverberar en las cumbres del pensamiento humano, culminó en la fertilísima inteligencia de Tomás de Aquino, en cuyo seráfico pecho, ostenta el sol de la ciencia, como blasón de su genio, refundiendo como en un sólo foco de luz las revelaciones de la razón y de la fe.

Los rayos purísimos de este nuevo sol sin ocaso, ahuyentan las tnieblas del gentilismo, alumbran todos los misterios, explican todos los deberes, fundamentan y defienden todos los derechos reales, despejan las incógnitas de los grandes problemas que interesan a la humanidad; y ante las insaciabiles aspiraciones del corazón, allá, en los borrosos confines del tiempo, sus rayos bienhechores descubren esperanzas infinitas y eternas.

En torno, pues, de tan digna soberana del saber, debieran inclinarse cual vasallas sumisas, la filosofía, la jurisprudencia, las ciencias naturales todas y la misma Historia; por cuanto las ciencias racionales han menester para descansar en principios absolutamente ciertos e incommovibles, conferir sus conclusiones conjeturales y falibles, con las *tesis católicas*, reflejo auténtico de misma ciencia divina.

Y es ciertamente rebelión impía contra el derecho de Dios, y clara necesidad contra los fueros de la razón, desconocer en naciones y sociedades católicas, el derecho docente de la Iglesia, ne-

gando o estorbando en alguna manera, en los fieles y ciudadanos católicos la más santa e intangible de las libertades, la libertad y el derecho de enseñar y de aprender.

Y cuenta, señores, que ese orden ideológico, representado por el *dogma católico*, es base y fundamento, alma y vida del *orden cristiano*, en que descansa la *civilización cristiana*; el único orden, la única civilización que ha traído y puede generar para el mundo la verdad, sabe hermanarse con el bien, la dicha y el amor.

Peroc es el caso que tan claro y elemental derecho, bien lo sabéis Eminentísimo Señor, desde el pasado siglo y acaso antes, viene siendo objeto de controversia y de batalla, aún en el seno de naciones tan genuinamente católicas, como las nuestras.

¡Cuán lejos estamos, en verdad, de aquellos tiempos en que nuestro Credo, informaba la legislación y las cátedras públicas de la naciente Europa! Cuando las Universidades Católicas, nacidas de las escuelas libres fundadas por los obispos y los princi-



IGLESIA DE LA MAGDALENA.— El oro antiguo luce su palidez en los altares y retablos: diríase que se abre un empolvado arcón del rey Felipe.

pes, hicieron brotar constelaciones de sabios y hombres de Letras, en torno de Oxford que establece Alfredo el Grande; de Bolonia al favor de la Condesa Matilde; y después Padua y Nápoles en Italia; en Francia, París, Tolosa y Montpellier; las egregias de vnestra Católica y Teóloga España, entre otras, con Salamanca, Valencia y Oviedo.

Y ¿quién podrá, señores, desconocer la altísima y cultural importancia de las Universidades Católicas medioevales? ¿Quién negará la enorme y decisiva trascendencia de sus beneficios en la Historia de la Civilización y de las Letras?

Y para hablar de nuestros tiempos, ¿quién no ve, que ante el hecho de esa institución o dominio, que llamamos *Estado docente*—no disentimos ahora su derecho—se impone a la conciencia de todo ciudadano católico, sea gobernante o gobernado, rico o pobre, hombre o mujer, pero en especial a los dirigentes y padres de familia, se impone, como deber ineludible y primordial, anterior a todo otro deber, y sobre cuantos intereses materiales y espirituales reclaman nuestra atención y concurso, se impone, digo, la obligación religiosa, social y patriótica de contribuir como en España, Francia, Alemania, Estados Unidos, Bélgica y todo país culto en que viven al amparo de la ley muchos católicos, contribuir, a la formación vigorosa de una Universidad Católica. Porque sin este factor de mentalidad nacional se hace de todo punto imposible tener dirigentes políticos y estadistas católicos: sin él, desaparecerá, más tarde o más temprano, el orden social y la civilización que nos trajo la Cruz redentora; y desaparecerán, señores, ineludiblemente, esos elementos básicos de bienestar público, ante el vendaval de absurdos y sofismas que fraguan casi todas las escuelas y Universidades oficiales en un mundo racionalista y paganizado; y más ante las incontables falanges de anarquistas y disociadores que ellos engendran, precisamente, por cuanto sacudiendo el yugo de toda autoridad y expuestos como niños sin juicio y sin criterio, a todo viento de doctrinas, dejan a la razón sin defensa, a la virtud sin estímulos, a las muchedumbres sin frenos, a la sociedad sin base y sin norte.

Eminentísimo Señor: un grupo de católicos peruanos, dóciles a las enseñanzas de nuestra Iglesia, hemos escuchado reverentes estas frases hermosas del actual Pontífice: "Una Universidad

Católica es oportunidad y necesidad en los tiempos presentes... forma del culto al cual Dios tiene tanto más derecho cuanto ella es más elevada y más hermosa... por esto la Iglesia las ha promovido siempre con celo magnífico"



forma de culto, tan en armonía, por otra parte con este anhelo de San Pablo: "cautivar toda inteligencia, bajo la obediencia de Cristo y confundir toda arrogancia que se levante contra la Ciencia de Dios".

Emmencia: la incipiente Universidad Católica de Lima, os saluda, dignaos bendecir sus muchos afanes, sus magníficos y santos ideales.

**IGLESIA
DE LA MAGDALENA**

La nave principal

DISCURSO DEL Dr. ARENAS Y LOAYZA

Eminentísimo Monseñor, señores:

Si las grandes almas viven entre santos recuerdos y hermosas esperanzas, los grandes pueblos viven también, entre la gloria de sus tra liciones, y la profunda y viril concepción de sus destinos. finos.

No es la tradición recuerdo bello, pero estéril, el lago de ondas claras pero muertas, en que se contemplan los pueblos en una morbosa indolencia: ni es tampoco como algunos recelan.

freno que detenga el progreso: es fuerza acumulada por las generaciones anteriores que vigorosamente lo impulsa.

Por esto hay dos maneras de entender y sentir la tradición. Para unos la tradición es sólo una reliquia, para otros es un núcleo vital; para unos es sólo deleitoso ensueño; para otros, lección de moral práctica y orientación histórica en que se exprime todo el poder mental y la grandeza de alma de un pueblo o de una raza. La tradición es la maestra que enseña a los pueblos el conocimiento de sí mismos, que prepara a la vida suscitando las fuerzas y marcando a la vez los derroteros; y es el recuerdo que no deja dormir la voz de mando que no permite detenerse, la fuerza ascendente de la gloria, a otra gloria mayor.

¡Grande es la tradición hispano americana, luminoso capítulo de los anales del Evangelio, fuente de amor a la madre España y nexo de la historia y la esperanza de dos mundos que se completaron! Vuestra Eminencia la ha despertado atrayendo los ojos de este pueblo hacia la cruz que resplandece en vuestro pecho, áureo cofre en que se ostentan todas las virtudes del corazón español.

Constituye la esencia de la tradición hispano americana, una fe religiosa que civiliza; un progreso social e intelectual superior al de las colonias de la época; y una fraternidad política cimentada en la unidad de fe, de cultura, de lengua y de raza, que dió a la infancia de estos pueblos un solo hogar, hizo de su emancipación una sola epopeya, y con la voz profética de la historia exige, manda que la obra de la independencia se complete hoy con la obra de la fraternidad hispanoamericana y se corone algún día con la empresa de la fraternidad universal.

Fué el ideal religioso quien llevó a Colón desalentado y herido, a buscar en el Convento de la Rábida un corazón de hermano, fué la clarividencia de nuevas conquistas para el Evangelio la que movió a Fray Juan Marchena de los Reyes Católicos al campo de batalla, ante los muros de Granada y fué asimismo el ideal religioso el argumento que decidió la vacilante voluntad de los reyes católicos, en las angustias y penurias de sus viajes, y le dictó esas sublimes cartas, en que se exhibe con toda su humildad y en toda su grandeza el héroe cristiano.

Detengámonos ahora en la magna tarea realizada por los misioneros en la civilización americana. Permitidme aquí, que

rompiendo el orden lógico del discurso por el orden superior de la justicia, proclame que el misionero es el único héroe olvidado: mártir en muchas ocasiones, herido y abandonado siempre en cuatro siglos que trabaja por la civilización del continente. Es el único héroe americano que no ha recibido el homenaje público, es el único héroe a quien no se ha erigido un monumento; pero que siempre será la estatua viva del amor a Cristo que saluden el viajero y el explorador de las remotas selvas.

Era necesario sembrar de ciudades todo un continente, reducir a las tribus a la vida urbana, impedir la lucha de exterminio entre dos razas de costumbres diferentes y enseñar a millones de indios, con la fé, la lengua, con las costumbres cristianas, las artes de la industria europea. Imaginad la labor gigantesca que hoy significa mejorar las ciudades y el costoso esfuerzo que hoy representa el árduo problema de la instrucción pública; y podréis formar un aproximado concepto de la magnitud de la obra.

Fueron los misioneros los que dieron cima a esta tarea gigantesca. La fe apaciguó los ánimos, dulcificó las relaciones entre vencedores y vencidos, formó el muy honrado y cristiano abolengo del hogar hispano-americano; y las más altas virtudes



El beato Fray Martín de Porres

perfumaron hogares y claustros y crecieron en esta tierra bendita, los lirios de la santidad.

Para ventura y orgullo nuestro, no empañaron la historia de la América española, las guerras de exterminio del aborigen, propias de la raza blanca; y esta convivencia y esta fusión de sangres es la más alta prueba de humanidad y de progreso social. Debe a ellas su existencia la raza hispano-americana, que fué más tarde como profundamente lo observaba don Bartolomé Herrera, la única capaz de comprender los dones de la Independencia y reñir las batallas de la Libertad.

Ese progreso de las costumbres fué paralelo al de las ciencias, de las artes y de la industria. El Perú y Nueva España pocos años después de la conquista, tenía ya universidades a imitación de la famosa de Salamanca. Posteriormente se establecieron otras nueve universidades, y para el cultivo de las ciencias naturales, jardines botánicos; para el de la ingeniería escuelas de minas, y finalmente academias de bellas artes. La majestad y riqueza de nuestros templos, la hermosura de los claustros, el trazo de nuestras ciudades, los sólidos puentes, las pétreas fortalezas, las mansiones señoriales y los preciosos muebles de la época, y hasta las sonoras campanas que pregonan nuestras festividades; todo nos atestigua un estado de brillante progreso intelectual e industrial. Humboldt, el eminente hombre de ciencia en su célebre Ensayo Político y los sabios españoles don Jorge Juan y don Antonio Ulloa ponderan el adelanto de las colonias. Mendiburo se asombra del número de autores que florecieron en el Virreynato: y en tanto que el ilustre historiador mejicano Bustamante escribía en 1835, aun bajo las exaltaciones del liberalismo que la colonización de las Américas es obra de los frailes españoles, un sociólogo hispanoamericano, de marcadas ideas liberales, el insigne Esquivel Obregón, proclama en nuestros días que el celo paternal del monarca español por sus colonias contrastaba con la incuria del monarca inglés por las suyas.

Si es digno de alabanza el régimen social, es admirable como tipo de prudencia y sabiduría práctica el régimen legislativo. El gobierno de los colonias estaba confiado al famoso Consejo de Indias, formado por las más doctas y venerables personalidades de la Metrópoli, inclusive antiguos e ilustres obispos, y virreyes de las colonias.

Esta famosa corporación, con un alto sentido de justicia y profundo estudio de las necesidades propias de la Colonia, dic-



El Eminentísimo Cardenal con los distinguidos miembros de la Embajada y comisiones de recibo

tó las famosas leyes de Indias, en que brilla el anhelo por la protección del indígena y el progreso de la América Española, y que son ejemplos de sabiduría legislativa; y si este criterio hubiera formado tradición, tendría nuestra legislación republicana el mérito, que ordinariamente le falta, el estudio de la realidad nacional la originalidad y el acierto en la solución de los particulares problemas del Perú.

Hemos llegado a un tema grave y trascendental, decisivo para el porvenir de la América. La tradición sugiere hondas reflexiones.

Se ha dicho que el secreto del éxito individual está en el conocimiento de sí mismo, y completando el pensamiento agregaríamos, en el de la propia situación y los propios recursos. Idéntico es el secreto del éxito nacional. Los pueblos que se inspiran más en su conciencia histórica y se preocupan menos de la imitación pueril de las instituciones extranjeras, que no se apocan sino se enaltecen, los que cuentan sus elementos propios y los acrecentan, sin esperar en los ajenos, son pueblos que

tienen en el fondo del alma un manantial inagotable de fuerza y una orientación feliz al éxito. El dilema es fatal: los pueblos se dividen en dos grupos, los que se decoran imitando sin progresar sustancialmente y los que perfeccionan su personalidad a golpes de cincel.

El principal secreto de ese poderío sin contrastes del pueblo inglés, perpetuándose en los siglos, está en que vive de su tradición sin pretender imitar leyes ni costumbres extrañas, que perfeccionó las suyas, no al compás de las revoluciones extranjeras, sino de las necesidades propias, que ha formado por esto la legislación política más sabia, el imperio colonial más poderoso y la sociedad más equilibrada; y este pueblo no detesta su pasado; lo ama, el recuerdo de la vieja Inglaterra conmueve sus entrañas, y en medio de su admirable adaptación a nuevas exigencias sociales y políticas, espera reconocerse siempre identificarse siempre en una Inglaterra que como las viejas vidés, con arrugas profundas en el tronco, ostente en los nervudos sarmientos, frescos pámpanos y jugosos frutos.

Es la vuelta al espíritu tradicional el profundo sentido del movimiento fascista en Italia y del movimiento reformador en España. Son dos explosiones del patriotismo contra el ataque impune al orden y la conspiración contra la nacionalidad, dos brotes del espíritu tradicional sediento de vida propia y de gloria nueva. Es en Italia el nacionalismo y el catolicismo que se reconocen y abrazan, es la Roma de los Césares saludando a la Roma de los Papas, es la unión fraternal en una sola aspiración, de la religión y el patriotismo. Es en España, el espíritu de don Pelayo que resucita contra la nueva morisma, es la España del descubrimiento y de la conquista, la de la Edad de Oro, la de Santa Teresa y Cervantes, la de Carlos V y Gonzalo de Córdoba, arrojando el sudario con que la ahogaban el comunismo y el separatismo, el odio al glorioso pasado, la guerra a la religión y a la patria, la impunidad de políticos y partidos atrincherados tras las instituciones y prácticas políticas importadas a España, cuando se maquinó el imposible de dar muerte a la tradición española.

Las eflorescencias características del espíritu europeo contemporáneo, son el renacimiento del patriotismo y el de la fe católica.

Nos habían engañado el materialismo, declarando muertos los grandes ideales; el positivismo dando por agotadas para el

hombre las entradas del cielo, y el socialismo revolucionario afirmando que el pueblo ya no combatiría sino por la conquista



SANTA ROSA DE LIMA

Copia de uno de los mejores cuadros existentes

de su bienestar y no tendría otra bandera, que la bandera roja.

El hombre era más noble y más grande de lo que imaginaron los que pretendieron conocerlo. Solo se necesitaba un gran sufrimiento para que el dolor operase el milagro de resucitar la grandeza de alma de los pueblos cristianos.

Vino la guerra; el mundo antiguo se convirtió en un gran campamento, en que sufrían el rigor del combate los heroicos soldados; y las privaciones, la población entera. Para dar a la Patria nuevos combatientes, reemplazaron las mujeres a los hombres en los talleres y fábricas, y el telégrafo y el cable hacen universal la congoja, los temores y las esperanzas. No han presenciado los siglos cuadro más conmovedor del patriotismo.

Pero este sangriento sacrificio no lo agotó no pudo agotarlo; por el contrario, el patriotismo rejuvenecido con el sufrimiento, como se rejuvenecen todos los santos amores, producía otro fruto de más alto espiritualismo, en el renacimiento de la fe católica.

Intentemos explicar este bello fenómeno. La religión pide al hombre el amor a Dios y el menosprecio de los efímeros bienes materiales; lo alista en una milicia espiritual donde el sacrificio de las pasiones y aún el de la vida ha de ser la ofrenda a un ideal de sublime perfección.

En las circunstancias ordinarias de la paz, los cuidados de la vida material, las atenciones de la salud y el esfuerzo por la existencia amodorrán las altas potencias del espíritu y el hombre se halla muy distante de las condiciones que requiere un vivo y profundo sentimiento religioso.

Pero el ciudadano ennoblecido con la casaca del soldado; que va a la guerra por la Patria renunciando a la fortuna y a la vida en aras de un heroico deber, se halla precisamente en el estado espiritual propicio a que florezca el sentimiento religioso; el heroísmo lo acerca a la santidad y la Patria lo devuelve a los brazos de la religión.

¿Qué le ofrecéis al hombre que va a la guerra por un altísimo deber y no por atávica o estoica ferocidad? ¿Qué le podéis ofrecer en cambio de ese absoluto renunciamiento? No me habléis de la historia que ya ha declarado solamente que no sabe premiar a la infinidad de los humildes, porque no los conoce ni puede conocerlos y que para acallar esa punzante congoja del espíritu moderno ha establecido un nuevo homenaje; el homenaje al soldado desconocido. No me habléis de las recompensas

de los contemporáneos que se regatean en los presupuestos, ni de los aplausos alternados con afrentas y odios, que solo son unánimes cuando el héroe desciende al sepulcro, y ya señores, es inútil aplaudir.

Nó, dejad que sobre el horizonte nublado por la pólvora brille un pedazo azul del cielo; que el amor a Cristo consuele al herido, ampare al prisionero, reconcilie en la hora suprema a los héroes de todas las banderas y dé al guerrero esa gloria inmortal que los débiles brazos del hombre no pueden sostener, ni sus manos impuras entregar sin mancha.

Y este retorno a las tradiciones cristianas puede traer al mundo la solución del gran problema de la justicia, por el auxilio de la caridad, y del gran problema de la ventura humana, en el ideal cristiano de perfeccionamiento individual.

¿Cuanto más libres son los hombres, menor fuerza tiene la fórmula jurídica, sin la caridad.

Convenzámonos: en los tribunales se encuentra justicia precisamente cuando el alma del juez es desinteresada y procede libre de amor y de odio; pero hay una infinidad de relaciones individuales que se escapan a la justicia, y en estas relaciones en que no obramos con espíritu de jueces, sino con el interés de partes, si la caridad no viene en auxilio de la justicia, si el amor no es el amparo del derecho, la justicia perece. Por eso no basta para el orden y la paz social que sepamos nuestro derecho y el ajeno; en esto nadie se equivoca, este no es el origen del conflicto: es necesario que la caridad cristiana asegure la justicia, por el amor.

También habíamos creído en el talismán de las fórmulas jurídicas para el arreglo de la vida política y de las relaciones internacionales. Celebrado el tratado, promulgada la ley, descansábamos tranquilos: los hechos no desmentirían el poder del talismán. Habíamos creído en la posibilidad de un orden jurídico sin la base de un orden moral, en el imperio del derecho sin el cimiento de la virtud cristiana; y la historia jurídica contemporánea no tiene ya espacio para contener los tratados infringidos, las leyes conculcadas, la falta de buena fe con que se celebró el tratado y la falta de austera sinceridad con que se dió la ley.

La moral católica sabe que el cimiento del progreso y la ventura humana están en el perfeccionamiento individual. Las

leyes no son fuerzas creadoras, sino reguladoras: la ley sin la honrada cooperación individual es un *fiat* sin omnipotencia. Y uno de los mayores males de las sociedades modernas ha sido destruir el concepto de la responsabilidad individual. Hoy solo se habla de responsabilidades de la sociedad, del gobierno, del Estado, del mundo, pero nadie se acuerda de la responsabilidad de las conciencias. Recoged uno por uno a los quejosos, interrogadles sobre la parte de acción y de deber que les correspondía, sumad todas esas declaraciones y llegaréis a la conclusión de que no hay responsables, tal es la común y casi universal inconsciencia de la responsabilidad individual.

El mundo pide, señores, más cristianismo, más virtud, más sinceridad, menos rencores, hospitalidad más generosa, y la solución del supremo problema de la paz y la ventura humana, con un espíritu fraternal: la paz y la ventura para todos los pueblos, sin duras exclusiones; para todas las razas, sin crueles menosprecios.

Y a esta gran solución, llevan sus viejas tradiciones, al pueblo hispanoamericano. En la América Española quedó el tesoro de la sinceridad castellana; sus vastos territorios y sus brazos hospitalarios convidan al hombre a establecerse en su suelo; fuerte, lozana, libre de seculares rencores, saluda emocionada, en España, a la madre; en Europa, a la maestra de su ciencia; en la gran república sajona, a los genios de su industria y su democracia. La América será el lazo de unión de los mundos y el crisol en que se fundan las razas más nobles de la tierra.

Y el día que este ideal se realice y muera la conquista, habrá dado su gloria postrera la grande hazaña del descubrimiento; y las banderas hispanoamericanas haciendo guardia a las cenizas de Colón, entrelazadas por el soplo de los siglos, parecerán a quien las mire desde las cumbres de la historia, el más bello homenaje que haya glorificado el sepulcro de un héroe: una corona de glorias vivas; una corona de glorias fecundas; una inmortal corona de banderas.

DISCURSO DEL PADRE CALASANZ REBAZA

Estoy viviendo una hora de aturdimiento. Fuera golpean recias y continuadas en mi corazón las impresiones de este vivir extraordinario; y dentro del corazón dan corcobos enormes por salir las emociones y sentimientos, que lo avasallara por todas partes, en estas solemnidades de vuestra galantería, y que si en

los latidos articulados del corazón podrían hallar forma expresiva, se convierten en interjecciones y suspiros, cuando suben a la garganta.



PORTADA DEL TEMPLO DE SAN AGUSTIN

He notado un vacío al entrar en este espléndido local. He buscado la bandera peruana y la bandera española y no las he encontrado por ninguna parte. No he comprendido la razón de la omisión hasta estos momentos en que veo de frente a las mujeres peruanas y advierto que llevan ellas en la cara la bandera de su patria cuando sonríen. La sonrisa desfrunce y dilata sus labios, rojos como corales, en dos franjas paralelas entre las cuales blanquea la marfilina cinta del aljófar de sus dientes. Así se crían tan patriotas los hijos de esta tierra, porque apenas nacidos ya besan la bandera en la boca de sus madres; así los valientes peruanos sienten el deleite y la gloria del sacrificio; porque al caer en el campo de batalla, vuelven la vista moribunda a la bandera, que al flamear sobre su cuerpo agonizante parece la boca abierta por donde saltan los besos de las madres, de las esposas, de las hijas o de las prometidas ausentes.

Vuestra bandera me encanta, porque confundo muchas veces sus colores con los de la bandera española. Un tozal encarnado, color de sangre y heroísmo, partido por una vía láctea la vuestra y la nuestra por un reguero de sol.

En vuestra bandera, como en libro abierto, quiero leer el índice de mis pensamientos; porque en esta sesión brillante en que campean las glorias de la Universidad Católica y de la Unión Católica del Perú y en la que la verdad y el pensamiento católicos han brillado con la blancura de la luz, en los labios de Monseñor Drinot, como el blanco listón central de vuestra bandera; la alocución del señor Arenas ha pasado sobre mí, imponente y arrolladora, y me he sentido a su lado como el leve fatucho que ve pasar junto a sí al poderoso trasatlántico, en cuyo vórtice de espumas siente el riesgo de naufragar y que después sigue su ruta a favor de su estela, como yo en estos momentos, vibrando como un eco apagado de sus palabras, me inspiraré en las hermosas lecciones de ese verboso labio americano, para desgarnar mis desconcertadas ideas, después de decir: gracias, América, que así honras a la madre España".

"Honra a tu padre y a tu madre — ha dicho Dios — para que vivas largos años dichoso sobre la tierra". Vosotras, naciones americanas, que así honráis a la nación que fué vuestra madre, tenéis derecho a la asistencia divina para vivir prósperas y venturosas y perdurar, entre todas las naciones, gloriosas e inmortales.

Cuando honráis al gran Embajador que nos preside, adver-

tid en él la cruz del Príncipe de la Iglesia y "el cofre áureo de su pecho" donde guarda tantos tesoros de españolismo. En esos



LA HERMOSA SILLERIA TALLADA DEL CORO DE Sn. AGUSTIN

puntos de vista quiero pararme para comprender lo que ha sido y lo que será la raza española y el fundamento de ella.

Un poeta español, grande abogado, honrado político y excelso caballero cristiano, paisano de Su Emuncencia, don Antonio Aparisi Guijarro, decía a los españoles de su tiempo:

No nos digáis lo que fuimos,
No nos matéis de vergüenza.

Y yo por el contrario diré: decidnos lo que hemos sido, porque ese pasado tiene delante de mis ojos un hermoso presente.

Voy a mirar otra vez a vuestra bandera y la mía, como portada límpida del álbum histórico de nuestras glorias.

Nuestras banderas son un par de lienzos ensangrentados, con la ejecutoria de bravuras y heroísmos.

Para dar a esos heroísmos un eje de razón y de justicia, tomó la Iglesia su bandera Pontificia, la rasgó en dos franjas y puestas en el centro de los sangrientos trofeos, tuvo Perú en su blasón las luces de la aurora, verdad y sinceridad, y tuvo España en el suyo regueros de inextinguible sol, justicia y claridad.

La España, como los demás pueblos, no tiene sólo las fronteras geográficas. La verdadera frontera está arriba, hacia el cielo; y progresar es ascender hacia las cumbres del ideal y las altas planicies del espiritualismo, de donde viene la fuerza y la inmortalidad a los pueblos.

Por eso conviene rectificar el concepto de España, para dar en el conocimiento de la esencia de la raza.

No me avengo con que España sea la nación guerrera y avasalladora. Bien es verdad que las colonias fenicias y griegas la hizo española; que a los cartagineses por egoístas y tiranizantes les negó su suelo; que a los romanos los admitió a cambio de que sus ciudades valieran tanto como Roma y los españoles fueron maestros y emperadores de los romanos; y que a los árabes les cobró su estancia, quedándose su civilización... y no voy a negar la gloria y las proezas de los que dieron heroicamente su vida por la Patria. Pero entiendo que en la historia de una raza más que la batalla de Lepanto vale la novela del gran mancebo de Lepanto, más que San Quintín vale el Escorial, más que los castillos de Flandes valen las Moradas de Santa Teresa. Más que Pavía y Otuniba valen la "Guía de Pecadores" y "La perfecta casada" y más que las campañas de Nápoles y del Milanesado valen Suárez, Luis Vives y los teólogos de Trento.

Debemos hacernos cargo de que la España del Cid y de Pelayo, de Gormaz y Calatañazor, de las Navas y del Salado, de Covadonga y de Granada no es la España de las batallas y de las victorias, aunque lo parezca; sino la España de la Virgen del Pilar y de la unidad católica la que ante el altar de Auseva tiene plegarias que se convierten en flechas contra los enemigos, la que es paseada en triunfo por aquellos reyes que antes de cabalgar ponían a Santa María en el arzón de sus caballos y



ENTREVISTA DE PIZARRO CON CARLOS V.
(Cuadro de Lizeano).

por aquellos guerreros que antes de entrar en combate recibían la comunión.

Para dominar e influir es necesario elevarse y subir a las alturas; y los pueblos se elevan por la fe, el ideal y el sacrificio. Cuando los pueblos están en lo alto ya su fuerza y poderío se extienden y se derraman. Cuando España se santificó y se levantó hasta Dios en los siglos de la reconquista, mirad que fácil le fue, desde las alturas de Granada y desde la planicie de su siglo de oro, tender su manto dominador sobre Italia, los Países Bajos y las regiones africanas.

Evoquemos un recuerdo y un contraste. Una tarde, en el desfiladero de las Alpujarras, que aún recuerda el suspiro del moro, se volvía Boabdil el Rey Chico a mirar, por última vez, a su gentil Granada y sus ojos se le arrasaron en lágrimas; entonces su madre le azotó el alma con aquella frase: "llora como mujer lo que no has sabido defender como hombre". ¡Cómo bajan los pueblos!

A la misma hora, cuando el sol tramonta como una arenga de luz, enviando sus últimos rayos a las flores del Genil, a la puerta de su tienda, en el cuartel de Santa Fe, una reina que se ha llamado Isabel Primera y es Isabel Única, la que comparte con Fernando el dictado de Católica, habla con un genio y le dice: "¿Dónde hay tierras, dónde hay reinos que conquistar?... Porque, ¿qué van a hacer ahora estos mis caudillos y caballeros feminada ya la homérica empresa de la reconquista cristiana? Dios encerró a mi raza en esta jaula del solar que guardan mares y montes y el león no cabe ya en la jaula y se me escapa rompiendo los barrotes de su encierro... Pregúntale al sol, si alumbra otros pueblos; indaga entre las constelaciones de los astros si conocen la ruta de otros mundos... Y si los hubiera, marcha y en mi nombre despiértalos con este beso de madre". Y cuando el explorador temerario, instrumento de la Providencia en manos de España, halló a la Virgen América, dormida en la cuna de dos océanos, la despertó con aquel beso que estampó en la tierra al pisarla, el beso de Isabel la Católica, en el que venía con el alma española el germen de la nueva raza iberoamericana.

El beso de Colón quisiera yo que fuera la primera bazuña de la conquista del Nuevo Mundo. Porque creo que es preciso reformar nuestra Historia. No hablemos de los sucesos sin hablar del alma de los sucesos. No me place que la Historia se de-

tenga en las hazañas de Hernán Cortés, de Francisco Pizarro, de Núñez de Balboa o de Pedro de Valdivia; porque no son más que los que hicieron la incisión de sangre para inocular la civilización. Los civilizadores fueron Olmedo, Valverde, Correa, Beltrán, Solano y Mogrovejo, esos misioneros, mensajeros de verdad y de amor, cuyo elogio bizarrísimo hemos oído hace poco al señor Arenas, a quien yo sigo todavía aplaudiendo.

Esa zona luminosa que parte en dos el campo de sangre de vuestra bandera y de la nuestra, marca la espiritualidad y el nervio de la raza. ¡La sangre! ¡siempre la sangre! ¡Sangre allá y sangre aquí! Admiremos la sangre, pero adoremos la fe, sin la cual ningún valor tiene. Evoquemos el pasado de vuestro país: luchas intestinas entre las tribus aborígenes precursoras de los Incas; guerras civiles entre los vasallos y pretendientes incaicos; guerras entre los españoles y los Incas; guerras entre los mismos españoles; guerra entre españoles y peruanos;

y hasta las tumbas se abrieron
gritando: venganza y guerra!

¡Basta de sangre, hermanos! Por eso yo que siento humillación y pena cuando llego a la escena sangrienta de Pizarro y Atahualpa; siento confortarse mi corazón cuando oigo la voz severa de la religión y de la conciencia que, por boca de Fray Marcos de Pisa, reprende y anatematiza la acción de Pizarro; que por encima de los fueros de la guerra están los soberanos dictados del Dios de la paz, ¿Qué día será aquel en que la franja central de nuestras banderas se ensanche tanto ¡tanto! que no deje ver las zonas de sangre en nuestras ejecutorias? Y entiéndase que sólo aspiro a que no se confundan el heroísmo con las fuentes del valor, que son la espiritualidad de la vida y la inmortalidad de la esperanza, por las cuales se explica la acción perennemente civilizadora del espíritu español.

España descubrió, conquistó y civilizó el mundo americano. Ese es el hecho más asombroso de la Historia. Ese es el grandioso tema que está esperando, de entre estos pueblos jóvenes, al poeta de la raza que cante la epopeya más maravillosa de la literatura universal, evocando las hazañas ultrahoméricas de aquel puñado de aventureros, enamorados del ideal y emsarios de la fe.

Que por Cristo, por Fernando e Isabel
Ganan reinos, fundan pueblos, crean razas.

Es evidente que el pasado español está aquí presente. Y España puede escribir en dos frases su historia colonial.

La primera frase es esta: "América, lo que tengo te doy". España ha dado su lengua, su sangre, su fe, sus costumbres, su religión, su moral, sus tradiciones, su historia, sus instituciones, sus universidades, sus conventos, sus templos, sus hogares, su ciencia, su literatura, su arte, su pasado en garantía de su porvenir... y si necesitara pruebas mi afirmación, aquí está la atrayente y donosísima ciudad de Lima, con sus flores, sus portales, sus patios, sus edificios, hogares, palacios y templos con la labra de sus fachadas y la talla de sus altares barrocos, con los aplicados de sus claustros y la suntuosidad de sus conventos, con sus fiestas cristianas y sus santos admirables, con las asuras gustos y torneos, proclamando ante el mundo que por aquí no ha pasado España; que ¡aquí se ha quedado España!

La segunda frase la ha dicho España por los labios de ese Cardenal Embajador, la encarnación actual más sintética e integral del carácter español, el corazón más ascendrado y expresivo de aquel pueblo, la cumbre más iluminada y cimentada del alma española. Genio de la estirpe y patriota a las derechas, viene a vuestro pueblo con las manos abiertas y llenas de bendiciones, a pronunciar estas palabras, que del corazón le salen: "¡amor! ¡paz! ¡unión! entre la inmensa familia iberoamericana"... que esa unión racial puede ser poderoso factor de equilibrio y armonía entre la gran familia humana.

Podemos los hermanos vivir muy separados en la extensión de nuestros territorios. Poco es la unidad de territorio; lo es todo la recia unidad de los corazones y las almas. ¡Ver corazón y un alma sola!

Para los que bien se quieren
No hay olvídos ni distancias:
Cuanto más lejos los cuerpos
Están más cerca las almas.

Mirad, señores, por qué os decía que la actuación perenne de nuestro pasado queda glorificada por este presente, en el que se garantiza nuestro lisonjero porvenir, como rector de la lu-



EL P. LAS CASAS, PROTECTOR DE LOS INDIOS

manidad, en las jornadas de la Historia. Que es la Historia un silogismo, cuya mayor es el pasado, cuya premisa menor es el presente, que arrojan, como consecuencia, la previsión del futuro.

Otra observación sobre la civilización iberoamericana y los destinos de la raza.

Después del descubrimiento americano se pronunció la decadencia aparente de España; pero injusto hablar de esa decadencia. España había repartido en un mundo nuevo su civilización y su vida: ¿es extraño su aparente extenuación? Fijaos en que sus elementos vitales e históricos forman entre España y América como el líquido en dos vasos comunicantes. ¿No habrá de bajar en España a la vez que subir en América la cultura y el progreso?

HABLA EL CARDENAL

Antes de que la selecta concurrencia abandonara el teatro. Su Eminencia se puso de pie, y en breves frases, pero muy elocuentes, agradeció a la Universidad Católica y a La Unión Católica del Perú por el honor que se le había tributado con una fiesta tan hermosa y sugestiva. Su Eminencia hizo pública su admiración a las respetables instituciones que le ofrecieron la actuación literario-musical y tuvo palabras de gratitud para el selecto auditorio que cariñosamente le ovacionó. Al terminar dijo: "El doctor Arenas ha dicho que mi pecho es un áureo cofre. Dificilmente renunciaré a este píropo tan generoso, pues si en pecho es un áureo cofre, abramos ese cofre y saquemos lo que él encierra: aquí está mi corazón, que es para todos los hijos de la nobilísima nación peruana".

Las frases del Cardenal fueron coreadas con delirante entusiasmo. Momentos después la multitud abandonó el local del teatro, llevando grabada en su mente y corazón la más grata satisfacción.

La Universidad Católica y la Unión Católica del Perú deben gloriarse de su obra, pues ella fué coronada ayer con el éxito más completo, que sobrepasó a toda expectativa.

SESION SOLEMNE

EN EL

SENADO DE LA REPUBLICA

De excepcional importancia y regía suntuosidad fué la recepción que, el Senado de la República ofreció al Exmo. Cardenal Benlloch y Vivó, Senador por derecho propio, del reino de España.

El suntuoso y artístico salón, ofrecía un hermosísimo y severo aspecto.

Un precioso dose! de raso encarnado con las armas de la República en el centro, coronaba regiamente el estrado, en el que aparecían dos valiosos sillones dorados. Al pie del estrado, colocóse la mesa del Santo Oficio, valiosísima reliquia histórica, sobre la cual se erguía un bellissimo Crucifijo, rodeado de dos magníficos candelabros de plata.

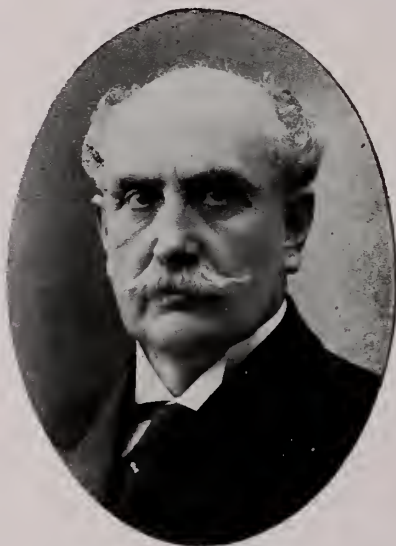
Los escaños de los senadores, elegantes y severos colocados en hileras dobles, dejaban en el centro un pasadizo para la entrada de la comitiva cardenalicia.

Un entusiasmo desbordante y una vivísima ansiedad de presenciarse el desarrollo de la imponente actuación del Senado, se apoderó, electrizando las innumerables personas que invadieron la plaza de la Inquisición y calles adyacentes.

El Oficial de esa alta corporación, señor doctor don Rafael Belaunde, y el ayndante de la misma, señor coronel Francisco Más, fueron comisionados ambos para acompañar a S. E. desde el palacio de Torre Tagle hasta el local del Senado.

Rompían la marcha cuatro batidores y en pos de los carruajes de gala que conducían a S. E. e ilustre comitiva, seguía el regimiento Escolta del Presidente de la República, en traje de parada.

Al llegar S. E. a las puertas del Senado, orladas de flores naturales rindióle los honores debidos a su alta investidura, la Guardia Republicana, ejecutando el Himno Nacional.



DON GUILLERMO REY.
Presidente del Senado

La comisión de recibo compuesta de los señores senadores de la Piedra, Bedoya y de Piérola, condujo a S.E. hasta el salón donde lo esperaba el Presidente del Senado, señor don Guillermo Rey.

Después que S. E. y todos los concurrentes a tan significativa y trascendental actuación, tomaron asiento en sus escaños respectivos, el Presidente del Senado declaró abierta la sesión solemne en honor de S. E. el Cardenal Benlloch y puesto de pie, una vez leída y aprobada el acta de la anterior, dijo:

Eminentísimo señor:

Os saludo en nombre del Senado de la República que, puesta de pie, os recibe solemnemente en este su viejo recinto colonial, cuya maravillosa techumbre es un himno triunfal al arte hispánico.

Vuestros esclarecidos merecimientos y vuestra alta dignidad de príncipe de la Iglesia Católica son títulos espléndidos para los excepcionales honores, que con sinceridad insospechable os tributan el pueblo y el gobierno del Perú a vuestro paso por la ciudad de Pizarro; pero la institución que inmerecidamente presido tiene que ver en vos, principalmente, al ilustre miembro vitalicio del Senado Español.

Congregados en torno vuestro los senadores peruanos, os brindan inequívoco testimonio de su inquebrantable amor a la



EL PALACIO DEL SENADO

Madre Patria. Sed, pues, intérprete de esos sentimientos cuando os restituyáis al alto cuerpo a que pertenecéis, sin omitir ex-

presar entonces a vuestros eminentes colegas la profunda satisfacción que nos causa vuestra presencia.

(Aplausos).

Luego, se pusieron en debate las siguientes mociones:

La Comisión Diplomática somete a la consideración del Senado la siguiente moción de orden del día:

El Senado de la República, con ocasión de la visita del Eminentísimo señor Cardenal don Juan Benlloch y Vivó, expresa su filial afecto y admiración a su Santidad Pío XI.

Lima, a 17 de noviembre de 1923.

Lauro A. Curletti. — José Manuel García. — Francisco L. Alvaríño.

La Comisión Diplomática somete a la consideración del Senado la siguiente moción de orden del día:

El Senado de la República, con ocasión de la visita del Eminentísimo señor Cardenal Juan Benlloch y Vivó, expresa a Su Magestad el Rey Alfonso XIII, el invariable y sincero afecto que une al Perú con la Madre España.

Lima, a 17 de noviembre de 1923.

Lauro A. Curletti. — José Manuel García. — Francisco L. Alvaríño.

El señor PRESIDENTE.— Están en debate las mociones presentadas por la Comisión Diplomática.

El señor CURLETTI.— Señor Presidente: pido la palabra.

El señor PRESIDENTE.— El señor Curletti puede hacer uso de la palabra.

El señor CURLETTI dijo:

Excelentísimo señor Presidente del Senado:

Eminentísimo señor Cardenal:

El Senado de la República ha querido detener la marcha normal de sus labores cotidianas para rendir excepcional y sentido homenaje al ilustre senador español, cuya visita al Perú como Príncipe de la Iglesia y como personero del monarca Alfonso XIII, ha conmovido al país con vibrantes recuerdos a la hidalga y generosa patria que nos legara su sangre y su cultura, y ha evocado unánimes manifestaciones de veneración y simpatía hacia el incomparable Pontífice Pío XI, que en la hora de crisis

para todos los valores morales, políticos de la tierra, en medio de las convulsiones de todos los pueblos y de todas las instituciones, ha hecho surgir triunfalmente la moral cristiana, ofrecida hoy a la consideración universal como fuente en que ha de



LIMA MODERNO.—Avenida Nicolás de Piérola

inspirarse la nueva civilización y la paz levantada sobre las ruinas de la conflagración mundial.

El Senado ha querido, Eminentísimo señor, que paséis algunos instantes en este recinto que abriga el recuerdo de vuestros antepasados que son también los nuestros; que participéis

de su vida institucional que en sus albores recibió la valiosa herencia cultural de los tiempos virreynales y que durante los cien años de labor que lleva realizada ha conservado incólume la fé de sus mayores y ha contribuído a la constante evolución de nuestras leyes, hasta producir en estos últimos años una Constitución Política, que cristaliza los ideales más avanzados y perfectos, y un cuerpo de leyes que declaran los más sagrados derechos, que dan a los extranjeros, que vienen a rendir su trabajo y sus aptitudes en nuestra tierra, las mismas garantías y facilidades que a los nacionales, y que instituye la más eficaz defensa y protección para los indígenas, para el proletariado, para los niños y en general para todos los que retardados en la carrera de la vida necesitan de la protección del Estado, y en ocasión a las cuales ha sido frecuentemente recordada la legislación de Indias, considerada como un monumento insigne y glorioso del Derecho Español.

En esta alta y veneranda institución han florecido desde su origen los más eminentes prelados de la Iglesia peruana, de los cuales bástame citar a los Luna Pizarro, a los Herrera, a los Roca y Boloña y al muy ilustre Arzobispo Tovar, que con Montes de Oca, de Méjico y Monseñor Restrepo, de Colombia, son reconocidos como los tres astros luminosos del cielo de la Iglesia en América; prelados eminentes y santos varones que con su ejemplo y su palabra evangélica elevaron el nivel moral y el fervor cristiano de las masas populares, e iluminaron las generaciones intelectuales que se han sucedido desde la emancipación hasta recieron durante la colonia y que representan el fruto bendito de nuestros días. Hasta este mismo recinto llega aún el eco y las enseñanzas gloriosas de esa constelación de santos y de sabios, de filósofos y artistas, de oradores y hombres de Estado, que florecieron durante la colonia y que representan el fruto bendito de la cultura española, sembrada en el suelo abierto por los misioneros y los conquistadores, en esta tierra fértil y virgen.

En la historia del Perú, como en la de España, vuestra Eminencia hallará las virtudes cívicas de sus colectividades populares, así como la de sus estadistas, legisladores y políticos, estrechamente vinculadas y exaltadas por las virtudes cristianas, y todos los actos de su vida inspirados sobre el fundamento religioso de la abnegación, de la fé y del sacrificio. Aquí como en España, veréis, señor que el amor a la patria es la principal riqueza espiritual de nuestro pueblo, que el no necesita ser en-

señado a nuestros niños para que en ellos florezcan con manifestaciones sorprendentes de almezaación y de entusiasmo; que en las discusiones, dominó todos los intereses; es el amor a la patria, que después de las pruebas más terribles, quizá no soportadas por pueblo alguno, ha vigorizado todos los espíritus, ha



El Cardenal Benlloch ingresa al Senado, recibido por la comisión compuesta de los Señores Senadores de la Piedra, de Piérola y General eBdoya

reunido todas las fuerzas y ha despertado todas las energías, que ese amor el que más noble y ardientemente hace latir el corazón de todos nuestros hombres y de todas nuestras damas; que el amor a la patria nos alentó al sacrificio, y que él creció cuan-

nía había sido llamada a la vida independiente merced al celo apostólico del Obispo de Mien.—Pío IX resucitando de la tumba de Pablo IV, el ideal de la libertad de Italia después de 300 años, había encendido la flama del ardor patriótico y la esperanza de su constitución nacional. El pueblo italiano agradecido proclamó al ilustre Pontífice, como el genio de su democracia, pero los acontecimientos políticos que se desarrollaron en la segunda mitad del siglo pasado parecieron distanciar aquel Estado de la Iglesia, apesar del invariable celo cristiano del pueblo y de los soberanos de esa nación, hasta que el gobierno fascista, al que ella debe su reorganización política y su prosperidad en todo orden, ha restablecido la enseñanza y las prácticas religiosas en las escuelas, en el ejército y en la marina, ha combatido enérgicamente las asociaciones antireligiosas y ha proclamado la necesidad de fomentar los ideales cristianos como el medio más eficaz de fortalecer, si cabe, los sentimientos patrióticos y de conducir a las colectividades por el camino del bien y del orden. Francia faltaba once años del Vaticano cuando Benedicto XV glorificó a Juana de Arco, quedando desde entonces restablecidos los vínculos de la Santa Sede con esta nación eminentemente cristiana. Suiza, faltaba también del Vaticano desde 1874, pero habiendo encontrado favorable acogida en ese país los esfuerzos del venerable Pontífice, desplegados a favor de las víctimas de la guerra, quedaron desde entonces restablecidas las relaciones que permitieron al gobierno suizo, ser uno de los más eficaces colaboradores de la caritativa misión del Santo Padre que regía entonces los destinos de la Iglesia. La Alemania democrática ha llamado a un Nuncio, que la Alemania imperialista se negó siempre ha aceptar, y el Reich que salió de la guerra, ha enviado una embajada al Vaticano que el Reich que desencadenó ese conflicto, había omitido acreditar. En Inglaterra, la iglesia católica ha progresado considerablemente en los últimos años. Un eminente hombre de Estado, declaraba recientemente que la iglesia católica estaba llamada a consolidar los sentimientos de confraternidad y el bien espiritual del pueblo inglés. Desde la guerra se ha adoptado en aquel reino prácticas católicas que antes repudiaban. En 1920 por primera vez desde la Reforma, un Cardenal, Monseñor Burne, visitaba oficialmente la escuadra y celebraba el santo sacrificio de la misa en la nave Almirante de la flota de la Gran Bretaña; y por último, en el primer período de funcionamiento de la Liga de las Naciones, Bal-

four, después de pedir que se garantizaran los intereses de las misiones católicas en todo el orbe, rindió cumplido homenaje a la obra eminentemente humanitaria de Benedicto XV, y recordó que la idea de constituir una sociedad de naciones, había nacido en el talento preclaro del recordado Pontífice León XIII. El Japón que durante todo el siglo XIX, había prohibido el apostolado cristiano en sus territorios, fué el primer país de Asia que después de la guerra acudió al Vaticano para tratar de la importancia de las misiones católicas en las apartadas comarcas del Pacífico oriental. Las jóvenes Repúblicas de América, han participado también de las corrientes de opinión favorables a la Iglesia; especialmente al primer centenario de la vida autónoma que casi todas estas Repúblicas han celebrado en los últimos años, ha permitido recordar la intervención eficaz y principalísima que tuvieron los prelados de la Iglesia en el advenimiento de la emancipación política. Parece que los Gobiernos y las multitudes de todo el mundo, sintiendo una gran necesidad de autoridad y de conservación, en presencia de la sociedad y de las instituciones profundamente conmovidas por la guerra, han mirado hacia la iglesia católica; y a medida que la actividad humana va desplegándose en sus diversas modalidades para crear una nueva etapa de la civilización fundada en la solidaridad, en la justicia y en el respeto al derecho, el alma del hombre se va impregnando más y más del sentimiento religioso y se ha despertado en él un respeto más profundo aún hacia los Pontífices, que prestaron tan eminentes servicios durante la conflagración mundial y continúan hasta ahora orientando la organización de una paz durable y bienhechora.

El progreso de la influencia moral de la iglesia ha sido particularmente perceptible en el nuevo espíritu y orientación de las masas populares. Frente a las doctrinas disolventes para la nacionalidad y para la religión de la Internacional del Trabajo, se ha elevado triunfalmente la doctrina del socialismo cristiano. León XIII, en su célebre carta a Gaspar de Curtius, preconizaba la necesidad de una legislación internacional del trabajo, que el tratado de Versalles de 1918 ha venido a sancionar; y 30 años después de lanzada su inolvidable Enciclica sobre las condiciones de los obreros, se reunió en La Haya, la conferencia internacional, en que estuvieron representados tres millones y medio de obreros correspondientes a once naciones, desde entonces aparece la Iglesia, como la inspiradora de las confederaciones

obreras destinadas a fomentar la solidaridad y la defensa del proletariado, y en esta misma conferencia quedó sustituido el programa de la Internacional por la Carta Obrera, inspirada en el más sabio y elevado cristianismo). El jefe de los anarquistas decía recientemente, que de la gigantesca guerra que ha hecho de Europa un campo de carnicería y de ruinas, ha salido un solo vencedor que es el Vaticano. El órgano doctrinario del radicalismo expresaba, igualmente, que el Papa era el verdadero vencedor de la guerra; y en el último Congreso obrero de Liverpool, el Cardenal Gasquet, recordando las palabras del primer Ministro de Inglaterra, exclamaba: nadie ha triunfado en la conflagración mundial como el Pontífice de Roma.

El Perú que proclamó la libertad como la suprema bendición de los pueblos, que en su vida internacional encarnó siempre las doctrinas sustentadas sobre la incommovible base de la justicia y supo respetar los derechos de las demás naciones como condición indispensable para la armonía y prosperidad universales, ha recibido con la misma efusión de sus sentimientos patrióticos y cristianos al venerable Enviado de la Santa Sede, cuyos sabios y santos Pontífices fueron los Profetas y los precursores de la nueva era que se abría en la historia con el término de la gran conflagración que agitó al mundo entero, y que después de devastaciones sin cuento y haber llevado el dolor y la muerte a millones de hogares, ha permitido a la humanidad ver la aurora resplandeciente de una nueva vida definitivamente inspirada en los ideales de la moral cristiana. El choque formidable de ideas, de pasiones y de intereses contrapuestos, que durante siglos había acumulado la civilización hasta culminar en la gran guerra, ha dejado cristalizado un sentido nuevo de la realidad de la religión. Todos los hombres no van hoy, sin duda, hasta dar una forma ostensible a sus sentimientos religiosos; pero todos en el recurso de la existencia, en los actos más habituales de la vida, como en las más profundas y violentas conmociones del espíritu; así en el nacimiento, en la formación de la familia y en la muerte, como en las incomprensibles crueldades del destino, como en las excelsas abnegaciones de nuestras madres cristianas como en las sublimes manifestaciones del valor y del heroísmo; todos en un momento de la vida llegan al límite de lo inconocible y de lo inexplicable, en el que la creencia más vasta es incapaz de satisfacer la razón más clara, y enton-

ces como suprema verdad, como una necesidad profunda del ser, llamamos en auxilio del espíritu al causal de sentimientos que Dios ha puesto en el corazón del hombre, y especialmente los



Salón de Sesiones de la Cámara de Senadores, antigua sala de la Inquisición.

de la veneración y de la fé. La humilde plegaria del labriego, postrado en la iglesia de su aldea, tiene el mismo acento, traduce la misma ignorancia y significa el mismo presentimiento de Dios, que la meditación del sabio o la elucubración del filósofo. Y es así como en el seno de la Iglesia los seres más humildes, con los más eminentes intelectuales y los más grandes potentados de la tierra, ocupan un mismo plano y se sienten unidos por aquellos mismos sentimientos que en verdad constituyen la suprema bendición que Dios ha derramado sobre la humanidad.

Benedito XV se acercó a todos los que padecían en aquella terrible época de prueba, se identificó con la miseria e hizo de los sufrimientos provocados por la guerra, sus propios sufrimientos. Pedía a los Gobiernos de las potencias beligerantes en favor de los prisioneros, de los heridos y de los inválidos. Cuan-

los millares de hombres se salvaron de la pena de muerte por su intercesión. Agotó todos los recursos que podía reunir para enviar auxilios a los innumerables niños desvalidos de Rusia y a millares de seres indigentes que morían de hambre y de frío en las comarcas devastadas por la guerra. La vida de las trincheras en que se hallaban unidos por una noble aspiración común hombres de distintos países y de la más diversa condición social, despertó el sentimiento de la confraternidad hasta llegar a términos jamás vistos en la historia de la humanidad, y el espíritu de abnegación para soportar los más grandes sacrificios, ofrendando la existencia en defensa de la patria, despertó y confortó el sentimiento religioso. En las horas trágicas, en presencia del peligro y de la muerte, los auxilios de la religión cristiana elevaban las almas a las sublimes regiones de heroísmo, y tranquilizaban y fortalecían las esperanzas de los agonizantes que dejaban tras de sí a seres más queridos que ellos mismos, en la desolación y muchas veces en el más cruel abandono. Durante la guerra pudo verse en las tropas de diversos ritos un gran número de espíritus místicos y de autoridades religiosas soñando en una grandiosa unidad cristiana que fuera para la humanidad una fuente de paz y de concordia.

En la nación peruana, Eminentísimo señor, habréis notado el palpitar de sentimientos que sin duda han armonizado intensamente con vuestro preclaro espíritu hispánico y con vuestra alma excelsa de Príncipe de la Iglesia. Hija mayor y sin embargo la última en separarse, de la nobilísima madre que nos legara su religión y su cultura, la historia diplomática del Perú es la perenne defensa de los más avanzados principios del derecho de gentes, y de propaganda más sincera de la solidaridad para la existencia. La lucha por la vida, ha sido entendida por los hombres de esta tierra como la necesidad de ser útil para la familia, para la patria y para la humanidad, sin olvidar jamás que el brutal derecho de la fuerza, ha sido la fuente inagotables de horribles guerras fraudadas y de amargos odios disolventes. El Perú proclamó siempre la necesidad de respetar el *utposidetis* de 1810, a fin de que cada colonia, convertida en país autónomo, conservara la herencia que recibió de la Corona de España, y cuando una nación del Sur, alucinada por los asombrosos y fugaces éxitos de una potencia imperialista europea, que no era de nuestra raza, ni participa de las tendencias es-



LA SOLEMNE SESION DEL SENADO

pírituales del alma latina, manifestó sus primeros propósitos de dominio y absorción sobre un país vecino, el Perú ofreció primero, en 1847, su mediación amigable, y fué después al sacrificio con el santo propósito de impedir que el derecho de conquista que constantemente había modificado el mapa de Europa y que había motivado profundas divergencias entre los países de aquel continente, solo dominadas bajo el imperio de la fuerza, pudiera incorporarse en el derecho internacional del Continente Americano, que la nobleza incomparable de una Reina española y católica, había abierto para que en él florecieran las virtudes de su religión y de su raza.

Desde que se inició el conflicto y durante el curso de su desarrollo, el Perú invocó siempre el recurso del arbitraje como el más honroso y el más justo para poner término a esa sangrienta lucha. A pesar que el tratado de Ancón, impuesto por el vencedor a raíz de su victoria, significó para este el más rico botín de guerra que jamás haya producido conquista alguna en el mundo, y para nuestra patria, la pérdida de las más valiosas y accesibles fuentes de sus riquezas naturales, el Perú, en plena paz, vió avanzar más aún la acción de la conquista y sus provincias de Tarata y de Chilcaya, fueron también detentadas por la fuerza. Cuando el Perú reiteradamente solicitó el cumplimiento de aquel tratado, una de cuyas cláusulas disponía que diez años después de terminada la guerra, una votación plebiscitaria decidiría si volvían al seno de la patria las provincias de Tacna y Arica, mutiladas del organismo de nuestra nacionalidad, no hubimos de obtener otra respuesta que el exterminio de la población peruana de estas provincias, por medios más violentos aún que los de la guerra. Sus templos y sus escuelas fueron clausuradas, sus sacerdotes, que en el seno de los piadosos hogares de esas comarcas mantenían la fé en el día de la redención fueron expulsados, los jóvenes internados en el país enemigo y enrolados en su ejército, y como nada de esto bastara para destruir la abnegación y fervor patriótico de los que aún conservaban en pie en su propio suelo, la población en masa ha sido arrojada de esos territorios.

Los historiadores imparciales, ajenos a nuestra nacionalidad, que han sido testigos de la guerra del Pacífico, y del cantiverio de nuestras comarcas del Sur, han expresado su admiración por los actos de heroísmo no superados en ninguna parte

del mundo, por la tenacidad en la resistencia y la fé en los designios de la justicia, de los que defendían sus hogares y la heredad de sus mayores, y no han podido ocultar su asombro por la crueldad que fué capaz de proveer la ambición contra pue-



Lima Moderna.—Paseo "9 de Diciembre"

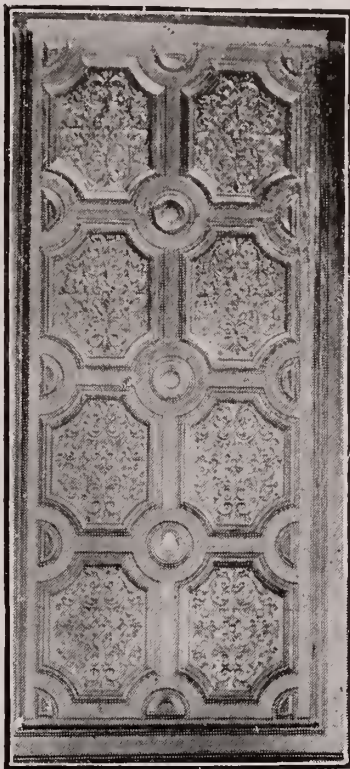
blos que habían realizado juntos su advenimiento a la vida libre y que habían vivido como hermanos. Aquellos héroes a quienes vuestra eminencia, ha rendido pleito homenaje desde vuestra llegada a nuestras playas, no desmintieron jamás las virtudes de

su religión, ni de su legendaria sangre española; no usaron sus armas sino para la sagrada defensa de lo que leg era propio y a favor de una causa universalmente reconocida como justa; sus hazañas, después de despertar la admiración del mundo se elevaron a las excelsitudes de la gloria, porque al exhibir las hermosas reacciones provocadas por la dignidad de hombres y de patriotas, supieron hermanar el valor guerrero y la caridad cristiana. Para satisfacción y orgullo de vuestra raza podéis constatar, Eminentísimo señor, que aún que en el Perú faltan comarcas que le han sido detentadas, no ha aceptado el yugo de la opresión; que aunque materialmente esclavizadas, quedan libres por el alma, y por el alma unidas a la patria; que ni la guerra, ni las espoliaciones, ni el hambre, ni los sacrificios sin cuento, las han hecho desaparecer ni someterse. Y que sin olvidar la actividad de Dios a favor de las causas justas, esos pueblos reducidos a cautiverio al elevar sus plegarias al Altísimo, no piden ni la ruina de nuestros enemigos, ni armas que sabrán labrar con sus propias manos, ni un sororro extraño cualquiera; sólo piden una voluntad firme para mantener a través de las generaciones el amor y el sentimiento de la nacionalidad, que con más suerte que el territorio mismo, escapa siempre a la conquista. Y en toda la extensión de la tierra peruana, de Tumbes al Loa, desde las orillas del mar a las más alejadas regiones de las selvas orientales, así en la más suntuosa morada como en la más humilde choza del labriego, hallaréis siempre, señor, sobre la bandera bicolor que simboliza la Patria, el signo de la Cruz, que recuerda a los pueblos cristianos cómo la fé pudo transformar el Calvario en la apoteosis de la Redención.

No esencharéis, Eminentísimo señor, la lamentación de nuestros infortunios pretéritos. Creímos, hace cuarenta años, que nuestro Continente no buscaría, como en Europa, el reinado de una paz efímera sobre el equilibrio inestable de la fuerza. Abri-gábamos la esperanza de que el nuevo derecho internacional de América sería respetado, y entregamos nuestra actividad y las fabulosas riquezas naturales de nuestros confines del Sur al dominio de una naturaleza exuberante y rica extendida sobre un accidentado territorio. Fuimos, quizás, pródigos y llegamos con frecuencia hasta el derroche; pero nuestra actitud frente a los demás pueblos de la tierra se inspiró siempre en el respeto al Derecho y en el anhelo al bien general. El dolor del infortu-

nio nos ha libertado de nuestros pasados errores, como que el dolor, cuando encierra el carácter de una sacra expiación sublime, tiene la virtud incomparable de hacer amar una nueva vida y encaminara los pueblos por el sendero del progreso. Admiramos a España, cuando sorprendida por invasiones extranjeras se retiró a sus montañas de Asturias, y al impulso vigoroso e inextinguible de su patriotismo y de su fe religiosa, recuperó palmo a palmo el suelo de la patria, demostrando al mundo entero y especialmente a las jóvenes nacionalidades de América que esta había llamado a la vida y a la civilización, que la conquista sólo extiende eventualmente el dominio de la espada; pero no dilata la extensión de la propia patria con desmedro de la ajena.

Sois, Eminentísimo Señor, la personalidad más representativa que ha visitado nuestras playas. Habéis traído la más alta representación del Pontífice de nuestra madre España. En vuestras manos venerables el Senado de la República pone el filial mensaje de amor y de admiración que la Nación peruana envía al Santo Padre de la Cristiandad. Ante vos, Eminentísimo señor, este mismo cuerpo, que encarna la soberanía de la Nación y que tiene en su seno los representantes de toda la República, hasta de sus más apartados confines, en nombre de la mayor de las veinte repúblicas nacidas al calor de las gloriosas tradiciones de la gran nacionalidad de que sois dignísimo Embajador, formulamos nuestros fervientes votos por la gloria inmarcesible de España, y por la ventura de su grande e ilustre monarca don



La Puerta del Secreto

Alfonso XIII, que durante el más agitado período de la vida internacional que registra la historia de la humanidad, ha sabido ser el más alto exponente de los preclaros talentos y de las excelsas virtudes de su extirpe y de su raza.

Terminado el discurso del doctor Curletti, la presidencia puso al voto las mociones, por separado, siendo ambas aprobadas por unanimidad.

DISCURSO DE SU EMINENCIA

El presidente invitó al señor Cardenal Benlloch a hacer uso de la palabra, quien agradeció la manifestación del Senado, en los siguientes términos:

Señores Senadores:

La ocasión conmueve profundamente mi alma; las solemnísimas circunstancias de estos momentos embargan por completo mi corazón. La aparatosa majestad de este acto con su doble valor real y representativo me abruma, a las elocuentes y ponderadas palabras de este augusto Senado, vibrando en los labios, primero, del Excmo. Sr. Presidente, y luego en los del señor Curletti, me arrancan sentimientos de gratitud inexpressable.

Sois alta representación de un gran pueblo y este acto con que me honráis pareciórame excesivo y redundante, si no mirara con mi corazón en estos momentos el escabel del Pontífice Romano y de la Majestad Española. Este modesto senador español hace caudal de las bendiciones del Santo Padre, de la gratitud de España y de su reconocimiento personal para corresponder a vuestras galantes finezas. Todas mis palabras, si han de salir del corazón, han de ser de gratitud y ella responde en primer lugar al valor y significación de este acto, para mí inolvidable, en el cual este alto cuerpo legislativo "detiene la marcha normal de sus labores cotidianas" para honrar al representante de la Santa Sede y del Monarca Español; y al reconocer en estilo español "que nobleza obliga", añadiré como entre españoles".

"que por honra vuelven honra
hidalgos que por honra nacen".

Mi gratitud es además honda y sentida como Príncipe de la

Iglesia, que la siento a par de mis simpatías y de mis aplausos, para corresponder a las solemnes y ejemplares palabras, con que su señoría ha subrayado la personalidad del Soberano de las almas Pío XI, en la tremenda crisis de los valores políticos y morales, que tan sabfamente acaba de comentar.

Yo quisiera seguir paso a paso y frase a frase, el interesante discurso que hemos oído y admirado para solazarme en "vuestra vida constitucional, herencia de la fe de vuestros mayores : en vuestra Constitución Política que cristaliza los ideales más avanzados y perfectos"; en ese magnánimo recuerdo de la "Legislación de Indias, insigne y glorioso monumento del Derecho Español"; en la evocación de los "prelados eminentes y santos "varones que elevaron el nivel moral y fervor cristiano de vuestras masas populares" que iluminaron vuestras generaciones intelectuales, y prepararon en estas tierras del sol el "fruto bendito de la cultura española". Y bien se admira que todo lo que ha sido contento al escucharlo, es, al recordarlo, espontánea y vehemente gratitud.

Yo gozaría, si hubiera tregua para ello, en armonizar el himno hermoso que hemos oído, entonado al amor a la Patria, ese amor que en el pueblo y en los legisladores en el Perú como en España tiene esencias cristianas. . . y allí y aquí es nuestra más grande riqueza espiritual, y que se acendra y purifica en las pruebas más dolorosas y terribles. Y mis notas irían acompañadas con bendiciones a los héroes y los mártires de la Patria, esa Patria que tanto habéis enaltecido vosotros con vuestras luces, vuestros ejemplos y vuestras leyes.

Qué espectáculo tan hermoso estáis dando, señores senadores, a la faz del mundo y de la Historia, proclamando la influencia y el poder extraordinario del Vaticano, su intervención hermosamente fecunda en la pacificación de los pueblos, el afianzamiento de la autoridad y de la justicia de que tanta necesidad tienen los gobiernos y las multitudes del mundo entero, el despuntar de la nueva etapa de la civilización que la Iglesia brinda a la necesidad y simpatía de las naciones, las confederaciones obreras del sindicalismo cristiano con la Carta obrera de La Haya, frente a la Internacional y al comunismo soviético; en una palabra, repitiendo una vez más el testimonio tan repetido de que el único vencedor en la guerra mundial ha sido el Vaticano. Cuánto estimo y agradezco vuestras entusiásticas manifestaciones de adhesión al Papa y cuánto consuelo he de llevarle con ellas.

Aún quiero decirle más: que reconocéis para vuestro bien que la Religión es el supremo recurso de los hombres y de los pueblos; que el Perú ha palpitado a nuestro paso con el espíritu de la Iglesia; que sobre las banderas de vuestros combates se levanta la Cruz, símbolo eterno de la justicia y del amor; y que habéis tendido los brazos de Cristo, Redentor y Juez, sobre los sepulcros donde duermen juntos los que cayeron luchando entre sí, acto supremo de generosa nobleza, que blasonará vuestra Historia ante la admiración de los pueblos.

Y aquí tenéis, señores senadores, el acto de suprema gentileza y espléndida prestación para el que toda gratitud sería poca si no se juntara a la nuestra tan viva y tan ardiente toda la gratitud de España, palpitando en el corazón de las madres españolas, Perú, hija mayor de España, y la última en separarse de la nobilísima madre, tú lo acabas de decir: la nobleza incomparable de una Reina Española y Católica, abrió el continente americano para que en él florecieran las virtudes de su religión y de su raza. Bien lo demuestran tus acciones, nación peruana, y hoy más que nunca lo acredita tu conducta con tu Madre. Este modesto senador de la Madre Patria, nuestra España querida, agradece, pues, con el alma entera por sí y por aquel pueblo el hecho y el trámite de ese suceso sin precedentes, en el que podrán hallarla las más humildes naciones.

Por eso aprovecho gustosísimo la ocasión que me brinda esta recepción cordial que me dispensa el Senado ilustre del Perú, para dar las gracias más rendidas al Excmo. señor Presidente de la República cuya vida Dios guarda y Dios guarde, al Gobierno de la Nación y en su nombre al señor Ministro de la Guerra, a las cámaras legislativas del Congreso y del Senado, por ese acto profundamente conmovedor que habéis tenido para nuestra Madre España y para nosotros que formamos su Embajada de amor, al rubricar el Excmo. señor Presidente, y presentar al señor Ministro de la Guerra y hacer suyo el Gobierno y aprobar rápidamente la Ley de la República, en que "con testimonio del filial afecto del Perú a la Madre Patria" se manda erigir un monumento en el cementerio de la capital de la República..." destinado a guardar y venerar los restos de los soldados españoles, que sucumbieron durante la campaña de la emancipación, y en la memorable jornada del 2 de mayo de 1866.

No halla el corazón palabra en nuestro rico idioma de Cer-

vantes para agradecer vuestro exquisito homenaje a nuestros muertos, más que rezando sobre las cenizas de los vuestros, y besando vuestra bandera teñida en su sangre, porque ella les sirvió de pabellón en las hazañas y de sudario en la muerte.

Os declaro con íntima sinceridad que de cuantos homenajes, hermosos, conmovedores, opulentos habéis tributado a este ingenuo Embajador,—y ya no lleva cuenta de ellos más que mi reconocimiento—éste, inclusive, ninguno me ha llegado al alma, ninguno me ha llenado el alma y perdurará imborrable en mi alma como este homenaje a nuestros muertos hermanos, altísimo relieve de un pueblo de magníficos sentires a cuyo nivel no puede llegar más que la gratitud sentida por todas las mujeres españolas.

La noticia a estas horas ha estremecido por cable el alma española y si este honorable cuerpo, señores senadores, ha puesto el sello de su hidalguía sentimental, en el refrendo de esa hazaña colectiva de un gran pueblo, en estos momentos el Senado de las ricas hembras de Castilla, hijas de aquellos muertos ha levantado acta de gratitud perdurable y santa, digno monumento, erigido en las almas con bloques de corazones; mientras llega el día, en que este senador español, dé cuenta con el valor que sepa al alto cuerpo representativo de mi Patria, para que la admiración y gratitud embarguen a los próceres sentimientos de la nación agasajada y favorecida.

Ese monumento, visto desde España, más aún que la memoria y el decoro de los muertos, perpetuará vuestro honor y magnánima nobleza.

En cuanto a la delicada fórmula del preámbulo, en que señala el señor Ministro de la Guerra, como causa ocasional de la erección de monumento la visita que os hemos hecho con tanto agrado de nuestro corazón, trayendoos mil bendiciones del Santo Padre Pío XI, y un mensaje de amor de nuestro Rey don Alfonso XIII y de nuestro pueblo, que os debemos decir?... Que es otro detalle de vuestra gentil cordialidad.

Agradezco muchísimo vuestra declaración, porque si otras satisfacciones íntensas y vivísimas no hubieran hecho nuestra estancia entre vosotros tan dulce y encantadora, bastaría para nuestro corazón que dejamos este monumento como estela de nuestro paso por la nación peruana, para bendecir la hora en que la Providencia Divina nos trajo en sus brazos a este jardín

perfumado por la Rosa más linda que se abrió en las Américas, por vuestra y nuestra Santa Rosa de Lima.

Añado y termino, señores senadores: atravesamos momentos solemnes en la Historia de España, de América y del mundo. Nuestro augusto Monarca, Don Alfonso XIII, surca los mares rodeado de la espléndida grandeza que es nimbo de la monarquía española. En Roma se le recibe con honores únicos en la Historia contemporánea. Y ese Rey, con todas las glorias del Monarca español, con todas las grandezas que rodean el cetro de S. Fernando y de D. Jaime, empuñado por sus reales manos, se va a postrar ante los pies del Soberano Pontífice; porque sólo ante Dios y el Papa se arrodilla el Monarca español.

Y los ojos de España y Roma se acarfeían en una sola mirada y después de contemplar con gozo el resurgir de los pueblos, vuelven sus cabezas al Nuevo Mundo para mirarle y mirarle y ofrecerle el tesoro de su cariño maternal y fraternal.

Hagamos votos por la prosperidad de nuestras patrias unidas e independientes, ambas fuertes y ambas encariñadas con el lema común de sus recuerdos y el ideal de sus comunes glorias, para que marchen paralelas y de la mano a la integración de la gran confraternidad ibero-americana, que prepare equilibrios estables y caminos seguros al progreso de la gran comunidad de almas creyentes y a las glorias de la familia humana.

Los anteriores discursos fueron vivamente aplaudidos en sus interesantes pasajes, por los asistentes a la galería, que estaban llenas de una selecta concurrencia.

Concluidos los discursos descendió su Eminencia del estrado, retirándose del recinto, acompañado hasta la puerta por los mismos señores senadores que constituyeren la comisión de recibimiento.

La guardia rindió nuevamente los honores, dejándose oír la marcha de banderas, tocada por la banda militar.

Hasta su residencia en el Palacio Torre Tagle, fué acompañado su Eminencia por el oficial mayor y por el ayudante del Senado, doctor Rafael Belaúnde y coronel Francisco Mas, respectivamente.

EN LA RESIDENCIA DEL CARDENAL



GRAFICAS DE LA RECEPCION OFRECIDA POR EL CARDENAL
BENLLOCH, A NUESTRO MUNDO SOCIAL

RECEPCION

EN EL

PALACIO DE TORRE - TAGLE

El Emmo. Cardenal Juan Benlloch y Vivó, ofreció una solemne recepción en el palacio de Torre Tagle a los miembros del Cuerpo Diplomático y a otras personalidades de nuestras altas esferas políticas, religiosas y sociales.

Esta recepción a la que asistieron también distinguidas señoras y señoritas, trascurrió en un ambiente de gran animación y fué amenizada por una competente orquesta de la compañía lírica italiana, que a sazón actuaba en nuestros teatros, mientras los concurrentes hacían honores a un bien servido bar.

La concurrencia se retiró muy complacida llevando en el ánimo una grata impresión de esta fiesta social, de subido relieve, y muy satisfecha sobre todo de haber departido familiarmente con el ilustre Embajador, cuya poderosa inteligencia y bondadoso corazón, revelárense, una vez más, en tan solemne oportunidad.



En el Club Nacional

EN EL CLUB NACIONAL

Esta importante institución social, exteriorizó su simpatía al Emmo. Cardenal, agasajándolo en su local, que ofrecía un sugestivo aspecto, con un suntuoso banquete, al que asistieron los más distinguidos miembros de que se compone.

El Presidente del Club, señor doctor don Felipe de Osma, a la hora de los postres, ofreció el agasajo con un conceptuoso discurso, cuyo tenor es como sigue:

Emmo. Sellor:

"Muy grande debe ser la satisfacción de vuestra eminencia en este viaje a nuestra América, porque aprecia, de cerea, la fecundidad de España y el vigor de su obra civilizadora. Veinte nuevas nacionalidades hablan su lengua, profesan su religión y proclaman sus glorias. Y cada una de estas nacionalidades, por combinación, más o menos afortunada, de factores geográficos étnicos e históricos, tienen, en su fisonomía espiritual, predominando sobre otros, algunos de los inconfundibles caracteres del alma española.

"Nosotros los peruanos hemos heredado el sentimiento democrático y el amor a las libertades públicas, poderosos elementos que, al clausurarse el período de constitución definitiva del Estado, afirmarán las instituciones republicanas, y servirán en todo tiempo, de defensa contra las exóticas tendencias trastornadoras de las bases fundamentales en que descansa el orden político y social.

"También somos españoles en el espíritu de justiera que ha inspirado constantemente nuestras relaciones con los otros pueblos. Hemos abominado siempre de las imposiciones de la fuerza. Hemos querido siempre las soluciones jurídicas. Hemos puesto siempre nuestra colaboración resuelta en el pensamiento de organizar definitivamente la justicia internacional.

También somos españoles por nuestra fe en los sentidos de la raza. En nuestra alma están, como formando círculos



ASISTENTES AL BANQUETE DEL CILCB NACIONAL

concentrícos, la patria; más allá de la patria, América; más allá de América, la raza. Tenemos un fuerte e intransigente nacionalismo; un sentimiento de solidaridad con las repúblicas Ibero-americanas, fomentado por los intereses políticos y económicos comunes; y un ideal de cultura para que perduren las aptitudes mentales y las excelsas virtudes de la raza y continúe ésta escribiendo en la historia de la humanidad admirables páginas sobre hechos grandes y gloriosos.

“Español y cardenal, vuestra eminencia ha de bendecir estas realidades y aspiraciones hermosas y cristianas. Y rendir, con todos nosotros, el más sincero y caluroso homenaje a la madre España, invocando su más encumbrada representación espiritual: Don Quijote.

“Señores; Brindemos por nuestro ilustre huésped, el cardenal Benloch, y por los insignes soberanos a quienes representa”.

El Excmo. Cardenal, dió respuesta al discurso anterior, que mereció prolongados y repetidos aplausos, en una feliz improvisación, manifestando su gratitud a los miembros del Club Nacional, por el vigor de la raza y la necesidad, en la vez más imperiosa, de la confraternidad ibero-americana.

Al terminar brindó por la prosperidad del Perú y por la ventura personal de su ilustre mandatario.

Las elocuentes frases de S. E., impregnadas de purísimo afecto y de intensa emoción, fueron acogidas por la concurrencia, con estruendosos aplausos.



LAS MATRONAS Y CABALLEROS
DE LA
VENERABLE ORDEN TERCERA DE LA MERCED

Los miembros de ambas instituciones, presididas por el R. P. Carlos D. Cobo, Rector de la V. Orden Tercera, acudieron al palacio de Torre Tagle, con el fin de saludar a S. E., y ofrecerle como un recuerdo de su inquebrantable adhesión y afecto sincero, la imagen de la Santísima Virgen de las Mercedes, Patrona de las Armas del Perú, colocada en hermoso marco de plata, con su respectivo estuche.

Con tal motivo, el R. P. Cobo, pronunció un hermoso discurso.

El Eminentísimo señor Cardenal agradeció con frases muy elocuentes y de la manera más efusiva el presente de la V. Orden Tercera de la Merced; inculcó la devoción a la Patrona del Perú y terminó haciendo votos por la felicidad de la mujer limeña, que resplandece por la virtud y la hermosura, concediendo una bendición a todos los presentes.





LA IMPOSANTE PROCESION: HOMENAJE A SANTA ROSA DE SANTA MARIA

HOMENAJE A SANTA ROSA DE LIMA

EN LA
BASILICA METROPOLITANA

La magestad del culto católico llegó a su más alto grado en la fiesta que en honor de Santa Rosa de Lima se celebró en la Basílica, con asistencia del Presidente de la República, con su gabinete y funcionarios públicos.

Desde mucho antes de la hora señalada una numerosa y compacta muchedumbre estaba apostada en la escalinata de la Catedral con el objeto de contemplar la llegada de Su Eminencia y acompañantes.

La comitiva oficial y las instituciones religiosas ocuparon los lugares asignados en la nave central.

Tanto el Presidente de la República como el ilustre Purpurado fueron recibidos por una comisión del Cabildo Metropolitano: ocupando el primero el estrado presidencial y el segundo el solio pontificio. En la sillería del coro tomaron asiento los señores obispos, los canónigos y dignidades eclesiásticas.

En la parte superior del presbiterio se destacaba el anda que sostiene la preciosa urna de plata, donde se exhiben las reliquias de Santa Rosa de Lima; en la parte inferior las andas que sostienen a las imágenes de Santa Rosa y al beato Martín de Porres.

Antes de dar comienzo a la Misa de Gran Pontifical, hubo que impedir el ingreso a la Basílica, pues a esa hora no cabía una persona más.

Todo fué sublime en esta ceremonia religiosa. El oferente, un Príncipe de la Iglesia; la asistencia, un pueblo, el pueblo de Santa Rosa, la orquesta, el panegírico; el panegírico fué pronunciado por el R. P. Luis Urbano, miembro de la Embajada Cardenalicia, uno de los primeros oradores sagrados de España.

En cuanto a la procesión, solo diremos que formará época en los anales de la Historia Eclesiástica del Perú. Desde los balcones caía una lluvia de flores sobre las andas y se aplaudía el paso del Cardenal Benloch y del señor Presidente Augusto B. Leguía.

La fiesta terminó después de las dos y media de la tarde.

Por vez primera se ha visto en Lima una ceremonia tan memorable. Podemos asegurar que nunca se ha efectuado en América un homenaje tan propio y tan digno de la Patrona de las Américas.

SANTA ROSA DE LIMA Y EL PATRIOTISMO DEL PERU

Tu honorificentia populi nostri.

Tú la honra de nuestro pueblo.

Excelencia:

Judith, XV, 10.

Emmo. Señor:

Excmcs. Señores:

Venerable Cabildo Metropolitano:



R. P. Luis Urbano

Es imposible. Hay que renunciar al empeño. La palabra no se presta a encerrar en su marco material emociones tan inmensas. Día tras día, hijos amadísimos de Lima, habéis centuplicado los agasajos y las manifestaciones espléndidas de entusiasmo hacia la Embajada de amor y de concordia, que en nombre del Soberano Pontífice de Roma, en cuya frente brilla el resplandor perenne de la verdad infalible; en nombre del Rey de España, de cuyo pecho irradian cascadas de amores que se difunden por estos pueblos encantados de América; Embajada pacífica y amorosa que ha traído

el E. S. Cardenal Benloch, a la noble nación peruana, y en especial a esta ciudad de los Virreyes, perla del Pacífico, Atenas de

América, emporio de riqueza, blasón de gloria, Lima la inmortal, archivo de grandezas pasadas, que no cayeron muertas en la tumba, sino que se dejaron caer en el surco abierto de la historia, como semillas de futuras grandezas.

Desde aquel día cuyo recuerdo nos emocionará mientras vivamos, en que llegamos a surcar las aguas del Callao, bajo el estampido de los cañones que no guerra sino alegría publicaban; entre los sonidos vibrantes de las músicas y cornetas; los vítores de las muchedumbres, los saludos cordiales y e'ocuentísimos de las autoridades; y la entrada por las calles de esta ciudad, tantas veces ensoñada, y mirar a los baicones nos parecía verlos cubiertos de macetas hasta que advertimos que se movían las flores de vuestros semblantes, como si vuestras manos, hijas hermosas de la ciudad hermosa, al subir a la cara, fuesen arrancando pétalos para al-fombrar con ellos vuestras calles al paso del Cardenal amadisimo...; y al oír, dentro de la Catedral, la voz vibrante de la Iglesia peruana, por boca del Excmo. Sr. Farfán, Obispo del Cuzco, donde se guardan los cesos dormidos de la civilización incaica, dando la bienvenida al Emí-nentísimo Señor Cardenal Benlloch, Embajador del Papa y del Rey Alfonso, en los pliegues de cuya púr-pura cardenalicia hemos hecho



*La pila en que fué bautizada
Sista Rosa*

nuestros nidos las golondrinas de España que gozamos en estos momentos de vuestro sol...; en la magnífica recepión con que el Excelentísimo S. Presidente de la República honró a la Embajada de paz, poniendo en sus labios enérgicas, vibrantes y cariñosas palabras que estaban púliendo una lápida de bronce donde quedar para siempre esculpidas, si no las lleváramos grabadas en el alma donde vivirán para siempre, porque la vida del alma es inmortal...; desde aquellas primeras impresiones tan espontáneas, tan cariñosas, tan agradecidas, ha ido subiendo día tras día, momento tras momento, la marca de vuestro entusiasmo, hasta llegar hoy a besar con las espumas blancas de vuestra

alegría, la cumbre más excelsa de vuestra Patria, donde hay un altar y un trono levantados a vuestra Patrona queridísima, orgullo de vuestro pueblo, sublime encarnación de vuestros ideales, flor hermosa, en que ha reconcentrado lo más bello de sus energías, lo más perfumado e inmortal de su perenne savia el viejo árbol de la nación peruana; la más santa de sus hijas hermosas y la más hermosa de sus hijas santas, cuyo nombre es una epopeya, una bandera, y un clarín para la Patria: *Santa Rosa de Lima*.

Ninguna manifestación pudiera elegirse para agradecer al Perú y a su Capital, Lima, las pruebas continuas de su admiración y entusiasmo, que esta solemnidad hermosa en que las autoridades y el pueblo se unen bajo las bóvedas del primer templo nacional para percibir los aromas de la incomparable Rosa dando a la fiesta los caracteres brillantes de una solemnidad oficial y el calor férvido de una fiesta del pueblo.

Por eso, nuestro Eminentísimo Sr. Cardenal, en cuyo pecho germinan las iniciativas más espléndidas, oportunas y cordiales, ha querido celebrar esta Misa Pontifical con todo el esplendor que impone la sublime Liturgia Católica, trayendo del templo de Santo Domingo las Reliquias venerandas y la Imagen bellísima de la Rosa más fragante de América, con la guardia de honor que le hace este hermano lego, gloria del Perú, *Beato Martín de Porres*, quien siendo sacristán del Convento debió ver muchas veces a Santa Rosa por la Iglesia; y que hoy, día de su fiesta en Lima, la quiere acompañar en su triunfo.



Crucifijo que perteneció a la Santa

He de cantar las glorias de vuestra Santa Rosa de Lima, sin otro título que ser mi hermana, y hermana muy querida desde mi primera juventud. Con toda la emoción de mi alma la quisiera cantar, presentándola a vuestros ojos, *como espejo refulgente de patriotismo, como tipo de las almas que necesita el Perú para*

ser lo que debe ser: un pueblo grande e inmortal, porque lo exige su historia, su suelo de oro, su sol de fuego; su *montaña* tejida de misterios, su *sierra* encantadora, cuna de heroísmos, su *costa* brava, donde entre alfombras de flores y flecos de espumas alzaron su trono la civilización y la cultura.

Mi palabras serán de aliento y esperanza. Cantando a Santa Rosa, cantaremos las glorias del Perú. Que Dios nos dé su gracia. Que la Santísima Virgen, Madre de América y de España, conceda a mis palabras la ternura de su amor.

Pedídselo todos conmigo, rezando con el corazón y con los labios el *Ave María*.

I

(Texto y saludo como al principio).

Hubo un tiempo, no tan lejano de nosotros que hayamos dejado de oír sus convulsiones, en que se agitaba contra la Iglesia Católica un argumento formidable desde las cumbres de los Estados, donde el racionalismo político había levantado sus tiendas de campaña. Se decía que la Iglesia, en virtud de su misma calificación de *Católica*, era enemiga de la Patria; por ser amantísima y defensora de la fraternidad *universal*, era enemiga de las fronteras y quería borrar el límite de los Estados, haciendo de todos los pueblos un solo pueblo, y de todas las familias de la tierra una sola familia por nombre *humanidad*.

Claro al que ataba su cabellera para no dormir, en la oración

Y de las consideraciones bajaron a las realidades; y a los representantes de la Iglesia que eran los Obispos; y a los que encarnan en su vida la exaltación del espíritu católico, que son los religiosos, se les arrojó violentamente y se les deportó en épocas distintas, según aumentaban los grados de la fiebre de casi todos los Estados europeos, de España, de Francia, de Inglaterra, de Alemania, de Italia, de Portugal....y también de múltiples Estados americanos.

Fué preciso que la Patria, sintiéndose gravemente herida en su honor, diese un grito de angustia que resonó por todos los ámbitos del mundo; y aquellos desterrados oyeron sus lamentos de dolor y volvieron presurosos a la misma tierra que los había expulsado como traidores, por el solo delito de ser honrados. . . . ; y cuando durante la *gran guerra*, sobre planicies inmensas cubiertas de sangre, se escribía el capítulo de las injusticias y crueldades humanas, ese capítulo de horrores tan terrible, que se han necesitado siete millones de hombres para escribirlo con las letras de sus cadáveres; cuando la cobardía hizo presa en almas que por deber y disciplina debían anhelar, por instantes, ofrendar la vida en aras de la Patria, los más valientes y esforzados, los amantes de todos los peligros, los que querían ir siempre a la vanguardia, eran los *sacerdotes y religiosos*, vestidos ahora de militar, pero que llevaban siempre bajo la sotana o bajo el escapulario un corazón ardiente, enamorado de su Patria, aun cuando su Patria los perseguía.

Precisamente los pueblos más patriotas han sido siempre los más religiosos. Los únicos pueblos que detuvieron los pasos de Napoleón, el moderno César que eclipsó las glorias del antiguo, fueron como dijo Chateaubriand, los rusos dirigidos por popes y los españoles que obedecían la voz de los frailes.

Y si queréis rápidamente bosquejada la razón de este fenómeno que está brillando en las páginas de la historia del mundo, pensad que la Religión Divina es la única que por medio del deber moral se impone al mundo de nuestras ambiciones. De la unión de leyes, al parecer contrarias, unión que exige un Mecánico sapientísimo y omnipotente, capaz de realizarla e imponerla, se originan los movimientos admirables de los cuarenta millones de astros que van por los cielos caminando como gigantes de luz en busca de lo infinito. De esa unión de leyes depende también la armonía esencial en el mundo de la materia infinitesimal,



El pozo donde arrojó la llave del cilicio

en los últimos reductos de la división química, en ese mundo ultramicroscópico donde se agitan miríadas de conjuntos planetarios que forman los átomos con sus miles de arriones y cationes para constituir las especies químicas de los cuerpos. De la unión harmónica de las leyes que rigen la vida individual de la célula con la vida integral del organismo, la cual exige la perenne subordinación de la primera, dependen los magníficos esplendores de la vida que se convierte en tinieblas de muerte, cuando en el organismo se impone e impera la ley individual de la célula.

En cada ciudadano, célula del organismo social, sentimos nacer y vibrar con violencia una ley de ambición, de egoísmo, de interés propio, la cual consiste en la *entronización del yo*, aún sobre los escombros de los intereses ajenos. Ese egoísmo plantea en el corazón un eje en torno del cual hace girar todas las conveniencias ajenas por sublimes que parezcan, por patrióticos que sean. Y es la Religión Divina la *única* de imponerse en la gritería de las humanas ambiciones y de los intereses individuales que se disfrazan a veces con la máscara de *sagrados*; es la *única* que obliga a reconocer la existencia de un eje extrínseco, con dos polos: uno en la altura, que es el amor a Dios, y otro en la tierra, que es el amor a la Patria,



*Imagen a quien llamaba
el "Doctorcito"*

los anhelos y las esperanzas; y hasta los azules espirales del incienso que forman las ambiciones, cuando noblemente se queman en el incensario del corazón, ante el altar angusto de la Patria.

La Iglesia defiende la fraternidad y la manda, porque no quiere como el chauvinismo fundar el *amor* a la Patria en el *odio* al extranjero, a todo lo que sea Nacional, al género humano. La

Iglesia quiere y bendice las fronteras de los pueblos trazados por el dedo omnipotente y soberano de Dios, abiertos con el sudor de nuestros antepasados y regados tal vez por su sangre heroica e inmortal. La Iglesia quiere que la bandera nacional, flamee en esas fronteras y que sea respetada por las naciones vecinas, como es querida y reverenciada por la nación, que en ella ve, cuando los vientos la acarician y despliegan, el símbolo glorioso de su libertad e independencia. La Iglesia quiere que las fronteras sean permeables a la verdad y al amor; que no sean tapias de cementerio, sino tabiques de colmena, garantía del trabajo, orden luminoso y bello de la vida de paz, casas contiguas de hermanos, que no por serlo han de vivir todos en la misma casa. La Iglesia manda el amor a la Patria, como consecuencia de la virtud de la *piEDAD*; impone ese amor, como una de las deudas *máximas* que el hombre tiene, aunque por ese amor tenga que dar su sangre y su vida cual conviene al ciudadano virtuoso, *cives virtuosí*, como dice en frase hermosa y exacta el Angélico Doctor Santo Tomás.

II

Estos sentimientos formaron la trama del patriotismo español que se injertó en las venas de las razas americanas. Por eso no vinieron con ansia de exterminio. Por eso injertaron sus corazones en el árbol secular de las razas aborígenes; y se mezclaron las sangres y los amores y los fineses y las ideas y la fé y las esperanzas y los heroísmos, y de las razas peruana y española nació una sola raza, mezcla de las dos: fuerte como los españoles y melancólica como los indios, pero hermosa y pura, ardiente y soñadora, amante de su fé y de su tierra, ansiosa de libertad y de cultura, enamorada de las flores y de la poesía, quejumbrosa y mística, alegre y sentimental. El patriotismo de España se infundió en el alma peruana, dán-



Santuario de Santa Rosa

dole los caracteres de inmortalidad que tuvo el alma española para amar a su Patria con locura.

Hijos del Perú, amad a vuestra nación idolatrada, como amaron a la suya los hijos de España.

Que sea vuestro amor *sincero*. La sinceridad debe ser carácter de la raza peruana: Sinceridad en el vivir, en el amar, y aún si queréis, en el odiar. Sinceridad es blancura de bondad en el entendimiento, reflejada en el remanso del corazón, donde las aguas de los sentires son cristatinas y transparentes como aguas de nieve. Sinceridad es odio a las tinieblas donde se fraguan los complots y donde la deslealtad, la ingratitud y la cobardía alzan frecuentemente los pianos inclinados para derribar los tronos o los sillones presidenciales. Sinceridad es valor para decir a plena luz los defectos, pero con amor y ternura, a quien se quiere re-



La Capilla donde oraba Santa Rosa

prender para su bien y enmienda. Sinceridad es nobleza en el carácter, lealtad en el trato, firmeza de roca en la palabra, humilde confesión del tropiezo o de la ignorancia; la rudeza del troneo que sostiene a las flores y a los frutos contra la tempestad y el terremoto, nutriéndolos con la savia que amorosamente aynda a circular por sus entrañas...

Que sea vuestro amor *constante*. La constancia es un carácter indispensable para todo lo grande. Es la energía que da a lo pequeño eficacia casi omnipotente, a la gota de agua fuerza capaz de perforar la roca. Constancia es la formación de la juventud en el estudio, cada vez más intenso y más profundo; en el trabajo honrado, libre de hieles y de rencores; en la buena discusión de los negocios; en el cumplimiento exacto y gozoso de los deberes; y sobre todo en el amor a la patria.... así en la desgracia como en la fortuna, en la adversidad y en la gloria. No es patriota de veras quien ama a su nación cuando la ve grande, y la menosprecia cuando la ve postra-

da... Se debe amar a la Patria cuando está su frente coronada de laureles y también, y mucho más, cuando al ver sus blancas sienas descubrimos los rubies que de su sangre formaron las espigas. Tanto más se debe querer a la Patria cuando se le ve más dolorida. Por eso el amor patrio debe ser heroico. Si nos pide la vida para defender su bandera o vindicar su honor o afianzar su independencia, debemos sentir no poder ofrecerle más que sólo una vida: que mil serían pocas para ofrecerlas a la Madre Patria. Cuentan de Alejandro Magno que al pisar la India misteriosa y dirigirse a los Sacerdotes ancianos, que envueltos en sus vestiduras blancas, le miraban impávidos, pisó una piel de leopardo, muy seca y rígida, que se conmovió toda al sentir la pisada.

Y como preguntase qué significaba aquella piel, "Señor, le respondieron los sacerdotes blancos, es símbolo de nuestra Patria que al sentir la presión de un pié enemigo en la orla de su frontera, se conmueve toda la nación y se aperece a la tenaz y heroica defensa. Cuando suena el clarín de guerra debe ser himno de gloria en los oídos del verdadero patriota.



Lugar en que nació la Santa

Sobre el campo de batalla revolotea el ángel de la Patria para recoger en sus brazos a los que mueren por ella, y subirlos en vuelo rápido a gozar la vida de felicidad perenne...

Pero más que *sincero, constante y heroico*, debe ser vuestro amor profundamente *religioso*: porque donde no hay *religión*, ni existe el *heroísmo*, ni la *constancia*, ni la *sinceridad*. Antes os lo indicaba refiriéndome al verdadero patriotismo, cuya base incommovible es la Religión. Quien no obedece a la voz augusta de la conciencia, que es heraldo de la voluntad divina y pregonero de su justicia; quien no obra por convicción, por motivos más altos que los aéreos y tornadizos y volubles ideales meramente hu-

manos; quien no alimenta su corazón con esperanzas divinas a través del desierto de los desengaños constantes del vivir; quien no fortifica su flaqueza mediante la participación amorosa de las omnipotentes energías del Cielo..... ese individuo, y más todavía ese pueblo, que no se nutre con la savia de la Religión, verá morir sus floridas ramas porque tiene ya podridas las raíces.

Las páginas todas de la historia de España, que es vuestra misma historia hasta hace bien pocos años, demuestran palpablemente que la Religión es la base de todas las grandezas nacionales; y que es la cualidad fundamental del nobilísimo carácter español.

III

Ahí tenéis, en vuestra hermosísima Patrona vuestra Santa Rosa de Lima, un espejo bruñido donde podéis mirar, aureoladas por la virtud más simpática, graciosa y bella, las cualidades del amor entrañable que habéis de tener a vuestra Madre Patria.

Parece mentira que una dencella hermosísima, muerta a los treinta años, en plena floración de juventud y belleza sea la personificación más gallarda del patriotismo peruano.

Alma ingénua, candorosa y dulce llevó siempre la sinceridad en sus labios, en su mirada, en la sonrisa, en el dolor... Era su carácter melancólico y alegre, como si en su corazón se hubieran fundido los ecos de las melancolías incaicas y de las canciones de España. Amíga de cantar, pulsaba la cítara y se acompañaba coplas que ella misma había compuesto, como aquella en que recordando su nombre y que su padre se apellidaba *Flores* y su madre *Olivea*, le decía a su Jesús:

¡Ay Jesús de mi vida
 Qué bien pareces
 Entre *flores* y *rosas*
 Y *oliveas* verdes!

Y aunque sufrió verdaderos horrores en unas penitencias que le desgarraban, nunca perdió la alegría del rostro; ni la belleza de sus mejillas sonrosadas que le pidió a su esposo, que no se pusiera pálida ni enflaquecida a pesar de todos sus ayunos y pe-

nitencias horrosas. . Nadie con más razón que ella pudo cantar la copla de vuestro pueblo:

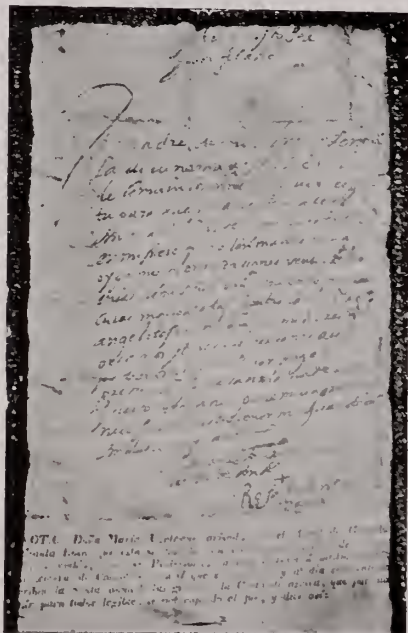
¿Con qué te lavas la cara
Que tan colorada estás?
Me lavo con agua clara
Y Dios pone lo demás.

Tuvo Santa Rosa de Lima un *constancia* portentosa en la práctica de las virtudes y en el dominio de sí misma, sin dejarse vencer por las necesidades más apremiantes de la vida. Yo he visto en el Santuario donde se conservan recuerdos de su niñez y juventud, y en el monasterio erigido donde murió la Santa, los clavos en que ataba sus cabellos para no dejarse dominar del sueño; la cruz en que se colgaba; la corona de espinas y los rallo con que despedazaba sus carnes purísimas. Y esa constancia escalofriante que tenía para sufrir, la tuvo para amar. No supo ella lo que son las mieles del cariño maternal. En su madre tuvo una tirana, que sin cesar la atormentaba, causándole grandes penalidades corporales e íntima desgarradura moral. Pues Santa Rosa guardó a su madre un amor tanto más intenso cuanto más le hacía sufrir; cuando le llegó la hora de abandonar este valle de lágrimas, fué su madre la preocupación que más le atormentaba, por dejarla sola y triste.

Pero donde habéis de fijar más vuestra atención, hijos muy amados del inmortal Perú, es en el amor heroico que tenía Santa Rosa de Lima por su Patria, que es vuestra Patria. Siempre latió su corazón purísimo con férvido entusiasmo en el sacrosanto amor de la Patria. Cuando el año 1615 vinieron los holandeses al Callao, dicen que Santa Rosa acompañada de nobles doncellas, estaba en la Iglesia de Santa Domingo rezando por el triunfo de las armas. Y sentíase transfigurada aquella jóven hermosa de 29 años; iba del altar a la puerta briosamente, como esperando ver al enemigo; sacó unas tijeras y se cortó las faldas para poder luchar mejor; se subió las mangas del vestido; se ceñó las ropas a la cintura y como soldado enardecido, echando resplandores de fuego por su cara hermosa, esperaba con ansias el momento del ataque. Cuando pasada la emoción, se dió cuenta de cómo estaba, no se atrevió a salir de la Iglesia hasta que le trajeron nuevos vestidos.

Años después, el día mismo en que fué canonizada Santa Rosa, tuvo el Siervo de Dñs Nicolás de la Madre de Dios, fundador

de Capuchinos, una visión, que yo he leído en un cuadro del Monasterio de Santa Rosa. Vió que del Cielo bajaba la Santa con una pluma de oro en la mano, y una ancla en la otra. La pluma se la dió al Papa para que firmase la Bula. Y entonces le preguntó Clemente X: ¿Y para qué quieres, Rosa, esa ancla? A lo cual la Virgen contestó: "Esta ancla me la ha dado mi Divino Esposo para que en ella esté asida la fé católica de mi Patria". Y aunque



Fascimit de una carta de la Santa

escudra, si se oía un solo disparo en la ciudad de Lima

Siempre Santa Rosa ha salvado y salvará la Patria, atianzando el sentimiento religioso de los peruanos, que es la base incommovible de su libertad e independencía. Vuestros héroes, hijos del sol, vertían dentro del alma el fuego sagrado de la fé, que es el sol verdadero del espíritu. Desde el General San Martín, que rezaba con fervor el Rosario, hasta el mártir Olaya, el mártir hu-

milde por su cuna, inmortal por su tenaz empeño en defender lealmente a su Patria, todos veréis que son profundamente religiosos y luchan "por la justicia de una causa que Dios defiende". El patriotismo español tiene por sus venas sangre de religión y de fé; por eso el patriotismo peruano, hijo al fin del primero, es tan invencible como vuestros héroes son hijos de los nuestros y los cachorros de los leones, y lleva en su corazón sangre de fé, de religión y de heroísmo.

IV

Y al amar entrañablemente al Perú, yo os pido, con el corazón en mis labios, que améis, que sigáis amando a nuestra Madre España. Ella os ha dado cuanto bueno tenía, la flor de su juventud, el tesoro de su fé, la riqueza de su lengua, la virtud de sus mujeres, el heroísmo de sus misioneros, la bravura de sus capitanes, el genio de sus exploradores y la santidad de sus prelados. Ella fundó vuestras universidades, abrió los cauces de vuestro comercio, mejoró vuestras industrias, estimuló vuestras investigaciones científicas, decoró vuestras ciudades con joyas de su arquitectura engarzadas en las vuestras, modeló vuestro carácter, os dió su sangre y su vida. Los jardines de vuestra Rosa eran doblemente hijos de España, porque además de ser españoles, fueron hijos de Santo Domingo de Guzmán: los padres Bilbao,



Santa Rosa, orando

Velásquez y Lorenzana, con sus consejos, el V. P. Maestro Fr. L. de Granada, con la savia jugosa de sus escritos, fueron matizando y hermosando la Rosa más bella del mundo de la Santidad. Cuando veáis vuestra bandera, desplegada magníficamente en brazos de los vientos que soplan los Andes o envía el mar, acordáos de nuestra hermosa bandera gualda y roja: porque yo creo que para formar la bandera peruana, tomó Santa Rosa de Lima la bandera

española y puso entre las franjas de sangre, su blanco escapulario y recogió el oro de la franja amarilla para bordar con sus manos angelicales vuestro escudo. Amad a España, pletórica de fé, en



El Emmo. Cardenal y los Ilustrísimos Prelados peruanos que asistieron al homenaje

tiempos en que es tan necesario el acendrado amor entre la madre y los hijos.

¡Coincidencia singular! Quizá a estas horas esté llegando a la Ciudad eterna el valiente y católico Monarca español Don Alfonso XIII con su bellísima esposa Doña Victoria Eugenia; quienes van a Roma rodeados de todo el esplendor de la Monarquía española, no por ostentación, sino para rendir todas las grandezas a los pies del Vicario de Cristo, que besarán arrodillados los Reyes de España, porque sólo ante Dios y ante el Papa se saben y pueden y quieren arrodillar nuestros Monarcas. Guardad en vuestro cora-

zón esa fé de vuestros mayores, patrimonio de España y del Perú, fundamento de su grandeza. Peruanos, sed dignos hijos de aquellos héroes que al morir como Pizarro escribían con su sangre el nombre de Jesús y era consuelo en sus labios moribundos; o de aquellos como el joven Ugarte después de agotar los medios de defensa, herido por las balas, dando un ¡Viva el Perú! se derumbaba desde el morro al fondo de los abismos, para ser recibido en sus brazos por el ángel de la Patria. No sabemos las incertidum-



El paso de las venerandas reliquias de Santa Rosa

bres del porvenir; pero el amor a la patria es la mayor prueba de la inmortalidad de los pueblos. Amad al Perú, jóvenes sedien-

tos de gloria, y trabajad silenciosamente en las cátedras, en los laboratorios, en los gabinetes de estudio, para que prospere la ciencia patria y sepáis utilizar las riquezas inmensas de su suelo. Recordad que no todo viene de la Política, cuyos ruidos y turbulencias son poco propicias a la formación solitaria y reflexiva que las ciencias piden. Precisamente, en España existe hoy un núcleo notabilísimo de hombres sabios, honra y prez de nuestra raza, los cuales han nacido y se han formado al margen de la Política. Y así la Patria se engrandece, porque llega a tener hijos muy grandes. Jóvenes del taller y de la fábrica, amad de corazón a vuestra Patria; cerrad los oídos a quienes os predicán odio y exterminio y os prometen montañas sin tener voluntad ni posibilidad de concederos valles. Trabajad con gozo cuando la Patria os pida el esfuerzo de vuestros músculos y dadle juntamente con ese esfuerzo el tributo de vuestro corazón. Hombres del Perú, archivos de la experiencia del vivir: olvidad vuestras rencillas y unid vuestras energías en bien de la Patria. Mujeres bellas y virtuosas, compendio de la hermosura peruana, seguid modelando el corazón de vuestros hijos e infiltrando en él profundamente, tan profundamente que no puedan borrarlo las vicisitudes de la vida, las propagandas y los desengaños, el doble amor a la Religión y a la Patria: y aquella Rosa de Lima tendrá en vuestras almas, como tiene en vuestros semblantes, dignas herederas de su belleza y de sus virtudes. Mientras el Perú siga siendo religioso, será grande. Mientras reeen a esa Virgen preciosa del Rosario, regalo del Emperador Carlos V, imagen que ostenta hoy con gallardía el bastón de oro que acaba de regalarle vuestro dignísimo Presidente de la República peruana; mientras se tenga devoción y amor a los Santos hijos del Perú, formados de vuestra sangre y animados de vuestro mismo espíritu; mientras se vea el espectáculo grandioso que hoy contemplamos bajo las bóvedas del Templo Catedral, esa unión maravillosa entre las muchedumbres populares y los altos poderes de la Nación, a cuyo frente brilla el Presidente que es *Excellentísimo* por su gerarquía y por su magnánimo y brioso corazón, mientras esto se vea, debe el Perú abrir su pecho a la más bella de todas las esperanzas, al más dorado de todos los porvenires. Eso quiere España, como os lo ha dicho con frase ardiente nuestro Eminentísimo Cardenal Benlloch, y con el gesto sublime de aquel beso que sus labios temblorosos de cariño depositaron en los pliegues de vuestra hermosa bandera.

Que Santa Rosa de Lima, a quien llamáis con dulce emoción *nuestra hermana, soror nostra*, siga favoreciendo desde la gloria a los hijos del Perú y singularmente a esta Ciudad que ha sido llamada "la segunda ciudad de España, si no era más todavía": a esta Lima encantadora, libre de tempestades, de truenos y de huracanes, que de todo quiso librarla Dios para que no se quebrasen los tallos de sus *rosas*. Que en los brazos de la dulcísima Santa Rosa de Lica se unan fuertemente las cabezas de España y el Perú para darse un beso encendido de eterno amor. Que ella bendiga a todos los hijos de España, desde el Rey Alfonso XIII y su Embajador de Paz el Eminentísimo Cardenal Benlloch hasta el último de todos en alabarla, pero no en amarla. Que bendiga Santa Rosa a todos los hijos del Perú, desde su dignísimo Presidente y los altos dignatarios que forman su guirnalda hasta el más pobre y abandonado de todos los pobres.

Y que esa bendición de Santa Rosa nos acompañe a través de la vida hasta que se nos abran las puertas de la eternidad dichosa.
—*Amén.*



los exhortó a trabajar con denuedo para poder servir después a la patria con fruto. Al lado de estos esclarecidos Profesores, les decía, que tantas glorias han reportado a la religión y a las letras, creo que saldréis buenos estudiantes y excelentes ciudada-



Los alumnos del Colegio de San Agustín, agrupados alrededor del Eminentísimo Cardenal

nos. Los hijos del gran Doctor de la Iglesia S. Agustín, el genio más sublime del Cristianismo, han contribuido y contribuyen, como ninguno, al esplendor y engrandecimiento de los países en que residen y particularmente en España y las repúblicas Sud-americanas sostienen el cetro y la hegemonía de la buena literatura. Terminó sus frases concediendo a los jóvenes asueto de las clases que les faltara en el día. Tras esto, se agruparon alborozados, como racimos de cabezas, en torno de la patriarcal figura del Prelado, para que el fotógrafo estampara en el *cliche* aquel animado cuadro.

En compañía de los PP., visitó la Iglesia, la Sacristía y algunos salones del Colegio, admirando la solidez y elegancia arquitectónica de los muros y columnas, las bellezas maravillosas

de algunos de sus artesonados y la amplitud de sus patios; este es un edificio, decía, que honra a los artistas de las generaciones que nos precedieron.

Deteniéndose ante los azulejos que adornan parte del interior de la Sacristía, exclamaba, este adorno azul blanco con sombras de color naranja oscuro, delata su procedencia sevillana y más teniendo en cuenta lo delicado y correcto del dibujo, hojas de acanto que suben, se entrelazan, se retuercen y serpentean en preciosísimos contornos etc. Antes al pasar por la primera dependencia de la Sacristía había indicado que el azul sobre es-



El Cardenal Benlloch, rodeado de los Padres del Convento de San Agustín

malte blanco y los motivos de ornamentación predominantes del zócalo de azulejos hacían sospechar que fueran de fábrica mejicana.

Al visitar la Iglesia, los acordes magostuosos del órgano, le

evocaron sentimientos experimentados en las grandes catedrales de la Madre Patria.

Al recorrer otras dependencias del convento y colegio elogió la labor benéfica de las Corporaciones religiosas, que no omiten ningún sacrificio por el bien de la religión y de la patria.

Por último, después de impresionar varias fotografías en compañía de los Padres y acompañantes entre nuevas y significativas manifestaciones de amor y veneración, se despidió ofreciéndose para cuanto necesitara la comunidad, repartiendo bendiciones a todos y dejándolos sumamente complacidos.

EN LA LEGACIÓN DEL BRASIL

El Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos del Brasil, Excmo. señor doctor Abelardo Rosas, con motivo de la celebración del XXXIV aniversario de la proclamación de dicha re-



La Mesa del banquete

pública, ofreció en su elegante residencia, un espléndido banquete, al Presidente de la República, señor don Augusto B. Leguía,



El Presidente de la República, el Cardenal y los demás concurrentes

siendo invitado también a él, de manera muy especial, el Eminentísimo Cardenal Benlloch y Vivó.

A la hora de los postres, el Excmo. señor Rosas, brindó por el Presidente de la República y el Emmo. Cardenal Benlloch, quienes contestaron el brindis en forma feliz y elocuente.

Esta fiesta que revistió los caracteres de un verdadero acontecimiento diplomático-social, fué realizada con la presencia de distinguidas y numerosas personalidades: parlamentarios, miembros del cuerpo diplomático y consular, altos funcionarios públicos y gran número de personas de encumbrada figuración social.

Mientras la selecta concurrencia disfrutaba de un espléndido menú, una gran orquesta, formada por competentes profesores, amenizó la fiesta, ejecutando escogidas piezas musicales, del más puro clasicismo.

ACTUACIÓN EN LA FILARMÓNICA

Esta importante Sociedad, agasajó en forma artística y solemne, al Emmo. Cardenal Benloch, Arzobispo de Burgos llevando a cabo un hermoso concierto musical, que fué ofrecido a S. E., en términos muy expresivos, por el Presidente de la misma, señor doctor Agustín de la Torre Gonzalez, cuyo discurso es como sigue:

Eminentísimo Señor:

La Sociedad Filarmónica, cediendo al ambiente, desea exteriorizar su regocijo por la presencia de un Príncipe de la Iglesia, enviado de nuestro bien amado Don Alfonso, a quien Dios guarde.

Usará su lenguaje propio, el de las notas, lenguaje el más adecuado, porque vá directamente al corazón.

Si al regresar os dignáis recordar las características de todos estos homenajes que a portía os tributamos—expontaneidad, sinceridad, sano entusiasmo—justo será digáis al Monarca que habéis reposado algunos momentos, brevísimos para nosotros, a la sombra de una rama desprendida del tronco magnífico de doña Isabel La Católica.

Si el genio insuperable de Colón dirigiera las débiles carabelas, en medio del mar desconocido, sus velas las henchía ese otro genio, que dommando atajos, al parecer indominables, hizo posible la empresa del descubridor; genio sublime, símbolo del alma española, a la que debemos lo que somos.

Id señor; continuad la órbita luminosa de vuestro destino; prosperidad os acompañe. Doquiera que fuéreis, contad confiadamente con que vuestros éxitos encontrarán el eco de viva simpatía en nuestros corazones.

El Emmo. Cardenal, contestó en elegante dición al discurso anterior, manifestando su complacencia por haber asistido a una fiesta tan bella como significativa y cuyo recuerdo perduraría en su alma.

Los números del programa que fueron artísticamente interpretados, merecieron la más cordial felicitación del Emmo, purgado, y arrancaron nutridos y entusiastas aplausos de la selecta y numerosa concurrencia.

EN EL SEMINARIO DE SANTO TORIBIO

El Emmo. Cardenal Benlloch, acompañado del Excmo. señor José Petrelli, Nuncio de S.S.; del doctor Belisario Philipps, dignidad de Chantre de la



Mons. José Sánchez Díaz

Basílica Metropolitana y de los miembros de su comitiva, se dirigió a este plantel de educación eclesiástica, siendo recibido a la entrada del Salón de actos, por una comisión nombrada al efecto, al mismo tiempo que la orquesta del Seminario, dirigida por el maestro Cño Simoni, ejecutaba el Himno Pontificio, que fué acogido con grandes demostraciones al Papa, al Cardenal, a España y al Perú.

Después que S.E. tomó asiento en su trono, rodeado de los catedráticos de la Facultad de Teología y demás profesores del Seminario,

ocupó la tribuna el Ilustrísimo Monseñor José Sánchez Díaz, Vicario General de la Arquidiócesis, y Rector del referido plantel, pronunciando un elocuente discurso, en el que puso de manifiesto el gran amor que tiene el Perú a la Madre Patria y a la Santa Sede. Hizo una breve reseña de la obra que realiza el Seminario Central del Perú y encargó a S. E. para que fuera

portavoz de los sentimientos que abriga la tierra de Santa Rosa de Lima por la de Santa Teresa de Jesús.

Al terminar, dijo más o menos lo siguiente:

Eminencia:

Decid al Sumo Pontífice que el Seminario Central de Santo Toribio no desmiente su gloriosa tradición de adhesión inquebrantable a la Santa Sede. Decid también al Rey Alfonso lo mucho que se le ama y lo mucho que se le quiere en estas tierras. Decidles a ambos que la gloriosa Perla del Pacífico continúa siendo el florón más hermoso del Rey y el santuario más hermoso donde se venera al Papa. La unidad de fe y la unidad de idioma, no se han borrado; éllas conservan la comunicación eterna de nuestros sentimientos peruanos, españoles y católicos. (Prolongados aplausos).

Eminencia: Habéis querido honrar este Seminario con vuestra presencia, y él se siente orgulloso de albergaros dentro de sus muros, siquiera por breves instantes. Y, como prueba de su amor de su respeto y agradecimiento, os ofrenda, en un relicario, cuanto más caro puede haber para un corazón peruano: es una parte del dedo con que Santo Toribio confirmó a Santa Rosa de Lima. Notad, ilustre Embajador, la rara coincidencia: parece que la Divina Providencia, previendo la unión íntima que había de realizarse entre España y el Perú, hubiera querido remir en esta reliquia, como en un símbolo de unión entre las dos naciones, a dos de sus más preclaros hijos: Toribio de Mogrovejo, gloria de España, y Rosa de Santa María, gloria del Perú.

Aceptadla, Eminencia, y sea élla también un símbolo de la veneración profunda y afecto intenso que los profesores y alumnos de este Seminario os profesamos.

En seguida, el doctor Sánchez Díaz, colocó en manos del Cardenal el precioso relicario de plata con la reliquia de Santo Toribio.

La concurrencia prorrumpió en estruendosas ovaciones al orador, quien fué muy felicitado por Su Eminencia y por todos los allí presentes.

Acto seguido habló el Cardenal, y empezó diciendo que estaba en su casa, pues aún sentía las nostalgias de su vida de seminarista. Tuvo palabras de intensa gratitud por los conceptos emitidos en honor de su persona y manifestó que detalladamente

comunicaría al Papa y al Rey el encargo del rector del Seminario. Se mostró muy satisfecho de estar en el plantel fundado por Santo Toribio y perfumado con los aromas de la Rosa del Perú. Encomió la labor de los profesores y, antes de abandonar el local dió algunos consejos a los seminaristas, indicándoles que dos amores les debe guiar para ser buenos sacerdotes: la Virgen María y el Seminario.

Por razones que sería muy largo relatar, dijo, me voy a Colombia a fundar un centro de misiones, el único en su género en América. Y como deuda de gratitud por el homenaje que me hacéis, yo os prometo, y lo cumpliré, que el segundo centro lo fundaré en el Perú, para probaros con obras lo mucho que también yo os quiero. (Prolongados aplausos).

El que bien ama nunca olvida. Yo os amo y nunca podré olvidar la Lada gía de esta nobilísima nación.

Al terminar S. E. fué aplaudido frenéticamente por los alumnos seminaristas.

A continuación, el Cardenal y la comitiva pasaron al local del rectorado, donde fué atendido con pastas y champaña.



EN EL CASINO ESPAÑOL

S. E. el Cardenal Benlloch, fué objeto de una cariñosa manifestación en el local del Casino Español.

Esta fiesta que alcanzó relieves de la más exquisita distinción, fué un alto homenaje al ilustre Príncipe de la Iglesia que era huésped de nuestra capital, a la vez que una demostración de vivísima fraternidad hispano-peruana. Ofreció además el aspecto de una brillante actuación académica por las hermosas poesías y conceptuosos discursos que al final de ella se declamaron y pronunciaron.

El local del Casino, arreglado con extraordinaria elegancia, descollaba por una artística ornamentación floral.

Al llegar el Cardenal, fué recibido por la junta directiva del Casino, a los acordes de una bella marcha ejecutada por una orquesta tan numerosa como escogida.

Reunidos todos en el Salón principal, el Presidente del Casino, señor don Antonio de Quesada, le ofreció en nombre de la Colonia Española, una artística tarjeta de oro, pronunciando, con tal motivo, el siguiente hermoso discurso:

Eminentísimo Señor:

Señores:

Es motivo de verdadero orgullo para mí dirigiros la palabra, y en nombre de la Colonia Española residente en esta Ciudad, brindaros como pálido homenaje de nuestros respetos y simpatías, y en este modesto banquete, un presente simbólico que lleva grabada la ofrenda de corazones hispanos, bajo el escudo de la hidalga Nación que nos hospeda y en el metal legendario que hizo nacer la frase inmortal: "VALE UN PERU".

Os saludamos, Eminentísimo señor, en vuestro doble y elevado carácter de personero del Pontífice Sumo y de repre-

GRAFICAS DEL BANQUETE DEL CASINO ESPAÑOL



*La Mesa del Banquete.
—El Presidente del Casi-
no entregando al Carde-
nal la tarjeta de oro ob-
sequio de los socios del
Casino Español*



sentante de nuestro Rey. Vemos en vos, como en lejanos días gloriosos, la encarnación de la clásica y vieja España, cuando de su fecundo seno, salían conquistadores y misioneros, plenos de

fervor divino a ganar tierras en las que se alzarían altares al símbolo magestuoso del amor cristiano, y a rendir corazones que en la sonora lengua de Castilla alabasen al Dios-Hombre.

Habéis venido en buen tiempo, señor, para afirmar que aquí, como tal vez en ninguna otra parte, se conserva intacto el preciado tesoro de la raza; que aquí, los españoles nos sentimos como en una dulce prolongación del hogar materno, porque todo nos habla de la gesta inolvidable de aquellos varones insignes que dieron al Mundo con el descubrimiento y la conquista de América, una nueva esperanza y un nuevo rumbo a la civilización.

Todo nos recuerda aquí, lo grande que fué nuestra España, y todo parece que se confabulara para confortarnos y estimularnos en la ilusión del reflorecimiento. A través de los tiempos y de las vicisitudes, y a pesar de las evoluciones y de los cambios políticos, aún queda vibrante y tendida hacia las alturas, el alma española, en estas benditas tierras, donde se volcó, generosamente, lo mejor de nuestra savia.

Aquí, como en la tierra que añoramos, vive encendida en los espíritus la lámpara de la fé; aquí, como allá, se rinde culto a la hidaigüía y hay en los corazones la unisona vibración por los mismos anhelos que se traducen en castizas expresiones. Y porque aquí, se dió por entero nuestra alma, pudieron brotar flores de misticismo y flores de heroicidad. En todo aquí, sentimos como si un penetrante aroma hispano nos envolviera y bajo la sugestión de la filial semejanza, con los ojos del alma, vemos doquiera y en todo instante el tronco augusto de nuestra Madre España, cuyos retoños florecen y prosperan bajo el sol del Perú.

Los españoles nos congratulamos de vuestra presencia en esta Ciudad tan típicamente hispana y conmovidos al ver como se os recibe y aclama, hemos querido que en nuestra sencilla y respetuosa ofrenda, el símbolo del entrelazamiento de dos pueblos ligados por la sangre y la gloria comunes, os diga perennemente que aquí se nos ha ensanchado el corazón para amar a nuestra Patria, porque doblemente la amamos, en ella misma y en su predilecta hija: la Nación peruana.

Y antes de entregaros la ofrenda, quiero que todos, puestas de pie, alcemos nuestras copas en el más respetuoso de los brindis por vuestra salud, y por la mayor gloria del Pontífice, de nuestro Rey y de nuestra amada España.

Terminado el discurso, que fué muy aplaudido, S. E. agradeció el homenaje de que se le hacía objeto, en términos de gran elocuencia, profunda emoción e intensa espiritualidad, que le merecieron una ovación extraordinaria y sincera.

El Ministro de relaciones exteriores, doctor Salomón, agradeció en delicados términos las afectuosísimas frases que el Emmo. Cardenal había dedicado al Perú.

A petición de todos el poeta José Gáivéz declamó su inspirado "Canto a España", que fué muy encoñado por S. E. manifestando además que haría de él una edición especial para repartirla entre los escolares de Burgos.

Solicitado para hablar, el doctor Luis Varela y Orbegoso, dirigió al Cardenal frases afectuosas y justicieras elogiando los brillantes méritos de S. E. y enalteciendo las excelsas cualidades del carácter español.

El P. Calasanz Rebaza declamó una bellísima composición al descubridor de la América, y el P. Adolfo Villanueva una inspirada oda a la bandera española.

Todos fueron grandemente aplaudidos y efusivamente felicitados.

Esta fiesta, en la que reinó la más franca y distinguida intimidad y el más férvido entusiasmo patriótico, puede considerarse, con razón, como el más elevado exponente e irrecusable testimonio de la gran confraternidad hispano-peruana.



POR LOS HEROES ESPAÑOLES

QUE SUCUMBIERON
EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA Y COMBATE
DEL DOS DE MAYO

El ministro de la Guerra don Benjamín Huamán de los Heros, presentó al Parlamento Nacional, un proyecto de ley relativo al monumento que el Perú, ha de levantar muy en breve, a los heroicos soldados españoles muertos en las guerras de la Independencia y del Dos de Mayo, por gentil iniciativa de su ínclito mandatario, don Augusto B. Leguía.

El proyecto en referencia, es como sigue:

MINISTERIO DE GUERRA

Lima, 12 de noviembre de 1923.

Señores Secretarios de la Cámara de Senadores,

Con ocasión de la gratísima visita del Eminentísimo señor Cardenal don Juan Benlloch y Vivó, Arzobispo de Burgos, que nos ha traído con las bendiciones del Santo Padre, un mensaje de amor y simpatía del ilustre monarca español y su egregio pueblo, el Gobierno, interpretando fidelísimamente el sentir unánime de la Nación, desea exteriorizar en forma perenne y digna el hondo afecto filial del Perú a la Madre Patria y el culto fervoroso que a los héroes sabe rendir nuestro pueblo.

Responde a este noble sentimiento y altísima idealidad nacional, el adjunto proyecto de ley, que, rubricado por el señor Presidente de la República, tengo el alto honor de someter a la deliberación del Congreso, seguro de que ese alto cuerpo, que tan digna y cumplidamente representa la voluntad de la nación, ha de prestarle la preferente y benévola acogida que por todo concepto merece.

Dios guarde a Uds.

Rúbrica del Presidente de la República.

Benjamín Huamán de los Heros.

EL CONGRESO, ETC.

Ha dado la ley siguiente:

Artículo 1o.—Erijase en el cementerio de la capital de la República, como testimonio de filial afecto del Perú a la Madre Patria, un monumento destinado a guardar y venerar los restos de los soldados españoles que sucumbieron durante la campaña de la emancipación y en la memorable jornada del 2 de mayo de 1866.

Artículo 2o.—El Poder Ejecutivo queda facultado para arbitrar los recursos necesarios que demande el cumplimiento de esta ley.

Dada, etc.

Rúbrica del Presidente de la República.

Benjamín Huamán de los Heros.



Dr. Benjamín Huamán de los Heros

No puede ser más hidalgo ni más oportuno dicho proyecto enviado a las Cámaras por el Gobierno, y no es posible leer los términos en que está concebido, sin sentirse con el ánimo conmovido y lleno de alentadoras esperanzas respecto a una unión moral, comercial, afectiva e inextinguible entre España y sus hijas. Es la consagración fervorosa y la más viva expresión de la profunda simpatía que los peruanos sentimos por España, cuyos hijos, que son hermanos nuestros rindieron heroicamente su vida en aras del más ascendrado patriotismo y a quienes debemos una sepultura digna de la gloriosa epopeya que los

immortalizó y de la madre común que a todos nos infundió las virtudes que en ellos admiramos.

Leído que fué dicho proyecto, el señor Curletti, ilustre miembro del Senado, haciendo uso de la palabra, dijo:

El Gobierno por intermedio del señor Ministro de la Guerra ha tenido el acierto de interpretar la admiración que ha conservado hasta hoy la República peruana por los heroicos soldados españoles que cayeron en defensa de su bandera, enseñando a la nueva nacionalidad, que ellos mismos habían contribuido a formar, la austeridad grande y santa en el cumplimiento del deber.

Las luchas por la independencia no fueron una guerra fratricida, sino una crisis social provocada por los hijos de la colonia, que habían alcanzado un grado de cultura suficiente para asumir su vida autónoma.

Los restos de los soldados muertos heroicamente en las jornadas de la emancipación, constituyen una reliquia que nos pertenece y que guardaremos religiosamente en el monumento que el Gobierno va a erigirles.

Al expresar mi sincero aplauso al señor Ministro de Guerra por la patriótica idea que inspira el proyecto que nos ocupa, solicito la dispensa del trámite de comisión y su inmediata discusión.

Este proyecto fué aprobado por unanimidad de votos y ha merecido los más entusiastas y laudatorios conceptos de toda la prensa nacional.

GRANDIOSA RECEPCION
DE LA
MUNICIPALIDAD DE LIMA

La solemne recepci3n ofrecida al Eminentisimo Cardenal Benlloch y Viv3, por el Municipio Capltoline en testimonio de admiraci3n y simpatía, revisti3 un car3cter de solemnidad y grandeza, digno del agasajado y del oferente, y fu3 realizada con la presencia de numerosas y distinguidas personalidades especialmente a ella invitadas.



La selecta concurrencia en los salones de la Municipalidad

PALACIO DE LA EXPOSICION



Sede provisional de la Municipalidad de Lima

El Palacio de la Exposición y sobre todo el salón de sesiones en el que se veían enlazadas las banderas nacional y española, presentaba un hermoso aspecto, por su artística ornamentación.

En un estrado sobrio y severo tomaron asiento el alcalde señor Andrés F. Dasso, teniendo a su derecha a S. E. el Cardenal Benloch.

La comisión de atenciones que recibió y acompañó a S. E. hasta la sala de recepciones, mientras la banda de músicos y la orquesta tocaban la Marcha de Banderas y la guardia presentaba las armas, estaba formada de los señores Eulegio Higuera, Lizardo Velazco, Enrique Ruggero, Francisco Salazar Oyárbal y Aurelio Koechtin, y la comisión nombrada por los señores Juan Manuel Yáñez León, Sebastián Salinas, Miguel R. Denegri, Alfredo Romero, José San Martín y Alberto Patrón del Busto.

Abierta la sesión, fué declarado huésped ilustre de la ciudad, el Emmo. Cardenal Benloch.

En seguida, el alcalde, señor Dasso, dió lectura al siguiente discurso:

Eminentísimo señor Cardenal:

El Concejo Provincial de Lima, experimenta en la solemnidad de esta hora, la más profunda satisfacción de ratificar que la ciudad, de la que sois ilustre huésped, estima Vuestra visita como una honra insigne y hace íntimo voto porque generosamente encontraréis grata vuestra permanencia en ella.

Habéis traído hasta nosotros, Eminentísimo señor, un doble mensaje espiritual que, por su significado y su simbolismo, tiene la excepcional virtud de conmover con singulares resonancias, las fibras más profundas de nuestro espíritu ciudadano. Portador de aquella altísima misión de paz y de amor, traéis, también, con vuestras manos plenas de bendiciones, la embajada espiritual del Padre de nuestra Iglesia y la del Soberano de la Madre Patria, admirable conjunción que basta para recordar que esta ciudad—que quisiera, complacida, reteneros—fué fundada y poblada en el sagrado nombre de Dios—“sin el cual ninguna cosa que buena sea se puede hacer, ni principiar, ni arribar, ni permanecer”—y en representación de los Reyes de España.

Esta conjunción de la fe católica y del heroísmo castellano entraña la esencia misma de toda nuestra historia. Ella realizó

el milagro del descubrimiento y de la conversión de América y es por ella, también, que a la audacia y el valor de Cortés y de Pizarro se unen la energía del Cardenal Cisneros y la piedad cristiana de Bartolomé de las Casas. Tal conjunción de la fe y el heroísmo halla su símbolo más excelso en la historia de Lima, cuando Pizarro, en el instante postrero de su vida, traza sobre tierra nuestra, con su propia sangre, el signo de la cruz y muere sobre ella pronunciando la palabra "Jesús".



ASESINATO DE PIZARRO POR ALMAGRO "EL JOVEN"

Oleo de Muñiz

Prop. del Sr. M. Garreta

La ciudad cristiana y española de hace cuatro siglos, ha sabido, señor, perpetuar la fe de sus mayores y las tradiciones de su estirpe. Es por ello que, en el instante del retorno, cumplida vuestra misión de amor, podréis decir que esta ciudad, creyente y esforzada, cuya historia se engalana con maravillosos aromas

de santidad y admirables leyendas de auténtico heroísmo castellan, guarda con fervoroso culto, la divina pureza de sus creencias y el orgullo de su prosapia gloriosa.

En nombre de la ciudad de Lima o de los Reyes, y por el intermedio de su histórico Cabildo, recibid, Eminentísimo Señor este testimonio de nuestra adhesión espiritual y este recuerdo de vuestra estancia en ella.

La banda militar y la orquesta dejaron oír el himno del Vaticano cuando terminó de hablar el señor Dasso, el mismo que fué escuchado de pie por los asistentes, y saludado luego con grandes aplausos.

A continuación Su Eminencia agradeció el homenaje que se le tributaba, más o menos en los siguientes términos:

Señor Alcalde, dignísimo Presidente de este Concejo Provincial de la ciudad de Lima: no sé por dónde comenzar a contestaros vuestra condensada, verdadera concreción; que diría yo, corto en tiempo, al discurso que acabáis de pronunciar; pero que es como la pequeña botella que encierra una exquisita fragancia, porque ¡qué bien que resuenan en mis oídos todos esos conceptos, envueltos en palabras tan bellas y atildadas! Yo no sé si comenzar por donde habéis concluido; termináis diciendo que la ciudad de Lima ha heredado, a través del tiempo y del espacio, el espíritu religioso y patriótico que fué el fundamento de esta ciudad, que selló y rubricó, diría, el acta de su fundación con su propia sangre, al besar Pizarro la cruz que había formado, pronunciando la divina palabra: Jesús, (Aplausos).

Ló compararía ese hermoso párrafo, a fidelísimo espejo en donde habéis retratado toda la historia de vuestra gloriosa ciudad de Lima; pero principalmente, la última imagen que allí habéis dejado tan bien impresa, que refleja la verdad de vuestras palabras, en la espléndida, en la entusiasta, en la desbordante manifestación pública y solemne que la ciudad de Lima ha hecho, esta mañana, de sus sentimientos religiosos y patrióticos. (Aplausos).

Alguna vez lo he dicho: yo hubiera querido que vuestro vecino mar, en esa hermosa bahía del Callao, hubiera sido, como es, lago tranquilo que así como las nubes reflejan siempre, cuando sus superficies tranquilas están, las hermosuras todas de



El Cardenal Benlloch y el Alcalde de Lima, Sr. Andrés F. Dasso

los cielos, los cielos, en justa correspondencia hubieran reflejado, allá arriba, toda la gloria que Lima ha desplegado esta mañana para que se hubieran podido asomar, a mirar, desde allá las naciones todas de la tierra, que no sólo se hubieran complacido, sino honrado en imitar este justo, digno, noble y elevado sentimiento que ha tenido esta mañana la ciudad de Lima para con la santa religión del Divino Jesús y para con esta patria por la que tantas veces habéis derramado vuestra sangre y estáis dispuestos a derramarla cuando así lo exija de vosotros. (Grandes aplausos).

Desarrolló en seguida, con gran extensión, el tema relativo a que los pueblos y las naciones no tienen más fundamento que el religioso, que es el que hace perpetuar la gloria de la patria; cita el ejemplo del pueblo de Israel. Dices dijo, ese es el que levanta las naciones y el que las unde, para siempre, en el abismo de la nada, envueltas en las sábanas del olvido, o en las arenas del desierto; terminó este tópico diciendo: a esto quería referirme ahora, para corroborar las hermosas frases vertidas por los labios, santos y patéticos, en este instante, del dignísimo Alcalde, en nombre de la ciudad de Lima. (Grandes aplausos).

Más adelante dijo: entraba yo, diciendo y saludando a las dignísimas y venerables señoras que honran este solemne acto, (porque otro hermano mío me decía: aún perduran las fragancias de la Rosa de Lima, de esta mañana) que mientras quede una sola dama limeña, mejor dicho peruana, a fin de no estrechar el círculo, mientras quede una sola de ellas; permanecerá esa fragancia, y Lima será siempre, una ciudad piadosa, porque al cabo y al fin, la piedad de la mujer es la que sostiene hasta en sus desmayos, la fortaleza y la virilidad de los hombres. (Aplausos prolongados).

Agregó que al recuerdo de la imponente ceremonia que en la mañana tuvo lugar en la Basílica, siente surgir del fondo del corazón, algo así como una niebla que oscurece su inteligencia, y es porque cuanto más se siente, más emudecen los labios. Que así como la tempestad levanta el oleaje del mar, así también la sangre del corazón, aunque pasada por el tamiz de los ojos es la que expresa los sentimientos que embarga el alma; y dice: si yo siguiera ahora hablando, unos minutos más tened por cierto que mis lágrimas serían el aplauso de estas manifestaciones. (Grandes aplausos).



EL CARDENAL BENLLOCH, RODEADO DE LAS DAMAS QUE ASISTIERON
A LA RECEPCION DE LA MUNICIPALIDAD

Yo no sé cómo lo habéis dicho, y tengo memoria feliz para recordarlo; pero se me va nublando la inteligencia. No lo sintáis; más bien, que hable el corazón; pero creo que os he oído decir algo así como que no me dejaríais marchar. Se me ha presentado la tripulación del buque, en el que voy a zarpar de aquí, y decía anoche, he dicho repetidas veces, que si hemos



El Cardenal Benlloch, firmando en el libro del Cabildo

de ser nosotros, los que moviéramos la máquina que leva el ancla, no la llevaría la nave, porque no tendríamos fuerzas en los brazos, ni aliento en el corazón, para arrancarnos de aquí. ¡Que lo hagan ellos! Se acercan los momentos de la despedida; pero si vosotros no queréis dejarme ir, tampoco yo quiero marcharme. ¿Cómo arreglaremos esto? Es difícil. Cita, con este motivo, la frase de un gran poeta español, refiriéndose a la ciudad de Burgos: "mi atmósfera es la leyenda, mi campo la tradición"; y dice: yo me llevo vuestra hermosa leyenda; me marchó con el corazón henchido al ver religiosamente conservada, entre vosotros, la tradición y la fe de vuestros mayores. Lo habéis dicho con gran solemnidad, yo lo acepto como tal, en su doble sig-

nificación, de homenaje al Santo Padre, a nuestro Augusto Monarca y a nuestra Madre España; pues bien, cuando a España vuelva, sabré decir cuáles son las gloriosas tradiciones del Perú, y repetir con el poeta: "mi atmósfera es la leyenda, mi campo la tradición."

Agregó: no me dejaríais ir y yo no quiero marcharme; pero me he de ir y vosotros no podéis impedirlo; sabed sí, que el corazón, ese ya no lo tengo; lo eché, sino por la ventana, por la celosía o el balcón de mi Palacio, el día en que llegué. (Grandes aplausos).

Terminó diciendo: yo no aspiro sino a que quede en el Perú un recuerdo de este humilde embajador que aquí ha venido, como habéis dicho, distinguido señor alcalde, con las manos plenas de bendiciones y con las voces de la Madre Patria, hermoso consorcio que he escuchado en vuestro discurso, Peruanos; padre habéis llamado al Sumo Pontífice, y madre habéis llamado a España; todos, pues, somos hijos del mismo padre y de la misma madre. Conste, entonces, que yo no he venido a decir más, sino que el Perú y España son dos hermanos y que los españoles y los peruanos son ya y serán para siempre, hermanos del corazón. (Aplausos prolongados).

En seguida, su Eminencia abrazó estrecha y largamente al señor Alcalde, diciéndole: en este abrazo que os doy, abrazo a toda la ciudad de Lima. (Grandes aplausos).

Terminado el discurso de su Eminencia, se escuchó el himno patrio ejecutado por la banda y la orquesta, en medio de gran solemnidad.

Momentos después llegó el Señor Presidente de la República, acompañado de los señores Ministros de Estado, pasando al bar, en unión del Emmo. Cardenal, del Alcalde Señor Dasso, y demás miembros de la Municipalidad, quienes fueron debidamente atendidos, lo mismo que la enorme concurrencia que especialmente invitada asistió al acto.

Una brillante orquesta dejó oír sus acordes, y dió comienzo un animado baile, cuyo entusiasmo no declinó hasta los últimos instantes, de tan memorable recepción, que perdurará en los anales edilicios.

ANTE EL HEROE DE ARICA

MISA DE CAMPAÑA

Antes de alejarse de nuestra Capital, S. E. el ilustre cardenal Benlloch y Vivó, quiso poner un broche hermosísimo a su actuación entre nosotros, brindando al Ejército Nacional, con fecha 19 de Noviembre, una misa de campaña ante el bronce de Bolognesi, como lo hizo a su llegada ante la cripta de nuestros guerreros inmortales, elevando por ellos al cielo una ferviente y sentida plegaria.

Este gesto tan simpático, tan elocuente y tan expresivo que dijo muy alto de su nobleza y magnanimidad y de su clara comprensión de lo que significa el heroísmo de los que mueren por las causas santas y justas, tiene que marcar, sin duda alguna, una página más de imborrable recuerdo en la historia de los breves días que permaneció en la Perla del Pacífico, el ilustre Embajador.

El primer saludo del Cardenal, al pisar tierra peruana y su primera despedida, al retirarse de ella, lo hizo a los heroes de la patria, celebrando sus épicas hazañas, y honrando su ilustre memoria ante los altares de la religión; con lo que puso de manifiesto que el sentimiento patriótico y el religioso andan siempre unidos en estrecha vinculación y son los resortes más poderosos del engrandecimiento de los pueblos.

Para el efecto de la ceremonia religiosa, el monumento de Bolognesi, fue elegantemente adornado con preciosas guirnaldas de flores naturales. Al pie de la estatua se levantó un altar portátil, sosteniendo en la parte superior a la imagen de la Virgen de las Mercedes, Patrona de las Armas del Perú.

En la parte superior del pedestal aparecían desplegadas las banderas del Perú y España.

Una alfombra roja cubría el paso entre el monumento y el estrado presidencial. Las palmeras del rededor ostentaban vistosos rosetones de flores con colores del emblema nacional.

Desde las nueve de la mañana, comenzaron a tomar emplazamiento al rededor de la plaza Bolognesi y en las calles adyacentes los colegios de segunda enseñanza, comisiones de las escuelas fiscales y de los Centros Escolares, todos correctamente uniformados y llevando cada cual su respectivo estandarte.

A las 10 a. m. las bandas de músicos del Ejército, ejecutaron todos a la vez la Marcha de Banderas y momentos después llegó a la plaza en un carruaje de gala de la Casa de Gobierno, el Presidente de la República, quien llevaba a su derecha al Cardenal Benlloch y en los asientos del frente al ministro de Relaciones Exteriores y al Jefe de su Casa Militar.

Acompañaban, además, al Presidente y al Cardenal, en otros carruajes, los señores ministros de Estado y los miembros de la comitiva cardenalicia.

Después que el Jefe del Estado tomó asiento en su tribuna, en la que ya se hallaban instalados buen número de representantes a Congreso, el Prefecto de Lima, el Alcalde Municipal, altos funcionarios públicos y el personal de la Misión Militar Francesa y de la Misión Americana de Marineros, S. E., se dirigió a la base del monumento acompañado del gentilhombre de su comitiva y del R. P. Carmelo Blay, oficiando, en seguida, la misa de campaña.

La ceremonia fue importante y majestuosa. La significación del Santo Sacrificio, la presencia del celebrante, la concurrencia oficial, el emplazamiento de las tropas y colegios y la inmensa ola humana que se hallaba congregada en torno del monumento, todo fue solemne, todo grandioso, todo emocionante.

En el momento de la elevación, las bandas dejaron oír la Marcha de Banderas, mientras el Ejército presentaba las armas y la multitud se postraba de rodillas.

Durante la celebración de la misa de campaña, una escuadrilla de aeroplanos recorrió el espacio que abarca la plaza de Bolognesi y los jirones adyacentes.

Al terminar los oficios divinos, S. E. se colocó la mitra y empuñando el báculo, descendió algunas gradas del pedestal y con voz robusta dirigió la palabra al Ejército y al pueblo peruano, en la forma siguiente:

¡Soldados! ¡Compatriotas!

Acabo de celebrar el Santo Sacrificio, implorando al Dios

de los Ejércitos bendiciones mil para el Ejército peruano, cuyo valor y heroísmo están personificados en el héroe gigante del Morro, Francisco Bolognesi.

Ante el mágico conjuro de mis palabras ha descendido Dios al altar para escuchar mi plegaria, oír mi oración y hacerse el Superior, el Jefe, el Caudillo del glorioso ejército del Perú.

Vuestra bandera, esa bandera que flameó gallarda a los cuatro vientos, en mil combates, y que ante nadie ni nada se rinde, se ha rendido solo ante la magestad del Dios que gobierna las naciones y al pasar El sobre esa bandera, sirviéndole de alfombra, dejará estampadas sus huellas divinas que constituirán su más radiante gloria y su más preciado blasón.

Tal vez en el momento solemne en que elevaba entre mis manos al cielo la hostia expiatoria e inmaculada, las almas de vuestros padres que supieron rendir su vida en aras de la patria en las heroicas jornadas bélicas, han remontado su vuelo a la mansión de la gloria, más gallarda y majestuosamente que esos aparatos que giran en estos momentos sobre nuestras cabezas, sureando el espacio incommensurable.

Religión y patria: estos son los sentimientos de un buen soldado. Cultivadlos vosotros, nobles hijos del Perú y no dudéis que estos dos amores mantendrán en vosotros el espíritu del sacrificio sublime para que sepáis ofrendar vuestra vida en la hora de la prueba, como la ofrendó el héroe inmortal Francisco Bolognesi, gloria de la raza, honor del Perú.

Cuando desaparece la fé, desaparece también la libertad, la independencia de un pueblo. La fé lleva a los hombres a las grandes empresas y si el ejército peruano no aparta su espada de la cruz, estad seguros que vuestro laurel se conservará eternamente inmarchitable y vuestra gloria crecerá inmensamente a través de los siglos.

Y para que las dos banderas del soldado, Dios y Patria, se mantengan siempre inseparablemente unidas, voy a dar mi bendición al Ejército del Perú y no dudo que ella será el feliz augurio de otras glorias gigantescas.

Acto continuo, el Cardenal dió su bendición apostólica que la muchedumbre recibió de rodillas, mientras las bandas del Ejército ejecutaban la Marcha de Banderas, el Himno Nacional, la Marcha Real Española y el Himno Pontificio.



AL PIE DEL MONUMENTO AL HEROE DE ARICA (1)

Terminada la brillante alocución del Emmo. Cardenal, el Ministro de Guerra, doctor Huamán de los Heros, descendió del estradō oficial, dirigiéndose al pie del monumento con el objeto de invitar al ilustre Prelado a la tribuna, para que en unión del Presidente de la República y de la comitiva oficial, presenciara el desfile de honor que iba a realizarse en seguida.

El Presidente de la República que lo esperaba de pre con todos sus acompañantes, le dió un cariñosísimo abrazo, invitándolo, en seguida, a tomar el asiento que se le había designado

Al destilar el Ejército S. E. tuvo para este calurosas frases de elogio y al paso de cada bandera, se inclinaba reverentemente.

A las 12 del día terminó el desfile, dirigiéndose, en seguida, la comitiva al Palacio de Gobierno, siendo el Cardenal muy ovacionado a su paso por las calles del jirón de la Unión.



(1) N. E. -Rodolfo Gil, notable escritor español y crítico de arte, escribe: «Repútase como la mejor obra de esta segunda fase de Queiro! su monumento al coronel Bolognesi. Desde luego es una de las páginas más bellas y gloriosas de su inspiración férvida y desatada, que supo en este caso imponerse sobre cuatrocientos escultores de todos los países. La estupenda epopeya de Arica ha sido ejecutada con alma indomable y enardecida, como si el artista hubiese asistido a la desesperada resistencia de aquel puñado de héroes en el Morro. Viora en toda la composición una fuerte intensidad dramática. Muévense ante los ojos las figuras destacadas del blanco fuste con tan brava y noble acometividad, y tal expresión de los más altos sentimientos de un pueblo, que impresiona, como si la acción se reprodujese en nuestra presencia. Con igual tino supremo que estos guerreros estóicos que en grupos hermosos miran cara a cara a la muerte y solo a ella se rinden, están trazados en relieves algónicos del Valor, de la Fé, de la Gloria, de la Historia y de la Fama, en que se hermanan las concreciones más atrevidas del ideal moderno con las más sugestivas evocaciones del arte antiguo. El estilo es adecuado, rápido, febril. La escultura del héroe glorificado que abrazado a la bandera de Ayacucho y empuñando en su diestra un revólver, se desploma herido de muerte, es de lo más acabado y grandioso que modeló Queiro!. Ella sola sintetiza con trágica elocuencia y majestad la patriótica jornada»



EL CARDENAL SE DIRIJE-A LA TRIBUNA OFICIAL

EN EL CONVENTO DE LA MERCED

S. E. hizo una visita a dicho Convento, siendo recibido por los RR. PP. Mercedarios, presididos por el R. P. General de la Orden.

Después de los saludos de estilo, S. E. se dirigió al altar mayor, ante el cual oró breves instantes, mientras en el órgano del coro, se ejecutaba el Himno Pontificio.

Luego S. E. contempló y admiró la histórica imagen de la Patrona de las Armas del Perú, coronada canónicamente, a raíz de nuestro primer centenario nacional. Entre las varias prendas artísticas de la Virgen, que los RR. PP. mostraron a S. E., dignas son de mencionarse una corona de la duquesa de Goyeneche y el bastón de Mariscal, homenaje del ejército peruano.

A continuación, visitó la sacristía en donde las señoras y señoritas de la Tercera Orden de la Merced, le prepararon una muy grata sorpresa, obsequiándole un



*El Templo de la Merced.
La nueva fachada.*



LA CONCURRENCIA A LA MISA DE CAMPAÑA

hermoso cuadro de plata, estampa de la Virgen Mercedaria.

S. E. manifestóse profundamente agradecido para las socias de la mencionada institución por el significativo obsequio que se dignaron hacerle con marcadas muestras de piedad.

Al ausentarse S. E. dejó en el ánimo de los RR. PP. Mercedarios, un gratísimo e imperecedero recuerdo.



UNA RECEPCION ARISTOCRATICA



*Señora Ignacia R. v. del General
Canavaro*

Nobles sentimientos de gratitud hacia el Emmo. Cardenal Benlloch y estrechos vínculos de parentesco con las más aristocráticas familias burgaleses, de las que S. E. es ejemplarísimo Pastor, impulsaron a la nobilísima y gentil dama de nuestra culta sociedad, señora Ignacia Rodulfo v. del General Canavaro, a organizar en su elegante morada, una solemne recepción, en honor de tan ilustre huésped.

Huelga decir que los amplios salones ostentaban un derroche de buen gusto. En el centro del hall, que había sido adornado con vistosas palmeras, se destacaban las banderas de España y el Perú, formadas con flores naturales.

A esta fiesta que, por la suntuosidad y exquisita cultura que en ella reinó puede ocupar un sitio preferente en el gran número de las que se organizaron en honor de S. E., concurrie-



ron los más valiosos elementos sociales, notándose entre ellos, a los miembros de la Embajada, obispos residentes en Lima, altos funcionarios públicos, miembros de las cámaras legislativas representantes diplomáticos y consulares, dignidades del clero secular y regular, magistrados de las cortes de justicia y un buen número de distinguidas matronas y señoritas.

El Emmo. Cardenal, al retirarse manifestó, en frase cariñosa y delicada, su profundo agradecimiento, a la Sra. de Canevaro, quien supo atender a S. E. y a todos sus invitados con la cortesanía y delicadeza que hacen de ella una de las personalidades más distinguidas y de encumbrada figuración social.

El R. P. A. Villanueva, cronista de la Embajada, y que popularizó, entre nosotros, su seudónimo de "Escolapio", rindió homenaje a la ilustre dama, en esta bella composición:

He visto un mar inmenso
y los inmensos Andes...
he visto cosas grandes
en toda esta región.
Pero no he visto nada
como este relicario
oculto en el santuario
de vuestro corazón.

Lo grande, lo infinito,
sus dulces emociones,
sus dádivas, sus dones,
su ardiente caridad,
Lo he visto muy de cerca,
como ese amor no hay nada;
lo he visto en la mirada
de hermosa realidad.

Yo sé que de tus ojos
como de inmensa hoguera
brotó la verdadera,
centella de la fé.
Y que prendió su flama,
en su abrazo estrecho,
en el bizarro pecho
del hombre a quien lloré...

Lloré sin conocerle,
al ver esa "Corona"
que ofrece a su persona
el alma del Perú...
Lloré porque quisiera
mezclar mi sentimiento
a aquel fatal lamento
con que lloraste tú.

Cuando medito un poco
en que tu amor, Ignacia,
fué el astro de la gracia
que a César dió la luz,
opino que tus brazos,
por un prodigio inmenso,
son ara, son incienso,
son redentora cruz.



Interesante gráfica de la recepción

Yo sé por tus palabras,
que es tuya tu victoria,
que su alma está en la gloria...
que te lo debe a tí...
que si tu amor fué grande
es tanto tu favor,
que ahora será mayor,
amando desde allí.



*LIMA MODERNO - Arco Monumental, obsequio de la colonia española
en el Centenario de la Independencia*

AL SALIR DE LIMA

*Al distinguido oficial de órdenes
de la Embajada Benlloch, Teniente
Martínez Merizalde, de pasta de
héroes.*

Lima, me voy..... cosa extraña
Esta que diciendo estoy.
¿Cómo digo que me voy.
Yéndome de Lima a España?

Pues claro a la vista está.
Por lo que pasa por mí
Que si la España está aquí
Encontraré a Lima allá.

Y que la España está en Lima
Lo dicen los caracteres
De las limeñas mujeres
Y esas flores y este clima.

Que está España sin resabios
Noble y sincera como antes.
En la lengua de Cervantes.
Lo dicen todos los labios.

Lo proclaman esas cruces
 Que trajeron los cristianos,
 Los salones castellaños
 Y los patios andaluces.

De sus típicas costumbres,
 De España son los ejemplos
 Los zócalos y techumbres
 De sus palacios y templos.

Con mantillas españolas,
 Enfrente de los chiqueros.



LIMA MODERNO.—Avenida "Leguía"

Aún guardan a los foreros
Sus capotes las manolas.

Pero donde hay que admirar
Las virtudes peregrinas
De esas bellas heroínas
Es en su corte el hogar.

¡Mujer piadosa y risueña!
Eres mujer sin igual.....
Santa Rosa, el ideal
Es de la mujer limeña....

Y si la mujer sus fueros
Labró aquí en tales crisoles.
De moldes tan españoles
Hallé muchos caballeros.

Cuando aquí nos acompaña
Ambiente tan español
¿Quién va a preguntarle al Sol
Hacia dónde cae España?

En un patriótico enredo:
Así por mi suerte est y
Que si me marcho, me quedo:
Y si me quedo, me voy.

Estrechémonos las manos
Sin corazones partidos:
Y en Perú y España unidos.
Querámonos como hermanos.

Calasanz Rebazza.



LA MESA DE HONOR EN EL "MANUEL ARNUS"



DESPEDIDA DEL CARDENAL
ALMUERZO EN HONOR
DEL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA ABORDO
DEL "MANUEL ARNUS"

A las 10 y media S. E. abandonó el palacio de Torre Tagle, dirigiéndose, en seguida, al palacio de Gobierno para despedirse del Presidente de la República. Después de departir con él breves momentos, salió de allí acompañado del Ministro de Relaciones Exteriores, Dr. Alberto Salomón, del Oficial Mayor de la Cancillería, doctor César Elguera, y del Jefe de la Sección Diplomática, señor Barrenechea y Raygada, del Nuncio Apostólico y de los miembros de la Embajada Pontificia.

La comitiva recorrió triunfalmente la Plaza de Armas y el jirón de la Unión, hasta la estación de la Colmena, bajo una lluvia de flores que le arrojaban desde los balcones, las damas de nuestra sociedad.

Acompañado de numerosas y distinguidas personalidades, llegó S. E. al Callao, siendo recibido por el Prefecto, Coronel Rivero Hurtado, el Alcalde, señor Juan Miller, el Capitán de Puerto, Comandante Salaverry, el Subprefecto señor Fry y varios caballeros de la mejor sociedad del puerto.

Apenas descendió del tranvía el representante del Papa y del Rey de España, las baterías de tierra dispararon una salva de veintiún cañonazos y la banda de la artillería de costa tocó la Marcha de Banderas, presentando armas la tropa.

Millares de personas se habían congregado cerca del Muelle, con el objeto de hacer una cariñosa despedida al Ilustre Príncipe de la Iglesia.



El Ilustre Purpurado, Monseñor Petrelli, y los Prelados residentes que asistieron al banquete de despedida en el "Manuel Arnús"

El Cardenal visiblemente emocionado agradecía tan simpática manifestación impartiendo su bendición apostólica.

Embareóse, luego, con todos sus acompañantes, por el muelle de guerra, en la lancha automóvil "Grumete" que lo condujo a bordo del vapor español *Manuel Arnús*.

Invitado a almorzar por su Eminencia, el Jefe del Estado, fué recibido por el Capitán de la nave española, señor Eugenio

Agacino, conduciéndolo a presencia del Cardenal, quien lo estrechó efusivamente entre sus brazos.

Después de haber visitado los diversos compartimentos de la nave, admirando sus condiciones navieras y de confort, se dió comienzo al espléndido banquete.

A la hora del champaña el Prelado español ofreció el agasajo al Presidente de la República improvisando un breve discurso que fué interrumpido varias veces por nutridas salvas de aplausos.

Dijo —entre otras cosas—, que el pueblo de Lima le había tributado homenajes que él, por su humildad, estaba muy lejos de merecer; que el recuerdo de esas generosas manifestaciones le acompañaría toda la vida y que si alguna vez le preguntaran si era de raza española, diría: "si español significa ser peruano, sí, sino nó". Estas palabras fueron estruendosamente ovacionadas.



En el "fumoír del MANUEL ARNUS



El Sr. Presidente de la República y el Cardenal Benlloch, despediéndose, con un abrazo cordialísimo, en la escada del "Manuel Arnús"

Acalorados los aplausos, el Jefe del Estado agradeció el agasajo y encargó al Cardenal que al llegar a Europa, terminada que hubiese su misión en América, se sirviese abrazar en su nombre a Su Santidad Pío XI, el Rey de las almas y a S. M. Alfonso XIII, el Rey de la raza.

Durante el banquete, reinó la más franca cordialidad. Ahí se rompieron los cumplimientos protocolarios y se dejó al corazón que hablara su lenguaje familiar y cariñoso. No hubieron discursos de estilo ni formalismos de ocasión. S. E. dijo: "Estamos entre hermanos y es preciso romper protocolos para estrecharnos en último abrazo."

Como fusionados en un solo sentir, todos los asistentes departieron amenamente en el suntuoso comedor, mientras la banda

de músicos del Regimiento Guardia Republicana, ejecutaba escogidas piezas musicales.

Terminado el banquete el Presidente de la República declaró que antes de salir de Palacio, había puesto el cúmplase a la ley que manda levantar un mausoleo en el Cementerio de Lima a los héroes españoles que murieron en el combate del Callao, el 2 de Mayo de 1866. Esta declaración hizo que las lágrimas asomaran a los ojos del Cardenal, mientras los que allí presentes prorrum-pían en calurosos aplausos.

A las 4 p. m. del día 20 de Noviembre tuvo lugar la despedida, que fué tierna y conmovedora.

"Hasta luego, Excelencia", fueron las palabras que muy emocionado, contestó el egregio Cardenal al estrecho abrazo y adiós de despedida del Jefe de la Nación.

Embargado de inefable sentimiento, con abrazo de amigo, con abrazo de hermano, se despidió de todas las demás personas, con estas palabras eternamente memorables: "si no hubiera corazón no hubieran lágrimas". Y mientras se desarrollaba esta escena envuelta en un ambiente de cariñosa amistad, van creciendo las sombras de la tarde; el Sol, con majestad real, desciende a su ocaso, dibujando mil caprichosos celajes en el lejano horizonte y resuena al oído blando rumor de olas que se confunde en un solo himno entonado al Autor de la Naturaleza, con las mágicas notas de un tierno y dulce yaraví.



EL CARDENAL BENLLOCH

DESDE LA ARQUIDIOCESIS DE BURGOS



ERMOsa carta que el Emmo. Cardenal Benlloch, al llegar a su sede arzobispal dirigió a los periodistas de Lima, en la que el egregio purpurado, dedica a nuestra querida patria, y a la prensa nacional, los más delicados sentimientos, retornados respetuosamente con efusiva sinceridad.

“Señor Director de.....

Lima.

Muy distinguido señor:

Cada día recuerdo con más gratitud las atenciones que las autoridades, pueblo y prensa me han prodigado durante mi estancia en ese hidalgo país.

Encontrándome con más tranquilidad en mi palacio de Burgos, y lamentando que la premura del tiempo me impidiese detenerme más entre ustedes, quiero subsanar los aparentes olvidos que a personas y representaciones hayan podido afectar, por la imposibilidad de corresponder adecuadamente a sus homenajes,

LA LLEGADA DEL CARDENAL A ESPAÑA



El Hlustre Purpurado en Valencia, su tierra natal, saluda el pabellón español.—Recepción en el Palacio de la Municipalidad, en su honor.

y por el ajeteo de la travesía; y quiero que a todos y cada uno de los habitantes llegue mi salud, mi recuerdo, mi reconocimiento y mi afectuosa bendición.

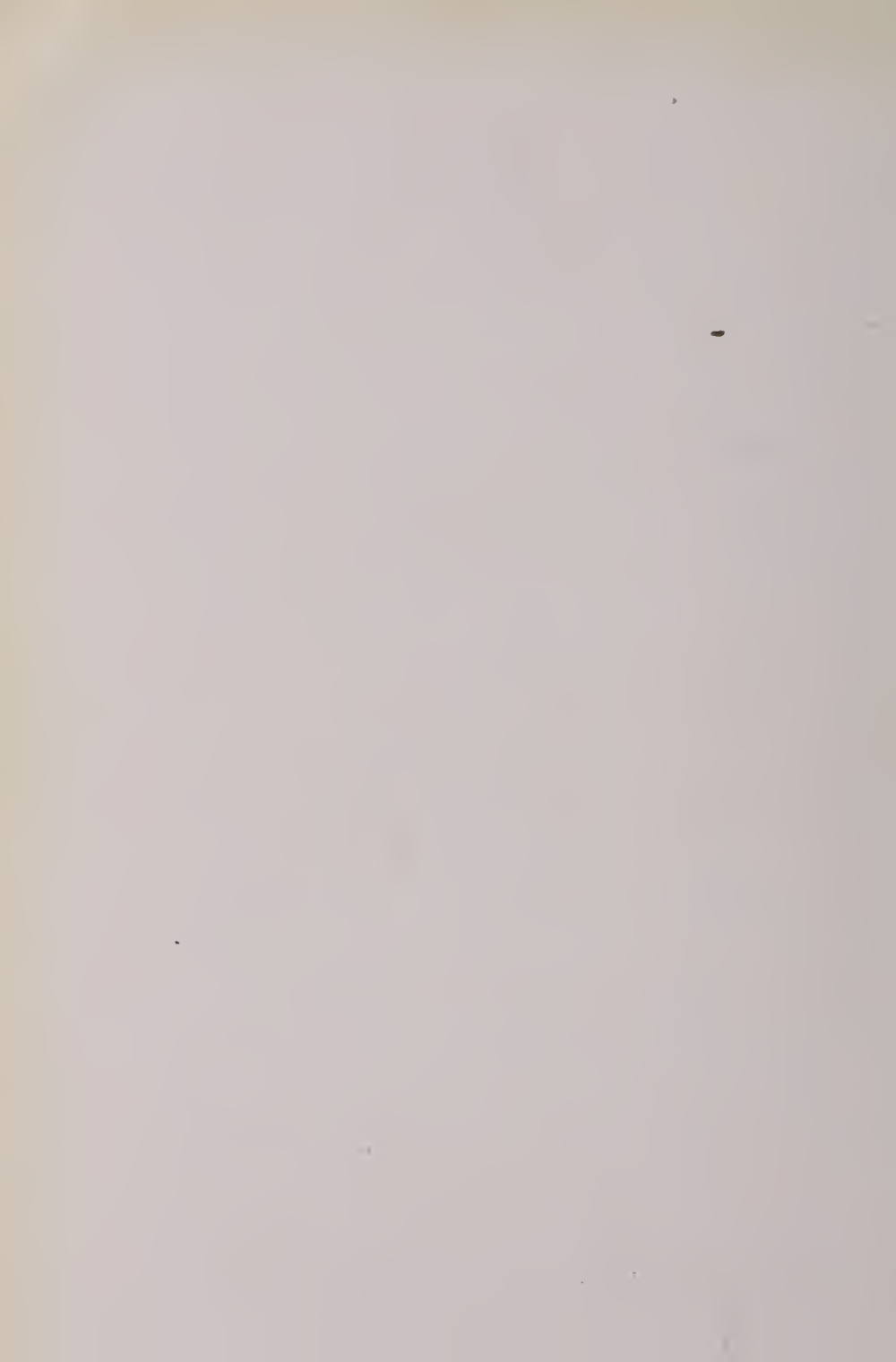
El tiempo y la distancia, lejos de entibiar las impresiones que llevo en el alma, las avivan más y más; por eso espero que desde las columnas del periódico de su digna dirección, llegue mi voz a todos los ámbitos del país.

Algunos periódicos, emulando alcanzar triunfos informativos, han dado más importancia a la rapidez en publicar entrevistas y conversaciones que a la reflexión en la forma y contenido de las mismas. Y a veces he tenido que lamentar se publiquen conceptos y frases susceptibles de interpretación que lesiona el sentimiento nacional de los pueblos. Hay quien me ha hecho establecer supuestas comparaciones entre ejércitos de una y otra nación, entre homenajes y afectos de tal o cual pueblo; y en verdad nunca he pensado en clasificar potencias militares, pues mi misión iba por muy distintos derroteros, y mi mayor dificultad es y será siempre el medir cuándo y dónde han sido las atenciones más grandes y sinceras.

Ya se le alcanza a su buen sentido; pero quiero constar de una vez para siempre, que nada ni nunca saldrá de mis labios sobre esa República, que no sean palabras de afecto, de respeto y de gratísima recordación. He dado muestras y las he recibido grandes en número y por la sinceridad, del mutuo afecto y penetración, apreciando en todas las manifestaciones la caballerosidad, hidalguía y deferencias inolvidables de esa noble nación, para la cual guardo eterna gratitud, que con su bendición sella su afectísimo".

EL CARDENAL BENLLOCH.

F I N



INDICE

PÁGINAS

Prólogo	III
El Eminentísimo Cardenal Benlloch	1
La Comiliva del Cardenal	15
Las rosas de Lima (poesía)	16
El Presidente Leguía, patrocinador de la visita del Cardenal Benlloch	17
Monseñor Emilio Lisson, Arzobispo de Lima	32
Señor Doctor Alberto Salomón, Ministro de Relaciones Exteriores	38
Madre e Hija	43
El Cardenal Benlloch, llega al territorio nacional	53
El Cardenal Benlloch, en el Callao	59
El Cardenal Benlloch, en Lima	62
El Palacio de Torre-Tagle, residencia del Cardenal Benlloch	74
La Misión del Cardenal	80
Al pisar la bendita tierra peruana, del R. P. Rebaza	88
El hombre de la trompeta (poesía) del R. P. A. Villanueva	91
Salud y Amor (poesía) del R. P. Restituto del Valle Ruiz (agustino)	92
El Eminentísimo Cardenal Benlloch y Vivó en la solemne recepción oficial	95
El Presidente de la República, Señor D. Augusto B. Leguía visita al Cardenal	103
Otras visitas	103
Homenaje del Cardenal Benlloch a los Héroes del Perú	105
Excelentísimo Monseñor José Petrelli	118
Recepción en la Nunciatura Apostólica	120
Saludo, poesía de la señorita Rivera y Piérola	122
En la Escuela Normal de Mujeres	124
En el Colegio del Sagrado Corazón	130
En el Colegio de la Inmaculada Concepción	131
El banquete en el Palacio de Gobierno	135
Recepciones particulares	141
Andrción musical	142
Confirmación	143

	PÁGINAS
Agasajo al Eminentísimo Cardenal Benlloch de los esposos Canevaro Barreda	144
Su Eminencia visita un Asilo de Caridad	145
En el Colegio de los Salesianos	146
Fiesta de gala en Santa Beatriz	154
Explendorosa recepción en la Unión Católica de Señoras	157
Comunión general en la Basílica	160
Banquete en la Legación de España	164
Excmo. Sr. D. Jaime de Ojeda, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en el Perú	166
En la residencia del Ministro de Gobierno	168
La Universidad Católica y la Unión Católica del Perú	178
Sesión solemne en el Senado de la República	205
Recepción en el Palacio de Torre-Tagle	230
En el Club Nacional	231
Homenaje a Santa Rosa de Lima, en la Basílica Metro- politana	236
Santa Rosa de Lima y el Patriotismo del Perú, panegírico del R. P. Luis Urbano	237
En el Convento y Colegio de San Agustín	254
En la Legación del Brasil	257
Actuación en la Filarmónica	259
En el Seminario de Santo Toribio	260
En el Casino Español	263
Por los héroes españoles que sucumbieron en la guerra de la Independencia y combate del 2 de Mayo	267
Grandiosa recepción en la Municipalidad de Lima	270
Ante el Héroe de Arica.—Misa de Campaña	280
En el Convento de la Merced	286
Una recepción aristocrática	288
Al salir de Lima, poesía del R. P. Rebaza	292
Despedida del Cardenal.—Almuerzo en honor del Presi- dente de la República, a bordo del "Manuel Arnús".	296
El Cardenal Benlloch, desde la Arquidiócesis de Burgos.	302



FE DE ERRATAS

<i>Dice</i>	<i>Pág. Lín.</i>		<i>Debe decir</i>
—	—	—	—
Suficiencia	3	5	suficiencia
Esculapio	16	50	Escolapio
reacерque	70	2	se acerque
rey	80	23	soy
movió a Fr. Juan Marchena de los Reyes Católicos.	186	32	movió a Fr. Juan Marchena a ir en pos de los Reyes Católicos
el ideal religioso etc. en las angustias y penurias	186	34	El ideal religioso etc y el que dió fortaleza a Colón
herido y abandonado.	187	3	herido y con frecuencia abandonado
y podréis formar	187	30	y podréis formaros
Mendiburo.	188	27	Mendiburu
prácticas políticas	190	34	prácticas parlamentarias
agoladas para el hombre las entradas del cielo.	194	4	apagadas para el hombre las estrellas del cielo
el telégrafo y el cable hacen	192	9	el telégrafo y el cable hicieron
ha declarado solamente	192	36	ha declarado solemnemente
en el ideal cristiano	193	14	por el ideal cristiano
recoged uno por uno.	194	7	recorred uno por uno
General eBdoya	211	8	General Bedoya
fascimil	248	32	facsimil





T. SCHEUCH
LITOGRAFIA
E
IMPRENTA
Lima-Perú
CALLE
AMAZONAS
183
APARTADO
1186

